

JAVIER REVERTE

Banderas en la niebla



PEAZA  JAMES

BANDERAS EN LA NIEBLA

Diciembre de 1936. España arde en una encarnizada guerra y, en muchos lugares, se pelea pueblo por pueblo, casa por casa. Sin conocerse ni saber siquiera el uno del otro, dos hombres de orígenes muy distintos van a encontrarse en una misma suerte: un sangriento enfrentamiento en las sierras jienenses de Lopera, donde el destino unirá sus nombres para siempre.

José García Carranza, «El Algabeño», es un torero sevillano, mujeriego y falangista, que se une desde primera hora a los sublevados y participa de manera activa en la represión del pueblo andaluz al frente de los «caballistas» de ultraderecha. John Cornford, estudiante en la Universidad de Cambridge y bisnieto de Charles Darwin, es un joven poeta insuflado de espíritu romántico que, en pleno estalinismo, se convierte en uno de los primeros voluntarios en alistarse en las Brigadas Internacionales.

El dibujo de sus biografías, magistralmente trazado por Javier Reverte, nos muestra dos de las caras de aquel épico conflicto bélico: la de una España tradicional hundida en un mundo de valores del pasado y la de unos jóvenes que, imbuidos de ideas revolucionarias, vinieron a luchar a España.

JAVIER REVERTE

BANDERAS
EN LA NIEBLA

PLAZA  JANÉS

A mis nietos Adrián, Carmelo y Luz

Naturaleza, roja en diente y garra.
[*Nature, red in tooth and claw...*]

LORD ALFRED TENNYSON,
«In Memoriam de A.H.H.»

La verdadera materia de toda existencia es lo terrible [...]. En nosotros mismos notamos que el fundamento del mundo es el abismo [...]. En el hombre está el poder entero del principio tenebroso y, a la vez, la fuerza entera de la luz.

FRIEDRICH SCHELLING,
La esencia de la libertad humana

La guerra ejerce su mortífera fascinación en aquellos que crecen a su servicio.

BERNARD KNOX,
The Heroic Temper

Índice

Banderas en la niebla

1. El torero
2. El estudiante
3. Sevilla
4. La frontera
5. Calles de sangre
6. El frente
7. El Caballista Negro
8. La brigada
9. La marcha
10. Madrid
11. Réquiem de guerra

Epílogo

Algunos personajes citados en el libro

Agradecimientos

Bibliografía

Sobre este libro

Sobre Javier Reverte

Créditos

Notas

EL TORERO

*La hermosa fiesta bravía
de terror y de alegría
de este viejo pueblo fiero...*

MANUEL MACHADO,
«Rojo y Negro»

Madrid, un sábado de fines de agosto de 1925

Hay hombres que sienten atracción hacia la muerte quizá porque la entienden como parte de la naturaleza humana y, por ello, no son capaces de controlar sus vidas. Tal vez no sea otra la razón por la que acuden alegremente a la guerra, dispuestos a matar y a morir. Pero los jóvenes descubren demasiado tarde que las guerras las planean los viejos mientras son ellos, al fin, quienes mueren en los campos de batalla.

Desnudo, José se acoda fumando en la baranda de hierro del balcón que da a los jardines del palacio ducal, en las cercanías de la madrileña plaza de España. Sopla una brisa templada desde el oeste, desde más allá de los bosques de la Casa de Campo, un airecillo empapado del olor a la melancolía de la tierra, ese aroma carnívoro que despiertan las tormentas del revoltoso fin del verano. A sus espaldas, sobre la espaciosa cama iluminada tan sólo por la luz de una luna imperiosa, el hombre desnudo de la duquesa se dibuja con un brillo nacarino bajo el dosel, el resto de su cuerpo oculto y enredado con descuido entre las sábanas blancas. El hombre oye la voz, casi un susurro, que llega desde el dormitorio:

—José, ven.

—¿Qué prisa tienes? —responde.

Han hecho el amor durante un largo rato y ahora, cumplido el sexo, los pensamientos y las apetencias de José transitan lejanos a la sensualidad. De súbito, sin razón alguna que la provoque, se formula a sí mismo una pregunta extraña: ¿cuáles serían los motivos que impulsaron a Dios a inventar el Infierno y al Diablo a burlarse del Cielo? José, que es matador de toros y católico, cree en Dios, en el Diablo y en el Infierno. Y de pronto le deja perplejo pensar que mañana puede morir en la plaza empitonado por el cuerno de un animal salvaje, o salir del ruedo insultado por miles de personas que cuando menos le llamarán payaso, o despachar con brío y arte al animal y convertirse en el ídolo de una multitud enfebrecida. Un destino sin sentido el que aguarda a los toreros: o mártir, o pelele, o héroe. ¿Adónde iría él, caso de morir?, ¿al Cielo, al Infierno? De cualquier manera, como siempre, rodeado de sangre... Sangre, una palabra que ahora le suena vil.

Y se vuelve a decir a sí mismo: ¿qué es lo que empujó a Dios a crear a los seres humanos?

Y reflexiona: puesto que los hombres, y él entre ellos, aman a veces la cercanía de la muerte, tal vez Dios ama la muerte.

A menudo le acometen pensamientos de ese cariz en la víspera de las corridas, cuando trata de imaginar la noche antes la salida furiosa de toriles de los animales que le han tocado en suerte, a sabiendas de que alguno de ellos podrá acabar con su vida en un descuido, apuñalándole con una de sus astas.

Y la lidia de la tarde de mañana le propone un horizonte particularmente sembrado de peligros. No sólo por los toros, fieras reses de la divisa portuguesa de Palha,^[1] sino por el carácter de los dos diestros que le acompañan en el cartel para confirmarle como torero de prestigio en la plaza de Madrid. Antes que grandes artistas, puede decirse que ambos espadas son, en realidad, hombres de un valor rayano en la

temeridad. El sevillano Ignacio Sánchez Mejías esconde bajo sus trajes de luces un cuerpo zurcido por más de veinte heridas recibidas en la lidia. Su forma de banderillar y muletear, arrimado a tablas, mantiene el alma de los espectadores, allí en donde actúa, suspendida entre la admiración y el terror.

El otro, el mexicano Juan Silveti, es tan audaz al meterse en los terrenos del toro que su sobrenombre taurino, «el Tigre de Guanajuato», no resulta banal: más que torear, parece combatir con los astados como un felino enrabiado, como si fuera a morderlos. Y hay ocasiones en que los animales parecen temerle. Ha recibido más de treinta cornadas en su carrera y se dice que, en su tierra, se ha visto envuelto en «balaceras» a menudo y que lleva cuatro «plomos» alojados en el cuerpo, además de un par de puñaladas. En el mes de julio último, los periódicos contaron que, estando en la capital mexicana, bien borracho, interrumpió una representación teatral de *Don Juan Tenorio*, disparando al aire con dos pistolas y subiendo luego al escenario, de donde echó a patadas al actor principal mientras proclamaba a gritos que él era «el único macho» que se merecía doña Inés.

José sabe bien que los dos, Ignacio y Silveti, han logrado fama y prestigio sobre todo «por sus cojones», como se dice en buen español: porque ambos los tienen bien puestos y en su sitio. Y para esa tarde del día siguiente, en la plaza de Las Ventas, a José García Carranza, «el Algabeño hijo», no le cabe otro papel que situarse a la altura de sus dos audaces padrinos, en el festejo que habrá de confirmarle en Madrid con el alto honor de matador de toros bravos.

Ahora piensa en la muerte, el miedo, la cobardía y el Infierno. Todo tan alejado del sexo...

—¿No vienes, José? —repite la mujer.

—Ya voy, duquesa..., un minuto.

No se mueve, sin embargo. Disfruta al percibir el tardío aroma de las matas de jazmines y, más allá de la terraza, entre los arbustos y las arboledas del jardín, ha creído distinguir el paso de una sombra. Pero no se inquieta, a pesar de que los hombres le despiertan a menudo más temor que las bestias. Tal vez sea uno de los sirvientes del palacio o una doncella dada al chismorreó. Del duque no tiene por qué preocuparse: es sabido que consiente sus cuernos con una simulada indiferencia y que se ausenta a menudo de España para esquivar sonrojos.

José arroja al vacío lo que queda del cigarrillo y la brasa gira viva en el aire un par de segundos antes de desvanecerse en la oscuridad. Alza la vista y contempla la turba de estrellas que forman una corona alrededor de la luna, algo alejadas de ella, como si temieran aproximarse a su lívida calavera. Llegando desde la lejanía, quizá desde la iglesia de San Francisco el Grande, resuena el campaneó de las once de la noche, un repique que a José se le antoja como un toque de muertos.

—¿Qué pasa, José? —insiste ella.

Se vuelve y gana en unos pasos el lecho. Al caminar, su cuerpo se cimbreo, flexible, como una vara de fresno joven. Con veintitrés años, es un mozo de pelo negro brillante, rostro con rasgos angulosos y barbilla dura, fornido y grácil al mismo tiempo, y dotado de un aura de resuelta masculinidad.

La mujer alza la sábana cuando el hombre se tiende a su lado. Se aparta hacia su izquierda, hace hueco a José y deja caer la tela sobre los dos cuerpos. Es una muchacha de largos miembros, busto alto y carne morena; no muy hermosa, pero sí sensual. Y en la cama se remueve como una olorosa planta carnívora.

—¿Quieres más batalla, duquesa? —dice él—. Me he quedado sin pólvora.

—¿No presumes en los cafés de Sevilla de buen lidiador de hembras?

—Con los toros gano casi siempre; con las mujeres como tú, casi nunca.

—¿Y eso se lo cuentas a tus amigos fanfarrones?

—En Sevilla, casi todos los hombres tememos la verdad.

—No imaginaba que un sevillano pudiera pensar eso, José...

—No te envanezcas; pero sólo te lo reconozco a ti, duquesa.

—Me gusta más que me llames Momó.

—¿Quién te lo puso?

—Me lo han dicho desde niña. —Se arrima a él—. Quiero tus caricias, José.

—¿Por qué las aristócratas sois tan descaradas? Cualquiera gitana de La Algaba, mi pueblo, es más pudorosa que tú —señala el torero mientras pasea la mano por su cintura desnuda.

Ella ríe.

—No es eso..., ya te explicaré. Pero ¿dónde queda tu renombre de gallardo caballista?

—Mañana toreo..., te repito.

Ella se separa, alza el cuerpo levemente y le mira burlona:

—A pie, claro...; no a caballo.

Luego añade, sonriendo, dulzona:

—¿Te preocupa tanto la corrida como para olvidar que sólo nos cubre una sábana?

—Demonio de hembra... En la plaza de Madrid nos jugamos mucho los toreros. Madrid te da y te quita todo. Puedes ganar la gloria y el dinero. O perder el valor, la vergüenza, el honor..., incluso la vida. Debo descansar.

Ella se aparta un poco:

—Estaré en mi palco para verte.

—¿Quieres que te brinde la muerte de un toro? Si te agrada la idea, incluso me dejaría coger por el morlaco para ganarte el corazón.

—Bravatas... Y olvida mi corazón, que no voy a dártelo. Y no me brindes ningún toro: la gente murmura, ya sabes.

—Eso pasa en Sevilla; aquí estamos muy lejos.

—Hay rumores que corren más rápido que la pólvora encendida. De Madrid llegan a Sevilla como un fogonazo.

—¿Y qué más te da que haya habladurías?

—Las cosas suceden; pero no está bien que vayan de lengua en lengua. Mi marido...

—A tu marido le importa un bledo con quién te acuestas. Se dice que es un maricón camuflado.

—No quiere que se hagan comentarios sobre él, eso no le gusta a nadie. Y maricón no es..., es otra cosa.

—Entonces, un *pishafría*.

La mujer se inclina hacia el hombre y deja un beso en su comisura izquierda.

—Ni se te ocurra brindarme un toro. O mejor: hazlo mentalmente.

—Si así lo quieres..., prometido queda.

—¿Vendrás a verme después de la corrida? Tengo que contarte algo.

—No puedo: he invitado a cenar a mis compañeros de terna. Iremos a un tablao y no sé cómo terminará la noche. Eso..., eso si no nos coge el toro a uno de los tres y a los otros dos nos toca ir de velatorio. Los Palha son unos animales terribles: ágiles, listos, una cornamenta ancha y abierta que parece cubrir toda la plaza como la capa de Satanás... Dímelo ahora.

—Y si hay velatorio, ¿no dejarías un rato a un cadáver frío por venir con una mujer viva y caliente?

—Hay normas que no deben burlarse.

—Rezaré por ti, José.

—¿Escucha Dios a las pecadoras?

—Cuando eres noble y rico, Dios nunca duda en acudir en tu ayuda. La vida es un toma y daca. Yo no soy pecadora: Dios me consiente todo, haga lo que haga..., si es con gusto. Tú no lo entiendes...

—Ten *cuidao*, duquesa, que Dios también inventó el Infierno. En eso pensaba ahí afuera, mientras

fumaba. Y esa idea no me deja tranquilo.

—Al Infierno sólo van los tontos. Intenta aprender, que aún eres joven. La salvación del alma es un negocio.

—Todo lo que tiene que saber un hombre yo ya lo sé, duquesa. Y en cuanto a los asuntos de Dios, no veo que tengan que ver con los negocios: los orígenes de mi familia son pobres...

—¿Y eso qué importa? Somos dos animales en una misma cama. ¿Nunca has pensado cuál es la razón por la que atraes a las mujeres?

—Explícame por qué te gusto a ti.

—A lo mejor por bravucón.

—¿Quieres ofenderme? Creo haber hecho una buena faena contigo, duquesa.

—Remátala entonces, Algabeño..., porque aún quedan brasas en la hoguera.

—Calla y duerme. El que va a rematarme es un toro de Palha si sigues dando guerra.

—Al menos acaríciame, anda.



Ella por fin dormía. Y José, tendido sobre su costado derecho, miraba hacia el balcón, hacia el cielo por donde trepaba la luna, con el sosegado caminar de quien se sabe dueña de la noche, mientras que, a su paso, las asustadas estrellas iban diluyendo sus luces.

José García Carranza, el Algabeño hijo, pensaba otra vez en la sangre y en la muerte, y en los dos Palha que le iban a tocar en el sorteo en apenas unas pocas horas. Siempre sentía miedo el momento antes de salir al ruedo y, a veces, también al término de la corrida. Pero nunca al enfrentarse a la bestia que debía matar.

Porque matar para él era un oficio y sabía cumplirlo con certeza. Lo había aprendido de su padre, el Algabeño, que nació pobre y se abrió camino en la existencia ejecutando toros. No hubo en su tiempo otro estoqueador como él.

Reflexionaba también en la gloria posible y recordaba los años dejados atrás. Y le deprimía levemente la sensación de que había corrido demasiado aprisa en ese tiempo y que su vida gozaba de una plenitud capaz de embotar sus sentidos. ¿Era joven? No tanto como decían quienes esperaban verle muy pronto devorado por el éxito. ¿Y era viejo su corazón? Menos de lo que otros desearían.

Ahora estaba tendido al lado de una hermosa mujer, joven, de piel tersa y perfumada, la más importante aristócrata de España, casi una reina. Y esa misma tarde, en la plaza de Las Ventas, acudiría a ver la corrida el presidente del Directorio Militar, el dictador don Miguel Primo de Rivera, acompañado del embajador de México, que no se perdía una tarde de toros en la que actuara su paisano el Tigre de Guanajuato. Así pues, era un festejo de altura en el que sólo faltaría el rey, de quien se decía que no andaba a bien con don Miguel, por mucho que el general no cesara de proclamar su lealtad inamovible a la Corona.

José volvió a levantarse, sin hacer ruido, y regresó al balcón. Y encendió otro cigarrillo mirando la noche. No hacía frío, tan sólo soplaba una leve brisa ajardinada. Cerró los ojos y se vio a sí mismo alumbrado por la luz de su memoria, corriendo por las anchuras desnudas del campo sevillano, persiguiendo a un becerro con una muleta en la mano, tratando de provocar una embestida que el animal le hurtaba. Y alcanzó a vislumbrar el rostro severo de su padre y a escuchar la voz que le decía:

—José, tú no serás torero.

—¿Y por qué, si no deseo otra cosa?

—Porque yo me enfrenté a los toros para que tú estudiaras y fueras alguien.

—¿Y no es nadie un torero, padre?

—Un torero es sólo una persona que mata o muere. Y que cree no necesitar de los otros.

—A mí no me hacen falta los demás.

—Eso sólo pueden decirlo las bestias o Dios. Y tú eres sólo un hombre, algo muy noble y frágil al mismo tiempo. Tendrías que haber terminado tus estudios de Derecho, sólo con eso me hubieras dado una alegría.

—Pues ya ves, padre: salí torcido.



Quizá percibió antes un rastro de su sombra o tal vez fue primero su perfume. Sintió la piel de la duquesa cuando se arrimó a él. Y giró el rostro: estaba desnuda.

—Debes dormir, José. ¿O quieres que mañana te mate un toro si te viene la fatiga delante de sus cuernos?

—Me has dicho que tenías algo que contarme.

Ella se acercó más todavía y le besó en el hombro.

—¿De verdad te interesa saberlo?

—A los hombres no nos gustan los secretos.

—Voy a cumplir la tercera falta este mes.

—¿Y eso qué significa?

—Que es casi seguro el embarazo.

—¿Es mío?

—¿De quién si no?

—No controlo tu vida.

—Yo sí. Y el hijo será tuyo... o tuya.

—¿Y...?

—Nada. Porque, para todo el mundo, será del duque.

—¿Del *pishafría*?

—Nunca serás reconocido como el padre.

—¿Y si me negara a aceptarlo?

La duquesa rio.

—Tú no eres nadie, José..., al menos nadie que pueda enfrentarse a un poderoso. Pero tienes derecho a conocer la verdad.

La mujer se apartó.

—Soy más de lo que piensas... Pero ¿y el duque?, ¿lo sabe? —preguntó el torero.

Ella se encogió de hombros.

—Quiere un descendiente para sus títulos.

José la apartó a un lado, enérgico, casi con violencia. Se dirigió al dormitorio y comenzó a recoger sus ropas.

—Puedes dormir aquí..., no hay prisa —dijo la duquesa.

—Te brindaré un toro mañana, si asomas por la plaza.

—Suponiendo que vaya a la corrida.

—¿Cómo se llamará el niño?

—Quién sabe si la niña... Buscaré un nombre castizo, algo muy madrileño... Paloma, Cayetano, Manuel, Casta..., no sé.

—Casta, sí: como la madre.

—Quizá ella lo sea.

—Lo dudo: de tal palo...

Él se había vestido.

—Duerme aquí —insistió ella.

—Me iré a mi hotel.

—Todavía puedes venir mañana, después de la corrida.

—Creo que no volveré a verte nunca más..., Momó. Después de todo, como has dicho, yo no soy nadie.

Aunque tal vez un día oigas hablar de mí como de alguien muy grande.

—¿Acaso no eres ya famoso? —dijo ella riendo mientras dejaba caer la mejilla sobre su hombro—.

No seas rencoroso —añadió—. Pero hay cosas que no pueden romperse: la sangre noble, la mía, es igual a la de todos; pero, como sabes, tiene otro color. Y las nuestras son distintas. De todas formas, fue un placer amarte, Algabeño.

—¿Amarme?

—Algo parecido. Y tú, ¿estás enamorado de mí?

—Algo parecido.



Es una tarde soleada, alborozada por una brisa lozana que baja desde la cercana sierra de Guadarrama. La bandera revolotea en lo alto de la plaza y suena un pasodoble. Barreras, tendidos, palcos y gradas aparecen llenos de gente ansiosa por contemplar el espectáculo, que se augura excitante. Forman la terna un reconocido maestro de Sevilla, Ignacio Sánchez Mejías; el mexicano Juan Silveti, autoproclamado el Tigre de Guanajuato, y José García Carranza, apodado el Algabeño hijo, un joven sevillano que viene a confirmar a Madrid su alternativa como matador de reses bravas. Se promete, pues, para los aficionados, una emotiva corrida, si no de arte, al menos de valor. Huele a cigarros de picadura bastarda, corren las botas de vino peleón de mano en mano entre la multitud que aguarda y hay un rumor creciente en las gargantas de los espectadores, que se acalla cuando la banda interrumpe el pasodoble.

El general Primo de Rivera hace su entrada en el palco principal entre aplausos, acompañado del embajador de México y del séquito de ambos. La orquesta acomete los acordes del himno nacional y el público y las autoridades lo escuchan con reverencial silencio, toda la plaza puesta en pie. Y de pronto, una voz resuena en una de las últimas altas andanadas del otro lado del coso: «¡Abajo la dictadura!». Y un coro de una veintena de voces replica: «¡Muera!». Pero los aplausos del gentío, tras un sorprendido y atemorizado silencio, acallan el alboroto, mientras un grupo de policías saltan las barandas de los lejanos balconillos agitando sus porras. Los que estaban cerca del dictador han creído ver cómo asomaba una leve sonrisa en el rostro del general.

Todo se olvida en un par de minutos. Un golpe de platillos pone fin a la música, los alguacillos cabalgan bordeando la arena, recogen las llaves y la puerta de cuadrillas se abre para dar paso a los toreros, banderilleros, peones, picadores de a caballo, mulillas y monosabios.

Y José el Algabeño ve expandirse las pesadas hojas de la entrada y, ante sus ojos, tenderse la plaza de arena de albero, rubia y bañada por el sol cegador, bajo un cielo azul bruñido. Y escucha un clamor de aplausos que los recibe a él y a sus compañeros de lidia.

A su izquierda marcha Sánchez Mejías, vestido con un terno de nazareno y negro, y a su derecha el Tigre, de purísima y oro. Él ha elegido tabaco y oro, los mismos colores con que triunfó en Valencia en su primera alternativa. Mira hacia los palcos. Ve lleno al completo el del presidente Primo de Rivera. Una

veintena de metros a la izquierda, el de la duquesa está vacío.

Pero a él no le importa. Ahora recuerda a su padre. Le gustaría tenerle cerca y jurarle que va a triunfar, que ama la fama, que desprecia la muerte. Y recordarle, para refutárselo, aquello que le dijo una vez:

—José, el oficio de torero es para los pobres. Yo crecí ganándome la vida como carretero, sin estudios, y toreé para que mis hijos no se criaran en la miseria. Y si lo tienes todo, ¿para qué jugarte la vida ante un bicho asesino?

—¿Y la gloria?

—¡Qué palabra, José! No sé qué significa. Yo he matado en las plazas más de mil doscientos toros, tengo en el cuerpo las cicatrices de quince heridas que pudieron llevarme al otro barrio y he visto morir a mi lado a varios compañeros, por cornadas de los Miura y de los malditos Palha. ¿Es eso a lo que llaman gloria? Tú no sabes lo que es ver a un hombre agonizar en tus brazos.



El primer Palha, que le corresponde a José, pesa 520 kilos, se llama Burraco, es negro bragado, largo de tamaño y una fiera indomable. No ha podido Algabeño darle un solo pase de relumbrón, aunque lo ha intentado en tres ocasiones. El animal ha roto la capa de un peón, ha apurado a los banderilleros hasta casi empitonar a uno de ellos y ha destripado dos caballos.

Cuando ha llegado la hora de enfrentarse a solas con Burraco, Sánchez Mejías, su padrino, le ha abrazado y, en voz baja y sosegada, le ha dicho:

—Que Dios te traiga suerte y hagas una carrera memorable, Algabeño... —ha mirado un instante hacia atrás—, aunque, con ese morlaco, poco vas a hacer. Guarda la fuerza y el valor para tu segundo.

El Tigre de Guanajuato, que ejerce de testigo, le da también su abrazo:

—Suerte y cojones, mano —dice—, que mucha va a hacerte falta con ese jabalí.

Brinda al presidente Primo de Rivera y se dirige al toro, que lo recibe tirando cuchilladas con sus afiladas astas. José no encuentra la forma de dominar a la res. Y desiste a los pocos minutos, entre algunos silbidos del público y unos leves aplausos. Pero mata como aprendió viendo a su padre hacerlo: por derecho y en todo lo alto, sin eludir el riesgo del encuentro. Y ha escuchado una gran ovación cuando el toro caía de espaldas, sangrando por la boca, con la lengua fuera y las pezuñas coceando hacia el cielo, como si insultara a un Dios injusto.

José se retira a la barrera cabizbajo. Los areneros limpian con sus rastrillos el manchurrón de sangre que ha dejado uno de los caballos derribado y corneado por Burraco. Las mulillas se llevan el cadáver del astado entre los pitos del público y luego regresan a retirar el cuerpo inmóvil del equino. A José le gusta el olor de la arena mojada por la sangre, mezclado con el de los excrementos de las caballerías que engorrian el albero y que los areneros se apresuran a recoger en cubos de metal. Es un aroma a establo y muerte. Y más que gustarle, a José le excita.



Va a salir el segundo toro de la tarde, el que corresponde a Sánchez Mejías, el más antiguo de los tres matadores. El maestro, a menos de diez metros de donde se encuentra José, apoya la barbilla en el capote que reposa doblado sobre el borde de la barrera, con la montera calada hasta casi las cejas y la mirada concentrada en la puerta de toriles. Está sereno, no se percibe rastro de miedo en su rostro.

El animal, un negro zaino, de nombre Burlero, es rápido, nervioso, pero entra por derecho a las primeras invitaciones de las capas que ofrecen los peones. Raja los vientres de dos caballos, los

intestinos rosáceos quedan sobre la arena amarilla como grasientos cabos de barco, y el bicho achucha en banderillas a los rehileteros. Luego se queda solo, en el centro del ruedo, mirando hacia los lados, la cara alta, los costados chorreando sangre, apostura retadora, como quien espera a que salga a su encuentro un enemigo que esté a su altura en el arte de matar y morir. Y Sánchez Mejías camina despacio cerca de las tablas, hasta llegar a una barrera en donde un muchacho moreno y sonriente se levanta feliz para recibir la montera y escuchar el brindis.

—Es un desaire al presidente no brindarle la faena —dice Senén, uno de sus peones más veteranos, al oído de José—. Se cuenta que don Ignacio es republicano.

—¿Quién es el joven al que dedica el toro?

—Un poeta granaíno, un *mala follá*. Y se cuenta que, además, maricón y comunista. Creo que se llama Lorca.

—Pero don Ignacio...

—Don Ignacio no es ni una cosa ni otra. Pero le gusta ir con artistas e invitarlos. Dicen que escribe teatro.

—No hay mejor comunista que el comunista muerto, Senén.

—Ni mejor maricón que el maricón *capao*.

Recio resulta el toreo del veterano diestro sevillano, que va imponiéndose al agresivo animal, rindiendo su acometida y su vigor. Al fin, lo lleva a la proximidad de una barrera y allí lo torea, primero de rodillas, y finalmente exprimiéndole toda su fuerza en el lance que le ha dado más fama y gloria: muletear a la res sentado en el bordillo de las tablas, obligándola a doblar el cuello hasta casi rompérselo. El público brama emocionado.

Finaliza la faena. Sánchez Mejías le ha hundido al toro en el lomo media estocada y el animal tarda en caer. El diestro debe descabellarlo con el verdugillo. El premio es una aplaudida vuelta al ruedo, más por valor que por arte, que el torero lleva a cabo con paso quedo, altivo y sonriente.



La primera res del mexicano, casi un búfalo de apariencia, que se anuncia en el cartel con el nombre de Buitrero y pesa 605 kilos, luce pelaje aleonado y le ha dado un soberano revolcón al Tigre de Guanajuato cuando intentaba capear por chicuelinas. Es un animal fiero e imprevisible que lanza cornadas como mandobles de sable, imposible de torear con lucimiento. Pero el torero no se ha amilanado. Su faz azteca ha tomado un tinte de obsidiana cuando se arrimaba al astado y le hablaba bajito. ¿Qué le decía? José piensa que no debe olvidar preguntárselo durante la cena. Después de trastear al bicho con temeridad, el matador le ha clavado un bajonazo infame que ha hecho rodar al toro en cuestión de segundos. El público ha guardado por lo general silencio, aunque se han oído algunos pitos y a un vocinglero espectador gritarle al diestro: «¡Indio degollador!».



Ahora la ceremonia cambia de turnos. El cuarto toro es para el maestro Sánchez Mejías, el quinto para el Tigre y el sexto, el que cierra festejo, para el debutante. Y José, ceñudo el gesto, está dispuesto a dejarse la vida y triunfar en el coso de la capital de España. «Madrid te da todo y te quita todo», se repite.

Don Ignacio hace una faena aseada que, esta vez sí, ha brindado al presidente del Gobierno con un gesto de cortesía, sin lanzarle la montera. El toro de 553 kilos, Bufador, es otro zaino, bonito de planta y cortejano de tamaño. Embiste bien y el matador ha sabido llevarlo a su terreno. Ha arriesgado,

sentándose de nuevo en el bordillo de tablas, y ha matado con una limpia estocada. La oreja le ha parecido a José un premio excesivo, pero Sánchez Mejías es hombre que despierta simpatías entre el público.

Al Tigre le han soltado un nuevo bisonte de 590 kilos, negro meano, acochinado de traza, que se llama Buscador. Pero el mexicano no se arredra ante nada. Lo ha toreado cara a cara, sin cederle terreno, pareciendo en ocasiones que, de un momento a otro, hombre y animal podrían enzarzarse a mordiscos. Más que arte taurino, la faena semejaba una lucha del circo romano, como un felino contra un búfalo. El público rugía y temblaba al mismo tiempo. Y cuando el mexicano ha matado de un espadazo caído sobre el costado izquierdo, un suspiro de alivio ha recorrido la plaza. Le han premiado con una oreja. Y José piensa que hubiera conseguido el mismo trofeo de haber acabado con el animal a balazos, con tal de liquidar a aquella fiera antes de que ella le matase a él.



Es el turno de José. Lo ve salir de toriles: astifino, terciado, ágil, corretón, pelaje cárdeno, 523 kilos, de nombre Bullidor. Da una vuelta al anillo sin oposición, abanto, dueño de la arena, demandando guerra. José mira hacia los palcos. Y ahora ve a la duquesa: está sola, con un vestido blanco escotado y una mantilla negra que le cubre la cabeza y los hombros desnudos.

Triunfar o morir, ése es el juego que le espera en los próximos minutos. Un juego que le atrae, que le urge emprender mientras la plaza huele a sangre derramada de toros y caballos.

Sale al ruedo y centra al animal con el capote. No embiste mal. Se luce con unas verónicas, algo rudas pero ceñidas, que levantan olés. Y cierra la tanda con una airosa media. No apura la suerte, no pretende fatigar o resabiar al animal: quiere que llegue virgen y vigoroso a la muleta.

Tras las puyas y banderillas, don Ignacio se acerca y le dice en voz baja:

—Es tuyo, pinta bien; pero cuida su embestida por la derecha, por ahí se cuela. Y dale aire, déjale respirar entre tanda y tanda, no es un bicho fuerte.

—No te arredres, mano —dice el Tigre—: ese diablo busca el lado derecho y quiere muerte. Tú solamente cumple el rito: ¡asesínalo!

José se dirige al centro de la arena con la muleta recogida en el antebrazo izquierdo y la espada sujeta en la mano del mismo lado. Y hace un gesto hacia lo alto, quieto en el centro, mientras gira sobre sí mismo. Antes de dejar caer al suelo la montera, mira hacia el palco en donde está sola la duquesa. Es un instante apenas. Toma la montera y la frota contra su propio vientre con la cara dirigida a la mujer. Y luego la arroja sobre el albero. Cae bocabajo, signo de suerte.

Le ha dado al toro algunos pases de trasteo, muleta desmayada, macheteándolo para castigarlo. Y luego, resuelto, se ha llevado al animal cerca del tendido 7, en donde todavía queda un rastro de sol rezagado en esa hora. Y se ha echado el engaño a la izquierda.

La primera tanda ha resultado algo bronca, aunque José le ha puesto valor y ha ofrecido el cuerpo ante la muleta antes de mostrársela al cornúpeto. Le deja rehacerse apartándose un poco y vuelve a tender la mano izquierda. Ahora el aire de la muleta es más hilado y cadencioso y logra, para rematar la serie, un espléndido pase de pecho. Ya percibe los olés que le aclaman.

La tercera serie es la mejor, la más pausada, y el público se enardece en su favor. Pero en la cuarta nota al toro flojear. Le aprieta y sólo logra que el animal enrede en dos ocasiones el cuerno izquierdo en la muleta.

Se separa, le da aire y cambia el trapo de mano. Es un error. Como le advirtió el maestro don Ignacio, el toro se cuela y la cornada se presiente. Pero José aguanta el tipo y arriesga. Hay aplausos cuando

remata la tanda con un forzado pase de pecho. Han callado, sin embargo, los olés. José se da cuenta de que toda la suerte de la tarde depende, para él, tan sólo de la espada.

Y se cuadra ante la bestia, el acero tendido en horizontal delante de sus ojos, apuntando a los lomos de la res, y la muleta baja. Le provoca con un aleteo de la tela, sin moverse: quiere matar recibiendo. Pero el toro no se arranca. Cita de nuevo y ahora sí: la fiera acomete briosa, salvaje, dispuesta a ensartarle con el asta. Es un décimo de segundo lo que separa al Algabeño del triunfo y de la muerte. Se aparta levemente al lado izquierdo mientras percibe cómo la espada entra en la carne del toro, sin oposición, cual si la clavase en una montaña de mantequilla.

Menos de un minuto y el animal renuncia a vivir, dejándose caer primero de rodillas y luego de lado. La sangre le sale a borbotones por la boca, desde la aorta quebrada, y tiñe el albero de oscuro. Otra vez le excita a José el embriagador aroma a sangre y barro. Mira al palco de la duquesa. No está. En tendidos y gradas y andanadas, la plaza es un aleteo de pañuelos, como palomas blancas que se disponen a emprender vuelo; el público, puesto en pie, proclama su nombre en demanda de las orejas del toro; el presidente, con un gesto de gentil dadivosidad, concede ambas: el Algabeño ha triunfado en Madrid.



Ignacio Sánchez Mejías miraba al joven que se sentaba a su lado, junto a una mesa en donde abundaban las pequeñas botellas vacías de manzanilla y vino fino, huesos de olivas verdes y trozos de almendras fritas, restos de jamón y chacinas varias. Vestido de corto y con bota campera, el mozo era robusto y recio, de brillante pelo negro, frente curvada y ancha. Sus labios eran gruesos y su perfil algo marmóreo; pero al sonreír se le apreciaban rasgos del niño que hacía poco dejó de ser. Había matado bien, como los ángeles, escribirían los cronistas. O quizá sería más exacto decir que como un ángel maligno. Ignacio sabía de su fama de hombre pendenciero, bebedor y exitoso con las mujeres. Era simpático y reidor. Pero el pétreo trazo de su mandíbula y su mirada fría no le parecía al veterano lidiador que destilaran nobleza, sino una cierta malevolencia y no poca chulería.

Los tres toreros triunfadores de la tarde madrileña llevaban más de dos horas en el Café Romero, un local flamenco de la calle de Atocha, en donde los clientes parecían nadar entre el humo de los cigarros. José el Algabeño tenía ya las mejillas encarnadas de tanto beber. Al otro lado de la mesa, sentado entre dos chicas de alterne vestidas con sendos faralaes, el Tigre de Guanajuato no le andaba a la zaga. Iba ataviado con un singular vestuario que mezclaba un sombrero charro de fieltro negro, con alas redondas y grandes, adornado en la copa con bordados de plata y caído de lado sobre el cráneo; la chaquetilla que había llevado en la plaza esa misma tarde, en donde brillaban alamares con forma de calaveras y de tibias; la corbata torcida y suelta sobre los picos del cuello abrochado de la camisa, en donde lucía un botón de nácar; un cinto con la funda del revólver vacía, pues le habían obligado a dejar el arma en un armario de la entrada, y botas altas que recogían los bajos de un pantalón ajustado, color ala de cuervo, con un filete granate en la pernera. El bigote al estilo Pancho Villa apuntaba hacia lo alto sus recias guías.

Ignacio, por su parte, vestía un terno negro y una corbata del mismo color, como si fuera de luto. Al salir del hotel rumbo al Café Romero, el Tigre le dijo:

—Pos no sabía, maestro, que íbamos de funeral.

—Me gusta el color negro, Juan Silveti. Y de ese color acabaremos algunos como no dejes en el hotel esa pistola.

El otro palmeó la cacha marfileña de su revólver.

—A nadie voy a matar. Pero, en México, si no calzas tus armas es como si fueras desnudo. Yo siempre llevo a «Doña Genoveva» en la cadera: de más de una me ha salvado.

—¿Naciste con ella puesta, Tigre?

El mexicano rio sonoro.

—No; pero me creció en su sitio antes que los machos, mi cuate.

—En Madrid no te va a hacer falta.

—Pero ella me echa de menos, cuate... Y cuando llora, es peligrosa: llora fuego.

Y se arrancó a reír.



Juana «la Macarrona», que conocía a Ignacio, había bailado para ellos mientras cantaba Manuel Vallejo y guitarreaba Miguel Borrull. El Tigre, entusiasmado, hizo con los dedos amagos de disparos al aire y José el Algabeño, ya borracho, se arrancó a bailar por bulerías con la Macarrona. Ella le siguió el juego, burlona, mientras él daba algún que otro traspie.

Cuando volvió a la mesa, el joven torero preguntó a Sánchez Mejías:

—¿Qué le pareció mi arte?

—Matas mejor que bailas.

—Dicen que, en bulerías, no desentono de los grandes.

—Quédate con ello si es tu capricho. Pero la Macarrona es mucha Macarrona. ¿Has visto cómo se para, tras los desplantes, para dar paso a la falseta? Recta como un puñal. Y ésa es la raíz más honda del flamenco. Tú, a los toros, que es lo tuyo.

En una de las mesas se acomodaba el viejo maestro Luis Mazzantini, un hombre de unos setenta años, bien trajeado y con aspecto de ser el centro del grupo de amigos que le acompañaba. Sánchez Mejías y él se saludaron con las manos desde lejos, enviándose sonrisas.

—¿No le conoces? —preguntó Ignacio a José.

—Cuando ando en copas, distingo mal.

—Es don Luis Mazzantini..., una gloria de ayer.

—Ah, sí, he oído mucho de él, creo que conoció a mi padre. Yo no le vi lidiar, pero ¿cómo se *pué* ser medio italiano y medio vasco y, a la vez, torero?

—Pues lo fue, y muy grande.

—Imposible. De Despeñaperros *p'abajo*, se torea; y de Despeñaperros *p'arriba*, sólo se agitan trapos.

—¿Y un americano no puede ser torero? —dijo Sánchez Mejías señalando en dirección al diestro mexicano.

José bajó la voz al responder:

—Ése es un diablo, don Ignacio.

Salieron a la mesa nuevas rondas de finos y manzanillas. Ignacio se guardaba. El Tigre se mecía de lado a lado en su silla, malamente sostenido por las dos muchachas. Y José cabeceaba.

—¿Sabe usted, don Ignacio? —dijo este último—. Mi padre no quería que yo fuera lidiador.

—Él era el mejor con el estoque. ¿Te enseñó a matar?

—Aprendí fijándome a escondidas... Quería que estudiara. Decía que se torea por necesidad.

El veterano guardó silencio.

—Y hoy he triunfado en Madrid —siguió el joven—. Así que se equivocaba.

—Quién sabe...

—A usted nunca le ha hecho falta el dinero, es muy rico, se cuenta... Y sin embargo, baja a la plaza, jugándose la vida cada corrida.

El otro no respondió. José señaló hacia la mesa de Mazzantini.

—Y ese italiano... —siguió—. Era también rico; durante años lidió toros. Dígame, don Ignacio, ¿por qué?

Sánchez Mejías siguió callado unos instantes mientras el muchacho le miraba con ojos beodos. Al fin habló, despacio, con cierta solemnidad:

—El peligro. Yo no sé vivir sin peligro porque siento que, sin peligro, no existo. ¿Lo entiendes?

—Algo.

—Y los que no morimos en el ruedo, sino en la cama, nunca alcanzamos la plenitud de este arte...

—Uno la espicha en cualquier sitio en que le venga el mal fario.

Sánchez Mejías movió la cabeza negando:

—¿Recuerdas al gran Joselito? No hubo otro igual. Expiró en mis brazos, en Talavera, hace cinco años. Yo había toreado esa tarde con él y le cerré los ojos en la enfermería. Y sin embargo sigue con vida. Porque los grandes matadores pueden morir en el ruedo pero permanecen siempre en la memoria de los aficionados. Otros entramos y salimos de la historia. Ellos nunca se van de la plaza: dan mulletazos que son como vuelos de ángeles... eternos.

—¿Y qué hay que hacer para ser un gran torero, maestro?

El veterano diestro sonrió con cierta melancolía:

—A Joselito los dioses le habían tocado en el hombro. Y en esto, como en todo, se nace o no se nace. Cuando a otros, ante el toro, se les helaba la sangre, a él le ardía el corazón. El suyo era un don.

El Tigre había oído a Ignacio y parecía haberse recuperado de pronto de la cogorza. Se echó hacia delante y dio un golpe en la mesa, con el puño.

—¡Tiene razón, mi cuate, tiene razón!

Volvió la vista hacia José.

—¿Sabes, mano, lo que hago yo cada tarde antes de que se inicie la corrida? Pues me voy a la enfermería y me tumbo un rato en la camilla en donde operan..., *pa'irla* calentando, por si me pincha la fiera.

Soltó una risotada. José le agarró de la pechera y le atrajo hacia él.

—¡Cuéntame, Tigre...! ¿Qué le decías al primero de tus toros cuando te acercabas a su oído?

El otro siguió riendo con ruido.

—Es un secreto profesional, mano... —dijo—, una especie de conjuro: me trae suerte a la hora de matar.

—¡Dímelo! Soy tu amigo y no creo en brujerías.

—Vale... Pero no lo divulgues, Algabeño.

—Seré una tumba.

—Pues a los sepulcros tampoco se lo cuentas: en México algunos nichos parlotean cuando se abren en la Noche de Difuntos.

El Tigre se santiguó dos veces con premura. Luego, se acercó a la oreja de José y le habló en voz baja:

—Le murmuré al toro: «Si sigues así, te voy a morder los cojones y, sin soltarlos, te arrastraré hasta la plaza de la Cibeles. Y allí, en la mera fuente, te los voy a hacer tragar mientras echas sangre a chorros por la boca, hijo de la gran chingada». Y lo rendí.

Se libró de la mano de José y se dejó caer hacia atrás sobre el respaldo de su silla, riendo a carcajadas.

—¿Sabes por qué me apodo Tigre?

El Algabeño, borracho, le miraba cual si estuviera hipnotizado.

—Porque cuando yo nací..., ese *mesmo* día..., ¡rugieron a coro todos los tigres de la selva del Yucatán!

Calló un instante y, bizqueando, se aproximó de nuevo a José antes de continuar:

—Pero hay algo, no más, necesario para comprender lo que es la vida, mano. Hasta que no matas a un hombre y lo ves agonizar delante de ti, no sabes qué significa vivir.

Se echó de nuevo hacia atrás el Tigre en su asiento, moviendo la cabeza como si reafirmara su juicio.

—Y a todo se aprende —concluyó—. ¿Acaso no aprendemos a leer, que es mucho más complicado que matar?

Volvió a inclinarse hacia delante y colocó otra vez su rostro casi pegado al de José. Luego, alzó la mano, puso el dedo índice entre las cejas del torero joven español y dijo:

—Mira cómo aprendí a leer: la «be» con la «a»... «BA» ¿Y si añades una «ene» y una «ge»? ¡BANG!

Y rio de nuevo, con tal vehemencia que a punto estuvo de caerse de la silla.



Al día siguiente, José viajó en coche, con su cuadrilla, de regreso a Sevilla, con el ánimo alegre del triunfador.

Tardó unos días en ir a visitar a su padre. Le llevaba como regalo una de las dos orejas del toro cortadas en Madrid.

EL ESTUDIANTE

Tejidos de alegrías y penas humanas, así fueron estos corazones. Tejidos maravillosamente de tristeza, agitados de júbilo.

Los años les habían dotado de bondad. Suyos eran el amanecer, el crepúsculo y los colores de la tierra...[\[1\]](#)

RUPERT BROOKE, «Los muertos»

Cambridge, principios de otoño de 1933

Es un viernes de aire tibio y de luminosidad tímida, semejante a la del verano que acaba de escapar. El joven está sentado, solo, en la ribera, sobre un colchón de jugoso césped recortado hace poco por los jardineros del Trinity College, un suelo en donde se hunde con blandura su cuerpo. El sol de media mañana acaricia la clara superficie del perezoso río en el que el muchacho podría mojar los zapatos si adelantara ligeramente los pies. En realidad, el Cam no parece un curso de agua cuando atraviesa la ciudad de Cambridge, sino una sucesión de estanques abiertos por el hombre entre el fulgor de los campos y las arboledas. El chico lleva un libro en la mano y viste una chaqueta verde oscuro de solapas más claras, una camisa grisácea de cuyo cuello asoma el nudo aflojado de la corbata de rayas con los colores del Trinity. Disfruta del roce del aire cálido sobre su piel, en la cercanía de las venerables figuras de los olmos y robles que oscurecen el fondo de los pradales y de los severos edificios de los *colleges* universitarios. En lo alto, el cielo se pinta de un tono blanquecino, una palidez que pudiera parecer enfermiza.

En mitad de la pradera, el chico compone con su entorno un retrato muy común de la idílica Inglaterra, como uno de esos cuadros de autores olvidados que se venden en las tiendas de antigüedades del centro de la ciudad junto a otros que representan meriendas campestres de damas endomingadas, o partidas de cacerías del zorro en donde jinetes bigotudos visten chaquetillas cortas de un rojo vivaz y bota alta bajo el pantalón de montar. Si el cuadro contuviese sonidos, se escucharía el golpe de los remos de una barca cercana que navega río arriba y el silbo de un mirlo llegado del centenario bosque cercano. Si desprendiera olor, sería un aroma de empapada hierba joven.

John es un muchacho de diecisiete años, cercano ya a los dieciocho, alto, delgado y nervudo, de aspecto vigoroso. De piel muy fina, morena y casi barbilampiño, exhibe oscuras y pobladas cejas y posee pómulos salientes, de aspecto rocoso, y una ruda barbilla. Tiene cabellos duros y rizados, abundantes, de color azabache, que semejan en cierto modo la pelambreira de un guerrero tártaro antes que la de un caballero inglés. Sus negros ojos de mirada franca restallan y despiden un intenso fulgor, quizá el crepitar de un corazón inflamado de pasión. Se diría que el suyo es un rostro bello, cercado de una sombra de dureza que, al mismo tiempo, despierta lástima y ternura.

Está sentado con la pierna izquierda doblada sobre el suelo, mientras la derecha se alza y flexiona en la rodilla, en donde apoya una mano. En ella sostiene un pequeño libro, a medio abrir, que contiene poemas de Lord Byron, y el primer verso que no alcanzan a ocultar sus dedos dice: «*Si reniegas de la juventud, ¿para qué vives?*».[2]

Espera a alguien y mira con cierto anhelo hacia su derecha, dando la espalda a los solemnes muros góticos del Trinity College en donde ha comenzado, hace pocas semanas, su primer curso de estudios de Historia. Rupert John Cornford es un sobresaliente alumno, como lo fue antes en la elitista Stowe School que abandonó en mayo con las mejores calificaciones, lo que todo el mundo esperaba del digno bisnieto

de Charles Darwin por línea materna. Y sin embargo, desdeñando las ciencias, tal vez influido por su padre, ha elegido los estudios de Humanidades; mientras que, quizá al arrimo de la voz de su madre, escribe versos.



La muchacha llegó un poco después. Se acercaba caminando desde la derecha. John cerró el libro y se puso en pie. Morena, como él, y más baja de estatura, venía descalza, con los zapatos sujetos en una mano, la melena alborotada y suelta, con esa sonrisa algo entristecida que al joven tanto le atraía. Era una hermosa mujer, de aspecto agitanado, que despedía un inequívoco aroma de sexualidad. La falda de un vestido gris claro, de manga larga, le cubría las pantorrillas y llevaba doblada en su brazo derecho una rebeca color frambuesa. En su mano izquierda bamboleaba un ligero y ajado maletín de viaje.

Rachel «Ray» Peters tenía dos años más que John y era galesa, hija de un minero de Swansea expulsado, tras una huelga, de la empresa que lo empleaba y emigrado a Inglaterra. Los dos jóvenes se habían conocido el invierno anterior en Londres, adonde John se había trasladado desde primeros de enero, por unos meses, para asistir a un curso en la London School of Economics, antes de regresar, a principios del verano, a Cambridge, la ciudad en la que había nacido y crecido.

John fue a su encuentro. Se besaron con levedad en los labios. El olor de la piel de ella, una mezcla sutil de carnosos aromas a frutas y de algas, despertó la sensualidad del joven. John pensaba que era eso lo primero que le había atraído de la muchacha cuando se conocieron. Eso y el hecho de encontrarse con alguien que no pertenecía a su mundo de severidades escolares e intelectuales: la forma directa como miraba, lo terminante de sus juicios, el orgullo de su origen proletario... Ray podía ser tan dulce en el amor como tenaz en la lucha, alguien tan diferente a su madre.

La besó de nuevo, esta vez con más intensidad, y ella se apartó un instante después. Ray le tomó la mano izquierda y, tirando levemente de él, comenzó a desandar el camino que la había traído hasta allí, recorriendo una casi invisible vereda de arena que se abría entre la hierba, en la orilla derecha del Cam. Marcharon al principio sin hablar, envueltos por una ligera sensación de melancolía. Al rato, John guardó el poemario en el bolsillo de la chaqueta, se desprendió de ella y la colgó de su hombro derecho.

—¿Qué libro es? —rompió ella el silencio, sin detenerse.

—Versos de Lord Byron. ¿Quieres que recite uno?

—Ya sabes que no entiendo mucho la poesía.

—Lástima. Yo sin ella no podría vivir.

—¿No crees que es una expresión del pensamiento burgués?

Él rio.

—Alguna. Pero no la que a mí me gusta.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Hay una poesía..., cómo decirte..., georgiana, la que escribe mi madre, por ejemplo: formalista, vacía de vida, en buena medida falsaria, que oculta banalidades detrás de un lenguaje muerto. La mía busca un lenguaje cálido y claro... Y quiere ser épica.

—¿Como Tennyson y Kipling?

—Ellos eran imperialistas: los detesto. Hablo de otra épica, la épica contraria.

—No me habías dicho que tu madre es poeta.

—Es lo que ella cree. Yo no estoy tan seguro.

—¿Y le has dado tu opinión?

—Desde luego.

—Le habrá molestado.

—No compartimos ideas literarias ni políticas. Se enfureció cuando le dije que soy miembro de las juventudes del Partido Comunista. No sabía si llorar o apuñalarme. Cuando era un niño, nos adorábamos y ella me escribía con frecuencia al internado, a la escuela de Stowe. Me enviaba sus poemas..., pero muy pronto empecé a encontrarlos floridos y huecos. Y se lo dije. Ahora, todo es distinto entre nosotros.

—¿Ya no la quieres?

—Sí, como a un cuadro antiguo de la casa en donde naciste y junto al que has crecido.

—¿Y a tu padre?

—Es un hombre de ideas más avanzadas, pero demasiado moderado para aceptar el marxismo. Estuvo movilizado durante la Gran Guerra, en un campo de entrenamiento, aquí cerca, en Grantham. Él se siente orgulloso, aunque nunca pisó el frente de combate. Ahora enseña filosofía antigua. Escribe sobre Platón: para él, es como un viejo amor. No le imagino admirando a Marx.

—Recítame un poema de Byron..., el que estabas leyendo cuando llegué.

—¿En serio?

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

Se sentaron sobre la hierba. John abrió el libro y declamó con lentitud y voz sonora:

*Si reniegas de la juventud, ¿para qué vives?
La tierra de la muerte honorable
está aquí. Salta al campo de batalla
¡y rinde tu aliento!
Busca —a menudo menos buscada que hallada—
la tumba del soldado, la mejor para ti;
luego mira alrededor y elige el sitio,
y toma tu descanso.*^[3]

El joven cerró el libro.

—¿Qué te parece?

—Dime por qué razón no es un poeta burgués.

—Habla de lucha y heroísmo... Y no de patria ni de imperios. Byron luchó por una causa justa.

—¿Cuál era?

—La independencia de Grecia.

—¿Y te parece bien morir por algo tan lejano?

—Una empresa noble nunca es ajena, aunque se exprese en una lengua distinta y el precio sea tan enorme como la muerte. Se puede combatir por otro país y es lo mismo que si lo hicieses por el tuyo. Lo importante es la idea, ¿no es lo que haría un comunista?

—Y la empresa de Byron... ¿venció?

—Murió antes de que llegara la victoria griega. «*La espada, el estandarte y el campo de batalla: ¡Gloria y Grecia veo en mi entorno!*»,^[4] —añadió John recitando de memoria.

—No me imagino a Marx escribiendo cosas como ésas.

Él rio y ella se levantó y siguió andando. El joven la siguió y, al alcanzarla, dijo:

—Marx estaba muy ocupado. Y, que yo sepa, nunca dijo si le gustaba o no la poesía.

Tomó a la muchacha de la mano y continuaron caminando en silencio. Dejaron a la izquierda los sobrios edificios del Saint John's College y, un poco más adelante, cerca de las arcadas góticas del Puente de los Suspiros, se detuvieron junto al pequeño fondeadero. Algunos remeros movían las largas

pértigas para hacer avanzar sus espigadas embarcaciones de proa plana sobre la mansa superficie del Cam. Olía de nuevo a hierba recién cortada.

—¿Quieres que tomemos una barca? —preguntó John.

—He venido a verte el fin de semana entero, para estar juntos cada minuto, no a recorrer un río... — Ray soltó la mano de John—. Y me encuentro con que no puedes comer hoy a solas conmigo.

—Lo sabías, te lo había dicho.

—Pero esperaba un cambio de opinión.

—Es el único día que mis padres me piden estar con ellos..., una fecha muy particular. Una vez al año, reúnen a sus antiguos amigos para recordar a quien consideraban el mejor de todos, un poeta joven muerto en la Gran Guerra: es la gran fiesta anual de mi familia, más que la Navidad, sobre todo para mi madre.

Miró a los ojos a la muchacha antes de añadir:

—Pero el resto del tiempo es nuestro. Y las noches de hoy y todo el día de mañana y la mitad del domingo, hasta que tomes el tren a Londres. Además, creo que es mi obligación acudir a la fiesta, ahora que me voy a ir para siempre... Es casi una despedida. Y estás invitada si quieres venir, ya lo sabes.

Ella negó con la cabeza. Y al poco dijo:

—¿Quién era el poeta? Ya veo que Cambridge está lleno de ellos.

—Se llamaba Rupert Brooke. Era subteniente del ejército inglés. Murió en Grecia, en la isla de Skyros, cuando se dirigía al campo de la terrible batalla de Gallipoli, en Turquía..., unos meses antes de que yo naciera.

—¿Otra vez Grecia?

John sonrió y movió la cabeza.

—La de Brooke fue una muerte muy poco gloriosa: le picó un mosquito que le envenenó la sangre. Y creo que no te lo he dicho: yo me llamo Rupert John Cornford... Rupert, por él.

Ella rio.

—Rupert... ¡Qué pretencioso y burgués! Con ese nombre no enamorarías a ninguna muchacha de mi clase. Y resulta ridículo para un comunista.

—Ya nadie me llama así.

—¿Era buen poeta el tal Brooke?

—Mejor que mi madre. Pero de la misma cepa: georgiano, imperialista, gustoso de las palabras sonoras y huecas... Hay otros mucho más importantes que él, que también murieron en la Gran Guerra y con más gloria, incluso: Owen, Seeger, Rosenberg, Sorley... Cayeron en el frente y encontraron sus poemas en sus bolsillos. No hablan de gloria en sus versos, sino de espanto y dolor. Pero claro..., Brooke no llegó a combatir, mientras que los otros pelearon como bravos soldados. Owen es el que prefiero entre todos.

—¿Sabes algún verso suyo de memoria?

—Hay uno estremecedor: «... y de mi oscuro llanto algo ha sobrevivido / y debe ahora morir: la verdad nunca dicha, / la pena de la guerra, la pena que la guerra destila».^[5] Murió en Francia, combatiendo, sólo una semana antes de concluir la guerra.

—¿Y qué otros poetas te gustan de los que no me has recitado nada?

Él se encogió de hombros.

—Muchos... Shakespeare, Donne..., entre los de antaño. ¿Has leído a alguno de ellos?

Ella negó con un movimiento de cabeza.

—No entiendo la poesía —añadió—. Pero sigue.

—De los que escriben ahora —siguió John—, mis favoritos son Eliot, Graves, Pound... Hay un verso

del primero que me recuerda a nosotros dos: «*Vamos entonces, tú y yo, / cuando el atardecer se extiende sobre el cielo / como un paciente anestesiado en una mesa; / vamos por ciertas calles medio desiertas, / los murmurantes refugios / de noches inquietas en baratos hoteles de unas horas / y restaurantes con serrín y conchas de ostras...*».[6] ¿Te gusta?

—Suenan algo tétrico. Y nunca he comido ostras, son muy caras... Quisiera escuchar un verso tuyo.

—Te lo recitaré cuando considere que he escrito uno bueno. Estoy en periodo..., por decirlo así..., de formación. La técnica la conozco, pero busco un lenguaje vivo y propio.

—Dime uno, sólo uno.

—«*No me veas nunca más / como una vez deseé parecerte, sino como yo soy.*»[7] Lo escribí antes de venir al Trinity, cuando iba a la escuela de Stowe.

—¿En quién pensabas?

—En una chica con la que tonteaba entonces. Elisabeth, un amor virginal, por llamarlo de alguna forma..., ya te lo conté en Londres. Hace casi dos años que terminó.

—La abandonaste...

—No le gustaba el tipo de vida que yo busco. Creo que se equivocó de siglo: se sentía como alguien del XIX. Y además..., te conocí a ti.

—Y yo, ¿pertenezco a tu mundo?

—Yo te amo y eso basta..., creo.

—Tengo miedo a que un día me dejes: no soy de tu clase.

—Yo no creo en eso, soy marxista.

—Una cosa es el pensamiento y otra la vida: los apellidos, los orígenes, los llevamos ocultos en el alma, pertenecemos a ellos sin darnos cuenta...

—No estoy de acuerdo, Ray.

—¿Y quiénes se reúnen hoy en tu casa?

—Ya te he dicho que puedes venir si quieres.

—Me sentiría incómoda. Y no tengo ropa adecuada...

—Eso es lo de menos, a nadie le parecerías mal vestida. Eres muy bella. Y casi todos son amigos de padre, hombres y mujeres que detestan las convenciones y las apariencias: la escritora Virginia Woolf, el filósofo Bertrand Russell... y otros miembros de un grupo intelectual que se hace llamar los de Bloomsbury, que son muy respetados en Londres. Creo que, incluso, a muchos les interesaría conocerte. Yo les resulto algo extravagante, ¿sabes? ¿Con quién sale el imprevisible John? Pero a mí sus opiniones no me importan nada.

Guardó silencio y prosiguió:

—Luego, claro, acuden otro tipo de personas..., diríamos que el grupo de mi madre. Mi tía Gwen Raverat, una artista del grabado..., y mucha otra gente que se cree algo así como la esencia de la noble Inglaterra, por situarlos de alguna manera. Habrá música y, para cerrar la velada, mi madre recita cada año poemas de Brooke.

—¡Ah, la noble Inglaterra...! En Gales no acostumbramos a recordar con banquetes a nuestros muertos; sencillamente, les lloramos.

Ray hizo una pausa antes de añadir:

—Cuando de niña pensaba en que alguna vez me enamoraría, nunca imaginé que el hombre que me amara podría dejarme sola toda una tarde por un motivo tan necio y tan rancio.

—Me escaparé en cuanto pueda. Pero hoy quería proponerte algo... Te he dicho hace un momento que no pensaba ya volver a mi casa a partir de ahora... ¿No te interesa saberlo?

Ella encogió los hombros.

—Hace dos días —siguió John—, llegué a un acuerdo con un profesor que se apellida igual que yo: Maurice Cornford. Enseña filosofía en Trinity y es marxista, lo mismo que nosotros. Me ha alquilado una habitación en su casa. Será para los dos; más adelante buscaremos otra cosa mejor. Seguiré manteniendo mi cuarto en el colegio, pero sólo para las horas de estudio y alguna noche en que tú no estés. Y tú puedes trasladarte desde Londres hasta Cambridge cuando quieras.

—No tengo trabajo.

—Te buscaré uno, no habrá problema. Conozco mucha gente en Cambridge, es mi ciudad. Viviremos como en Londres. Pero, ahora, para siempre... Fui muy feliz en Londres contigo. Me sentí, por vez primera en mi vida, un hombre libre.

Un instante después, John anunció:

—Ayer se lo dije a mi padre.

—¿Y qué opina?

—Me miró un rato directo a los ojos, creo que con cierta tristeza. Y comentó: «Es tu vida, John». Luego me preguntó: «¿Quién es ella?». Y yo respondí: «La mujer a la que amo». Asintió y no hubo más. También lo sabe mi hermano Chris, es al que siento más cercano de todos: apenas le llevo catorce meses.

—¿Y tu madre? —preguntó Ray.

—Supongo que se lo habrá dicho mi padre y no le habrá gustado. Hablaré con ella el domingo por la tarde, cuando regrese a casa después de dejarte en el tren.

John sonrió antes de añadir:

—Y bien, ¿qué contestas?

Ray se acercó y le besó con calor en la boca.

—Alquila una barca, John —dijo al separarse de sus labios.



La casa de los Cornford ocupa dos plantas. Es un edificio sólido y sobrio, de ladrillo visto color gris, con una puerta neoclásica de doble hoja pintada de verde y rematada por una claraboya en forma de media naranja, con un adorno de pequeños gajos de cristal y listones de madera lacada. Los salones del piso bajo dan a la calle a través de dos altas cristaleras y, en la segunda planta, cinco ventanas de bastidor de otros tantos dormitorios de la familia, junto con el cuarto de baño, se asoman al río. Coronan la vivienda los caballetes de cinco ventanucos abuhardillados por donde entra una breve luz para los pequeños cuartos del servicio doméstico. Es un edificio típico de la elitista aristocracia intelectual de Cambridge.

Al entrar en la casa, en el vestíbulo, los ojos inquietos y severos de Charles Darwin contemplan a quienes traspasan la puerta desde la hondura de un óleo oscurecido por los años, como si el sabio los examinara antes de permitirles el paso. En el interior, el salón es sobrio y elegante, con aspecto de haber sido decorado para exhibir objetos delicados, para mostrar fotografías, cerámicas y cuadros valiosos, antes que para hacer sentirse cómodos a los visitantes. Confiere la impresión de que los sillones están allí para mirarlos, no para sentarse en ellos. Tras el comedor y la cocina, se abre un amplio jardín en donde, al contrario que en los salones, reina el desorden. Hay sillas desperdigadas, un par de hamacas, mesas pequeñas, un columpio infantil, descuidadas matas de flores, una fuente sin agua, un césped desgredado, una arboleda que parece un bosquecillo y algunas ardillas grises que juegan subiendo y bajando por las ramas de un roble anciano.

Los niños casi nunca entran en el salón, reservado a los adultos. Pero el jardín siempre ha sido un espacio libre para todos. Y ahora los invitados lo llenan en la tarde amable de clima veraniego.



Fue ella quien se acercó a John. Acababan de comer y el muchacho se había alejado de los grupos que charlaban animadamente en el jardín. Sentado sobre el tocón de un arce recién cortado, bajo nubes violáceas que pintaban el cielo y acariciado por una brisa suave, pensaba en Ray y en el ya cercano lunes, cuando dejaría su casa familiar para no volver jamás. Al menos ésa era su idea: no regresar nunca. Pero sus planes iban más lejos de Cambridge y ahora también dirigía hacia ellos sus pensamientos: se recreaba, por ejemplo, en sus intenciones de viajar durante unos años a tierras remotas, como su bisabuelo Darwin, cuando concluyese sus estudios en el Trinity. Al fondo del jardín, un cuarteto de cuerda interpretaba «El jinete», una pieza de Haydn, el compositor favorito de su madre.

La vio venir desde que se separó del grupo en donde conversaba y echó a andar en su dirección. Llevaba un vestido gris claro, rematado de encajes color crema en el cuello, mangas y falda, que le cubría las pantorrillas, y se tocaba con un sombrero de ala muy ancha, del color del traje, adornado con flores de tela de desvaídos tonos celestes y rosados. John la conocía desde niño, pero siempre le pareció una mujer aislada, como evadida de la vida, con aire de mariposa, y apenas había intercambiado nunca con ella más de unas pocas palabras. Ahora se acercaba mirándole directamente y sin duda deseando conversar con él. Constituía todo un privilegio que Virginia Woolf se aproximase en su busca.

Bajo la pámela apenas asomaban unas mechadas de pelo gris. Era una mujer de unos cincuenta años, extremadamente delgada, de mejillas hundidas, labios gruesos, barbilla afilada, cejas muy finas, brazos y dedos largos y una mirada hondamente entristecida.

—Hola, Rupert —dijo ella al llegar a su altura.

El joven se levantó. No se tendieron la mano.

—Es un placer verla, señora Woolf... Pero prefiero que me llame John.

—Creí que tu nombre era Rupert... —miró hacia atrás—, ¿o es que no te gusta el de nuestro amigo, el poeta a quien hoy recordamos?

—Me lo puso mi madre, yo no lo elegí. ¿Le conoció a él, señora?

—Claro, mucho..., era el joven más bello de Inglaterra, como dijo certeramente el poeta William Yeats. Pero Yeats no le vio desnudo. Y yo sí.

John notó un leve ardor en sus mejillas.

—Tu madre también le dedicó un poema —siguió la mujer—. Creo que lo describía como «un Apolo de cabellos dorados...».

—¿También ella le vio desnudo?

Virginia rio.

—No sé, tal vez por accidente. Pero no creo que pasara de ahí: ella es una mujer muy recatada, como bien sabes. Y tampoco yo fui más lejos: él era homosexual, no sé si te lo han dicho. Nos bañamos un día juntos, sin ropas, en una alberca: eso fue todo.

—No importa, yo apruebo el amor libre.

—Realmente era lo más hermoso y armónico que he visto nunca en hombre, como la escultura clásica de un efebo perfecto. Te confieso que me hubiera encantado acostarme con él... Y me consoló pensar que no le atraían las mujeres.

—Veo que usted no le pone barreras al sexo, señora...

—¿Se puede concebir la vida cercada de vallados y fronteras infranqueables? Encadenar el amor es como negarle el vuelo a un pájaro. Y el sexo es parte sustancial de la existencia, la más importante quizá.

—Tiene razón, señora..., aunque es raro oír decir algo así a una mujer de su generación.

—Mi tiempo está por venir, muchacho. Además, creo en la igualdad de derechos de las mujeres. Si los hombres suelen tener amantes, ¿por qué no nosotras? ¿Tú qué opinas?

John movió la cabeza.

—¿Cómo no voy a estar de acuerdo? Yo soy marxista, señora.

—Eso me han dicho... Marx es muy interesante.

—¿Cree que sólo es eso, señora?

—Me atrae su rebeldía, pero no me gusta que todo se reduzca a la Historia: yo no soy sólo devenir; ni tú tampoco, muchacho.

—Yo pienso lo contrario.

—Además, es una palabra que me atormenta, hijo: la Historia es una suerte de pesadilla. Y nos crea obligaciones muy gravosas.

—Marx alumbró la íntima verdad de la injusticia, señora Woolf: nos ha enseñado que es preciso elegir entre la libertad y la esclavitud.

—¿La verdad...? Lo único verdadero es la vida, John... De todas formas, de Marx me atraen sus ideas antinacionalistas. Yo detesto las patrias, aborrezco a mi propio país.

—No podía imaginarlo, señora Woolf. Todo el mundo la considera a usted muy inglesa.

—Sería incapaz de vivir fuera de Inglaterra. Pero odio sus tradiciones, sus valores, el papel que determina a las mujeres... Como tal, yo no tengo país; la patria de una mujer es el mundo entero.

—Entonces..., no entiendo muy bien qué hace hoy aquí. Rupert Brooke es una expresión poética de todo lo que usted detesta.

—Aprecio a tus padres. Sobre todo a tu padre. De Brooke me gustaban el cuerpo y su sonrisa; de su poesía, lo ignoro casi todo, no la escucho cuando la leen.

—En eso coincidimos: me disgusta la poesía leída en voz alta. ¿Admira a Byron, señora Woolf?

—Claro..., cómo no..., él tampoco pertenecía a Inglaterra y nunca vivió mucho tiempo aquí: tenía más valor que yo. Pero no hubiera querido caer en sus brazos. Presumía de ser una especie de don Juan, una figura que odio. Y era pretencioso, había adoptado una posición parecida a la de Áyax ante la muerte, cuando proclama que todo hombre de buena cuna debe vivir y perecer en la batalla con nobleza. Tomó una decisión y la mantuvo feroz, heroicamente, hasta llegar a la autodestrucción: era un enamorado de lo imposible. Y yo no puedo aprobar eso, aunque su figura me subyuga. Era tan literato como literario.

Miró hacia atrás antes de seguir:

—Y de tu madre, ¿qué me dices?, ¿te agradan sus versos?

—En absoluto. Son falsos, vacíos.

—No estará contenta con tus juicios, si se los revelas.

—Los conoce. Prefiero no engañar a quienes amo antes que hacerlos felices.

La mujer sonrió.

—Ni Brooke, ni tu madre... ¿Qué poesía te gusta?

—Una que sea honesta, rigurosa, franca... Odio la palabra «belleza», por ejemplo. Sólo en poesía, naturalmente.

—Eso espero... Eres un joven audaz, de todos modos. ¿Y quiénes son tus poetas favoritos entre los que ahora están vivos?

—Graves, Auden, Eliot...

—Eliot y Graves no son precisamente directos, sino más bien opacos.

—Eliot es el mejor. Su obra es una perfecta pintura de la desintegración de la civilización. Y la realiza a través de la comunicación desordenada de emociones.

—Fue un gran amigo mío y de mi marido; ahora estamos distanciados. —Entornó los ojos—. «Porque

ya no espero volver de nuevo, / porque ya no espero, / porque ya no espero volver.»^[8] Grande, ¿no? — Ella sonrió con cierta ternura—. De todas maneras, joven Cornford, todas las civilizaciones han acabado por desintegrarse.

—En todo caso, señora Woolf, sus libros son honestos: no hay una sola línea de un verso suyo que se parezca a otra. Él, Auden y Graves, como Joyce, saben calibrar el valor de las palabras. Crearán un estilo, con ellos nacerá una tradición: eso es lo importante en la literatura.

—No olvides que todo arte requiere de un cierto artificio... Y tu estilo, ¿cuál será, joven Cornford?

—Trato de escribir en un lenguaje que no tome al lector por necio, que se aparte del individualismo, que hable del esfuerzo humano en la lucha por la justicia. Pero, en fin, yo no soy nadie, mi trabajo es por ahora un experimento. A su lado, señora Woolf, soy sólo un proyecto.

—Nadie es nada después de Shakespeare.

La novelista volvió de nuevo el rostro hacia atrás. El cuarteto había concluido su actuación y la gente aplaudía.

—Una hermosa melodía —dijo John.

—Delicada —afirmó la escritora—. Veo salir a tu madre, hay que volver.

—Sí —respondió John con fastidio—, es la hora de Brooke.

Ella le sonrió.

—Eres un chico romántico, John, pero cuida de tu vida, no te deslices hacia lo trágico. Todo gran drama está lleno de grandeza, de belleza épica, y los espectadores disfrutan sin duda de ella; pero resulta muy doloroso para quienes lo viven.

—No voy tan lejos, sólo pretendo convertirme en un revolucionario.

—Te insisto: protege tu vida, es lo más hermoso que tenemos.

—No habla como una escritora, señora.

—Es que nadie en su sano juicio debería ser un creador. La escritura es una suerte de enfermedad.

Los invitados, más de medio centenar, se habían congregado bajo la escalinata que ascendía a la casa. Y Frances, la madre de John, subió hasta el tercer peldaño con un libro en la mano. Pidió silencio con una sonrisa.

Durante diez minutos leyó poemas de Rupert Brooke, y los asistentes, a la conclusión de cada uno, le depararon encendidos aplausos. Cerró el breve recital con el que proclamó su favorito, «El soldado»:

*Si muriera, pensad solamente esto de mí:
que hay algún rincón de una tierra extranjera
que para siempre es Inglaterra. [...]
un cuerpo inglés que respiró aire inglés
bañado por sus ríos y bendecido por los soles de su hogar...^[9]*

Se oyeron encendidos vivas y algunas mujeres llevaron sus pañuelos bordados a secar sus lagrimales. Frances, la altiva nieta de Darwin, recibía felicitaciones, sumamente emocionada, en el que era su mejor día del año.

No vio a su padre, Francis Cornford, por ninguna parte. Desde lejos, la señora Woolf le envió una sonrisa entristecida mientras aplaudía, apenas chocando entre ellos los largos dedos de sus dos esqueléticas manos.

El cuarteto entonó unos compases del *Rule Britannia*^[10] entre el alborozo de la gente y John sintió deseos de marcharse de inmediato.



Es domingo y John se tiende en la cama de su dormitorio del Trinity, vestido aún, sin zapatos, con un libro entre las manos, un ensayo que trata de mitología griega y, en particular, sobre los héroes más significados de los tiempos épicos. Ha abierto la ventana: afuera, la noche abraza el patio del College y se ha escuchado el ruido de las campanadas de una iglesia lejana al dar las once. Huele a tierra mojada y un trueno resuena en la distancia.

No puede concentrarse en la lectura y apenas ha ido mucho más allá de una cita de Heráclito con la que se inicia el libro: «Son los mejores quienes eligen, sobre todas las otras cosas, la gloria imperecedera entre los mortales». Y deja el tomo sobre el lecho.

Los últimos días y horas han sido agitados y, en cierto modo, hermosos. El viernes y el sábado durmió con Ray, en la buhardilla de una pensión cercana a la estación, un modesto hostel en el que ella suele alojarse cuando viene a Cambridge. La desea y la ama con una fuerza que él cree indestructible. Y esa misma tarde, después de dejar a Ray en la estación ha ido a la casa familiar y le ha dicho a su madre que la mañana siguiente se irá a vivir con Ray en un cuarto alquilado.

Frances se ha echado a llorar. Luego, se ha vuelto hacia el padre y le ha preguntado:

—¿No tienes nada que objetar, Francis?

—Te lo dije ayer: John es ya un hombre —respondió.

—... de sólo diecisiete años.

—Sí, de diecisiete años; pero los hay que tienen ochenta y no son hombres.

Ella se ha levantado y ha abandonado el comedor. Su padre le ha puesto una mano en el brazo.

—Suerte, muchacho. Haz lo que desees: viaja a tu Cólquide, conquista tu Vellochino.

La hermana mayor, Helena, y sus dos hermanos pequeños, Hugh y Clare, presencian la escena en silencio, con un gesto de admiración. Christopher, el que le sigue en edad, le guiña un ojo mientras le envía una sonrisa cálida.



La Cólquide, el Vellochino; son dos palabras amadas por John. Tan queridas como la propia infancia cuando ésta ha sido feliz. Y la suya lo fue. Cuando tenía ocho años, su padre le contaba la historia de Jasón y su viaje a la Cólquide, en el mar Negro, en busca del Vellochino de Oro. Y también las hazañas de Aquiles y Héctor en la guerra de Troya, el viaje de regreso a Ítaca de Ulises y la huida de Persia del ejército de los Diez Mil. A los doce años ya pudo leer el viaje de los argonautas en el libro de Apolonio de Rodas, las dos grandes epopeyas de Homero y el *Anábasis* de Jenofonte. Cuando a los quince le preguntaban quién era su héroe, respondía sin dudar que Aquiles. Ahora, con diecisiete, distribuía ese honor entre Héctor y Jenofonte. Si alguien le pedía las razones de sus preferencias, respondía con firmeza: «Héctor luchaba por una causa: para defender a los suyos, aunque sabía que moriría por ello. Y Jenofonte era un intelectual en armas, un escritor y un hombre de acción al mismo tiempo».

También a los doce se apasionó con la lectura de las experiencias de su bisabuelo Darwin en su viaje alrededor del mundo. Recordaba cuánto le habían impresionado sus relatos sobre los hallazgos de fósiles del Pleistoceno y cómo describía al cóndor chileno, un ave que podía medir unos tres metros de extremo a extremo de las alas y alrededor de uno y medio desde el pico hasta la cola.

A los diecisiete años, en 1932, leyó el *Manifiesto comunista*. Y a comienzos de este año de 1933, recién llegado a Londres, ingresó en la organización juvenil del comunismo británico. Durante unos meses, dejó de escribir poesía y se volcó en las lecturas sobre el marxismo.



También ahora, acunado por un leve murmullo de hojas que llega desde la ventana, recuerda el pequeño apartamento londinense que compartía con Ray en Panton Street, junto a Red Lion Square, en la zona de Holborn. Allí se fue a vivir con ella apenas un mes después de conocerse. En pocas semanas, en la minúscula vivienda, John aprendió que, para ser feliz, no se requiere espacio ni riqueza, que amor y libertad bastan para llenar la existencia.

Le gustaba pensar que se habían enamorado a primera vista. La noche de un sábado de comienzos de febrero cenaba unos tallarines fritos en un diminuto restaurante chino del Soho, el Nanking, en donde olía a especias y a soja, con su hermano Chris y un amigo de Oxford, que habían viajado a Londres para verle. Cerca, compartían mesa dos jóvenes comunistas de la London School of Economics a los que John acababa de conocer al poco de sumarse a la organización. Ray entró después y fue a sentarse con ellos. John y ella se miraron apenas un instante y él sintió una extraña corriente de calor en las mejillas. Notó que los labios de Ray rezumaban humedad. Y de pronto, todas las otras realidades parecieron borrarse a su alrededor. Cuando Chris y su amigo se levantaron para marcharse, John se acercó a la mesa de los otros y charló unos instantes con sus camaradas de partido. Y, súbitamente, sin pensarlo, propuso una cita a Ray para el fin de semana siguiente. La muchacha aceptó de inmediato.

El día del encuentro cenaron de nuevo en el Nanking y John la acompañó andando hasta su casa, un paseo de media hora bajo la noche plácida de la ciudad dormida, desierta y acometida por una rara ola de altas temperaturas para esa época. Se contaron sus breves existencias apenas sin tapujos: él sintió vergüenza de pertenecer a una familia más que acomodada cuando ella le dijo que era hija de un minero rebelde escapado de un Gales empobrecido. Ray trabajaba como dependienta en unos almacenes de Oxford Street y era también militante del Partido Comunista. Quedaron en verse al día siguiente. Un mes más tarde, vivían juntos en Panton Street.

El rumor de la arboleda cercana al Trinity acentúa el recuerdo de aquellos días londinenses. El parque de Red Lion Square era pequeño, descuidado, con varios árboles enormes que tendían su sombra sobre la explanada. A menudo, al salir de casa por las mañanas, encontraban vagabundos que habían pasado la noche en los bancos de madera y John solía dejarles algunas monedas sobre las mantas mientras aún dormían.

Ella debía tomar el metro en Holborn para llegar hasta Oxford Circus, y él bajaba caminando hasta el colegio universitario, cerca de la explanada de Aldwich. Por la tarde, cuando ella tenía libre, iban juntos a alguna exposición o a un concierto o un encuentro de fútbol del Tottenham Hotspur y, casi todos los domingos por la mañana, a una reunión del partido. Cenaban en casa y hacían el amor casi todos los atardeceres cuando ella regresaba del trabajo, con una luz menuda y tímida que entraba por la estrecha ventana del único cuarto de la vivienda. Cuando llegó la primavera, bajaban al parque a la caída del sol, si hacía buen tiempo, y jugaban al tejo como si fueran dos niños. John sentía por Ray una pasión que le desbordaba, en buena parte crecida por el calor animal que ella parecía desprender. Y estaba orgulloso de compartir su vida con una muchacha nacida y criada en una familia humilde, bregada en la dureza de la vida, todo lo contrario a las señoritas remilgadas que abundaban en su entorno de Cambridge.

Una tarde, sin embargo, mientras yacían desnudos en el lecho después de hacer el amor, Ray le miró con tristeza y dijo:

—Presiento que un día escaparás de mí.

—¿Cómo puedes pensar eso? Yo te amo, Ray.

—Soy todo lo contrario de tu madre.

—Ésa es también una buena razón para seguir contigo.

Ella movió la cabeza.

—Lo sé, te irás.

—Calla.

Y la besó largamente en los labios.



Antes de retirarse a dormir, algunas tardes, si no era ya muy tarde, se acercaban a tomar la última bebida en el Old Red Lion's Pub, una decrepita taberna frecuentada por antiguos parroquianos en donde la madera olía a cerveza. John tomaba una pinta de *ale* y ella un *sherry*.

Una noche, un hombre borracho, sucio y casi andrajoso se acercó hasta su mesa.

—¡Jóvenes, jóvenes...! —dijo alzando su jarra de cerveza de abollado peltre—. ¡Ah, el amor!, ¡qué estúpida hermosura! ¡Nunca os caséis, nunca! Os lo dice alguien a quien destrozó un matrimonio.

—No pensamos hacerlo, señor —dijo John.

—¡Bravo!, ¡eres un chico listo! ¿Vivís cerca de aquí?

John señaló hacia la ventana:

—Ahí atrás, cerca de la plaza.

—¡Gran sitio! Éste es un lugar con un pasado importante: aquí trajeron la cabeza de Cromwell cuando le desenterraron... ¡Por regicida! ¿Habéis oído hablar del asunto?

John asintió:

—Lo conocemos; yo estudio Historia.

—Sí, Cromwell mandó matar a Carlos I. Pero luego murió él y volvió la monarquía. Y su cuerpo fue desenterrado, decapitado y la cabeza colgada de un árbol en esta plaza durante varios días. ¿Eso lo sabías, joven?

—Eso no.

—¡Quedas enterado! —concluyó el beodo—. Cromwell debió vivir muchos más años para decapitar a todos los monarcas de este maldito país.

Y se alejó.

Ray miró sonriente a John.

—El vagabundo te ha dado un lección..., profesor. ¿Te gusta la figura de Cromwell?

—Hizo algunas cosas justas: decapitar a Carlos I, por ejemplo.

—Y tú, ¿serías un regicida?

—Es una de las cosas que más deseo: cómprame un hacha bien afilada por mi cumpleaños y ya verás lo que me dura el rey Jorge.



El día ha sido intenso, pleno de emociones, y ha perdido el sueño. Se levanta y se pone los zapatos. Le gusta pasear de noche, aunque esté prohibido en el Trinity. Pero a John le complace burlar las leyes, salirse de lo establecido.

El aire es limpio, agradable. Pisa la blanda hierba y se dirige hacia la orilla del río. Se sienta en un banco cerca del agua rumorosa, junto a una arboleda, y enciende un cigarrillo. Le agrada fumar, siente que el tabaco despierta su sensualidad.

Oye pisadas a sus espaldas. Sabe quién es: Paddy Donegan, el guardián de noche, un viejo irlandés

robusto y de cara rojiza.

—Hola, Paddy —dice sin volverse, antes de que el otro llegue a su altura.

—Señor Cornford... —dice el guardián plantándose delante de él—. ¿Siempre igual? Me pone en un compromiso. No quiero denunciarle.

—Ya lo sé, Paddy. Pero es probable que sea la última vez: desde mañana, apenas volveré a dormir aquí.

—¿Deja el Trinity?

—No del todo.

Paddy está nervioso. Da pasitos cortos hacia los lados y mira a su alrededor.

—Debería retirarse ahora, sabe que me pueden echar del trabajo...

—Déjeme un rato, Paddy. Ya le digo que quizá sea una de mis últimas noches.

—Está bien..., pero ocúltese un poco entre los árboles. Lo que hace va contra las normas.

—También ustedes los irlandeses iban contra lo que ordenaba Inglaterra en la Pascua del 16^[11] y ya ve..., hoy son libres y hacen sus propias leyes.

Paddy sonrío entre las sombras.

—No me recuerde ahora los momentos felices. Yo combatí en el 16, es lo más noble que he hecho en mi vida. Pasé dos meses en la cárcel a causa de ello.

—Me alegro de que se quitasen de encima a esta cochambrosa sociedad inglesa.

—Usted es inglés.

—Amo a Irlanda, Paddy, amo su carácter rebelde. Y a escritores como Swift, Wilde y Joyce.

—Adiós, señor Cornford. No se deje ver. Y retírese pronto.

—Adiós, Paddy.

El guardia se aleja. John se levanta y entra en el bosquecillo. Se tumba en la hierba y piensa en la libertad, mientras trata de dibujar en su mente el rostro de Ray.

SEVILLA

Tantos son los rostros del crimen...

VIRGILIO, *Geórgicas*

Sevilla, principios de abril de 1934

A media mañana, José rabia en la cama de su habitación, de donde no puede moverse a causa de esa infeliz herida abierta en el hombro, que le ha roto la clavícula y que le impide torear por una larga temporada. Pero no es sólo un inconveniente para torear, también lo es para salir con los amigos en las noches al café Sport y al cabaret Variedades, a hartarse de mujeres y de vino. El toreo cada vez le importa menos. Ahora, el asunto que ronda un día tras otro su cabeza es la política. La política y la acción. Andalucía se ha llenado de rojos, en las haciendas del campo han entrado las ideas anarquistas como un cuchillo afilado en el agua blanda. Y toca defenderse. Su herida no es de asta de toro, sino de un balazo que le han dado el domingo 11 de marzo en Málaga, pronto hará un mes. La operación fue mal y el agujero de la carne no acaba de cerrarse.

—¡Araceli! —grita.

No obtiene respuesta. Insiste llamando a su esposa:

—¡Araceli!

Se oyen pasos y una mujer menuda, de rostro bonito y mirada fría, asoma en la puerta del dormitorio.

—¿Qué quieres, José?

—Tráeme una manzanilla fresquita.

—El médico te ha dicho que no debes beber.

—Lo único que saben hacer bien los médicos es prohibir. Podrían aprender a operar, por ejemplo.

Se lleva la mano al hombro.

—¿Te duele? —pregunta ella.

—Peor es no poder salir. Es la hora del aperitivo y todos mis compadres estarán en el Aeroclub. Y yo aquí..., *tendío*, hecho un guiñapo. Tráeme la copa de manzanilla.

—No puedes...

—Del doctor ya me ocupo yo cuando le vea.

Respira hondo, ruidoso. Insiste:

—Trae la botella.

—Si te quieres matar...

—Eso es cosa mía. Y ya elegiré yo el sitio, que no será la cama.

—Algo tendré yo que decir. Soy tu esposa.

—Manzanilla, venga...

Araceli se da la vuelta y sale.

Mientras camina hacia la cocina, va pensando en el hombre que yace en la cama con el que se ha casado hace ahora cuatro meses. Ella, una Benjumea de vieja raíz sevillana, desposada con un gañán enriquecido por el toro y reconvertido en señorito. ¿Qué le dio? Lo recuerda resuelto, altivo, sonriente, divertido y bromista aquel primer día de la pasada Feria de Abril. Bailaba con garbo y masculinidad la

bulería y no peor las sevillanas. Y aquella misma noche, ya de madrugada, la besó con brío a la espalda de la caseta. Nunca la habían besado tan en el fondo de la boca, con aquel sabor recio a vino y a dulce tabaco americano.

—Me encandilas, niña —dijo él cuando se separó de sus labios, mientras deslizaba una mano por el pecho de la muchacha.

Ella se retiró levemente.

—Vas muy deprisa, Algabeño.

—Los toreros vivimos al galope, Araceli, porque la muerte nos ronda a toda hora.

Alrededor olía a una mezcla de azahar y estiércol seco, un aroma que a ella se le hacía de pronto embriagante. Un caballo relinchaba en los corrales cercanos y sonaban por fandangos las guitarras llegando desde la caseta.

La besó de nuevo y ella siguió su lengua, excitada. Pero se retiró otra vez cuando él movió la mano hacia sus senos.

—No insistas —dijo Araceli.

—¿Tendré que casarme contigo para que me permitas tocarte?

—Prueba a pedírmelo.

—Cásate conmigo.

—Déjame pensarlo.

—¿Cuánto tiempo?

—Te lo diré mañana, aquí mismo, en la feria.

Y se alejó de José dejando atrás un revoloteo de volantes del faralá.

Al día siguiente, al encontrarse, él la miró con fijeza.

—¿Y qué, niña?, ¿hay boda? —preguntó.

—Que sí —respondió ella.

—¿Y eso?

—No lo sé..., me gustas.

—¿Y me quieres?

—Esas cosas llevan tiempo.

—No hay quien entienda el corazón de las mujeres.

—Ese decir es una tontería, Algabeño. ¿No es bastante razón el que me gustes?

—Ven.

Volvió a besarla, con más ardor todavía que la noche antes, afuera, escondidos también detrás de la caseta. Ella apenas acababa de hacer los diecinueve años y él tenía ya cumplidos los treinta y uno desde febrero. Araceli le dejó que pasara a su gusto la mano por encima del vestido, sobre los pechos. Pero no le permitió seguir cuando trató de deslizar los dedos en la hondura del escote.

—Eso, Algabeño, después de la boda.

—Pero que no sea muy tarde. ¿Este verano?

—Tengo que hablar con mis padres primero.

—A mí no me hace falta pedir permiso a nadie.

—Yo no soy un hombre.

—Ya... Y además eres una Benjumea, sangre de pura cepa sevillana. Y yo, un nieto de peones del campo. ¿Qué crees que dirán tus padres?

—Sé bien cómo ganarle a él la voluntad. En cuanto a mi madre, ella opina, pero no manda. Y mis hermanos no cuentan. Nadie se puede oponer a lo que yo deseo cuando lo deseo firmemente. Pero hay cosas que negociar..., una boda no es asunto de un día.

Se casaron en diciembre, en la iglesia de San Vicente, al lado de la casa de José. Toreros de renombre, ricos ganaderos, un duque y dos marqueses, una legión de señoritos sevillanos y numerosas gentes afamadas de sacristía, de campo y de cuartel se juntaron en una de las bodas más sonadas de esos años. Un periodista de un diario liberal escribió con sorna: «El fiero Algabeño, el estoqueador, el parrandero, el mujeriego y juerguista lidiador de La Algaba, humilla la testuz ante una Benjumea». Al día siguiente, el gacetillero recibió una paliza que lo retuvo dos semanas en el hospital. Nada se supo de los autores, pero en algún mentidero se habló de hombres de la cuadrilla del Algabeño, vistos aquella tarde en las cercanías de la casa del periodista, allá por la Alameda de Hércules.



Araceli llega a la cocina, al fondo del largo pasillo, toma una botella fresca de la alacena y sirve medio vaso de manzanilla. Duda entre llenarlo o no. ¡Qué más le da si muere ese hombre! Apenas se casaron, casi ayer mismo, y muchas veces cree que ya ha dejado de amarle. A menudo desearía abandonarle, irse lejos de esa casa para no volver nunca. Pero piensa que, para mucha gente, como ella, es más fácil quedarse que marcharse. ¿Por qué arriesgar fama y buen nombre? ¿O es que acaso aún le ama?

Mueve la cabeza, negándose a sí misma. Y piensa que tal vez no le lloraría si le matase un toro.

Y llena el vaso.



Se lo había dicho a su madre unas semanas antes del tiroteo de Málaga:

—¿Separarte ahora? —respondió ella—. Ni siquiera lo consentiría tu padre, por muchas zalamerías que le hicieras. ¡Una Benjumea divorciada...! Ponle a tu marido todos los cuernos que quieras, pero guarda el buen nombre. Y además, ya fuiste advertida sobre quién era ese Algabeño, un bicho de mala sangre...

Eran ciertas todas las habladurías que corrían sobre él. Araceli sabía bien de las parrandas nocturnas de José en el bar Sport o en el cabaret Variedades, noches de guitarras, cantaores, vinos finos, naipes, bulla y puterío. Había oído, hasta quedarse casi sorda, los rumores que señalaban al torero como antiguo amante de la gran duquesa y los que le atribuían la paternidad de la pequeña duquesita de ocho años, heredera, desde que en enero murió la madre, de un sinnúmero de blasones y títulos sin parangón en toda España. Y conocía su fama de macho insaciable, burlador de maridos, salteador de camas de bailaoras, actrices y aristócratas.

Y a todo ello se añadían asuntos de sangre y de escándalos en cuestiones de política. A su alrededor parecía crecer siempre la violencia, como si atrajera al fuego. Así, su posible participación en el asesinato de cuatro obreros comunistas una noche del verano del 31 en el parque de María Luisa; y el incendio de su finca de El Alamillo por una turba vengativa varios días después de los asesinatos; y los asaltos a su palacete de la calle de San Vicente, en donde ahora vivían, en cuya fachada se estrellaban muchas noches linternas de gas... Y aquellas pintadas en las paredes del barrio, siempre con pintura roja, que anunciaban su próxima muerte. Araceli miraba su vida con pánico.

Pero él se reía de todo y seguía la senda del exceso, como aquella jornada en que se sumó al general Sanjurjo en su intento de golpe de Estado contra la República, en el 32, con los cuatro meses de cárcel que siguieron; o amenazando con sus blandronadas fascistas tras afiliarse al partido de la Falange; y, en fin, al sufrir el atentado en Málaga, un mes antes, cuando varios pistoleros anarquistas lo esperaron a la salida de una corrida en Málaga y le causaron heridas en los hombros y en el pecho, las heridas que

ahora le tenían postrado en la cama, pidiendo un vaso de manzanilla.



Araceli regresa sin prisas al dormitorio y se desvía para pasar por el vestíbulo. Un guardia se levanta para saludarla, desprendiéndose de la gorra. Tras los asaltos de la casa, siempre hay uno allí y otros dos en la calle, junto a la puerta principal, además de una pareja más patrullando los alrededores. Les paga el Algabeño, quien una y otra vez, cuando le preguntan, jura contra la República por no proteger a un ciudadano, con cargo al presupuesto municipal, de las amenazas de los bandoleros anarquistas.

Araceli entra en la habitación. José mira el vaso y le dedica media sonrisa.

—Vaya, has sido generosa —le dice.

Araceli le contempla mientras bebe. Y recuerda la noche de bodas, que celebraron en el mejor hotel de la ciudad. José se emborrachó. Y cuando entraron en la gran suite de lujo que habían pagado, como regalo, sus amigos de tantas farras interminables, él la miró y ordenó:

—Desnúdate, quiero ver esas tetas burladoras.

Nada se pareció a aquellos besos de la Feria de Abril. Los dedos del torero le hicieron daño cuando pellizcaban sus pezones. Y no sintió nada en su intimidad expuesta a la violencia del macho. Aquella noche no fue de bodas, sino algo más parecido a una violación.

Después, en los primeros meses que siguieron al casamiento, él había sido un amante delicado, incluso tierno en ocasiones. Pero la pesadumbre que a Araceli le invadió esa primera noche aún no había desaparecido del todo. Y cuando, en poco tiempo, él fue apartándose de ella y frecuentando cada noche más a menudo los garitos sevillanos, la pena regresó casi con la misma fuerza que la primera vez.



Ella se va y José se queda solo en la penumbra del cuarto. La manzanilla le ha sentado bien, pero no ha disminuido su rabia: ni contra los médicos que le han operado ni contra los hombres que trataron de acabar con su vida. Siente deseos de patearle el culo al doctor Dávila, que le prometió dejarle «como nuevo», y le arde la gana de venganza contra los anarcos. Es una fiera herida, un toro bravo que ha recibido media estocada, que está todavía vivo y con ganas de matar. Y piensa que la suerte lleva tiempo dándole la espalda, que ya va siendo hora de que la moneda de la fortuna caiga de cara.

Porque el Algabeño cree en la suerte, en el malo y en el buen fario. Y en los gafes, en las palabras que no deben emplearse nunca, como culebra; y en las monteras caídas bocarriba sobre el albero cuando brinda un toro, en los conjuros y sortilegios, en los signos de la oscuridad, en aquello que le dijo una gitana la tarde en que abandonaba el hospital, cuando cruzaba la puerta de salida junto a su esposa, apoyado en el hombro de Amalio, su mozo de estoques, camino del coche que le llevaría a casa:

—No te apures, José, mi faraón de La Algaba: que después de lo malo viene siempre lo bueno.

La mujer le tendió una ramita de oloroso romero y él ordenó a Araceli:

—Dale cinco duros.



Ese domingo de marzo, hacía ahora un mes, compartía festejo en la plaza de Málaga con Marcial Lalanda y Luis Gómez Calleja «el Estudiante», buenos amigos de oficio y de alguna que otra juerga en la noche

sevillana. En particular, José apreciaba al madrileño Lalanda, grande con la capa, soberbio lidiador y, sobre todo, camarada en el ideario falangista. Lalanda y el Estudiante torearían a pie y el Algabeño, a caballo, ya que, desde la grave cogida que sufrió en Bayona en el 29, había decidido cambiar la muleta por la garrocha. Era un excelente jinete, presumía de «montar con el mismo arte una jaca que una mujer» y manejaba el rejón desde la silla con igual pericia que cuando ejecutaba la suerte de matar pie a tierra.

No era fácil disfrutar del día. Había amenazas contra su vida, desde jornadas atrás, escritas en paredes y pasquines por grupos libertarios, que anunciaban venganza por aquella noche asesina del verano del 31 en el parque de María Luisa. Y la policía había preparado un imponente dispositivo de seguridad, empleando numerosos agentes, para protegerle de un posible atentado en el camino de ida y vuelta entre el hotel Caleta-Palace y el coso taurino. Amigos y familiares le habían aconsejado que no asistiera al festejo. Pero el Algabeño era «mucho Algabeño» y no quería mostrar ante los demás el rostro de la cobardía.

No fue una tarde taurina memorable porque las reses, mansas y querenciosas de tablas, dieron poco juego. José cortó una oreja a su segundo toro, lo mismo que Lalanda, mientras que el Estudiante hubo de conformarse con una vuelta al ruedo.

Al salir, los guardias acompañaron hasta su coche al torero. Con él viajaba, en el asiento trasero, su hermano Pedro Luis, y delante, el mozo Amalio, junto al chófer Antonio. Cruzaron la Malagueta hasta el Limonar, a lo largo del paseo de Reding, un recorrido custodiado por numerosos agentes armados con mosquetones. Al alcanzar las verjas del Caleta-Palace, un edificio de aire morisco rodeado de jardines, la operación de vigilancia parecía cumplida. O bien las amenazas de días anteriores no eran más que una falsa alarma, o bien los libertarios se habían echado atrás ante la fuerte presencia policial.

Y en ese instante, cuando el auto cruzaba la puerta enrejada, dos hombres saltaron desde la arboleda hasta los pescantes laterales del vehículo.

José recuerda que ambos vestían camisas negras, se cubrían con boinas del mismo color, tenían las caras tiznadas y cada uno de ellos llevaba una pistola en la mano. Dudaron, mirando a los cuatro viajeros, mientras movían sus armas apuntando a unos y a otros. El Algabeño buscó su revólver en un cajetín que se ocultaba bajo su asiento. No se preguntó si sentía miedo porque no había tiempo para tenerlo.

Al verle moverse, ellos olvidaron las dudas. Dispararon contra él y contra su hermano, varias veces. Oyó un grito de dolor de Pedro Luis, el chófer también gritó, y José no daba con su revólver mientras sentía su carne mordida por navajazos de fuego.

Todo transcurrió en cosa de segundos. Vio a los dos hombres saltar del coche, cruzar la verja, correr unos metros y subir a otro automóvil, que se alejó dejando detrás un reguero de humo. Ya no quedaban policías en los alrededores. Y ahora las heridas dolían.

Fueron tres disparos los que le alcanzaron: los dos primeros, uno en cada hombro, y el tercero entre las costillas del lado izquierdo. A Pedro Luis le entró el plomo en los riñones, sin trayectoria de salida; Antonio, el conductor, sufrió apenas un rasguño, y Amalio, con la suerte de cara, resultó ileso.

A los dos hermanos los trasladaron en camilla a un sanatorio cercano y allí, en sendas intervenciones quirúrgicas de urgencia, les salvaron la vida.

A José le operaron tres veces en las semanas siguientes. El disparo del pecho había dado muy cerca del corazón, pero no revestía gravedad. Tampoco la herida del hombro del mismo lado. Pero la del hombro derecho no terminaba de cerrar. Los médicos, optimistas al principio, comenzaban a decir que era posible que no volviera a torear nunca más.

Y él rabiaba por irse de juerga a la noche sevillana y bailar por bulerías en la feria abrileña que estaba al caer.



Lo recordaba, tendido en la cama, con ira y con odio. Porque a los Algabeños les había costado dos generaciones llegar a donde ahora estaban, dos generaciones luchando contra toros asesinos, ganando su dinero frente a cornamentas que era imposible mirar sin sentir temblores, parando el cuerpo frente a la muerte en forma de animales que pesaban más de media tonelada y cuyo único instinto era cornear y matar.

Primero fue su padre, hijo de un labriego, y ahora él. Habían llegado a lo más alto jugando con la muerte. Y creían merecer el respeto de aquella Sevilla de honda apostura y alta prestancia. Ya eran «alguien»: amigos de aristócratas, de ganaderos y de poetas de alcurnia, hijos de buena ley, ganada por cojones, de una ciudad en donde significaba mucho el sello de la elegancia que dan el dinero y la tradición.

Y eso no iba a perderlo por causa de una rebelión: la que palpitaba entre los peones del campo andaluz, los nietos de quienes fueron los amigos de su abuelo.



Muchos decían que su momento de gloria ya había pasado cuando finalizaba la década de los veinte, años de ardor en que las jóvenes de la Sevilla noble y rica se disputaban un baile con el Algabeño en la Feria de Abril y en que las mujeres maduras, a la caída de la tarde, le buscaban para un encuentro de urgencia. Eran los días en que todos los rumores le apuntaban como el burlador del gran duque, como el amante favorito de la gran duquesa que alternaba su vida entre los palacios de Madrid y de Sevilla. En ese tiempo, incluso, le contrataron para interpretar los pases de los lidiadores protagonistas en célebres películas como *La hija del corregidor* o *Currito de la Cruz*. Era la época en que, borracho en el Sport o el Aeroclub, rompía platos contra su cabeza, para provocar las risas de sus amigos, con el gesto de quien no teme a nada ni a nadie. Eran años en que gastaba bromas pesadas tan sólo por reír y hacer reír, como arrimarse a una prostituta y, de pronto, dejarle caer en el escote la oreja cubierta de sangre seca del toro que había lidiado esa tarde en la Maestranza.

Y entonces el campo andaluz comenzó a moverse. Los labriegos formaron sindicatos y exigieron subidas salariales y mejoras de condiciones de trabajo. Y los cortijeros se negaron. Y los campesinos subieron el tono de sus demandas: querían parcelas propias, hablaban de colectivizar la tierra, la palabra «sóviets» corría de boca en boca... José no conocía su significado, pero sabía que contenía una amenaza. Y de inmediato entendió cuál era su territorio, en dónde estaban los suyos y quiénes eran sus enemigos.



Se ha dormido soñando con disparos. Le despierta el sonido de una cuchara moviéndose en un plato de sopa. Es Tomasa, la criada, que trae la comida en una bandeja.

—Don José, su almuerzo...

—¿Y doña Araceli?

—La señora ha salido, yo quedé encargada de darle de comer al señor.

—¿Adónde ha ido?

—Iba a hacerse la última prueba del faralá de este año para la Feria.

—¿Qué me traes, Tomasa?

—Sopa de menudillos y *pescaíto* frito. Y un plátano..., son buenos para los calambres.

—¿Y quién te ha dicho que tengo calambres?

—Se dice que todos los hombres tienen calambres.

—Depende de con quién —guasea.

La sirvienta hace como si no le oyera.

—No veo vino en la bandeja —añade el Algabeño, riendo todavía.

—La señora me dijo que le trajese agua.

—Anda y ve a buscar un buen tinto..., uno que en la etiqueta diga Rioja.

—No sé leer, don José.

—Busca en la parte de arriba de la alacena..., allí están los mejores. Toma cualquier botella. Y deja en la mesa la bandeja.

Tomasa sale y José se levanta de la cama. La herida le da un tirón doloroso. Piensa que no está para bailar ese año en la Feria ni bulerías ni sevillanas mientras da un primer sorbo a la sopa. El caldo arde.

—La madre que te parió, Tomasa —dice en voz alta.



José conoció al capitán legionario Manuel Díaz Criado en el otoño del 30. Era un tipo amigo de la farra, del vino y de las putas, a quien le gustaba alardear de valiente y contar sus supuestas hazañas en las guerras de África, en particular su participación en el desembarco de Alhucemas cuando era un joven alférez de la Legión, a las órdenes del coronel Francisco Franco. José envidiaba su desenfado al narrar su heroico historial, aunque sospechaba que, en más de una ocasión, sus relatos eran meras balandronadas.

Díaz Criado estaba destinado en la Capitanía General de Sevilla y tenía predicamento entre los matones locales de los círculos ultraderechistas de la ciudad. Un amigo común presentó a los dos hombres durante una velada en el cabaret Variedades, una noche en que actuaba un grupo de bailarinas francesas de canacán. En realidad, las bailarinas no valían gran cosa como artistas y ocultaban a duras penas su verdadera profesión bajo los negros ligueros, las faldas de volantes y un hábil muestreo de nalgas rechonchas embragadas en rojo. Al concluir su actuación, subieron a los palcos que ocupaban José y sus amigos, en donde el champán corrió como un río bravo. La madrugada despertó a José entre dos francesas, en el lecho de un hotel, junto a otra cama en la que Díaz Criado roncaba tendido entre otras dos mujeres. Se hicieron amigos aquel día y, desde entonces, no había lugar nocturno sevillano en donde no se les encontrara juntos, ni corrida del Algabeño que se perdiera Díaz Criado, a menudo con la muerte brindada de una res por parte de su camarada de parrandas. Cuando en las noches de jaleo y juergas les preguntaban cómo habían labrado tan honda amistad, Díaz Criado se adelantaba en la respuesta: «Rodeados de coños». Y José reía como un niño revoltoso.

El capitán trataba sin éxito de tener planta de niño de noble cuna sevillana. Pasada la treintena, se recogía los negros cabellos algo escasos hacia atrás, bien pringados de fijador, dejando al aire una frente abombada que no destilaba nobleza, porque el remate en su base lo componían unas cejas livianas bajo las que bizqueaban unos ojos que parecían querer escaparse de su sitio y correr cada uno en busca de su oreja del mismo lado. Fruncía su labio superior un bigote negro y conejil.

Era grueso, barrigudo, pero a José le encandilaban sus modos, su bravuconería y sus balandronadas, su hidalguía mal aprendida, su gana permanente de gresca, su gusto por el gatillo fácil y su amor al brandy jerezano y a las mujeres de pago. Los dos hombres siempre iban armados con pistolas que ocultaban bajo

la señorita chaqueta campera, vestían pantalón ajustado alto de cintura, calzaban botas de caña de Ubrique y se cubrían con sombreros cordobeses. José le prestaba a su amigo los más finos caballos de su yeguada de La Algaba y, a menudo, los domingos soleados se les veía pasear por las veredas que daban al Guadalquivir antes de asomarse, a la hora del aperitivo del mediodía, a tomar unos finos en el Aeroclub.

Fue el capitán quien propuso la acción del parque María Luisa. Aquella noche de principios de julio de 1931 Díaz Criado reunió a una docena de sus amigos en un reservado del Sport, entre ellos José. Llenaban la mesa redonda botellas y vasos de vino de manzanilla y fino de Jerez, con abundancia de platos de queso en aceite y jamón de bellota. El capitán vestía ese día una chaqueta ligera de color oscuro, con una enseña de la bandera monárquica en el ojal. Adoptaba un aire solemne mientras se dirigía a los otros, aunque el bizqueo nervioso de sus ojos ridiculizaba levemente su aspecto.

—Poco tengo que decir sobre la situación. Son tiempos negros y las cuadrillas anarquistas y comunistas andan envalentonadas. Y dentro de unos días pondrán en marcha una huelga general... Urge darles una lección, ¿estáis de acuerdo?

Un rumor afirmativo recorrió la sala. Uno de los presentes intervino rotundo:

—Hay asuntos que los caballeros sevillanos no debemos consentir y es hora de decir que basta ya. Me refiero a cosas como eso de pregonar el reparto de mujeres... En algunos pueblos ha habido heridos por ello...

—No hablo de éstos —interrumpió el capitán mientras dejaba escurrirse una sonrisa de sus labios delgados—. A más de uno, de izquierdas o de derechas, les gustaría «repartir» a la suya.

Rieron algunos. Otro añadió:

—O cambiarla por otra más joven.

—Vale, vale... Fuera las chufas, amigos —cortó Díaz Criado—. Lo peor son las colectivizaciones de las tierras. Están corriendo como la pólvora. Todos tenemos amigos que ya han perdido sus fincas ante la indiferencia de la autoridad.

—Unos cuantos no podemos parar la máquina de toda una República, Manuel —objetó el hombre más viejo de la reunión, un finquero de Carmona.

—Para eso ya habrá tiempo. Pero hay que enseñar los dientes, hay que llevar a cabo alguna acción, dejar ver que no vamos a estar cruzados de brazos.

Varios asintieron con gestos.

—Propongo algo rápido y sencillo. Ya sabéis que la Guardia Civil se está ablandando cada vez más. Arresta a mucha gente revoltosa, sí; pero ahí queda el asunto y, a los pocos días, o como mucho en unas semanas, los detenidos se van de rositas. Ahora mismo hay más presos que cárceles, pero saldrán pronto.

—¿Quieres asaltar esas prisiones, Manuel? —preguntó el viejo.

El capitán rio, se echó atrás en su silla y se acarició con las dos manos la prominente barriga.

—No, no..., para eso ya vendrá el tiempo. Pero he oído cosas.

Se dejó caer hacia delante y apoyó los codos en la mesa.

—Lo que se pretende ahora en el Gobierno Civil es trasladar a todos los presos a un solo lugar: al palacio de la Exposición del 29, en la plaza de España del parque de María Luisa. Piensan que allí los tendrán mejor controlados.

—¿Y qué propones? —dijo un joven de cabello brillantado por el fijador y coletilla azabache en la nuca.

—Tengo mis soplonos y sé que el último traslado será el de cuatro comunistas que hay en el Gobierno Civil. Y lo harán a medianoche, exactamente el día 22 de este mes, entrando por la avenida de Portugal. Es la ocasión ideal para actuar.

—Vamos a por ellos, Manuel —propuso el joven.

Díaz Criado torció levemente los labios en un amago de sonrisa. Buscó con la mano en el interior de su chaqueta y colocó una pistola delante de él.

—¿Y qué crees tú que pensaba?



El capitán y José salieron juntos del Sport y caminaron hacia el río bajo las sombras de la cálida noche sevillana. Díaz Criado había trazado el plan de acción y todos los demás estuvieron de acuerdo en participar.

—¿Por qué me has elegido para esconderme cerca de la puerta principal mientras vosotros os dedicáis al tiroteo? —preguntó José—. No es el lugar más lucido.

—Pero sí el más eficaz. Si alguno logra huir, irá por allí y será cosa tuya. En esa entrada no hay puerta, es la única salida. Y tú eres la persona en la que más confío. Llévate la escopeta de caza..., con postas.

—¿No basta la pistola?

—Estará oscuro.

El Algabeño encendió un cigarrillo. Díaz Criado le pasó un brazo por el hombro.

—¿Sabes, Pepe? En Madrid están pasando muchas cosas, parece que ya nos movemos algo. Hace un año que se han fundado en Valladolid las JONS^[1]. ¿Has oído hablar de ellos?

—Un grupo fascista.

—Pero se está organizando otro más fuerte aún. ¿Sabes quién es José Antonio Primo de Rivera?

—El hijo del dictador.

—Y un brillante patriota. Estoy en contacto con gente suya y sé que presentará muy pronto un nuevo partido en Madrid. Algo parecido a lo de Mussolini. Y tú y yo estaremos en la rama sevillana. Se llamará Falange. Suena bien, ¿no?

—Sí, a película de romanos.

—Déjate de guasas, que va muy en serio.

Siguieron andando.

—¿Has matado alguna vez a un hombre, Algabeño?

—Nunca.

—Todos debemos hacerlo alguna vez en la vida. Se siente que eres dos veces hombre. Es como si estuvieras más vivo.

—Algo había oído.

El capitán se detuvo de nuevo y se acercó al río. Media luna plateada se reflejaba en el agua mansa. Señaló hacia la otra orilla.

—Más allá de Triana, por la Macarena, en los barrios de los obreros y de los jornaleros..., allí están ellos. Pronto cruzaremos el puente para darles su merecido.

Respiró hondo y miró hacia los lados.

—Es hermosa nuestra Sevilla, Pepe, no hay ciudad como ella.

—Sí, Manolo. He visto muchas y no la hay igual.

—No debemos dejar que nos la quite esa gentuza —señaló de nuevo hacia Triana—, aunque tengamos que matar y morir por ello.



Ese 22 de julio ha sido jueves y la calima del día, moribunda la jornada, cercana ya la medianoche que dará paso al 23, aún permanece colgada de los árboles de la entrada del parque. José se sienta en un banco de azulejos, oculto a la vista bajo las ramas lánguidas de un sauce llorón, próximo a la entrada principal del parque. La mezquina luz amarilla de una farola ilumina apenas un trozo de asfalto de la estrecha carretera que lleva al palacio de la plaza de España. Viste de negro y sujeta en pie una Sarasqueta de dos cañones, cargada con cartuchos de postas, la escopeta que usa para las monterías de jabalíes y ciervos en la sierra sevillana. No está nervioso, pero sí alerta, y percibe con claridad los bombeos de su corazón. Sabe que los otros esperan unos cientos de metros parque adentro, cerca ya del palacio.

No es fácil que fallen y es probable que él no tenga trabajo. Díaz Criado les ha dicho que hay cómplices entre los seis guardias civiles que llevan a los cuatro presos, que irán esposados. También saben que no viajarán en furgones policiales, para no llamar la atención, sino en una camioneta de caja cubierta con lona. Los hombres de Díaz Criado son diez, él incluido.

Oye el ruido del motor. El vehículo viene despacio, alumbrando el camino con los faros. José se oculta un poco más bajo las ramas del sauce. Y lo ve pasar desde su izquierda, parque adentro. Y contiene la respiración.

Puede que no hayan pasado dos minutos cuando se oyen gritos y, de inmediato, disparos. Hay voces de «alto» y nuevas explosiones. José se levanta, abandona la protección del árbol y se queda en pie mirando hacia el leve y sucio fulgor que surge del asfalto, a su derecha. En sus manos sostiene la escopeta, en la actitud del cazador, recorrida la pestaña del seguro. Por un instante piensa que no le gustaría matar a un hombre. Pero borra la idea de la cabeza de inmediato.

Y además, es tarde ya. Ve la sombra acercarse. Luego, la figura se va dibujando más nítida. Está a veinte metros y ahora cruza bajo la luz avarienta de una farola. Es un tipo alto y delgado, vestido de oscuro, calzado con alpargatas blancas y con las muñecas engarzadas por dos esposas delante de su cuerpo, con los brazos recogidos a la altura del pecho.

José sale de la oscuridad, apunta su escopeta y grita:

—¡Alto!

El otro se detiene. Mira hacia él, luego hacia atrás, de nuevo hacia él. Y alza las manos juntas por encima de su cabeza.

José aprieta uno de los gatillos y el cuerpo del huído salta hacia atrás, como impulsado por un muelle, y se derrumba pesadamente sobre el suelo.

José se acerca. El otro ha caído junto a la farola. Tiene una gran mancha en el pecho, de la que brotan borbotones de una materia oscura y blanda, como pompas. Sus piernas parecen bailar. José le mira la cara: los ojos, abiertos, se mueven sin rumbo de un lado a otro, hacia arriba y hacia abajo. Por la comisura derecha de los labios se desliza un hilo de sangre.

Y se acuerda de lo que le dijo el Tigre de Guanajuato, años antes, una noche de farra en Madrid: «Hasta que no matas a un hombre y lo ves agonizar delante de ti, no sabes qué significa vivir».

¿Y qué es la vida?, se dice. El Tigre no está ahora para darle una respuesta.

Oye voces, se acerca gente a la carrera. Son los suyos. Y reconoce la voz de Díaz Criado:

—¡Aprisa, José, aprisa!

Obedece, se coloca a la altura del gordo capitán, que jadea mientras corre torpemente, sujetando su revólver en la mano derecha, que cae desfallecida por el costado.

—¿Y qué, Manolo?, ¿qué? —casi le grita.

—¡Todos muertos, todos...! —responde el otro resollando—. ¡Misión cumplida! ¡Viva España!



Araceli lo encuentra dormido al regresar a casa. Pero José se despierta al sentir el leve ruido que hace la mujer recogiendo la bandeja de la comida.

—¿Qué?, ¿vienes de misa? —pregunta el hombre.

—De probarme el vestido de la Feria. No siempre estoy en misa. Y en cuanto a ti, deberías ir alguna vez —señala la botella vacía de Rioja—, en lugar de estar siempre bebiendo.

—¿Qué le pides a Dios?

—Ya poco.

—¿No le hablas de nosotros?

—¿Para qué?

—Podías pedirle un hijo.

—Eso no lo decide Dios.

—Pero si puede ayudar a que me deje tenerte más a menudo..., soy tu marido. ¿Me explico?

—Tienes mujeres de sobra para eso —responde Araceli.

—Sevilla está llena de habladurías. Y si hiciésemos caso de ellas, nadie podría salir a la calle. De todos modos, quiero un hijo tuyo. Anda, ven.

—Estás herido.

—Sólo en el hombro. Lo que tengo que usar está sano.

—Tomasa no se ha ido aún, no estamos solos —responde Araceli al tiempo que sale del cuarto con la bandeja.

José bufa mientras la puerta se cierra.

Huelva, mediados de julio de 1936

Casi medio centenar de hombres se pusieron en pie al verle entrar y el general, que vestía de uniforme, bota alta, pistola al cinto y la cabeza descubierta, fue saludándolos uno por uno, con un fuerte apretón de manos, mirando hondo en los ojos de todos. De cuando en cuando, se detenía a hablar unos instantes con alguno de ellos. Y eso hizo al llegar a la altura de José:

—Algabeño, ¿no? Torero...

—Rejoneador ahora, mi general. Y patriota hasta la médula.

—Necesitamos hombres bravos, y enfrentarse a un toro para matarlo o morir es una muestra grande de valor.

—Es más difícil luchar contra hombres decididos.

—¿Tienes miedo?

—El que no lo tiene, en la plaza o en la guerra, es que está loco. Pero he aprendido a vencerlo.

—¿Con cuántos paisanos contamos en Sevilla?

—Mil quinientos falangistas..., más o menos, mi general.

El militar le miró arqueando las cejas:

—Sé que sois muchos, pero ¿no te parece exagerado mil quinientos?

—Vendrán más si vencemos.

—Sí, claro: la victoria atrae a muchos novios.

El general siguió recorriendo las filas y luego alcanzó la mesa ante la que se alienaban varias hileras

de sillas. Se encontraban en un salón de recepciones de un viejo cuartel de artillería en las afueras de Huelva. Era un lugar seguro. Y el general Gonzalo Queipo de Llano había acudido esa misma mañana al lugar viniendo de Sevilla, clandestino casi. Otros lo habían hecho un día antes, como el coronel Ciriaco Cascajo, gobernador militar de Córdoba. Los hombres reunidos allí habían sido escogidos con escrúpulo y viajado con toda suerte de medidas de seguridad. En la primera fila, junto a los militares de alto rango, ocupaban lugares destacados los mandos de la Falange andaluza que no habían sido encarcelados las semanas anteriores, cuando comenzaron a correr los rumores de un posible golpe militar.

El Algabeño se sentía orgulloso. A la mayoría de los presentes los conocía tan sólo de vista. A quien más, a Díaz Criado, y algo menos al doctor José María Cañadas, dos de los hombres que fundaron la Falange sevillana tres años antes. Con el cordobés Antonio Cañero, el mejor jinete lidiador de España, había compartido cartel algunas tardes de rejoneo en plazas andaluzas, pero apenas habían hablado nunca. Cañero le envió un saludo con dos dedos alzados hasta la frente, el rostro iluminado por una sonrisa franca.

En la reunión, había también aristócratas terratenientes y ricos latifundistas de las provincias andaluzas, capataces del campo y algún señorito sevillano. Y José sintió que, al fin, después de los malhadados años anteriores, estaba en su sitio.

Confiaba en el hombre que iba a dirigirlos, pese a su aspecto algo ridículo y anticuado. El general, un hombre alto y fibroso, tenía unos sesenta años, la voz firme y la tez muy blanca, casi como la cal. Su cara era redonda; lucía el pelo muy corto, cruzado por una liviana raya en medio del cráneo, y mostraba afiladas orejas, ojos pequeños y bigote negro con las guías apuntando hacia arriba. En sus mejillas se formaban dos pequeñas bolsas azuladas, rasgos de buen bebedor. Mientras hablaba, sus menudas manos no cesaban de moverse nerviosas sobre la mesa. No leía y ni siquiera tenía notas ante él.

—Estáis aquí porque ninguno de vosotros dudáis. No es la hora de hacerlo. Ni de flaquear. Si los juramentos de fidelidad a la República nos han atado un tiempo, ahora están rotos; porque el gran juramento, el que anula todos los otros, sólo es uno: el amor a la patria. Como dijo un santo: «Jamás serviré a Señor que se me pueda morir». Y la República morirá, pero la patria va a sobrevivirla.

Mientras seguía el discurso, José dejó que volaran sus pensamientos hacia los últimos meses. Habían sido duros y se acercaba ya el momento de la anhelada venganza.



Tres días después de los asesinatos del parque de María Luisa le quemaron la casa de la finca familiar de El Alamillo. Apenas quedaron unos muros y decenas de sus reses escaparon enloquecidas por los campos de cereal que ardían a la velocidad de la pólvora en la sequedad del verano. Hubo de refugiarse en su casa de la calle de San Vicente y alquilar la protección de hombres armados. Algunas noches, botellas con gasolina prendida se estrellaban en la puerta y las ventanas del palacete y eran numerosas las pintadas que en la ciudad pedían su muerte como venganza por lo del parque. En Sevilla cualquiera daba por seguro que el Algabeño era uno de los autores de los crímenes; pero no fue juzgado por falta de testigos y de pruebas.

La calma siguió a aquella tempestad pasado un año. Pero él no se descuidaba. Había interrumpido sus paseos primaverales y de estío, a caballo, junto al río y, cuando acudía al aperitivo de mediodía en el Aeroclub, o a las noches de puterío y borrachera en el Variedades y el Sport, lo hacía en automóvil y con uno o dos escoltas. Siempre llevaba el revólver en la sobaquera, bajo la chaqueta.

En agosto del 32 se unió con otro grupo de civiles al intento de golpe de Estado del general Sanjurjo en Sevilla, lo que la prensa llamó «la Sanjurjada». Pero la victoria de los rebeldes duró apenas unas

horas y pareció, a la postre, más charlotada que un corrida de toros verdaderos. José pasó en la cárcel cuatro meses, bien cuidado por los guardianes y apartado de los presos comunes y de los anarquistas que, de cuando en cuando, las autoridades encerraban por ocupar una finca o quemar la cosecha del terrateniente que los empleaba. Al salir de prisión, ingresó en la Falange.

Todo el año 1933 toreó en diversas plazas, incluidas la de Valencia y Madrid. Y en diciembre se casó con Araceli.

Unos días antes de la boda, ella le había preguntado:

—¿Eras tú, José, uno de los que mataron a los obreros del parque de María Luisa?

—Ésos son bulos de algunos mal nacidos. Aquellos tipos, de todas formas, merecían morir.

—¿Me juras que no lo hiciste?

—¿Es preciso que tu marido lo haga para que puedas creerle?

—Me gustaría, sí.

—Bien, Araceli: jurado queda. Pero ten en cuenta una cosa: a veces, la muerte de nuestros enemigos nos hace más hombres.

—Me da miedo que te guste tanto la pelea, quizá la guerra.

—Tengo valor.

—No quiero ser la viuda de un valiente.

—Estoy hablando de toros, mujer.

Pero la suerte le burló de nuevo el verano siguiente en Málaga, cuando dos pistoleros anarquistas, tras la corrida de domingo, le alcanzaron tres veces con sus disparos a la puerta del hotel. Un año le costó reponerse por completo.

Y ahora la fortuna parecía sonreírle de nuevo. Tenía treinta y cuatro años.



Sintió un leve codazo en la cintura. Díaz Criado se inclinaba hacia él y le hablaba casi al oído:

—¿Estás dormido? Queipo ha empezado a dar instrucciones.

Atendió.

—En Sevilla, los militares concentraremos todo nuestro esfuerzo en tomar el depósito de armas de la Maestranza —decía el militar—, para evitar que las autoridades de la República repartan fusiles entre las turbas de izquierdas. Lo mismo debéis hacer en las principales ciudades. Y los paisanos apoyarán a nuestras fuerzas en el asalto a los ayuntamientos y las capitanías generales que no se unan a nosotros. Y repito las órdenes del general Mola para todos los alzados: sin piedad ninguna con el enemigo, sin albergar dudas; a quien se oponga, tiro en la nuca o fusilamiento sobre el terreno... No sólo hay que vencer, hay que desatar el terror..., que nos odien, pero sobre todo que nos teman... Una vez rendidas las capitales, debemos resistir al menos dos o tres días, hasta que lleguen desde África los regulares y la Legión enviados por el general Franco. No lo dudéis: si ganamos en Andalucía, venceremos en España.

Queipo se levantó. Todos los presentes le imitaron.

—Lo importante, repito, es conquistar las capitales de inmediato, por sorpresa. Después..., nos ocuparemos del campo.

Miró hacia José y luego hacia Cañero.

—Algabeño, Cañero: ahora, al terminar, os espero en el despacho de ahí detrás. —Señaló a su espalda—. Tengo instrucciones especiales para vosotros.

El general tendió de nuevo la mirada hacia delante y se cuadró militarmente.

—Todos firmes —ordenó.

Se escuchó un chocar de tacones.

—No he dicho el día, ¿no?

Un rumor de voces le respondió negando.

—¡En una semana! ¡El 18 de julio!, ¡al mediodía, en la hora de la siesta! Recordad la fecha y clavadla en vuestros corazones: ¡18 de julio! ¿Qué día? —Se llevó la mano a la oreja y la ahuecó—. ¡No os oigo!

—¡18 de julio! —clamaron cincuenta voces.

—¡Será un día para la Historia! —gritó Queipo.

José sintió un nudo de emoción en la garganta. Aquel toro tenía buenas trazas, prometía una tarde de gloria. Y él lo iba a recibir a la puerta de toriles, a portagayola.^[2]



Queipo hizo un gesto al asistente, que les sirvió una copa de cazalla. Luego, con otro movimiento de cabeza, le despachó. Quedaron los tres a solas. El general se sentó en un sillón desvencijado, el único mueble de la sala, y los dos garrochistas permanecieron en pie ante él.

—No he querido que esto lo oigan otros, es algo que debe quedar entre nosotros por ahora.

El Algabeño miró a Cañero de refilón. Era un hombre mayor que él, de unos cincuenta años, de porte atlético, quizá guapo, altivo y campechano al mismo tiempo. Tenía fama de generoso con los suyos e implacable con quienes consideraba sus enemigos. Era un señorito del campo cordobés al que nunca se le desprendía la sonrisa de la boca.

Queipo dio un sorbo de su copa. José recordó que el militar tenía cierta fama de bebedor. Pero pensó, mientras apuraba su propio vaso, que él no le iba a la zaga.

—El asunto es sencillo, apenas os entretengo —siguió el militar—. Dicen que los dos sois buenos jinetes...

—Los mejores de España —interrumpió Cañero, riendo levemente.

—Vale, Cañero, los mejores... El asunto es que voy a necesitar caballistas muy pronto.

—¿Enlaces? —preguntó José.

—Más que eso. Cuando consolidemos la conquista de las ciudades, habrá que mirar hacia el campo. En todas las provincias andaluzas hay muchas organizaciones izquierdistas de jornaleros. Y habrá que sanearlas. Y como la vuestra es una tierra de sierras, de caminos difíciles, vamos a necesitar caballos.

—Se hará lo que usted diga, mi general —señaló Cañero.

—Quiero que empecéis a prepararos. Y hará falta gente con agallas, rápida, partidas de caballistas que ataquen por sorpresa allí en donde se encuentren fuertes organizaciones de izquierdas. Llegar, matar, incendiar, aterrorizar, desaparecer...

El militar se quedó pensativo unos instantes antes de añadir:

—... como jinetes negros surgidos de las sombras del Infierno.

—¿Sólo nosotros? —preguntó José.

—Ya he hablado con otros. Y también con jinetes valerosos de las demás provincias: con los Zamacora, esos vascos de Cádiz, por ejemplo, que llevan ya un tiempo matando rojos en las sierras. Así que estad listos para cuando llegue el momento. Cuando hayamos vencido la resistencia en las ciudades, tendréis nuevas instrucciones. Y se os darán rangos militares, ya veremos cuáles.

Se despidieron. Al salir, Carreño tomó del brazo a José y sonrió burlón.

—Está poético nuestro general: jinetes negros surgidos de las sombras de Infierno. ¿Tú te ves así, Algabeño?

—A mí no me gusta mucho el negro, trae mal fario. Pero si hay que ponérselo por la patria, pues se lo

pone uno.



Volvió a Sevilla al final de la mañana y comió con Araceli. Apenas hablaron. Por la tarde, viajó en coche a sus cuadras de La Algaba y ordenó enjaezar las crines de su jaca favorita, la Mora, una yegua árabe de pelaje tordo. Hizo que la aprestaran con los más vistosos arreos y él se vistió con pantalón rayado, bota campera, camisa azul falangista sin insignias, chaquetilla marrón oscuro y sombrero cordobés de color gris.

—Vamos a desfilar, Morita, que pronto iremos a la guerra —dijo al oído del equino.

Y dirigió al caballo hacia las calles del centro de su pueblo cuando el sol ya caía. Iba con el cuerpo erguido, imprimiendo a la montura un paso lento y altivo, como de baile. Llegó a la plaza del Ayuntamiento, que gobernaba una coalición de republicanos de izquierdas y socialistas. Y jaló las riendas de la Mora frente a la iglesia de Nuestra Señora de las Nieves, un templo de aire colonial rematado por un airoso campanario cuadrado y con una fachada encalada con adornos color ocre, a cuya izquierda asomaba la noble Torre medieval de los Guzmanes. Con las grupas del caballo orientadas a la Casa Consistorial, el Algabeño se quitó el sombrero y se santiguó. Luego, volvió a cubrirse e hizo trotar a la jaca hacia un esquinazo de la plaza, en donde, rodeados de naranjos, a la sombra de un ancho toldo, tomaban finos y manzanillas, en esa hora postrera de la tarde, los miembros de la tertulia intelectual del pueblo: algunos profesores, un par de poetas, el cronista de la villa y otros conocidos liberales y socialistas de La Algaba.

Los conocía a todos y ellos le conocían a él. Y sabía que varios de ellos le miraban mal. José era consciente de que esperaban su momento, como él esperaba el suyo. Y por si acaso, mientras gobernaba el caballo con las riendas sujetas por la mano izquierda, ocultaba la derecha bajo el lado izquierdo de la chaqueta, acariciando las cachas de nácar del revólver. Hizo que el equino ejecutara dos pasos elegantes, de lado, ante los tertulianos, que le miraban en silencio. Y luego picó espuelas y se alejó de la plaza perdiéndose en una callejuela lateral.

Iba excitado, dominado por una euforia que a duras penas lograba contener.

Llegó a caballo hasta el Sport y se unió a su cuadrilla de amigos, Díaz Criado entre ellos. Todos se mostraban exultantes y algunos andaban ya borrachos. Cuando llevaba ya bebida una botella de manzanilla, José creyó percibir que los camareros le miraban con una mezcla de admiración y temor. ¿Sabrían acaso que estaba en pie de guerra? El león despertaba y coreó con los amigos canciones falangistas aprendidas recientemente. Le gustaba una en particular que terminaba así:

*... y son las JONS, sin distinción,
la juventud de más valor de la nación.
Que, al pelear, sin vacilar,
sabe vencer, sabe morir,
pero también sabe matar.*

La Mora conocía el camino que llevaba a su casa y le condujo hasta allí por la desierta Alameda de Hércules, con el paso suave, con el eco quedo de los cascos resonando en los adoquines, como si el animal fuera consciente de la imponente melopea del amo y no quisiera importunarle. Uno de sus guardias armados ayudó a José a descender de la montura y a entrar en el palacete. Y se ocupó de la jaca mientras, tambaleándose, José subía las escaleras.

Llegó hasta el cuarto de su mujer, abrió la puerta y se acercó a la cama.

—Soy yo; tu marido... —dijo balbuceante.

—El borracho de mi marido. ¿Qué quieres?

—Un hijo —respondió mientras se desprendía con torpeza de las botas camperas.

—Has bebido mucho.

—Pero sigo fuerte.

—Hoy no, José.

—Dentro de unos días puedo morir.

—No tienes corridas a la vista.

—Tengo la guerra.

Y entró en el lecho y ella le dejó hacer. Afuera en la calle, enfrente casi del balcón del dormitorio, las campanas de la iglesia de San Vicente daban las dos de la mañana.

LA FRONTERA

*Pero nosotros tenemos que errar desalentados,
para morir en otras tierras;
y donde se hallen las cenizas de nuestros padres
puede que las nuestras nunca descansen...[1]*

LORD BYRON, «La gacela salvaje»

París, agosto de 1936

En el centro del andén, Margot retiró sus labios de los de John, se separó del abrazo y observó anhelante los ojos del hombre. Él le devolvió una mirada encendida, en cierto modo extraña, como si no la viera, tal vez buscando en el interior de ella algo oscuro e irreconocible. La sirena de una locomotora aulló con vigor, levantando ecos en el ciclópeo galpón de la estación de Austerlitz. Se oyó el silbido bronco del vapor que liberaba una máquina próxima y las vaharadas envolvieron sus cuerpos. Margot pensó una vez más que era un hombre hermoso y dotado de una honda vitalidad que trascendía su figura. Y recordó lo que le dijo en cierta ocasión Christopher, el hermano que seguía en edad a John: «Es pura energía».

Apenas habían transcurrido tres semanas desde que los militares se alzaron en España contra la República y estallado el conflicto bélico, cuando el joven comunista John Cornford, que se encontraba en Francia de vacaciones con su nueva pareja, Margot Heinemann, tomó la decisión de acudir a aquella guerra para comprender lo que significaba. Quedaban pocos minutos para que el tren partiera desde París con destino a Toulouse.

John se desabrochó la gabardina y buscó en los bolsillos de su chaqueta, tomó el paquete de tabaco y encendió un cigarrillo. Aspiró el primer humo hondamente y miró su reloj de pulsera, que marcaba las diez menos cinco.

—Creo que debo irme.

Se agachó y tomó su maletín de cuero oscuro.

—Sí, vete —añadió ella—. Ni a ti ni a mí nos gustan las despedidas largas.

—En unas semanas estaré de vuelta.

—Aquí me tendrás, esperándote.

—Te escribiré en cuanto pueda. Adiós.

—*Au revoir* —respondió ella en francés.

Se besaron, esta vez con un roce liviano de los labios.

Le contempló mientras se alejaba, envuelto por los restos de la neblina dejada por el vapor. Era alto, delgado y, al tiempo, fornido. Vestía una raída gabardina oscura que le venía grande, se tocaba con una boina negra y sus bastos zapatos, que parecían botas militares, imprimían a su caminar un aire desmadejado.

Margot amaba con locura a aquel hombre dos años más joven que ella y que, sin embargo, parecía haber vivido muchas más vidas que las que correspondían a su edad.



Margot Heinemann se encontró con John Cornford por vez primera en Cambridge, la mañana del 11 de noviembre de 1935, en el decimoséptimo aniversario del Armisticio de 1918, cuando ella iba a cumplir

los veintiún años y él estaba próximo a los diecinueve. Margot era londinense y cursó sus primeros años de bachillerato en su ciudad natal. Al finalizarlos, se había trasladado a Cambridge, para estudiar Lengua Inglesa en el distinguido centro de señoritas de Newnham College. Y ahora, un año después de graduarse, impartía clases de gramática en Birmingham.

Aquel suave día otoñal, los comunistas se habían unido a jóvenes socialistas y cristianos para intervenir en un sencillo evento pacifista, que consistía en depositar una corona de flores al pie del Memorial alzado en recuerdo de la Primera Guerra Mundial, con una cinta en donde se leía: «A las víctimas de la Gran Guerra, en nombre de quienes estamos determinados a prevenir crímenes similares del Imperialismo». Margot viajó desde Birmingham para encontrarse con su amiga Noreen Branson y participar en el acto.

Las dos muchachas tenían igual edad, eran judías y habían sido compañeras en la misma escuela en donde solían enviar a sus hijas las familias de clase media alta del exclusivo barrio londinense de West Hampstead. Y al cruzar la frontera de la adolescencia, ambas ingresaron en las juventudes del Partido Comunista. Noreen, que ahora residía en Cambridge, militaba más activamente que Margot y conocía a los más destacados miembros de la organización de los *colleges*.

Era un día sin trazas de lluvia y la marcha hacia el Memorial transcurría tranquila, vigilada por algunos *bobbies* de la policía local, cuyo único armamento eran las reglamentarias porras de goma. No obstante, cuando los manifestantes llegaron a la altura del cine Tivoli, se toparon con un numeroso grupo de estudiantes que enarbolaban banderas de la *Union Jack* y cantaban himnos patrióticos, siguiendo los sonos de una orquestina de bombos y platillos.

De inmediato se inició la trifulca, casi un jolgorio, al principio con lanzamiento de huevos y tomates entre los contendientes. Pero el enfrentamiento se convirtió al poco en una pelea a puñetazos y los muchachos conservadores, en minoría, hubieron de emprender la retirada.

Exaltados por su victoria, los manifestantes pacifistas continuaron su marcha. Y en un estrechamiento de la calle, una partida de los más exaltados decidió cortar la vía volcando automóviles. La policía intervino y se produjeron duros choques entre los estudiantes y los agentes. Estos últimos intentaron disolver la manifestación, pero varias decenas de jóvenes consiguieron abrirse camino y alcanzar el Memorial, entre ellos Margot y Noreen.

Los dirigentes de la protesta que lograron llegar al lugar colocaron la corona al pie del monumento y algunos de ellos pronunciaron breves discursos desde la pequeña peana del monolito. John Cornford, sin embargo, trepó con agilidad hasta el lugar en donde se alzaba la estatua de mármol de un soldado con el torso desnudo, desarmado y sin casco.

Margot lo recordaría siempre allí en lo alto, la firmeza de su verbo, la vehemencia de sus palabras, la seguridad en sí mismo. Había clamado:

—¡Estamos contra la guerra, que acrecienta el imperialismo! ¡Estamos contra el fascismo, que anima a luchar entre los pueblos de Europa! ¡Estamos contra el capitalismo, que empobrece a nuestro país y empobrece al mundo! Toda una generación de chicos ingleses murió en los campos de batalla del continente durante la Gran Guerra que conmemora este Memorial. ¡Y no queremos que vuelva a suceder! Por eso estamos aquí, en el día en que se celebra el fin de aquella gigantesca carnicería, el conflicto más sangriento que vieron los siglos. Recordad lo que escribió el poeta Wilfred Owen, muerto en los campos de Francia pocos días antes del Armisticio que celebra este monumento en donde nos hallamos: «... *amigo, no dirías con tal entusiasmo, a los chicos sedientos de una anhelada gloria, la vieja Mentira: “Dulce et decorum est pro patria mori”* [2]..., la vieja gran falacia que afirma que es dulce y honorable morir por la patria...». Y recordad también el verso de Kipling: «*Si cualquiera os pregunta por qué hemos muerto, decidle: porque nuestros padres mintieron*». [3]

John alzó el puño mientras resonaban los aplausos de varias decenas de jóvenes estudiantes.

—Fascinante, nunca he visto a nadie tan atractivo —dijo Margot a Noreen—. ¿Quién es?

—John Cornford, un estudiante del Trinity. Camarada del partido, por cierto. Es biznieto de Charles Darwin. Pero creo que tiene menos edad que tú, alrededor de los diecinueve años. No sabía que te gustaban los jóvenes.

—Es un adulto con corazón de niño. Hay pocos así.

—Esta noche, hemos quedado un grupo en un pub para tomar unas pintas. Los comunistas somos pocos, pero muy activos: nos conocemos todos. Si John acude, te lo presentaré. Pero te advierto que vive con una mujer...

—No importa.

—Tiene escandalizado a todo el Cambridge conservador. Y eso que pertenece al círculo de las familias más elitistas de la ciudad. Pero es valiente. Yo no me atrevería a vivir con un hombre en West Hampstead sin casarme con él.

—Yo sí.

—Me sorprendes.

—No con cualquiera. Con él, sí.

Noreen rio.

—Vaya, veo que te ha impresionado.

—Está hecho para mí y yo para él.

—¿Cómo va a saberlo John si ni siquiera tiene idea de que existes?

—Se enterará pronto.



Llegaba casi a la cabecera del tren y no había vuelto la espalda. Se resistía a hacerlo. El rostro de Margot permanecía muy vivo en su memoria. Podía dibujarlo perfectamente: sus perfiles regulares, su frente ancha, el pelo rojizo peinado en una melena que apenas le cubría las orejas, las cejas trazando una línea levemente curva sobre los ojos de un intenso azul que transmitían energía y ternura al mismo tiempo; la nariz recta, la boca larga, los labios gruesos, los hoyuelos de las mejillas y la barbilla redonda. Cuando hablaba, a menudo inclinaba levemente el esbelto cuello. Tenía los hombros anchos y las piernas largas, lo que le hacía parecer más alta de lo que en realidad era. A John, cuando la veía caminar, le recordaba el andar elegante de una cierva joven.

Aquella noche del 11 de noviembre, en el Eagle, el pub más popular de Cambridge, cuando Noreen los presentó, John pensó que nunca había visto una mujer que le impresionase de tal manera desde el primer encuentro. No sólo era bella, sino que, al intercambiar las primeras impresiones sobre la emotiva jornada, le pareció sensual y dotada de una inteligencia extremadamente sutil.

Se buscaron con las miradas durante la velada, aunque apenas pudieron hablar, rodeados de gente ruidosa en aquel bar en donde los cerebros se aturdían bajo las nubes del humo de los cigarrillos y en donde las voces de los jóvenes exaltados se asemejaban al griterío de un bando de gaviotas hambrientas.

Fue una noche en la que la euforia del éxito de la marcha hizo que corriera en abundancia la cerveza. Pronto hubo canciones y, cuando un grupo de jóvenes comenzaron a entonar ritmos que supuestamente bailaban los cosacos, con letras inventadas que pretendían sonar a vocablos en ruso, dos o tres de ellos subieron a bailar sobre una de las mesas. John, borracho y feliz, se le unió, bailó al ritmo de *Kalinka* y hubo de ser cogido entre varios camaradas para no caer al suelo cuando, agachado y cruzados los brazos sobre el pecho, trataba de unirse a la danza suspendido en el aire, lanzando una y otra vez los pies hacia

delante.

Dos días después volvieron a verse: él la buscó por intermedio de Noreen, que los dejó a solas en una casa de té durante un par de horas. Hablaron de literatura y, sobre todo, del papel de los escritores en la lucha social y política. John acababa de publicar un artículo, titulado «Left?», en la revista mensual izquierdista *Cambridge Review* y leyó a Margot algunos párrafos. Discutieron con ardor sobre las ideas que él apuntaba en su texto.

En apenas unos meses, había bajado el aprecio de John por Eliot, Graves, Pound e, incluso, Joyce. «Están colapsados por la subjetividad», escribía en su ensayo, y, entre los poetas del momento, tan sólo conservaba intacta su admiración por W. H. Auden.

—El problema —decía el joven— es que existe un peligroso intento de identificar la forma del texto como la prueba irrefutable de que se trata de poesía revolucionaria, pero en su esencia remite a la llamada «imparcialidad» del escritor. Y no es eso lo que hoy se hace preciso en literatura. El compromiso debe tocar el fondo, no quedarse en la superficie, que es la deriva que han tomado algunos. Por eso ya no me atrae Eliot, a quien tanto admiré. Lo revolucionario no debe quedar reducido a una moda de expresión literaria, sino que debe ir hasta el final, debe alcanzar el sentido de la vida. La revolución formal debe llegar más allá, no quedarse en un pretexto para contentar a los corazones rebeldes sin cuestionar a la burguesía.

A veces, él o ella sorprendían la mirada del otro como escapada de las palabras. John deseaba tomarle las manos y besarlas. Margot le acariciaba con los ojos.

Y había algo más: desde varias semanas atrás, la relación de John con Ray había comenzado a enfriarse y discutían a menudo. Incluso, habían hablado ya de separarse en varias ocasiones.



En primavera, John viajó a Birmingham a encontrarse con ella. Alquiló un pequeño cuarto en un hotel para una semana. Al segundo día, después de tomar dos pintas de cerveza roja en un pub de la ciudad, John le dijo con voz queda a Margot:

—Me parece que estoy enamorado de ti.

—¿Sólo lo sospechas?

—Lo sé.

—Pero vives con una mujer, ¿no?

—Voy a dejarla... si tú también me amas. Y aunque no sea así, terminaré esa historia; ya está muerta.

—John... —ella movió la cabeza sonriendo—, estamos hechos el uno para el otro, lo supe en el instante mismo en que te vi por vez primera, hablando allí en lo alto del Memorial de guerra de Cambridge.

Se tomaron las manos.

—En el pub, aquella noche, estabas muy borracho. Y me dijiste que vendrías a Birmingham a buscarme.

—Ven conmigo a Cambridge.

—No hasta comienzos del otoño.

—Debo decirte antes otra cosa: voy a ser padre a principios de año. La mujer con la que vivo, Ray, está embarazada.

—Eso no cambia las cosas para mí. ¿Quieres que el niño esté con nosotros?

—No lo criaré; no he sido yo quien lo ha buscado.

Durmieron juntos el resto de los días que duró su estancia en Birmingham.



A su regreso a Cambridge, rompió con Ray. Ella decidió que su hijo nacería en Londres. Pero pidió a John que el niño fuera enseguida a vivir a Cambridge.

—No podría volver allí. Pero el chico, a tu lado, tendrá una mejor educación —dijo ella.

—Pediré a mis padres que se ocupen de él si es lo que deseas.

—¿Lo aceptarán? Quiero lo mejor para el crío.

—No lo dudes.

Ray calló un instante antes de añadir:

—Esa mujer..., ¿es de tu clase?

—Es de una familia judía de Londres. Son banqueros.

—Claro... ¿Cómo se llama?

—Margot..., Margot Heinemann.

La muchacha sonrió con tristeza:

—Te dije una vez, al principio de amarnos, que un día me dejarías, que yo era de una familia pobre y proletaria.

—Eso no tiene que ver. Ella es comunista, como nosotros.

—Las clases las llevamos clavadas en el alma y les pertenecemos para siempre sin darnos cuenta. No es un asunto político; es algo más hondo.

El niño nació en Londres a principios de año y fue bautizado con el nombre de James, en memoria del compañero comunista de John en Cambridge, James Klugmann.

En unos versos escritos en aquellos días para Ray, titulados «Sad Poem», John decía:

*Te amé con todo lo que había en mí, ciega y difícilmente,
esforzándome por todo lo que mis brazos podían abarcar,
solamente en tu amor encontraba paz en mi espíritu.
Pero algo se ha roto, algo se ha ido,
nos hemos amado demasiado como para intentar seguir siendo amables,
todo será falso si seguimos así.
Aunque la partida sea tan cruel como el cuchillo de un cirujano [...]
Todo lo que sé es que debo dejarte.
Hay una nueva vida luchando dentro de mí por saltar al aire
y no puedo permitirme cerrar su boca con los jirones de un viejo amor.
Las heridas curadas son más fáciles de soportar [...]
No quedan palabras que decir, no quedan lágrimas que llorar.
No pienses más, querida, descansa tu oscura cabeza sobre mi hombro
y ahora trata de dormir, trata de dormir.[4]*

En los andenes de Austerlitz, volaban pavesas de carbonilla, olía a humedad sucia y hacía un frío pegajoso. Durante toda la noche había llovido sobre París y, desde primeras horas del día, caían ocasionales chubascos.

John tiró el cigarrillo y buscó en los bolsillos el billete de tren. Miró alrededor: un mozo ayudaba a unos pasajeros a subir su equipaje al interior de uno de los compartimentos a través de la ventanilla.

—Please..., monsieur —dijo John con torpe pronunciación—, Toulouse, Toulouse?

El otro le miró y repitió:

—*Toulouse?*

—*Oui.*

Señaló hacia delante:

—*Le deuxième véhicule, le deuxième wagon...*

Y le mostró dos dedos de la mano indicando los vagones delanteros.

Se acomodó junto a la ventanilla. Había otro hombre en la cabina, de cara a John. Fumaba en pipa y miraba hacia las vías muertas del lado contrario del andén. Se saludaron con un gesto. Oyó el silbato del jefe de estación y el tren pareció toser y moverse como un anciano tísico, con lentitud, renqueante, quejumbroso, mientras John intuía que su existencia, por el contrario, comenzaba a correr a la velocidad de un galgo que persigue a una liebre.

John sabía muy poco sobre España, pero era consciente de que en aquel golpe militar se escondía una gran amenaza: la expansión del fascismo en Europa. Pensaba que el conflicto no duraría más de un par de meses y que los alzados no triunfarían. Sin embargo, se había propuesto ser testigo de los acontecimientos, interpretarlos, hacerse una idea de las luchas que se preveían en Europa. Y creía que la primera escaramuza de la gran batalla del futuro se iba a librar sin duda en España.

En París, había planeado conseguir una acreditación como periodista, cruzar la frontera española, escribir unas crónicas sobre Cataluña y regresar a Inglaterra para terminar de graduarse en Cambridge y comenzar una intensa vida política en el Partido Comunista británico, en Londres, al lado de Margot. Tres o cuatro semanas de viaje bastarían.

Y pronto logró que un amigo del Partido Comunista, Claud Cockburn, certificara que ejercía como cronista del periódico londinense de izquierdas *News Chronicle*. Decidió partir de París de inmediato, el día 6 de agosto, dieciocho días después del golpe de Franco y sus militares. Esperaba, con suerte, cruzar la frontera española el día 8, pero no tenía una idea clara de cómo hacerlo.

Sacó una carpeta del maletín en donde guardaba sus papeles y sus cuadernos de notas. Hojeó algunos textos que había copiado de una biblioteca británica en París. Como aquel de Lytton Strachey, del grupo de Bloomsbury, buen amigo de su madre, publicado en 1920 tras un viaje a Granada: «Nunca he visto un país de tan vasta escala: salvaje, violento, espectaculares montañas, interminables caminos, colores por todas partes —del profundo naranja al brillante verde—, un maravilloso lugar en donde poner el dedo sobre su mapa y no sobre su realidad». O el de John Dos Passos de 1917: «He descubierto en España una actitud hacia la vida y una manera de vivir que suponen un agradable contraste al loco alboroto de la Europa industrial y de América».

¿Qué era aquel país adonde viajaba? John lo había imaginado, con la lectura de algunos textos de los viajeros románticos ingleses del siglo XVIII, como un territorio cincelado con calvas sierras agrestes y abundante en palacios árabes, habitado por decenas de miles de gitanos, excitado por salvajes corridas de toros, repleto de cabras y sembrado de olivares y limoneros, bañado por un perpetuo sol ardiente, controlado por adustos guardias civiles tocados con gorros napoleónicos, gobernado por militares o por reyes despóticos y rendido a los pies de cardenales escapados de un cuadro de la Inquisición. Ni siquiera tenía una idea clara sobre la historia del vapuleado y animoso Don Quijote. Ahora, España le atraía políticamente y, en cierto modo, también desde un punto de vista literario.

El tren corría ya entre campos mojados. Tomó de la carpeta una crónica que no había podido leer aún y que había recortado días antes de un ejemplar atrasado de *The Times* que compró en el boulevard Saint-Michel. Estaba escrita por un reportero *freelance* americano, F. Theo Rogers, a quien el estallido de la rebelión había sorprendido en el centro mismo de Barcelona y que había presenciado parte de la principal batalla entre rebeldes y legalistas, desarrollada en buena medida debajo de la ventana de su

hotel. Rogers estaba de vacaciones en la ciudad y no supo al principio muy bien a quién intentar venderle su exclusiva. Finalmente, *The Times* la compró y publicó el día 1 de agosto, casi dos semanas después de la batalla.

John siguió el texto con emoción creciente:

La habitación de mi hotel se abre sobre la ancha explanada de la plaza de Cataluña, en donde se encuentra la cabecera de las Ramblas. El día 18 me despertaron los disparos, salí al balcón y vi cómo cientos de soldados rebeldes y de caballería, junto con falangistas provistos de pistolas, tomaban por asalto la plaza. Pero al poco, desde todas las calles adyacentes, llegaron anarquistas armados, que corrían enloquecidos y salvajes. Una impotente carnicería se produjo en las siguientes catorce horas.

Al principio sólo unos pocos miles de civiles se opusieron malamente armados a los rebeldes. Arrancaron los adoquines para alzar barricadas y bloquear las calles y los tranvías fueron lanzados contra los soldados para romper sus líneas. Mientras, otros civiles disparaban a los rebeldes con pistolas y escopetas desde las azoteas y balcones. Nadie sabía entonces si la Guardia Civil y la Guardia de Asalto se unirían a la rebelión. Pero casi todas sus unidades acabaron apoyando a la República ante el júbilo de la gente.

Una ametralladora emplazada en mitad de la plaza batía las calles laterales y un capitán de la policía leal dirigió la carga contra la posición. Fue una carrera suicida de unos cuarenta o cincuenta metros a campo abierto. Antes de alcanzar la ametralladora, el oficial fue herido al menos ocho veces y debió de morir mientras corría, como cuando un conejo es alcanzado por un tiro y todavía sigue adelante saltando y pataleando. El capitán cayó con todo el peso de su cuerpo sobre la ametralladora y derribó el trípode. Los hombres que le seguían la levantaron y la apuntaron contra los soldados rebeldes. Y el curso de la batalla de la plaza de Cataluña se volvió en contra de los generales golpistas.

Expulsados de las calles, los francotiradores rebeldes ocuparon los campanarios de las iglesias y los techos de los edificios más altos. El de la Telefónica, conquistado al principio por los anarquistas, cayó en manos de los alzados, pero fue de nuevo recuperado.

Con el uso de megáfonos, los ciudadanos se dirigían a los reclutas enemigos: «Soldados, hermanos, ¿por qué lucháis contra nosotros?». «No lo sabemos», se oyó gritar a uno de los adversarios. Una bandera de tregua apareció en la plaza, hubo conversaciones entre los dos bandos y para los soldados quedó claro que se trataba de un alzamiento antirrepublicano. Entonces, supieron que estaban en el lado equivocado. Y súbitamente cambiaron de bando y desarmaron a sus oficiales. La resistencia rebelde en la plaza de Cataluña y en toda Barcelona había terminado. En las horas siguientes, se asaltaron los arsenales de los cuarteles de artillería y 10.000 rifles y ametralladoras fueron «liberados». Todo el poder quedó en manos de las masas.

Era una gran crónica, calibró John mientras doblaba las hojas del periódico y las guardaba de nuevo en la carpeta. Respiró profundo, tratando de contener su emoción. ¿Acaso llegaría a ser testigo de una nueva Revolución de Octubre? Y comenzó a imaginarse a sí mismo cruzando la frontera y entrando en España.



Durante los últimos meses apenas había escrito poesía, e incluso pensó en dejarla por completo, sumido como estaba en la actividad política. Ahora, sin embargo, sentía deseos de volver a ella, pero de forma diferente: versos surgidos del oscuro interior de su espíritu al tiempo que de su carne. No era capaz de dibujarla, aunque la presentía. Y según el tren marchaba hacia el sur, percibió que una nueva vida se abría para él en la que, de pronto, los poemas volvían a brotar de su espíritu para convertirse en una parte sustancial de su futuro.

Como la acción política.

En Cambridge, participaba en mítines, dirigía una revista de izquierdas y era miembro del Comité Antifascista y del Comité contra la Guerra, que agrupaba a organizaciones cristianas, laboristas y marxistas. Tomaba parte en reuniones de análisis y de preparación de acciones contra el avance del nazismo y el fascismo en Europa y, en un par de ocasiones, asistió a encuentros clandestinos con Donald Maclean y Guy Burgess, destacados comunistas que habían estudiado en el Trinity unos cursos antes que él.^[5] También acudían a esos encuentros su admirado James Klugmann, un joven judío de portentosa inteligencia tres años mayor que John, y Eric Hobsbawm, dos más joven. Ya en los días de Cambridge y apenas a la edad de veinte años, John Cornford estaba destinado a formar un día parte de la élite del

comunismo británico.

Pero en ese momento, en el vagón de aquel tren que le llevaba hacia las proximidades de la frontera con España, movido de súbito por una extraña fuerza interior, volvió a rebuscar en su maleta, sacó su cuaderno de notas y anotó con urgencia las ideas y el tono de un proyecto de poema.

«*Todo cuanto muere se agarra con rabia a la vida. Y nada nace sin gritos y sin sangre*»,^[6] decía el último verso.



Recordaba ahora, mientras el tren avanzaba entre campos verdes, una tarde de la reciente primavera, cuando bordeaba las riberas del Cam, camino de un mitin, junto a Bernard Knox, uno de sus mejores amigos. Knox era un año menor que John y estudiaba en St. John's College, vecino del Trinity, que seguía la especialidad de Lengua y Literatura Antiguas. Aunque de ideas filomarxistas, Knox no militaba en el comunismo. «Soy demasiado patriota para eso», bromeaba a menudo con John cuando éste le impulsaba a integrarse en la organización.

Los mirlos habían comenzado a cantar en los rincones ocultos de las arboledas y soplabla una cálida brisa que presagiaba un dulce verano.

—¿Crees que tendremos guerra? —preguntó Bernard, componiendo un gesto infantil, como lo haría un niño.

El rostro rechoncho de Knox era amable y simpático. Tenía una mirada inteligente y burlona, con las cejas dibujando una uve invertida sobre los ojos. Poseía un fino sentido del humor y le gustaba demostrarlo.

—Estoy convencido —respondió John— de que Hitler puede llevarnos a un nuevo y terrible conflicto no muy tarde, quizá el peor de la historia humana.

—¿Y qué crees que será mejor?, ¿que nos bajemos los pantalones o que le hagamos frente? Yo no tengo mucha gana de pelea.

—Ésa no será la alternativa: sólo nos quedará elegir entre el suicidio o la lucha.

—Tendremos que combatir de nuevo por la vieja y fea Inglaterra.

—No por ella... Por un mundo mejor y más justo. Quizá sea la dramática oportunidad de alumbrar un hombre nuevo.

—El que preconiza Marx...

—¿Qué otro, Bern?

—Eres un soñador, amigo mío. El hombre ha sido y será siempre el mismo.

—A menudo hemos cambiado el rumbo de la Historia.

—«Historia» es una palabra confusa.

—No me explico por qué dices que eres marxista, Bern.

—Soy un filocomunista blando, ligero. Es más: a menudo encuentro muy aburridos los textos de Marx. Jamás he podido pasar de la primera parte de *El Capital*: cuando lograba dejar atrás la selva del décimo o duodécimo prólogo suyo y de Engels, de esos que escribían para cada nueva edición, llegaba al texto principal jadeando. Y me dormía.

—Entra en el libro directamente.

—En esto de la política me sucede como en el fútbol: tienes que ser de un equipo; de otra manera, no hay emoción. Yo soy un hincha tibio del marxismo, no un forfofo apasionado. Y en todo caso, para leer prefiero a Sófocles.

Siguieron unos minutos caminando en silencio. Pero John volvió a la carga:

—¿Aburrido, Marx...? Yo, en cambio, encuentro a tus héroes griegos un tanto insípidos.

—Antes no pensabas así.

—Todos cambiamos.

—Pues te pareces más a ellos de lo que tú crees... Tienes algo de trágico, John. Eres solitario y cabezota, como Áyax. Escuchas poco a los demás y huyes de la moderación, como Edipo. Adoras los imposibles, como Antígona. Pero te falta sólo ser un poco más hábil, como Odiseo. Y lo peor: te enorgullece diferenciarte de los otros y tiendes al masoquismo, como Héctor. Me temo que algún día no te importe morir con tal de cumplir un destino que te impongas..., como Aquiles.

John se detuvo y cruzó los brazos mirando a su amigo.

—No imaginaba que me hubieras estudiado tan a fondo. Casi me halaga.

Bernard rio, se acercó a John y le pasó el brazo por el hombro.

—Eres un borrico trágico; pero te aprecio y, en cierto modo, no dejo de admirarte.



El hombre que tenía enfrente en el compartimento del tren se inclinó hacia delante mientras señalaba la carpeta en donde John había guardado las páginas de *The Times*.

—*Do you come from England?* —preguntó.

—*Yes* —respondió John—. *And you?*

—*Austrian.*

Siguieron hablando en inglés.

—¿Va hacia España? —preguntó ahora Cornford.

—¿Cómo lo sabe? —respondió el otro sonriendo.

—¿A qué otro lugar se puede ir viajando hacia Toulouse?

—Cierto. Soy periodista.

—¡Qué coincidencia!, ¡yo también!

—No es tan raro: ¿quién puede ir a España ahora salvo nosotros?

El austriaco le tendió la mano. Tenía una cara adornada por unas pobladas patillas, que contrastaban con la escasez del pelo que le cubría la cabeza, y usaba unas gafas redondas de gruesos cristales. Parecía rondar los cuarenta años.

—Franz Borkenau —se presentó.

John la estrechó con brío.

—John Cornford.

—¿Cuál es tu periódico?

—*News Chronicle.*

—¿Comunista...?

—Sí.

—Yo viajo como *freelance* para varias publicaciones europeas... También fui comunista hace años.

Se echó hacia atrás en su asiento y John le imitó.

—Sigo siendo marxista... —añadió el austriaco—. Pero detesto a Stalin. Es totalitario y Marx no lo era.

—Stalin tiene que enfrentarse a muchos retos, no es fácil ser el líder de una revolución amenazada.

—He estado en Rusia y he oído hablar a Stalin en más de un mitin. Fui miembro de la Komintern[7] durante un tiempo, en representación de Alemania. Stalin es un dictador. ¿Y es necesario que el marxismo, una doctrina liberadora, se transforme en una dictadura política? No me gusta Stalin. Ni sus

depuraciones, ni la liquidación de todos sus opositores... Por eso ya no pertenezco al partido.

—Suenas a Trotski lo que dices.

—Me cae más simpático, no te lo niego. Pero tampoco soy de los suyos.

John no sentía deseos de discutir con aquel hombre. Señaló hacia la ventana.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Tómalo con calma. Al menos ocho o nueve horas. ¿Traes comida?

—No.

—Compra algo en la próxima estación. Y también hazte con bebida: no hay vagón restaurante en este tren. Y pronto hará calor.

—¿Mucho calor?

—¿Todavía no sabes que vamos al infierno?

Borkenau extrajo una pipa del bolsillo, relleno la cazoleta con un tabaco de olor jugoso a jengibre y la encendió prendiendo una cerilla de palillo largo. Miró a John.

—Creo que no tienes idea de lo que es una guerra, muchacho.

—Por eso voy a España, para saberlo —contestó John molesto.

—Verás sólo un rostro: el de la muerte. Y no es agradable. Y quizá tengas que matar un día.

—Puede que a veces sea necesario.

—¿Dónde has oído eso?

—En un poema.

—¿Tú escribes versos?

—A veces.

—¿Y crees que, si acaban contigo, puede ser también necesario? Los jóvenes no deberíais estar hechos para matar. Pero vais de cabeza al matadero, sin embargo. Cuida de tu vida.

—No es la primera vez que me lo dicen.

—Pues haz caso de tan juicioso consejo, muchacho.



Leyó, charló ocasionalmente con Borkenau y dio algunas cabezadas hasta la llegada a Toulouse. No le agradaban demasiado las ideas del austriaco ni el paternalismo que exhibía con él; pero era simpático y, sobre todo, manejaba bien el francés y, según decía, también el español. Le convenía viajar con él y, por ello, eludía la discusión política.

Bajaron en la casi desierta estación de Toulouse: Borkenau se dirigió a las taquillas y charló un rato con un empleado. Luego, se volvió sonriente hacia John.

—¡Vamos! En tres minutos sale un expreso hacia la frontera española.

—¿Y los billetes?

—Pagaremos a bordo.



El tren los dejó en Cerbère, junto al mar, pasadas las doce de la noche. Oyeron rugir las olas bajo el cielo en donde apenas se dibujaba una uña lunar, mientras caminaban hacia el puesto fronterizo español de Port Bou. Estaba cerrado. Un mozo les informó de que debían esperar hasta las ocho de la mañana, la hora en que llegarían los funcionarios de aduanas. De modo que se acomodaron en una gran sala de espera desvencijada, anexa a la oficina.

En la estancia, había varios grupos de campesinas con algunos bebés. Conversaban en catalán con una docena de paisanos armados con escopetas de caza. Nadie prestaba atención a los extranjeros. En un momento de la noche, el que parecía jefe del contingente ordenó algo a uno de los hombres. El otro salió de la sala y regresó con un cazo con agua para dárselo a un niño que lloraba. John pensó que aquel lugar tenía el aspecto de corresponder a cualquier escenario menos al de una guerra.

Bien entrada la mañana, dos funcionarios examinaron sus documentos: se los pasaban el uno al otro sin dejar de hablar en catalán. Al fin, uno de ellos explicó a Borkenau, en español, que ellos no tenían competencia sobre los permisos de entrada para extranjeros y que debían dirigirse al comité local de Port Bou, formado por anarquistas y socialistas a partes iguales y que era el organismo responsable de resolver los asuntos de carácter político.

En el edificio del Ayuntamiento, en cuyo balcón principal ondeaba una bandera roja con la hoz y el martillo, el presidente del comité, un campesino anarquista, estudió con parsimonia sus pasaportes y dio su visto bueno. John llevaba su acreditación como periodista del *News Chronicle*, mientras que Borkenau portaba una carta de recomendación de un alto cargo del socialismo español.

Regresaron al puesto policial de la aduana y entraron en España pasadas las ocho y media de la mañana del día 8 de agosto.

—Si los republicanos son igual de rápidos al tomar decisiones durante las batallas —comentó Borkenau—, esta guerra la tienen perdida.

Desayunaron en la estación y, poco después de las nueve, tomaron el tren hacia Barcelona. Un sol furioso se apoderaba del espacio y comenzaba a apretar el calor. John sintió de pronto una inmensa y desconocida emoción mientras se adentraba en el territorio español. A su izquierda, al otro lado de la ventanilla, se abría un mar hondamente azul, bajo pétreos acantilados donde batían olas furiosas. Si salía al pasillo del vagón, a la derecha podía contemplar un paisaje de adustas montañas sin árboles, de aspecto indomeñable. El tren le iba mostrando el primer rostro de aquel país en guerra.



Eran las once de la noche cuando el ferrocarril se detuvo en uno de los andenes de la estación barcelonesa de Francia. No había taxis y tomaron un coche de caballos para dirigirse al centro de la ciudad. Siguiendo el paseo de Colón, apenas se distinguían transeúntes en las calles. Pero cuando alcanzaron las Ramblas, el aspecto de la urbe cambió por completo. Borkenau lo describió en una crónica que envió dos días después a uno de los periódicos con los que colaboraba:

Al doblar la esquina de las Ramblas, surgió la tremenda sorpresa: ante nuestros ojos, como un relámpago, se desplegó la revolución. Era algo abrumador. Como si hubiésemos desembarcado en un continente diferente a cualquiera que nos hubiese sido dado ver con anterioridad... Trabajadores armados con un fusil al hombro y vestidos con traje de paisano. Armas, armas y más armas. Están sentados en los bancos o pasean por las Ramblas llevando los fusiles sobre el hombro derecho y, a menudo, con una muchacha del brazo izquierdo. Permanecen de guardia junto a la entrada de los hoteles, los edificios administrativos y las grandes tiendas. Conducen a gran velocidad innumerables automóviles modernos, con las iniciales pintadas de sus organizaciones respectivas, CNT-FAI (anarquistas), UGT (socialistas), PSUC (comunistas), POUM (trotskistas)... ¡Y ninguna burguesía! ¡No más jóvenes bien vestidos ni señoritos a la moda en las Ramblas! ¡Sólo trabajadores y trabajadoras; ni siquiera sombreros!

Borkenau y Cornford se quedaron esa noche y las de los días siguientes en el hotel Continental, varias de cuyas plantas ocupaban milicianos anarquistas y algunos corresponsales de prensa recién llegados. Compartían una habitación con dos camas, bastante amplia, y solían comer con la tropa revolucionaria. John se maldecía por no saber español, pero su compañero austriaco se esforzaba continuamente en asistirle. Borkenau alquiló el segundo día un coche y recorrieron juntos las plazas y avenidas de la urbe.

Al caer el día, tras la cena, se unían a las tertulias de los milicianos y los periodistas.

John escribió una primera carta a Margot:

En Barcelona, uno puede entender físicamente lo que significa la dictadura del proletariado. Toda la prensa fascista ha sido retirada. El poder real está en manos de los comités de milicias. Cierto es que hay un terror real hacia los fascistas. Pero eso no altera el hecho de que la ciudad sea libre y consciente todo el tiempo de su libertad. Todo el mundo en la calle está armado y los proletarios se sientan en los cafés que antes ocupaban los burgueses. El gran hotel Colón, que domina la gran plaza de Cataluña, está ocupado por el Partido Socialista Unificado de Cataluña (comunistas) y, frente al Banco de España, se alzan los cuarteles de los anarquistas. La masa de gente simplemente disfruta de su libertad. Las calles están llenas a diario, y hay grandes multitudes alrededor de las estaciones de radio. Pero no existen la tensión y la histeria. Es como si en Londres los obreros armados dominaran la ciudad y es obvio que no tolerarían al fascista Oswald Mosley,^[8] pidiendo «acción» al aire libre. Aquí reina la genuina dictadura de la mayoría, sostenida por una abrumadora mayoría.

La noche siguiente a su llegada, un militante del POUM,^[9] que mandaba una compañía en el frente de Aragón y ocupaba un puesto preeminente en su partido, los animó a viajar a la primera línea de los combates.

—¿Queréis ir al frente, camaradas? Os puedo extender pases.

—Desde luego —dijo Borkenau—. Tengo un coche con chófer.

—El automóvil lo ponemos nosotros: hemos confiscado montones de ellos. Llevaréis un conductor y un miliciano armado para que os orienten y protejan.

—Voy contigo —dijo John.

Un tercer hombre, Jean Martin, corresponsal del periódico francés *La Flèche*, se sumó de inmediato a la partida.

—Allí no hay cafeterías —advirtió el miliciano con aire de guasa—; sólo trincheras, piojos, odio y pólvora. La guerra no es bonita.



Problemas de burocracia militar los retuvieron todavía hasta el mediodía del día 10, cuando, al fin, pudieron partir rumbo a Lérida. El vehículo era un espacioso modelo americano de comienzos de los años treinta en el que viajaban con holgura los tres periodistas, el miliciano con un viejo fusil máuser y el chófer.

Atrás quedaba la revolución política, mientras el vehículo avanzaba por el territorio real de la guerra. John, emocionado, tomaba notas sin cesar en su cuaderno y lo mismo hacían Borkenau y Martin. En las entradas de los pueblos, se alzaban barricadas custodiadas por campesinos armados de viejas escopetas de caza o, a menudo, de pistolas y fusiles que eran casi reliquias, capturados a las tropas napoleónicas en la guerra de la Independencia de 1808-1814. Los vigilantes vestían de paisano, pero se adornaban la pechera con escarapelas rojas y negras libertarias y muchos se cubrían con barretinas rojas.

—Parecen sacados de grabados de Goya —dijo el austriaco en voz alta.

Y añadió dirigiéndose a John:

—¿Has visto los dibujos y cuadros de Goya sobre la guerra contra los franceses?

—Muy pocos; en enciclopedias.

—En ellos se aprende más sobre España que en los libros de historia.

En cada control, debían detenerse y mostrar sus acreditaciones y pasaportes, y los milicianos los despedían al cabo alzando los fusiles y dando vivas a la República. En los pueblos cercanos a Barcelona todos formaban parte de partidas anarquistas y, cuando se detenían en un puesto de vigilancia, los hombres les hablaban con orgullo de Durruti, el jefe de una famosa columna libertaria cuyos hombres, en su avance hacia Aragón, habían dejado tras de sí decenas de capillas a iglesias incendiadas y un inmenso

rastros de cadáveres de sacerdotes, terratenientes y derechistas.

Esa noche durmieron en Lérida y, al día siguiente, partieron hacia el oeste y pasaron la tarde y la noche en Fraga. Toda la zona en guerra de aquella región estaba dominada por las columnas trotskistas del POUM catalán. El día 13, acompañados por un oficial que ejercía de comisario político, viajaron desde Fraga hacia Huesca, tomada por los franquistas en julio, y se detuvieron en el pueblo Alcalá del Obispo, muy cerca de la ciudad. Desde una altura próxima contemplaron las líneas enemigas e, incluso, los cañones rebeldes, que bombardeaban la zona lealista desde las alturas de Montearagón, una vieja fortaleza cercana al pueblo de Quicena, en las afueras de Huesca.

El comisario rio con fuerza señalando las humaredas de las explosiones:

—No saben adónde tiran, donde caen las bombas sólo hay barbechos, culebras y gorriones.

De regreso a Fraga, el coche se estropeó a media tarde en el pueblo de Sariñena. Y mientras lo reparaban, los periodistas hubieron de buscar acomodo en la localidad, con la ayuda del jefe del comité local, un panadero de militancia anarquista.

Todavía ardían los restos de la iglesia, y junto al muro del Ayuntamiento permanecían los cuerpos de una veintena de hombres fusilados unas horas antes. En el centro de la plaza ardía una gran hoguera alimentada por centenares de viejos libros y voluminosos legajos.

—Son los papeles de propiedad de las tierras —dijo el alcalde señalando las llamas—. Todo se va a colectivizar aquí... Y no sólo en Sariñena, sino en el resto de Aragón y de España.

El periodista francés apuntó hacia a los cadáveres.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—El cura, algunos caciques, derechistas, el notario... Opresores del pueblo. Los hombres de Durruti pasaron por aquí esta mañana y los fusilaron. No ha dado tiempo a enterrarlos. Lo haremos luego, tras la quema del papeleo.

—¿Fueron juzgados? —insistió el francés.

—¿Para qué? Aquí nos conocemos todos.

Durmieron en una antigua fonda. Borkenau y John compartían dormitorio.

—¿Ésas son las muertes que te parecen necesarias? —preguntó el austriaco a John cuando ya habían apagado la luz de la única bombilla que colgaba del techo.

—No sé qué habían hecho.

—No hubo juicio... En una guerra civil no hay nadie más terrible que tu vecino.

—La venganza no es nunca justa.

—Pero te insisto: y matar ¿sí es necesario?

—Puede serlo cuando se crea un dilema irresoluble.

—Dime uno.

—Recuerda al húngaro Béla Kun,^[10] en Crimea, en 1920, durante la guerra civil rusa. Una fuerza del Ejército Rojo que mandaba él hubo de retirarse y tuvo que escoger entre dejar con vida, atrás, a diez mil soldados enemigos, o llevárselos como prisioneros..., o fusilarlos. Dejarlos con vida significaba reforzar las tropas enemigas cuando llegaran; llevarlos presos habría supuesto una enorme carga y, probablemente, la captura de miles de soldados rojos que se retiraban y su posterior ejecución. Era necesario y urgente tomar una decisión.

—Conozco la historia, aunque no es exactamente como la cuentas. Béla Kun tenía más opciones, pero ordenó ametrallar fríamente entre diez mil y quince mil hombres. Ninguno salvó la vida. Aquello le horrorizó incluso a Stalin.

—Y suponiendo que las alternativas no fueran otras que las que te cuento, ¿qué crees que había que hacer?

Hubo unos instantes de silencio antes de que el austriaco respondiera:

—Tal vez Béla Kun podría haber dado una oportunidad a la vida... Por cosas como aquélla yo ya no soy miembro de tu partido. Y con un hecho así pesando sobre mis espaldas, no veo cómo hubiera podido llevar adelante el resto de mi vida. Béla Kun era un monstruo.

—A veces, en momentos excepcionales, cuando está en juego el curso de la Historia, los hombres tenemos pocas posibilidades para escoger.

—Ten cuidado con la palabra «historia», es muy peligrosa.

—Ya me lo han dicho alguna vez.

Quedaron en silencio. John oyó el chasquido de la cerilla al encenderse y distinguió la llama del cigarrillo del austriaco. Trató de pensar en las emociones que le había brindado el día. Por primera vez en su vida, había contemplado un campo de batalla y visto los cadáveres de hombres fusilados. Estaba en medio de la revolución, en medio de la guerra, y su corazón ardía. Él era un revolucionario convencido. Pero ¿podría alguna vez llegar a ser un buen soldado?

Oyó de nuevo la voz de Borkenau:

—¿Preferirías haber nacido en otro tiempo al que te ha tocado vivir, muchacho?

—No entiendo el sentido de tu pregunta.

—En una época en la que no tuvieras que enfrentarte a tantas dudas...

—Al contrario. Me excita saberme metido de lleno en un tiempo de tormentas y enormes tensiones, de opresión y revuelta, de tiranía y de heroísmo...

—Y de víctimas y asesinos.

—Déjame dormir, es tarde.



Con la alborada, partieron hacia el oeste, hasta alcanzar de nuevo la línea del frente en Leciñena. Ocupaban la zona dos columnas de los trotskistas del POUM, mandadas por un minero de unos treinta años, veterano de la Revolución de Asturias, Manuel Grossi. Él mismo acompañó a los periodistas a visitar los puestos más avanzados.

Lucía una mañana de recio calor seco y el viento levantaba tolvaneras a su alrededor. John sentía una rara extrañeza ante un clima desconocido. Aquélla era una región de pequeñas llanuras escondidas entre montañas de piedra rojiza, con ariscas barrancadas despobladas de vegetación que caían sobre arroyos breves escondidos entre cañaverales raquíticos, tan distinta a la campiña inglesa... Se preguntó si los desiertos africanos serían semejantes.

Grossi era un hombre de vigorosa estampa, de mediana estatura, hombros y piernas robustos y carácter amable. Se cubría con un gorro cuartelero adornado con una borla, llevaba una camisa negra cruzada por un correa militar, abierta un par de botones por debajo del cuello, y calzaba botas altas de cuero. De su cadera derecha colgaba una pistola.

El asturiano iba explicándoles el reparto del terreno entre sus tropas y las del enemigo y Borkenau traducía en ocasiones a John sus comentarios. Pero el inglés no lograba hacerse una idea clara de la línea del frente. De cuando en cuando, sonaba un disparo lejano y Grossi ni siquiera miraba en la dirección de donde venía el estallido.

Aquella noche, participaron de la cena en un campamento al aire libre, donde los milicianos comían sardinas enlatadas y bebían pasándose botas de vino. Uno de ellos tocaba en un acordeón los sonos de *La cucaracha*, y todos comenzaron a corear el estribillo. De entre la tropa salió una joven miliciana, muy hermosa, que bailó una suerte de zapateado entre los vítores de sus camaradas. John contemplaba la

escena fascinado, embargado por la emoción.

Alguien le pasó una bota de vino y bebió un trago. Era un caldo recio y áspero. Cuando apartaba el pellejo de la boca, un último chorro de vino le mojó la pechera de la camisa. Se dijo que habría preferido una pinta *stout* mientras, a su lado, un miliciano se reía y le señalaba la mancha.

Imaginó que a aquel hombre le parecía ridículo que no supiera usar la bota. Pero, al tiempo, se sintió feliz de formar, en alguna medida, parte de todo aquello. Le euforizaba pensar que vivía en el centro de una gran pasión.

Habló con Grossi esa noche, casi por señas. Antes de dormir, a la luz de una vela, escribió una carta apresurada a Margot, mientras Borkenau, en un camastro cercano, roncaba sonoramente. Por la mañana, se acercó al austriaco cuando éste se dirigía al coche junto con el periodista francés para emprender el regreso a Barcelona.

—Me quedo, me he alistado.

—Sí, ya me han dicho que no volvías con nosotros... ¿Te quedas con Grossi? No lo entiendo. Él es trotskista, del POUM, y tú eres del Partido Comunista británico, aliado de Stalin. Y las dos facciones se odian y van a acabar matándose entre ellas.

—Probablemente. Pero aquí, en España, el asunto es luchar y Grossi me ha aceptado como voluntario. El austriaco se encogió de hombros.

—Es cosa tuya, chico.

—Gracias por haberme traído hasta aquí.

—No me des las gracias por algo que tal vez lamentos más tarde.

—Eso es cosa mía, Franz.

—No me has dicho tu edad, muchacho.

—Cumpliré veintiuno en diciembre.

—Cuida de tu vida.

—Ya te lo he oído aconsejármelo antes. Y no eres el primero que lo hace.

John sacó la carta del bolsillo.

—¿Puedes echarla en el correo de Barcelona?

El otro la tomó y leyó el nombre que figuraba en el encabezamiento del sobre:

—Margot...

—Mi novia.

—Otra buena razón para vivir, John.

CALLES DE SANGRE

Hay que sembrar el terror. Hay que eliminar sin escrúpulos y sin vacilación alguna a los que no piensen como nosotros.

General EMILIO MOLA, 1937.
Citado por su secretario,
José María Ibarren

Sevilla, julio de 1936

José se miró en el espejo. Examinó su rostro con detenimiento. Convino en que, a sus treinta y cuatro años, era un hombre atractivo: barbilla recia, frente ancha, cabellos peinados hacia atrás, a la moda fascista, y la sonrisa irónica que ahora dibujaba en sus labios al contemplarse. Estaba solo en su casona de la calle de San Vicente: dos días antes había enviado a Portugal a su esposa Araceli y a su suegra junto con sus padres y otros familiares, en previsión de que las cosas no salieran como deseaba; y había dado licencia indefinida a los servidores de su casa. Él mismo no dormiría allí durante las siguientes noches, y caso de que la rebelión no triunfara, buscaría la forma de escapar de la ciudad.

Sabía que se iba a luchar, y muy duro, en las próximas horas y días y que su vida estaba en juego. Pero no había otra opción para él. Si vencía, sería poco menos que uno de los amos de Sevilla; si los alzados eran derrotados y él capturado, lo más probable es que su vida terminara en un paredón, ante un pelotón de fusilamiento.

Se había calzado botas altas de campo y enfundado un ajustado pantalón de montar oscuro, además de una camisa gris y una chaqueta ligera de ante, de color marrón, bajo la que escondía, en la sobaquera, su revólver de cachas de nácar. No era la mejor arma para una batalla callejera, pero era preciso no llamar ahora la atención: ya se haría con otra cuando comenzase la refriega.

Se dio cuenta de que estaba repitiendo ante el espejo el mismo ceremonial que cumplía cuando se vestía de luces o de traje campero para llegarse a la plaza de toros y ejecutar su tarea de matador o garrochista. Y, al tiempo, mientras se estiraba los bajos de la chaqueta sin dejar de contemplar su figura, percibió de pronto un leve temblor en sus manos. Lo reconocía. Era miedo.

Pero se trataba de un temor distinto al que sentía al enfrentarse a los toros. Éste era un miedo hondo, abisal y mucho más potente. Porque Pepe, el Algabeño hijo, temía más a los hombres que a las bestias.

Recorrió la casa, cerró todas las persianas, salió a la calle y atrancó la puerta con un doble giro de la llave. Se caló el sombrero cordobés y ajustó bien el barboquejo. Eran las doce y media y el calor del estío apretaba de firme. Caminó con lentitud por la acera de la derecha, para evitar la cegadora luz solar, en dirección a la Maestranza. Apenas se veían peatones por la calle de aquel sábado de verano: tan sólo algunos solitarios que, huyendo del fuego del mediodía, dejaban correr las horas bajo los toldos de las tabernas con un vaso de manzanilla y una tapa.

Se decía que, desde días atrás, el Ejército había redoblado su vigilancia en las dependencias militares del cuartel vecino al coso taurino, en el que se guardaba un arsenal de miles de fusiles y cajas de munición. Y José, al llegar a los costados de la plaza, distinguió una cierta actividad entre los soldados que la protegían. Había una tanqueta blindada de los guardias de Asalto circulando en el paseo de Colón, próxima a las orillas del Guadalquivir. Y se oían las campanas de la iglesia de San Jacinto llamando a una ceremonia, quizá un bautizo, desde el otro lado del río, desde el popular barrio de Triana. ¿También el enemigo rezaba?, se preguntó. José pensó que, en todo caso, aquél podía ser un buen día para nacer, si

su bando vencía en la batalla. Porque, para morir, se dijo, no hay ninguno bueno.



Dejó la Maestranza detrás y tomó por Antonio Díez hacia el centro, hasta la puerta del Arenal. El sol arreaba, sus pensamientos hervían y sus nervios le cosquilleaban debajo de la piel. Alcanzó el vestíbulo del hotel Simón y entró directamente al patio, un espacio de frescor con palmeras y flores, alfombrado por un suelo brillante de grandes losas cuadradas de mármol, blancas y negras.

No había nadie más que él en el lugar. Se sentó en un sillón de mimbre, cruzando las piernas, y encendió un cigarrillo. Un camarero salió del interior y le preguntó si deseaba tomar algo. Le despachó con un gesto despectivo de la mano. Miró hacia lo alto: en el hueco que dejaba el tejado sobre el patio, tocado por una luz intensa, refulgía un cielo limpio y azul, sin sombra de nube alguna. El temblor seguía instalado en su cuerpo.

El primero en llegar, tras el torero, fue el capitán Díez Criado. Vestía también de paisano, pero de impoluto blanco, como un señorito endomingado. El bulto prominente de la pechera de su chaqueta a duras penas simulaba el pistolón. José se levantó y se abrazaron.

—Es la hora que más esperábamos, José —dijo el capitán.

—Sí; pero lo que no sé es de quién es la hora —repuso José.

—Todo ha sido bien planeado por el comandante Cuesta Monereo, es un maestro de la estrategia. Confía, José.

—Ya. Si tuviese dudas, no estaría aquí.

Asomó el camarero de nuevo y Díez Criado le chistó.

—¿Quieres una manzanilla? —preguntó al torero.

—Ahora no, Manolo: calienta mucho la sangre.

—Por eso.

—La mía está ardiendo ya.

José conocía bien al capitán. A esas horas tomaba sus primeros vinos. Cumplido el mediodía, ya estaría borracho.

—Trae un fino para mí, chico —ordenó Criado al mozo.

—A su servicio, don Manuel.

—¿Y no puedes dejarlo hoy para más tarde? —preguntó José—. Igual te hace falta afinar la puntería.

—El jerez me despabila.

—No te asustes si ves al enemigo multiplicarse por dos.

—Te has levantado gracioso, Algabeño. Tiraré el doble, si llega el caso: balas no van a faltarnos.



Se pusieron en pie y se cuadraron cuando el general apareció en el patio seguido por su ayudante y otros dos militares. Queipo de Llano les estrechó las manos con fuerza. Su mirada era tensa y el bigote negro brillaba sobre la palidez extrema de su rostro delgado. Se dirigió a José.

—¿Y tus falangistas, Algabeño?

—Listos para actuar cuando dé usted la orden, mi general.

—¿Finalmente son los mil quinientos que prometiste?

—Bueno... —dudó—. La mayoría están presos. Cuando abramos las cárceles, serán mil quinientos.

—¿Y con cuántos contamos ahora?

—Unos cincuenta..., pero tienen los cojones bien puestos, valen lo que dos mil rojos. Y están avisados. Saldrán a la calle desde el primer momento.

Queipo movió la cabeza:

—Andaluces, andaluces..., siempre exagerando. Y tú, Criado, ¿ya andas en copas?

—Pero listo para meterme en las espadas y los bastos, mi general.

Queipo se ajustó el cinturón, del que colgaba una funda con una pesada pistola. Miró su reloj.

—La una y media —dijo—, hora de irnos.

—¿Adónde, mi general? —preguntó José.

—Al cuartel de la División, a encontrarnos con los nuestros, tomar el mando e iniciar el jaleo...

—¿Qué noticias tenemos?

—El Ejército de África se ha alzado esta mañana con Franco a la cabeza. Era el primer paso. El segundo somos nosotros: Andalucía debe tener mañana listos los puertos marítimos y los aeropuertos para trasladar a la Legión y los regulares. Cádiz, Algeciras y Málaga no pueden fallar..., ni nosotros. Vámonos, pues, camino de la Historia.

Pero el general aún se detuvo un instante ante los otros antes de salir. Los miró con firmeza, a los ojos, uno por uno:

—Grabaos esto en la cabeza, no lo olvidéis un instante: sin piedad, sin piedad...

Ahora el temblor se había trasladado a las sienas de José, en donde batía con fuerza.



Los seis hombres abandonaron el patio y atravesaron el vestíbulo del hotel. Ya en la calle, Queipo rechazó con un movimiento de cabeza la oferta del chófer de llevarle en su imponente coche oficial, un Hispano-Suiza negro. Casi en formación militar, tomaron la avenida de la Libertad, cruzaron la plaza de San Francisco y siguieron por la calle Sierpes. Había patrullas de guardias de Asalto en las cercanías de la Plaza Nueva.

—¿Son de los nuestros, mi general? —le preguntó con voz queda José.

—No, son leales a la República. Los ha movilizado el gobierno por causa de los rumores que han corrido estos días. Tendremos que reducir a toda esta gente hoy mismo.

—Tal vez se rindan.

—Más les valdrá.

El general se detuvo un instante y miró a José a los ojos.

—¿Estás asustado, Algabeño?

—Soy torero, mi general.

—Sí, pero no es lo mismo enfrentarse a un toro que a un hombre.

—Ya lo probé una vez, mi general, hace unos años, en el parque de María Luisa. Un rojo de pacotilla.

—Oí hablar de aquello. Si ya lo has hecho, sabes de sobra que el miedo se quita matando.

—Nunca lo olvido.

—Sea como sea, Algabeño, me temo que vas a tener que recordarlo muy pronto.

Apretaron el paso, casi en fila, con Queipo a la cabeza y José cerrando el grupo. Un peatón se detuvo a contemplarlos, curioso, y algunos de los sevillanos, entre los que ocupaban las terrazas y tomaban la manzanilla y la tapita de la mañana, alzaron la mirada del periódico para seguir el paso de aquella curiosa tropa. El general y varios de los hombres eran gente conocida en la ciudad y más de uno sintió cierta extrañeza de verlos juntos en aquella hora calurosa de un sábado estival.

Cuando llegaron al portalón de la Segunda División Orgánica, que cumplía las funciones de gobierno

militar de la ciudad, los dos guardias de la entrada se cuadraron y presentaron sus armas. Queipo saludó llevándose la mano a la visera y, con agilidad, subió los peldaños de la ancha escalinata que llevaban al primer piso.

Los seis hombres entraron sin hacerse anunciar en la sala de oficiales. José y Criado se quedaron junto a la puerta abierta mientras los militares se adelantaban hacia el centro de la amplia estancia. Había una veintena larga de mandos en el interior y se discutía acaloradamente.

—¡Queipo!, pero ¿qué haces aquí?

Era la voz sonora del general Villa-Abrille, la principal autoridad militar de Sevilla.

Queipo se adelantó hacia él con paso decidido y el otro salió del grupo que le rodeaba. Su rostro redondo y sonrosado mostraba sorpresa. Detrás de Villa-Abrille se había situado el comandante Cuesta Monereo, un hombre de bigote espeso, pelo recio y negro y gafas redondas de montura oscura.

—Te hacía en Huelva... —añadió Villa-Abrille.

Queipo le tomó del brazo mientras.

—Eso fue hace un siglo.

—¿Y a qué has venido?

—A preguntarte si estás con el Ejército o con la República.

—No entiendo...

—¡Que los generales nos hemos alzado contra la República, coño! El general Mola, en el norte, y Franco, en Marruecos, son los jefes. Y aquí, soy yo. Y quiero que te unas a nosotros. Serás mi segundo.

—Sabes que soy fiel al gobierno...

—¡Cuesta! —ordenó Queipo.

—¡Viva España! —clamó el comandante desde la espalda de Villa-Abrille.

—¡Encerrad a los que no estén con nosotros!

En pocos segundos, la mayoría de los oficiales de la sala respondieron al grito de Cuesta: rodearon a un puñado escaso de sus compañeros, apenas cuatro o cinco, y los desarmaron. Queipo tomó la pistola del cinto de Villa-Abrille.

—Estás a tiempo.

—Sigo fiel a la República.

—Tú verás.

Detenidos, Villa-Abrille y sus mandos leales fueron conducidos a una sala vecina.

—¿Quién quiere ocuparse de la tropa? —preguntó Queipo casi a gritos.

Un oficial se adelantó.

—Yo, mi general.

—Nombre y grado.

—Capitán Fernández de Córdoba, a las órdenes de vuecencia.

Queipo miró su reloj.

—Quiero a todos sus hombres armados y listos para la acción. Y que formen dentro de quince minutos en la plaza del Duque.

—Allí estarán, mi general.

Salió el capitán. Los otros rodearon a Queipo, quien llamó a su lado al comandante Cuesta.

—¿Está preparado el bando de guerra?

Cuesta le entregó dos cuartillas y Queipo las leyó con detenimiento. Luego las guardó en su bolsillo derecho.

—¿Cómo va el plan militar?

—Una compañía de Ingenieros —respondió Cuesta— está preparada para tomar de inmediato el

cuartel de la Maestranza y hacerse con los fusiles y las municiones que allí se guardan. Al tiempo, trataremos de ocupar varios lugares del casco antiguo de la ciudad y nos haremos con la Unión Radio, la Plaza Nueva y el Gobierno Civil. Todas las tropas tienen asignados sus cometidos. La siguiente operación, dominado el centro, será cruzar el río para reducir los barrios obreros. En cuanto a vucencia, hemos pensado que instale su cuartel general en el palacio de la plaza de la Gavidia, aquí al lado.

Cuesta se cuadró y saludó llevándose la mano a la gorra.

—De modo que ahora mismo, si vucencia da la orden y después de que lea el bando de guerra, el regimiento de Infantería saldrá hacia el centro. Poco más tarde se le unirán dos secciones de ametralladoras y algunas piezas de artillería ligera.

—Curse las instrucciones para que empiece de inmediato la acción. ¿Cuáles son nuestras fuerzas?

—Algo más de dos mil hombres, entre Infantería, Ingenieros y Artillería. Y esperamos que pronto se nos unan la Guardia Civil y la caballería, unos setecientos hombres más. Sobre los civiles, no puedo decirle: falangistas, requetés..., imposible calcular el número. Les hemos ordenado que se pongan brazaletes verdes: los soldados ya lo saben.

—¿Y el enemigo?

—La Guardia de Asalto es leal al gobierno de Madrid. No son muchos, pero están bien armados. Y cuentan con tres tanquetas. En cuanto a los sindicatos y las fuerzas políticas de izquierdas, apenas tienen armas. Si actuamos con presteza, bombardeamos el cuartel de los de Asalto y ocupamos con rapidez la Telefónica, el Ayuntamiento y el Gobierno Civil, Sevilla será nuestra en unas horas. Y si logramos que caiga el aeródromo de Tablada, los aviones con las tropas de África podrán ir llegando a partir de mañana. Ellos nos ayudarán en los días próximos a dominar los barrios obreros y el campo sevillano.

—Buen trabajo, comandante. Vamos a la plaza del Duque.



Minutos después, ante varias decenas de paisanos que miraban atónitos la escena y dando la espalda a la tropa, el general Queipo leyó el parte de guerra, redactado por el comandante Cuesta. Todo hubiera parecido una bufonada de no mediar las armas que exhibían seiscientos soldados. Con voz de córvido, clamó el general ante los asombrados e incrédulos peatones:

¡Españoles! Las circunstancias extraordinarias y críticas por que atraviesa España entera; la anarquía que se apodera de las ciudades y campos, con el riesgo evidente de la Patria, amenazada por el enemigo exterior, hacen imprescindible el que no se pierda un solo momento y que el Ejército, si ha de ser salvaguardada la Nación, tome a su cargo la dirección del país [...] Por ello, ordeno y mando: Primero: queda declarado el estado de guerra en todo el territorio de esta División. Segundo: queda prohibido terminantemente el derecho a la huelga. Serán juzgados en juicio sumarísimo y pasados por las armas los directivos de los Sindicatos que vayan a la huelga. Tercero: todas las armas, cortas o largas, serán entregadas en el plazo de cuatro horas a la Guardia Civil. Los que no lo hagan, serán pasados por las armas. Cuarto: serán juzgados en juicio sumarísimo y pasados por las armas los incendiarios que atenten contra las vías de comunicación. Quinto: se establece el toque de queda desde las nueve de la noche en adelante. Firma el General de División Gonzalo Queipo de Llano. ¡Viva España!



Las tropas salían rumbo a sus objetivos: la Maestranza, la Plaza Nueva, el cuartel de los guardias de Asalto en la Alameda de Hércules y el aeródromo de Tablada. La estrategia del golpe de Estado diseñada con minuciosidad desde semanas antes por el comandante Cuesta Monereo se cumplía a rajatabla, sin fisuras. Queipo sonrió con sorna mientras se dirigía a Criado:

—Como no me fío de ti a la hora de dar tiros, te acabo de nombrar responsable del orden público de la

plaza. Tendrás un despacho a mi lado, en el palacio de la Gavidia.

—Y ese cargo ¿qué significa, mi general?

—Que eres quien va a dar las órdenes de encarcelar y fusilar. Pero repásalas bien antes de firmarlas, no vayas a cargarte a algunos de los nuestros. O sea, que no lo hagas si estás bebido.

Se giró y miró burlón a José.

—Y tú, con tus miles de falangistas, a la calle.

—¿Con qué objetivos, mi general?

—Matar rojos sin pausa.

—A la orden, mi general.

—Piénsalo, métetelo en la cabeza: sois una jauría de lobos. Y vuestra razón de ser no es otra que morder. Y ya has oído el bando de guerra: a todo enemigo que encontréis con un arma, ejecutado en el acto. ¿Sabes lo que ha dicho el general Mola?: «Yo veo a mi padre en las filas contrarias y lo fusilo». Estamos en una guerra de exterminio, Algabeño, que no se te olvide.

Eran las tres de la tarde y casi toda Sevilla dormía la siesta.



José se hizo con un mosquetón y un corraje del que colgaba una pistola Astra y se unió a la tropa que marchaba por la calle Velázquez en dirección al centro de la ciudad. Había citado a los falangistas voluntarios en la puerta de la capilla de San José y, al llegar, encontró a una veintena de ellos armados con viejas pistolas. Uno le ofreció una camisa de Falange, que José cambió de inmediato por la que llevaba en el pórtico del templo. También se desprendió del sombrero cordobés y en su lugar se ajustó una gorra cuartelera azul con borla roja.

—¡Todos con el Ejército! —gritó—. ¡A la Plaza Nueva!

El regimiento iba desplegándose por ambos lados de la vía y dejando en las esquinas escuadras de soldados para proteger una posible retirada. Continuaron por la calle Tetuán y recibieron las primeras descargas de fusilería cuando alcanzaban la plaza de San Francisco, a espaldas de la Nueva. Casi todos los disparos se perdían en los tejados y balcones.

El capitán Fernández de Córdoba destacó una patrulla de observación y José esperó a su lado el regreso de los hombres. Unos minutos después volvían jadeantes.

—Los guardias de Asalto ocupan la Telefónica, el Ayuntamiento y el hotel Inglaterra. Desde este último defienden el Gobierno Civil —informó un suboficial—. Y tienen tres tanquetas protegiendo la plaza. Va a ser difícil.

—¿Cuál cree que es su punto más débil, sargento?

—El Ayuntamiento, mi capitán.

Fernández de Córdoba se dirigió a un teniente.

—¿Tenemos las ametralladoras?

—Están llegando —dijo el oficial señalando a su espalda.

—Que las sitúen en las esquinas laterales del Ayuntamiento y que concentren el fuego en el edificio.

José se dirigió al capitán:

—¿Qué hacemos los falangistas?

—¿Cuántos sois?

—Unos veinte; pero irán llegando más.

—¿Llevan los distintivos?

El torero señaló un brazalete verde en su brazo derecho. En el izquierdo llevaba otro de tela negra con

la insignia de Falange bordada en rojo.

—Uníos a los soldados cuando ataquemos. Después, si logramos rendir los edificios de la plaza, lleva a tus hombres a la esquina con la calle Zaragoza, junto al Gobierno Civil, y haz prisionero a todo el que trate de escapar hacia el río, hacia Triana.

—¿Y qué hago luego con ellos?

—Los detienes para encarcelarlos o los fusilas. Lo dejo a tu albedrío, Algabeño.

—¡Arriba España!

—¡Arriba!



La resistencia era mayor de la que esperaban los alzados. Al llegar las primeras secciones de infantería a la Plaza Nueva, pasadas las tres de la tarde, las recibieron varios cañonazos de las tanquetas de las tropas leales. Pelotones de guardias de Asalto, apostados en las terrazas del Ayuntamiento y del edificio de Telefónica disparaban sus fusiles contra las unidades rebeldes. Y la ofensiva fue contenida en el primer momento. Mientras tanto, la noticia del golpe militar corría de boca a oreja por toda Sevilla.

La Maestranza, sin embargo, fue tomada por una fuerza de trescientos soldados de Ingenieros; Unión Radio Sevilla pasó a manos de una partida de oficiales alzados y civiles armados y pronto empezó a emitir música militar, cuyo sonido, en el centro de la ciudad, inundaba las calles adyacentes al Ayuntamiento. Los vivas y arribas a España recorrían los cuarteles sevillanos mientras algunas casas de aristócratas, en la avenida de los Reyes Católicos, ardían como hachones bajo la calima del verano, incendiadas por las partidas de obreros que comenzaban a llegar en pequeños grupos desde los barrios populares.

La Guardia Civil unió trescientos efectivos al complot a eso de las cinco de la tarde y, minutos después, el regimiento de Caballería de la ciudad, con unos cuatrocientos jinetes, se declaraba también en rebeldía. A esa hora, por la ancha calle de Eduardo Dato descendían cientos de obreros izquierdistas mal armados hacia la Plaza Nueva, pero la caballería los contuvo y puso en fuga poco después. Varias decenas de cadáveres quedaron a sus espaldas. Otros grupos de sindicalistas y militantes anarquistas, comunistas y socialistas alcanzaron el cuartel general de la Guardia de Asalto, en la Alameda de Hércules, reclamando pistolas y fusiles. No había muchos y los oficiales leales apenas pudieron repartir entre ellos medio centenar de mosquetones y muy escasas cajas de balas. Entretanto, los civiles derechistas iban uniéndose a las fuerzas del Ejército, que los proveía de armas modernas y munición abundante.

La resistencia de las fuerzas del gobierno era enconada en la Plaza Nueva, pese a que la tropa asaltante iba aumentando progresivamente de número y sus ametralladoras barrían los tejados y terrazas de los edificios de la zona. Dos de las tres tanquetas de la Guardia de Asalto fueron muy pronto inutilizadas por los rebeldes y, cerca de las cinco y media, llegaron cinco baterías artilleras que comenzaron a bombardear a los defensores. Primero cayó la Telefónica, a eso de las seis, y poco más tarde el Ayuntamiento. Algunos prisioneros eran ejecutados en el acto en el mismo lugar en donde se rendían y otros trasladados en camiones a los cuarteles del Ejército. Hacia las siete de la tarde, sólo soportaban la ofensiva las tropas leales del hotel Inglaterra, que era algo así como el escudo protector del Gobierno Civil, situado en la calle trasera. Lo protegían varios grupos de guardias y la única tanqueta que les quedaba, pero sus municiones iban agotándose.

Los barrios del otro lado del río, en especial el de Triana y el de los Remedios, continuaban alzando barricadas en los puentes y las plazas para impedir un posible ataque de la caballería de los alzados.

También en los de la Macarena y San Julián, al oeste del casco viejo de la ciudad, y en el de San Bernardo, al norte, se levantaron improvisadas fortificaciones en las arterias principales que conducían al corazón de Sevilla. Desde su puesto de mando en el palacio de la Gavidia, apurando copas de cazalla junto a Díaz Criado, el general Queipo ordenó concentrar todos los esfuerzos en hacerse con el dominio del centro urbano. A las siete de la tarde, el aeródromo de Tablada y las principales centrales de electricidad y gas caían en manos rebeldes.

A las ocho se desató un feroz bombardeo sobre el hotel Inglaterra. Atrás, en el Gobierno Civil, se había refugiado, con su familia y un grupo de leales civiles y militares, el gobernador Varela Rendueles. Queipo los conminó a rendirse. Varela aceptó a condición de que se respetara su vida y la de todos los que le acompañaban. Queipo dio su visto bueno. Varios de los compañeros del gobernador, sin embargo, serían fusilados en los días siguientes; en primer lugar, los militares fieles a la República.

A las nueve de la noche, el casco histórico de Sevilla estaba en manos de los alzados, que aguardaban la llegada de tropas de África para reforzarse. Varios edificios ardían en el centro de la ciudad. Las banderas monárquicas ondeaban en muchos balcones sevillanos, mientras las republicanas se quemaban en piras por todas las plazas del casco viejo. Abundaban los muertos tirados en las vías públicas y unos pocos cafés habían abierto y servían manzanilla gratuita a los soldados vencedores. Desde muchos hogares salían los sonos de marchas militares e himnos patrióticos. Pero continuaban los disparos espaciados desde algunas azoteas. Entretanto, en las barricadas de los barrios obreros, centenares de hombres mal armados esperaban la llegada de tropas leales desde Madrid.

Cerca de las diez, la Unión Radio Sevilla interrumpió la música y anunció que la ciudad había sido tomada por los militares alzados. Con urgencia, la emisora instaló conexiones con el palacio de la Gavidia, desde donde la voz cazallera de Queipo desplegó en el aire la primera de sus «charlas nocturnas», que se harían famosas en los meses siguientes:

Las autoridades todas que en Sevilla representaban al indigno gobierno de Madrid, junto con las fuerzas que les prestaron obediencia, están en mi poder: gobernador, presidente de la Diputación, alcalde, jefes y oficiales y guardias de Asalto. Sometidas tan indignas autoridades a la ley marcial les aplicaremos ésta con la máxima severidad y rapidez. Dentro de una hora, deberán abrirse todos los portales para que las fuerzas de orden puedan despejar tejados y azoteas de francotiradores. A quien se coja con armas en la mano haciendo frente al Ejército se le ejecutará en el acto.

¡Sevillanos! La suerte está echada y decidida por nosotros y es inútil que la canalla resista y produzca esa algarabía de gritos y tiros que oís por todas partes. Tropas de la Legión y de Regulares se encuentran ya en camino de Sevilla y, en cuanto lleguen, esos alborotadores serán cazados como alimañas. ¡Viva España!



José había luchado en la Plaza Nueva casi seis horas. Durante los combates, apenas se acercó a comer algo en los improvisados puestos de avituallamiento que el Ejército dispuso detrás de la plaza de San Francisco. Y gastó más de una veintena de cargadores en disparar con un fusil máuser, que había cambiado por el viejo mosquetón, contra las ventanas, balcones y azoteas del Ayuntamiento. En dos ocasiones, creía haber acertado a sendos guardias de Asalto, pero no podía estar muy seguro, tal era la lluvia de balas que caía, desde todas direcciones, sobre el edificio sitiado. Tiraba tendido en el suelo, tras la protección de unos sacos terreros, en la esquina de la plaza con la calle Barcelona, y cada cierto tiempo debía descansar su arma unos minutos hasta que dejaba de arder el cañón. A veces, los proyectiles enemigos cruzaban como un silbo largo sobre su cabeza o se enterraban con un golpe recio en los sacos. El temblor había desaparecido de sus manos y de sus sienes y en su lugar se había instalado un sutil zumbido que parecía aislarle de todo cuanto le rodeaba. También reconocía un nuevo sentimiento, semejante en cierta forma al que percibía cuando ya había dado los primeros pases al toro: todo se

convertía casi en un juego irreal. Y su actitud no era la de un hombre valeroso, sino la de un ser dominado por el destino, un ser incapaz de escapar de aquella suerte de baile letal.

Habían llegado decenas de falangistas al escenario de la lucha y también grupos de requetés, con sus llamativas boinas rojas, lo que les había ya costado algunas bajas, pues eran blanco fácil para los tiradores enemigos situados en las alturas de los edificios. Al Algabeño le llamaba la atención la cantidad de escudos, medallas, escapularios y «detentes»^[1] que unos y otros, falangistas y requetés, lucían en la pechera de sus camisas, como si acudieran a la batalla después de haber peleado en mil guerras. ¡Y muchos de ellos apenas si sabían cómo cargar un fusil!

Desde las siete ya sólo se combatía por el dominio del hotel Inglaterra. Y hacia las ocho y media de la tarde, la lucha comenzó a remitir. José escogió una veintena de falangistas y, yendo por los aledaños de la plaza, fue a situarse con ellos en el cruce de las calles de Cañal y Zaragoza. Al poco de desplegarse en las esquinas, comenzaron a llegar los primeros desertores que huían del edificio del Gobierno Civil en dirección al río.

Su tarea resultaba sencilla ante aquellos hombres aterrados que escapaban de la muerte. Escapaban de uno en uno, por lo general, y todo lo más en grupos de dos o tres. En su mayor parte iban desarmados, pero algunos conservaban una pistola o un viejo fusil. La partida del Algabeño los detenía por sorpresa y conducía a un callejón trasero, en donde eran obligados a tumbarse bocabajo y con las manos en la nuca. A los que llevaban armas los separaban de los otros después de quitárselas.

Alrededor de las nueve cesaron los disparos. José envió a un falangista muy joven en demanda de noticias y de órdenes. Diez minutos después, el correo regresaba a buen paso. Y se cuadró ante el torero, fatigado y eufórico, para darle información.

—¡Hemos vencido, hemos vencido, camarada! —gritaba jadeante—. ¡Viva España! ¡Arriba España!

—¿Qué te han dicho de los prisioneros?

—Vendrán camiones a recogerlos para encarcelarlos. Hay que tenerlos vigilados entretanto.

José se apartó y contó a los detenidos. Había treinta que no portaban armas y otros nueve a los que habían apresado con fusiles o pistolas.

—¡Esos treinta, que sigan en el suelo, como están, sin moverse! —ordenó a sus hombres—. ¡Y a esos nueve, los quiero en pie, contra la pared y las manos a la espalda!

En apenas cinco minutos, todo estaba dispuesto. Ataron las manos de los detenidos que iban a ser fusilados, los colocaron en fila y José se dirigió a los falangistas.

—¡Voluntarios para el pelotón!

Varios hombres dieron un paso al frente.

José miró al joven correo que había enviado poco antes al Gobierno Civil. El chico no se había movido.

—¿No quieres formar parte? —preguntó—. Te lo has ganado.

El otro negó con un movimiento de cabeza.

—Tú verás. Algún día tendrás que hacerlo y hasta te condecorarán por ello.

Ordenó alinearse a los voluntarios, a unos seis o siete metros de distancia de los condenados. Luego se volvió a los presos.

—¡Tenéis dos minutos para rezar! —gritó.

Observó las manillas de su reloj, esperó un poco, y volvió a mirar a los reos que se apoyaban en la pared: dos de ellos se habían dejado caer de rodillas y parecían llorar. Dio la voz:

—¡Fuego!

Hubo una descarga cerrada a la que siguieron algunos tiros sueltos.

—¡Alto! —ordenó.

Con su pistola Star del 9 corto, José dio el tiro de gracia en la cabeza a dos hombres que parecían moverse. Nunca había hecho nada semejante. Y le pareció sencillo. E incluso natural.

De nuevo se dirigió al pelotón de fusilamiento.

—Idos a casa a descansar. Mañana a las ocho y media presentaos en el cuartel de la División, todos con camisa azul, brazalete de Falange y gorra cuartelera. Y avisad a cuantos camaradas podáis para que se unan a la lucha: esto no ha terminado.

Se volvió a los otros.

—Esperad al camión de los prisioneros. Y después, os vais también a casa. Y a las ocho y media de la mañana os quiero en el cuartel.

Se apartó del escenario de la ejecución y, ya solo, tomó la dirección del palacio de la Gavidia.

El zumbido había desaparecido de sus oídos. Y no sentía nada, al tiempo que se llenaba los pulmones con el aroma de la pólvora que inundaba el aire de Sevilla. Pensó que jamás en su vida olvidaría aquel olor a gloria, salvajismo y miedo.

Todo rastro de temor se había esfumado de su espíritu y de sus nervios. Se sentía invencible.



Esa noche, José durmió en una litera que el general Queipo ordenó preparar para él en un despacho vacío del palacio de la Gavidia. Se levantó con el día y, al asomar a la sala principal, encontró al general desayunando, quien le llamó:

—Toma un café, Algabeño, y unas rebanadas de pan con aceite. Nos espera un día largo y difícil. Si ayer vencimos, ahora todo está en el aire. Y nunca mejor dicho.

Dio un sorbo a la taza antes de añadir:

—Hoy deben de volar a Sevilla las primeras tropas de legionarios y regulares desde África. Y crucemos los dedos para que el gobierno no envíe aviación desde la capital en contra nuestra. Madrid ha resistido al alzamiento, ¿lo sabías? Así que lo dicho y nunca mejor dicho: todo está en el aire.

—Mala noticia lo de Madrid —dijo José mientras un asistente le rellenaba la taza.

En un rincón de la sala, había una mesa repleta de papeles y lápices, con un micrófono de buen tamaño en medio, un teléfono y un elegante sillón. Era el estudio instalado por Unión Radio Sevilla para las proclamas de Queipo.

—Ha dormido poco esta noche, mi general.

—Cuando combates, el sueño sobra. Lo aprendí luchando en Cuba en el 98: si estás en guerra, sólo hay tiempo para ella. Y aun así la perdimos..., por la cobardía de los políticos.

En la mesa en donde desayunaban José contó tres botellas de vino de Jerez, vacías, y una terciada de cazalla. Había también varias copas y vasos sucios.

Queipo sorprendió la mirada de José.

—Tampoco viene mal alegrar el cuerpo en medio de los tiros. Aunque tu amigo Criado se llenó demasiado de vino fino. Por cierto, ¿qué hora es?

—Pasan unos minutos de las siete.

—Ya..., le dije que estuviera aquí a las seis y media. Hay que organizar todo el asunto de las detenciones, las ejecuciones y las cárceles para cuando tomemos los barrios obreros.

Sonó el teléfono. Queipo se levantó y caminó a paso presto a tomar el auricular. Escuchó en silencio durante unos minutos y luego impartió instrucciones en jerga militar que el torero no alcanzó a entender. Colgó al poco, regresó junto al Algabeño y apuró los restos de su café.

—No hemos podido tomar Huelva —le anunció— y hay una columna de mineros de Riotinto que

vienen armados y con dinamita en camiones hacia Sevilla. ¿Cuántos son tus falangistas por fin?

—Ayer salieron muchos de las cárceles. Creo que ahora habrá entre trescientos y cuatrocientos. Los he citado en el cuartel de la División dentro de media hora. La Falange está dispuesta a todo, mi general.

—Toma a los tuyos, únete a la Guardia Civil en su cuartel y ponte bajo el mando del comandante Haro Lumbreras.

—A la orden, mi general.



La tropa, formada por una compañía de la Guardia Civil y cien falangistas, en total algo más de doscientos hombres, esperaba oculta entre los olivares, en un altozano que llamaban la Pañoleta, a la salida del pueblo de Camas. Desde su altura, se distinguían un par de kilómetros de una larga recta de la carretera que iba a Huelva. Y hacia allí apuntaban una decena de ametralladoras, gobernadas por sus secciones de guardias civiles, y los fusiles del resto del contingente. Eran las once menos cuarto de la mañana y el sol apretaba ya con fuerza. El Algabeño se había desprendido de su gorra cuartelera y se frotaba con un pañuelo la incipiente calva de la frente, perlada por gotas de sudor. A su lado, tendido en tierra como él y a la sombra de un olivo, el comandante Haro Lumbreras fumaba un cigarrillo de picadura.

—Tardan un poco, ¿no? —dijo José.

El jefe de la tropa miró su reloj.

—Si salieron a las ocho de Huelva, estarán al caer.

—¿Cuántos son?

—No lo sabemos. Nos han dicho nuestros correos que alrededor de veinte camiones y que transportan a unos cien rojos. Traen mucha dinamita, por lo visto.

—Así volarán mejor.

—Eso espero.

Un cuarto de hora después se escuchó el bronco carraspeo de los viejos motores. El primer vehículo apareció al final de la recta. Sobre la caja punteaban borrosas las cabezas de los mineros y los cañones de los fusiles. En lo alto de la cabina ondeaba una gran bandera republicana.

—¡Preparen las armas! —ordenó el comandante a sus oficiales más próximos. La voz fue corriendo por el bosquecillo.

Los camiones iban asomando en una fila ininterrumpida, dejando entre cada uno de ellos quince o veinte metros de distancia. El último que surgió del más lejano punto de la carretera adonde alcanzaba la vista hacía el número catorce, mientras el más próximo, el primero de todos, se encontraba ya a un kilómetro de distancia. Haro Lumbreras miraba con sus prismáticos en tanto que el Algabeño había vuelto a colocarse la gorra y alistaba su máuser.

—Llevan muchas cajas de dinamita —dijo el militar.

Se volvió a sus oficiales.

—Que las ametralladoras disparen a las cajas de los camiones —ordenó.

Esperaron todavía unos minutos. La columna se encontraba ya a menos de trescientos metros cuando el comandante gritó:

—¡Fuego de ametralladoras!

A José le pareció que, de pronto, el campo sonaba como una brusca tormenta de granizo sobre un sembrado de trigo. Los camiones se habían detenido y grupos de hombres descendían apresurados y disparaban con prisas, sin apuntar apenas, en dirección a los olivares. Pronto, varios cuerpos de mineros

yacían en la carretera.

—¡Fuego a discreción! —clamó Haro.

El Algabeño comenzó a tirar, buscando sus blancos sin prisas y con precisión. Creyó haber derribado a dos hombres antes de que se oyera una gran explosión. Alcanzadas las cajas de dinamita por las balas de las ametralladoras, el primer camión pareció despanzurrarse, como un gran animal que reventara de súbito, y pronto lo envolvieron llamas de un rojo enfurecido y una espesa humareda negra.

La mayoría de los hombres bajaban saltando de los vehículos. Algunos arrojaban las armas y escapaban campo a través; otros alzaban los brazos en actitud de rendición; muy pocos utilizaban ya sus fusiles. Los dos últimos camiones lograron girar y acelerar en dirección contraria. Haro ordenó:

—¡Alto las ametralladoras! ¡A por ellos! ¡Sin cuartel!

El Algabeño se giró.

—¡La Falange, conmigo! —gritó.

Descendieron a la carretera guardias y paisanos. Nadie disparaba desde abajo. Al llegar a la altura de los mineros, los agentes iban tendiéndolos en el suelo y recogiendo sus fusiles y pistolas. Algunos hombres huían por los barbechos.

Seguido de medio centenar de los suyos, José sobrepasó los primeros camiones y se dirigió a la cola de la caravana. Una veintena de mineros esperaba allí con los brazos en alto. Los falangistas les ordenaron tumbarse en el suelo mientras se hacían con sus armas. Y en ese momento, uno de sus hombres se dirigió a José:

—Mira a éstos de ahí, camarada: llevan cinturones repletos de cargas de dinamita.

Eran tres jóvenes; José ordenó que se los acercaran.

—Vaya, vaya —dijo zumbón mientras apuntaba hacia los cartuchos con la pistola—. ¿Qué pensabais hacer con eso?, ¿fuegos artificiales?

Se volvió a sus hombres y dijo:

—Hoy vamos a ahorrar balas. Coged a estos tres, los atáis separados entre sí, de rodillas, y a cada uno le colocáis una mecha larga que llegue a sus cinturones. Y lejos de los camiones, no vayamos a liarla.

Unos minutos después, en la cuneta, los tres chicos, arrodillados, contemplaban aterrados cómo el Algabeño encendía con un chisquero las mechas que iban a dar a la dinamita enrollada a sus cinturas. En pocos segundos, los pedazos de sus cuerpos y sus vísceras quedaron esparcidos una decena de metros a la redonda.

Más de veinte mineros murieron en la corta batalla y sesenta y ocho fueron hechos prisioneros. Apenas seis o siete lograron huir por los campos, pero en las horas siguientes cayeron, cazados como liebres, a tiro limpio, por los falangistas del Algabeño. Los presos fueron fusilados, tras un juicio sumarísimo, unos pocos meses después en diferentes barrios de Sevilla: todos a excepción de uno, un chico de dieciséis años que, por ser menor de edad, no podía ser ejecutado.



Al atardecer del 19 llegaron al aeródromo de Tablada, volando en aviones alemanes desde Tetuán y Larache, las primeras tropas de los territorios de África: una compañía de legionarios bajo del mando del comandante Antonio Castejón.

El general Queipo tenía prisa por rendir los barrios populares y, a media tarde del día 20, ordenó a Castejón atacar Triana, el principal bastión de la resistencia de izquierdas, al otro lado del río Guadalquivir. Pero la tropa rebelde encontró una dura defensa en las barricadas alzadas en el puente y hubo de retroceder después de varios intentos por quebrarla. Al tiempo, los sindicatos obreros lanzaron

una llamada a la huelga general para el lunes 21. Era una convocatoria más simbólica que real, porque Sevilla estaba ya parada por las llamaradas de la lucha en la calle. Al atardecer, nuevos aviones llegaban a Tablada con el resto de la 5.^a Bandera de Castejón, elevando el total de soldados mercenarios a quinientos hombres.

Queipo había lanzado, en su charla radiofónica del mediodía, una dura advertencia:

Se me dice que los obreros de Sevilla han acordado la huelga general para mañana y, como estoy encargado de mantener el orden a toda costa, me dispongo a combatir esa huelga general con la máxima energía. Si el derecho a la holganza puede ser sagrado individualmente, de ninguna manera es tolerable en forma colectiva. Por ello, consideraré a los organizadores incurso en el delito de rebeldía. Los comités directivos de todos los oficios que secunden la huelga serán pasados por las armas.

Al desfallecer la tarde, Sevilla se llenó de patrullas armadas, formadas en su mayoría por falangistas y requetés, que tras breves interrogatorios fusilaban en las calles y plazas del centro de la ciudad a cualquiera que pudiese ser tenido por sospechoso de sedición. Sierpes, Tetuán, Velázquez y la Plaza Nueva rezumaban sangre de ajusticiados.

Por la noche, en su cuartel general de la Gavidia, Queipo se reunió con Castejón y los oficiales llegados de África para planear el asalto del día siguiente a Triana. El Algabeño estaba presente.

—Te va a hacer falta este hombre, comandante —dijo el general al jefe legionario mientras tomaba por el hombro a José—. Conoce Sevilla como la palma de su mano.

Castejón, bajo y cariancho, tenía una prestancia muy alejada de la que se supone debe adornar a un guerrero. A José le recordó al empleado de una carnicería de La Algaba.

—¿Y qué aconseja? —preguntó el militar al torero.

—Yo no sé de tácticas ni estrategias, mi comandante —respondió José—. Pero esos trianeros no son fáciles de rendir, porque son valientes y, además, saben que les va la vida en esto. Yo he tenido en mis cuadrillas varios trianeros y no se arredraban ni ante los miuras. Atacar de frente nos acabaría dando la victoria, pero costaría mucha sangre. Lo mejor es ametrallarlos y bombardearlos desde este lado del puente. Ellos no tienen armas pesadas... Y mientras tanto, concentraría la infantería en el puente de San Telmo y haría cruzar por allí la fuerza principal hasta el barrio de los Remedios, para atacar Triana desde la derecha. ¿Cuántos hombres tiene?

—Unos quinientos ahora. Y mañana temprano, quizá llegue otra compañía de regulares.

—¿Los moros?

—Los mismos.

—¿Esos que se dice que cortan las orejas a los enemigos muertos?

Castejón rio. Queipo golpeó la espalda de José.

—Únete mañana a la tropa de Castejón con tus falangistas, Algabeño. Y haz lo que sabes hacer.

—Como ordene usted.

—Te estás ganando una medalla, torero.

—Le brindaré el primer toro que mate en la Maestranza cuando acabemos con la lucha en Sevilla, mi general.

—Estaré en el palco y pediré para ti las dos orejas, Algabeño.

José sonrió y miró a Castejón.

—Mañana, en Triana, espero que sus moros corten algunas más, comandante.

El otro le devolvió la sonrisa.

—El torero es usted.



Con el alba sonaron los cañones desde el lado norte del puente de San Telmo y el barrio de los Remedios tembló. La barricada de la plaza de Cuba fue pronto barrida por el fuego de las ametralladoras rebeldes. Primero, cargó un escuadrón de Caballería contra el que, refugiados tras los sacos terreros y las pilas de adoquines, tenaces los resistentes hacían fuego con viejas escopetas de caza y armas cortas. En pocos minutos, sin embargo, emprendieron la fuga, hacia el sudoeste, hacia Triana.

De inmediato, cruzó el Guadalquivir la compañía de regulares marroquíes, llegada a Sevilla horas antes; a renglón seguido, las tres que integraban la 5.^a Bandera legionaria de Castejón, y cerrando la fuerza, varios cientos de voluntarios falangistas y requetés armados de fusiles. El Algabeño marchaba junto a los mandos militares, cerca de la cabeza de la tropa invasora. Al tiempo, desde la plaza de Armas, nuevas baterías comenzaban a bombardear las barricadas trianeras levantadas en el extremo del puente y en la plaza del Altozano para impedir el acceso de defensores de los Remedios.

La iglesia de Santa Ana, tomada por las masas obreras, cerca del río, humeaba aún tras el reciente incendio y algunas de sus imágenes sacras alfombraban destrozadas el suelo de la plazuela en donde se levantaba el templo. Era un barrio de casas bajas y blancas, encaladas y con zócalos pintados de alegres colores. Desde alguna azotea, ocasionalmente, los izquierdistas azuzaban con disparos a los alzados que avanzaban desde los Remedios. Cuando eso sucedía, secciones de soldados entraban en la casa de donde procedían los tiros, sacaban a sus habitantes y fusilaban al momento a todos los hombres, dejando tan sólo con vida a mujeres y niños. Los cadáveres quedaban tendidos al sol, bañados en amplios charcos de sangre. Estaba prohibido enterrarlos.

A eso de las once, chocaron con las mejores defensas alzadas en Triana. Allí la oposición obrera era muy firme y las barricadas se sucedían unas a otras, haciendo muy penosa la marcha de los atacantes, que sufrían al tiempo importantes bajas por el fuego que llegaba de las azoteas y terrazas. En un estrecho dédalo de callejuelas, a la altura de la llamada calle del Cristo de las Tres Caídas, un alto parapeto de adoquines ofrecía particular resistencia. Desde las alturas llovían los balazos, y los cócteles molotov, lanzados con ondas, caían en la vanguardia de los legionarios.

—¿Qué se le ocurre, Algabeño? —preguntó Castejón—. Nos va a costar muchos muertos cruzar esto. Y el paso por el río y la calle principal están también cerrados.

—¿Y los cañones?

—Las mulas serán blanco fácil para los tiradores de las terrazas y las piezas son muy pesadas para los hombres. Además, las vías de acceso son demasiado estrechas. Y en cuanto a las ametralladoras, no harán mucho daño a esos muros de piedra.

—Hay una solución fea, pero que resultaría, comandante.

—La guerra no es bonita. Dígala, Algabeño.

—Saque a niños y mujeres de las casas y que marchen delante de las tropas. A los suyos no van a dispararlos.

Media hora después, ante un frente formado por una veintena de mujeres y otros tantos niños y niñas, las banderas blancas surgieron tras la barricada y los legionarios procedieron a derribar el muro de adoquines. Desarmados, los hombres eran fusilados de inmediato. La tropa seguía su avance Triana adentro, precedida de una numerosa y aterrada vanguardia de criaturas acompañadas por sus madres.

El último reducto era la plaza del Altozano, cerca ya del río y el puente. Pero las mujeres y los niños cesaron en el avance. Como si una orden general hubiera surgido de alguna parte, todos los rehenes se tiraron al suelo cerca ya de la ancha avenida de San Jacinto, a la vera casi de los muros quemados de la iglesia asaltada días antes por los izquierdistas. Ni los culatazos propinados por los legionarios a algunos niños, ni la ejecución de dos mujeres de sendos tiros en la nuca por parte de un teniente de

Regulares, hicieron efecto entre la infeliz multitud, que se negó a levantarse y continuar la marcha.

Pero la artillería, con las mulas tirando de las cureñas, ahora sí podía pasar. Y llegaban los cañones ligeros por la calle Pagés desde el Corro hasta San Jacinto. Varias piezas fueron instaladas cerca del templo y comenzó el bombardeo de las últimas barricadas resistentes. Al tiempo, arreció el fuego de las baterías del otro lado del río.

Poco antes de la una del mediodía, Triana había caído. Casa por casa, los legionarios, secundados por falangistas y requetés, sacaban a las familias al aire libre, fusilaban a los hombres armados y apresaban a los demás. Los regulares marroquíes, por su parte, degollaban con sus gubias a aquellos a quienes cogían presos y, a menudo, violaban a las mujeres que encontraban en el interior de las viviendas, muchas de ellas casi niñas. Las calles aparecían cubiertas de cadáveres.

En los días siguientes, los muertos se pudrían bajo el sol en el centro de Triana y los camiones iban trasladando presos a las cárceles que improvisaba Díaz Criado desde su puesto de jefe de Orden Público. Se contaron por miles los que fueron confinados en la plaza de toros, en los cines Duque y Jáuregui, en el colegio de los jesuitas, en dos barcos anclados en el Guadalquivir y en el café Variedades, escenario de tantas farras del Algabeño y sus amigos. Y los fusilamientos y violaciones siguieron cuando, tras la rendición de Triana, cayeron en poder de los rebeldes los barrios obreros de San Bernardo, San Julián, la Macarena... En la plaza del Pumarejo, en el de San Julián, donde había un importante foco de resistencia, varias decenas de izquierdistas, al rendirse, alzaron los puños cantando *La Internacional*. Fueron callados por el fuego de las ametralladoras.

El 24 de julio, no obstante, la huelga general continuaba y sólo pudo ser apagada días más tarde a fuerza de extremas medidas de represión. Queipo lanzó una proclama esa noche desde la radio mientras bebía, junto a Díaz Criado, una copa de cazalla:

Hay en Sevilla unos seres afeminados que todo lo dudan, incluso que en Sevilla está asegurada la tranquilidad [...]. ¿Qué hacer? Pues imponer un durísimo castigo a esos idiotas. Por eso faculto a todos los ciudadanos a que, cuando tropiecen con uno de esos sujetos, lo callen de un tiro. O me lo traigan a mí, que yo se lo pegaré.



En aquellos días, José participó en varias «sacas» de las prisiones y dirigió algunos fusilamientos. No le importaba matar, pero se decía que hubiera preferido hacerlo de otras formas: a campo abierto, por ejemplo, con el riesgo que ello suponía.

Tampoco le complacían las violaciones. Díaz Criado le insistía a menudo en que acudiese por las noches a su despacho.

—Traigo niñas bonitas y hacen lo que les pido a cambio de algunos favorcillos a sus familiares presos. Vente cuando quieras a disfrutarlas, porque en algún momento van a prohibirlo los jefes.

—No me apetece, Manolo.

—Ya, ya..., a ti sólo te gustan las aristócratas. Pero de ésas no tengo.

José, como muchos otros sevillanos ricos y los altos mandos militares rebeldes, se había trasladado a vivir al hotel Majestic,^[2] en el casco antiguo de la ciudad, mientras su familia permanecía en Portugal. El establecimiento, desde el cese de las luchas en Sevilla, se había convertido en una suerte de casino. Y en tanto que las cárceles rebosaban de presos hambrientos, muchos de ellos condenados a muerte, en el Majestic, confiscado por orden de Queipo, no faltaban el jamón, los langostinos, las copas y las mujeres.



Finalizaba julio y eran ya más de dos mil los legionarios y marroquíes regulares que habían llegado a Sevilla desde África. Media Andalucía estaba ocupada por los rebeldes y comenzaba a prepararse la gran acción ideada por Franco y Mola: la marcha sobre Madrid, que había resistido a la rebelión y seguía siendo capital de la República. Las fuerzas del contingente africano partirían en columnas desde Andalucía, por Extremadura, hacia Madrid, dirigidas por Yagüe y el general Franco, en tanto que las tropas del norte, comandadas por el general Mola, descenderían con unidades de requetés navarros y voluntarios falangistas de Castilla y León.

José regresaba al hotel desde el cementerio, en donde esa noche había participado, a las órdenes de un capitán legionario y junto a varias escuadras de falangistas, en la ejecución de cuarenta y ocho izquierdistas. Los habían matado en grupos de seis, fusilados contra las paredes del camposanto. Pero José declinó la invitación del oficial a participar en los tiros de gracia.

Había iniciado las obras de reconstrucción de su cortijo de El Alamillo, en su pueblo de La Algaba. Y también había podido recuperar una buena parte de su ganado, sobre todo la mayor parte de la yeguada.

Era un hombre popular: la gente le saludaba en la calle, le abrazaba y gritaba su nombre tildándole de héroe. Y era rara la taberna en donde no le invitaran a beber. Pero algo le faltaba.

Al llegar a la puerta del Majestic el portero se quitó la gorra para saludarle y dijo:

—Han venido a buscarle de parte del general Queipo, señor. Que vaya usted cuanto antes a la Gavidia, no importa la hora.

No subió a su habitación. Con paso vivo, ganó en unos minutos el palacio de Queipo.

—¿Quieres una copa de cazalla? —le invitó el militar cuando entró en el despacho.

—No, gracias, mi general. ¿Qué es lo urgente, señor?

—Que dejes lo de fusilar, eso lo puede hacer cualquiera; hay otras cosas más importantes que te quiero encomendar.

Bebió el general y carraspeó antes de seguir:

—¿Te acuerdas de nuestra charla con tu amigo Cañero en Huelva? Pues ha llegado la hora. Tenemos que sanear el campo sevillano, quedan muchos pueblos ocupados por los rojos. Y vosotros sois piezas esenciales en la tarea.

—Caballistas..., como jinetes negros —dijo usted entonces.

—Sí, surgidos del Infierno... Tienes que organizar ya tu propia partida para ir abriendo paso a la Legión y a los moros.

—Razias...

—Creo que así lo llaman. Cañero ha empezado en Córdoba. ¿Te quedan caballos?

—Los he recuperado casi todos.

—Pues a ello, Algabeño: busca los hombres y pide las armas que necesites.

—En Huelva prometió que nos daría un grado militar.

—¿Te sirve el de teniente?

Salió. Se sentía renacido. Otra vez la acción llamaba a su puerta.

Y ahora sabía bien por qué los fusilamientos no le complacían. Ciertamente que no le disgustaba matar. Pero si tenía que optar entre formas de hacerlo, prefería dar una oportunidad al adversario: jugar a la vida y la muerte, como se hace con el toro.

EL FRENTE

*En esta árida plaza, en este fragmento desgajado de la calurosa
África, tan toscamente unido a la ingeniosa Europa;
en esta meseta surcada de ríos,
nuestros pensamientos tienen cuerpos; las sombras amenazadoras de nuestra fiebre son
precisas y vivas...[\[1\]](#)*

W. H. AUDEN, «España»

Aragón, verano de 1936

Descalza, con un ligero vestido de verano, tendida en la cama de una modesta habitación de una pensión del barrio parisino de Montparnasse, Margot Heinemann leía la carta escrita por John Cornford que Borkenau puso en el correo, al regresar a Barcelona, el 15 de agosto desde el frente de Aragón:

Cariño:

Te explico con urgencia, en apenas unas pocas líneas, por qué estoy aquí y por qué me quedaré un tiempo en el frente de Aragón, lejos de Barcelona. Ya sabes que, en primer lugar, me han traído motivos políticos: objetivos, por llamarlos de alguna manera. Sin embargo, hay una razón subjetiva también. Desde los diecisiete años, me sentí en cierta forma como alguien atado y envidiaba a quienes podían largarse cuando querían, haciéndolo por el sencillo deseo de marcharse. Y en cierta forma, por primera vez en mi vida, me he sentido independiente al llegar aquí. Pero te prometo que será la última vez que te deje innecesariamente. Puede que el partido decida en algún momento que me vaya a otro lado, pero estaré contigo siempre que tenga oportunidad. Te amo con todo mi ardor, con todo mi deseo y con todo mi cuerpo. Amarte ha sido la más perfecta de mis experiencias y, en cierta forma, la conquista más grande de mi vida.

El partido es mi única otra pasión. Hasta que te vea otra vez, bendice mi pasión y mi empeño. Y sé feliz. Sirvo al partido con todas mis fuerzas y, al tiempo, te amo tanto como soy capaz de amar. Como sabes, hay riesgo de que muera. Estadísticamente no es muy grande, pero de todas formas existe. Si me matan, mi vida no habrá sido desperdiciada. Pero volveré.

JOHN

Margot dejó la carta a un lado, sobre la colcha, y permaneció todavía un rato tendida en el lecho. Algunas lágrimas discurrieron por sus mejillas mientras en sus labios asomaba levemente una sonrisa triste. Se pasó las palmas de las manos por los hombros, con suavidad, recordando a John.

Al rato, se levantó y salió a la calle. Fue hasta la Gare du Nord y compró billete para el tren del día siguiente a Calais, para tomar el ferry a Inglaterra. Llegó a Londres el día 22 de agosto.



John percibió cuán solo se había quedado la misma mañana de aquel jueves en que Borkenau y Martin partieron de regreso a Barcelona. Ignoraba casi todo de cualquier otra lengua que no fuera la suya, no hablaba apenas más palabras en español que las saluciones o las expresiones de cortesía y tan sólo sabía unas pocas en francés. Esa misma tarde, sin embargo, tuvo suerte al encontrar a un voluntario italiano, Milano, con el que logró entenderse a duras penas a través de las toscas frases en inglés que el otro conocía. Pero fue suficiente para aliviarle un poco. El resto de los hombres de la tropa, formada en su mayoría por campesinos y obreros catalanes y aragoneses, se comunicaban entre ellos en una extraña jerga que mezclaba el español y el catalán y que, si cabe, aún se hacía más incomprensible para John.

El pueblo de Leciñena había sido ocupado por la columna trotskista de Grossi una semana antes y se encontraba en una carretera secundaria, a unos pocos kilómetros de Perdiguera, la aldea en donde se situaban las primeras líneas enemigas, en el camino a Zaragoza, ciudad ocupada por los militares el anterior mes de julio. La tropa trotskista de Grossi, junto con otras anarquistas y comunistas que llegaban

desde Lérida, tenía por objetivo la conquista de la ciudad para dirigirse luego más al norte, a la ciudad de Huesca, conquistada también por los militares rebeldes y los fascistas en los primeros días de la rebelión. Las columnas de milicianos eran numerosas, pero muy mal organizadas, y apenas mantenían contacto entre ellas debido a sus hondas diferencias políticas.

Aquella noche, al aire libre de la plaza del pueblo, John cenó arroz con tropezones de tocino en una escudilla y, en un tazón desportillado de barro, bebió varios sorbos de un vino peleón que, al tragarlo, parecía arañar su garganta. Durmió malamente sobre un jergón de tela áspera cubriéndose con una vieja sábana, en un establo habilitado para cuartel, rodeado de hombres que tosían, escupían, roncaban y ventoseaban, picado por las pulgas y perfumado por olores de excrementos animales, sudores de axila, flatulencias humanas y tabaco de picadura.

En la duermevela, sus sentimientos eran contradictorios: acostumbrado a su hogar de Cambridge, a las sobrias pero limpias habitaciones de los internados de su infancia y del Trinity College, a los hoteles de sus viajes en familia durante los veranos, aquella cuadra-cuartel le parecía la expresión suprema de la incultura y la ausencia de higiene. Pero al mismo tiempo, se sentía orgulloso de saberse capaz de soportarlo. Y se dijo que aquello era parte de un aprendizaje que todo revolucionario debe realizar. Y si los proletarios, los hombres que ahora le rodeaban, eran los llamados a ser dirigentes de un mundo nuevo, él quería ser uno de ellos.

Se sentía contento mientras, al día siguiente, desayunaba junto a Milano un pan tierno untado en aceite y una taza de sucedáneo de café hecho con algarrobas molidas. Y reparó en la extraña mezcla de gente que componía la columna. No parecía haber ningún militar de carrera entre la tropa: como sabría más tarde, los mandos eran elegidos en asamblea, pero luego eran obedecidos como lo sería un profesional. No había saludos al modo del Ejército, sino puños en alto que jefes y tropa intercambiaban con igual dignidad, al tiempo que se deseaban sencillamente «salud». La mitad de los milicianos vestían una suerte de uniforme compuesto por un mono azul o marrón, gorro cuartelero o sombrero de paja, y camisa azul, curiosamente la misma que usaban los enemigos fascistas. La otra mitad de la tropa se ataviaba como le venía en gana.

Cuando a John le entregaron su equipo, se encontró vestido con unos grandes y pesados pantalones de pana, confiscados en la casa de un «burgués» del pueblo al que habían fusilado los anarquistas de Durruti, una camisa azul, un chaquetón de lana deshilachado, alpargatas y un sombrero agujereado de fieltro oscuro. También le entregaron un morral, un fusil máuser con bayoneta, una caja de municiones, una manta, una camisa de repuesto, un cuchillo, cepillo de dientes y pasta, un pedazo de jabón, un peine y un tazón y un plato de metal para colgar del cinturón. Rio para sus adentros al imaginarse a sí mismo apareciendo de pronto, con aquel atuendo, en una de las reuniones que su madre organizaba para celebrar el recuerdo de Rupert Brooke. También pensó que Lord Byron nunca hubiera tolerado que le vistieran de tal guisa antes de la batalla.

A media mañana, uno de los mandos se acercó y seleccionó a un puñado de milicianos, entre ellos a John. No pudo entender nada de lo que aquel hombre les ordenaba, pero siguió a los otros cuando comenzaron a andar hacia las afueras, en dirección al sur. Le fastidiaba que Milano no hubiera sido escogido entre los del grupo. Sus compañeros, sin embargo, le sonreían y un joven catalán le dijo varias veces «*bonjour*». El calor resultaba abrasador.

La pequeña carretera descendía y, aproximadamente a un kilómetro de distancia de Leciñena, se alzaban unas colinas calizas batidas por el sol. Abandonaron el camino y treparon a las alturas. El jefe los fue situando en roquedales o en lugares protegidos por rala maleza. A John le asignó un hueco entre duras piedras con un lecho de arena desde donde divisaba, mirando hacia atrás, Leciñena, y hacia delante, a unos pocos kilómetros, la alta torre de la iglesia de Perdiguera alzándose sobre casas

achaparradas. Desde allí, no distinguía trazas de trincheras ni de posiciones enemigas. El jefe le indicó por señas que aquél era su puesto y que debía vigilar los movimientos que se produjeran en Perdiguera. Entendió también que le llevarían comida al cabo de unas horas y que pasaría la noche allí. Y se quedó solo, protegiéndose del fogoso sol tan sólo con el raído sombrero.

Nadie le dijo, o no supo explicarle, que aquellas misiones de vigilancia duraban para cada grupo entre tres y cinco días, sin relevo alguno.



No entendía bien qué hacían en aquel lugar. Imaginaba que la columna de Grossi era una de las avanzadillas que esperaban la llegada de nuevas tropas y material bélico para asaltar Zaragoza y Huesca. Pero se preguntaba: ¿por qué no tomar Perdiguera? Allí abajo, sin una fuerza numerosa que, en apariencia, la defendiera, parecía una presa fácil.

Miraba el cielo sin nubes. Algún ave rapaz solitaria lo cruzaba en la altura y, de cuando en cuando, parejas de cuervos que parecían pelear entre ellas, graznando con ruido, y descendían a esconderse entre los barbechos cercanos al pueblo. El paisaje era desolador, cegado por un sol impío.

Un par de horas después, el soldado catalán le llevó una lata de sardinas, algo de pan duro y una cantimplora con agua.

—*Bonjour* —dijo al llegar.

Sonreía mientras John llenaba su tazón. Luego, cuando éste le devolvió la cantimplora, ensanchó su sonrisa y se despidió:

—*Bonjour, bonjour...*

—*Bonjour...* —respondió John.

No tenía ningún libro en el morral. Tan sólo llevaba con él, junto con la camisa, los útiles de aseo y el material militar, un cuaderno y un par de lápices. Pensó en escribir a Margot o en esbozar los primeros versos de un poema. Pero el desánimo le vencía.

Al caer la noche, se enroscó cubierto por la manta y trató de dormir. No obstante, apenas logró hacerlo por la gran cantidad de piedras que escondía la arena. En un par de ocasiones se incorporó y miró la noche, en donde trepaba camino de su plenitud un gajo de luna humillada entre una turba de estrellas. Más al sur, en la lejanía, se distinguía el resplandor de las luces de Zaragoza.

¿Qué hacía allí?, se preguntaba una y otra vez. ¿Eso era la guerra: noches al raso vigilando un enemigo que parecía no existir y sin saber cuándo empezaría la batalla? Oía el grito remoto de una lechuza.

Una línea de cielo rosa, casi malva, se alzó por su lado derecho antes de que el sol asomara con su luz anaranjada iluminando el mundo. Le dolieron los huesos al despertarse. Miró hacia el pueblo dormido: ni un solo movimiento, ni una sola bombilla encendida allá abajo. El compañero catalán vino poco después, con un café frío, unos pedazos de pan más duros aún que los de la tarde anterior y sus correspondientes «*bonjour*». Luego, John volvió a quedarse solo.

La perspectiva de pasar un día igual al anterior le mordía el alma. Notaba sus nervios alterados. Dijo en voz alta:

—Nada que hacer, sólo observar, sólo esperar... ¿Qué infierno es éste? ¿Y cuándo será el relevo?

Decidió convertir en un espacio más cómodo el rincón que le habían asignado. De rodillas, fue escarbando con el cuchillo en la arena y retirando chinarras. De cuando en cuando, echaba una mirada hacia Perdiguera.

Después, tomó la bayoneta y comenzó a cavar. Le sudaban las sienes, los brazos y las axilas. Descansaba un rato, fumaba en ocasiones, liando con torpeza cigarrillos de picadura, y luego seguía a la

tarea. ¡Cuánto hubiera dado por un cigarrillo inglés!

Cerca de mediodía, el hueco estaba acabado: no era muy hondo y tenía forma ovalada, de casi dos metros de largo por uno de ancho. Pensó por un momento que parecía una cavidad concebida para colocar un ataúd. Se tumbó, probó a moverse, todavía retiró algunas piedras pequeñas del cubículo y raspó con la bayoneta sobre el fondo para dejar una superficie regular. Ahora sonreía. Dijo en voz alta:

—Para llegar a esto, ¿de qué me sirve una matrícula de honor en el último curso de Historia?

Y de súbito, se dio cuenta de que no deseaba regresar nunca más al Trinity College. Antes de salir de Inglaterra para Francia, más o menos un mes antes, pensaba en volver a reanudar sus estudios con un último año de doctorado. Pero en ese instante estaba seguro de que no lo haría. Y no quería preguntarse por qué. En todo caso, en su espíritu parecía no haber transcurrido un mes desde que dejó Inglaterra, sino que sentía que hubiera pasado más de un año. Notaba además el palpito de la libertad en su sangre, una sensación que nunca antes en su vida había disfrutado con tal intensidad.

Fue cortando hojas de la maleza de los alrededores y le llevó casi una hora fabricarse una suerte de colchón con ellas sobre el hueco excavado en la arena. Ahora parecía más una cama que una tumba. Cuando el miliciano catalán asomó con el almuerzo, el mismo menú de sardinas que el día anterior, John le mostró orgulloso su obra valiéndose de señas.

—*Bon, bon...* —dijo el otro, afirmando vigorosamente con la cabeza.

La tarde, sin embargo, se le hizo triste y larga, melancólica y deprimente. Sabía que su acreditación de periodista le posibilitaba dejar el frente y volver cuando quisiera a Barcelona y, desde allí, a su patria. Nadie en la columna le iba a considerar un desertor. Pero ¿no sería ridículo hacerlo?, ¿qué pensarían sus camaradas de Cambridge?

Los sentimientos negativos le vencían. Dudaba si aprendería a ser un verdadero soldado: no era un guerrero, sino un muchacho caprichoso subido en una loma con un fusil en la mano, sin opción de morir o matar.

Y quería pelear. O, en el peor de los casos, tener al menos la oportunidad de hablar con alguien.



El domingo, al amanecer, oyó las campanas de la iglesia de Perdiguera llamando a misa. Aquello conmovió a John y ahondó sus sensaciones de aislamiento. Cuando el miliciano catalán llegó con el desayuno, tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse y que el otro no viera sus lágrimas. Al quedarse de nuevo a solas, decidió que escribiría a Margot como una forma de desahogo.

Cariño:

Estoy en un puesto de vigilancia, en lo alto de una colina en el frente de Aragón, en un círculo completo de montañas rocosas, cubiertas con maleza y tierra muy estéril, con algunos valles yermos que se abren entre ellas. A dos kilómetros hay un pueblo tomado por el enemigo. Pero el enemigo es bastante invisible. Ocasionalmente se oye el disparo de un rifle o una ráfaga de ametralladora. Y a veces distingo las sombras en el cielo de uno o dos aeroplanos. ¿Son de los nuestros o del enemigo? Y no hay nada más salvo un sol tan fuerte que casi me enferma. Como muy poco y no tengo en qué trabajar. No hay nada que hacer aquí, estoy casi todo el día tumbado. Duermo al aire libre, tapado con una ligera manta y sobre el suelo. Anoche llovió, pero no lo suficiente como para que las gotas de agua atravesaran mi cobertor. No sé el tiempo que permaneceré aquí. Vivo aquí en soledad y además me siento inútil. Este aislamiento y los nervios que me produce la ansiedad de no saber cuándo y cómo regresaré con el resto de la columna, y de no haber entrado en fuego todavía, inevitablemente me hacen sentirme entristecido. Nunca hubiera imaginado que la guerra pudiera ser tan aburrida...

Esta mañana, antes de que apretara el calor, las campanas del pueblo enemigo de Perdiguera sonaron muy despacio y muy lúgubres desde la distancia. No sé por qué, pero eso me deprimió mucho más que cualquier otra cosa. Sin embargo, al escribirte, comienzo a sentirme algo mejor... Dependo por completo de mí mismo, ya lo sé, y me siento algo así como una caricatura de soldado. No me entiendo con nadie. ¡Pero aprenderé!, ¡estoy aprendiendo!

La mañana siguiente regresó a Leciñena. Y súbitamente, el martes, Grossi formó a la tropa para anunciar que, el día después, avanzarían sobre Perdiguera. John se sintió invadido, de pronto, por una cierta euforia.

Antes de cerrar el sobre con la carta a Margot, para dársela a un grupo de milicianos que viajaban relevados a Barcelona, añadió una nota a la misiva:

Vamos a entrar en acción. Gracias a Dios, tengo algo que hacer finalmente. Lucharé como un comunista, puesto que aún no sé hacerlo como un veterano combatiente. Todo mi amor. Salud.



Ese miércoles la tropa se levantó temprano, pero permaneció durante horas en la plaza, arrimada a los soportales, sin que nadie diera la orden de partir ni explicación alguna. Sin embargo, a los hombres no parecía importarles demasiado. Se repartió comida, la tropa bebió vino en abundancia y fumó cigarrillos. Y algunos se tumbaron a dormir en el suelo, sobre las mantas, entre ellos John.

Cerca del atardecer, los mandos dividieron la fuerza en dos grupos y ambos salieron juntos a la carretera que iba hacia Perdiguera. John formaba parte del segundo y se alegró al ver que Milano, su amigo italiano, se integraba en el mismo contingente. Pensó que estaba claro que iban a atacar por fin el pueblo y que, tal vez, era el inicio de la batalla por conquistar Zaragoza. Pero no habían caminado medio kilómetro cuando los milicianos recibieron la orden de detenerse. Grossi apareció poco después, llegando desde Leciñena a lomos de una mula. Llevaba un fusil cruzado sobre la espalda y un casco francés de la Gran Guerra, con una suerte de pico que apuntaba a lo alto desde el centro del acero y un barboquejo de cuero ajado rodeándole la barbilla.

—Los del primer grupo —dijo—, aguardad aquí y esperad órdenes. Los del segundo, seguid a Ramírez.

Ramírez era uno de los segundos de la columna de Grossi, un tipo delgado como una espiga, fibroso y serio, a quien John nunca había visto sonreír.

Se dirigieron hacia la derecha, ya cerrada la noche, ascendiendo por una zona montañosa y casi trepando, con gran esfuerzo, sorteando los bancales de los huertos áridos del estío y entre los rastrojos acumulados en los surcos de tierra. A John, calzado con alpargatas campesinas, le dolían los pies y sentía en ellos los pinchazos de las cañas resacas de la mies. Marcharon casi toda la noche, deteniéndose de vez en cuando para descansar y beber el agua de los cántaros que, en dos grandes aguaderas, acarrea una acémila. Milano y John caminaban juntos y aquello le producía al inglés una sensación de calor y de afecto hacia el otro. Percibía nacer en su ánimo un sentimiento tan viejo como la guerra: ese tipo de amistad indisoluble que puede despertar entre los hombres la cercanía del peligro y de la muerte.

Con el alba distinguieron a su derecha la luminosidad del cielo sobre Zaragoza. Milano le señaló hacia atrás, en donde parpadeaban débilmente, en la distancia, las luces de un pequeño pueblo.

—*Perdiguera, I think* —dijo el italiano.

John asintió. Ahora entendía la maniobra: habían rodeado las montañas para quedar a la espalda del enemigo que dominaba el pueblo. Perdiguera estaba cercada.

Siguieron avanzando mientras el sol encendía el cielo y el calor apretaba. Se detuvieron a unos trescientos metros de las primeras casas, ocultándose entre unos viñedos en cuyas cepas verdeaban los racimos de uvas. Ramírez hizo correr la orden de que los hombres se dividieran en grupos de seis o siete y permanecieran ocultos hasta que él diera la voz de ataque.

Desde donde se encontraba, veía un pequeño olivar detrás de las viñas y, a su izquierda, las casas de

la parte alta de Perdiguera. Pensó que era probable que el enemigo hubiera situado allí una ametralladora, pues tenía delante un ancho campo de tiro. A la derecha, el pueblo se hundía en una barrancada de la que tan sólo sobresalía la alta torre de la iglesia y el campanario. John calculó que emprenderían el asalto por ese lado, en donde la defensa de la aldea se hacía más difícil para el enemigo.

Pasaban unos minutos de las ocho de la mañana cuando se oyeron disparos viniendo del otro lado del pueblo. Grossi había iniciado la ofensiva, sin duda. Y Ramírez, de súbito, se puso en pie y gritó:

—¡Al ataque!, ¡viva el POUM!, ¡viva la revolución!

Para sorpresa de John, Ramírez dirigió su asalto hacia el lado izquierdo del pueblo. Y John, mientras corría empuñando el fusil con la bayoneta calada, arrojó la manta lejos de sí. Los primeros proyectiles del enemigo comenzaron a zumbar como tozudos moscardones sobre su cabeza.



El asalto se convirtió en un caos. Los grupos se mezclaron entre ellos mientras cargaban hacia Perdiguera. Los primeros llegaron al pueblo y se perdieron entre las casas, mientras otros lanzaban su ataque hacia la derecha y se hundían en el barranco sobre el que asomaba el campanario de la iglesia. John iba retrasado. Sentía una sed enorme que apenas le permitía tragar la saliva, tal era la sequedad de su garganta. Y disparaba su máuser hacia las terrazas, las ventanas y las puertas de las casas, sin apuntar a nada ni a nadie, pues nada ni nadie asomaba a la vista.

Milano le había apretado el hombro para que se agachara cuando llegaron al olivar. Se oían los motores de unos aviones y, pronto, John vio pasar dos aparatos por encima de ellos, en dirección al otro lado del pueblo. Poco después se escuchó el sonido de las bombas, y los milicianos comenzaron a salir de la aldea, a la carrera, como si escaparan de un incendio. Ramírez surgió por el lado derecho. Empuñaba una pistola y gritaba:

—¡Al viñedo, al viñedo!

Milano tiró de su camisa y juntos corrieron hasta las viñas, donde de nuevo volvieron a tumbarse. A John, la necesidad de beber se le hacía insoportable. Tomó varios racimos de uvas y los exprimió entre sus manos, chupando el jugo. Pero su acidez era tal que la garganta le escocía.

La tropa se había desperdigado. John contó a los hombres que se agachaban cerca de él. Eran catorce. Y nadie al mando. Discutieron sobre qué hacer, sin que John lograra comprender una sola palabra de lo que los otros decían. Los milicianos parecían confundidos, faltos de liderazgo, acobardados.

Milano resultó el más decidido de todos. Habló un rato en español mientras los otros asentían. Ya era el jefe indiscutido de aquella partida extraviada de soldados. Se volvió a John:

—*Leaving...*, nos vamos..., *to Leciñena*.

Emprendieron la retirada. Atrás seguían sonando disparos. Y la sed en las gargantas persistía.

En la falda de una montaña, encontraron una alberca de agua estancada y mugrienta en cuya superficie flotaba el cadáver de una rata. Bebieron, pese a todo, del agua terrosa y ya algo pestilente. Descansaron un rato y John durmió unos minutos bajo un árbol, sobre el suelo de tierra. Y siguieron camino. Algunos aviones enemigos pasaron sobre ellos sin verlos.

Comenzaron a subir la montaña por la que habían descendido durante la madrugada. Penosamente. Pero Milano trepaba con agilidad y John le seguía, casi pegado a él, imitando sus pasos cortos, que ahorran energía. El calor del sol devoraba la tierra y apenas notaba sus pies.

La ansiedad de líquido crecía. Y también el hambre. A media tarde, alcanzaron la cima y John se sintió mejor. Entraron en un recogido pinar y, a la salida de la arboleda, distinguieron varios cobertizos para el ganado, ahora abandonados. Había un pozo y un hombre viejo sentado al lado. Él los ayudó a jalar el

agua en un cubo de metal agujereado y bebieron por turnos. Era fresca y dulce. John tragó al menos cinco veces el contenido de su taza de metal antes de saciarse.

Durmieron varias horas en un establo en donde olía a oveja y el suelo aparecía alfombrado por miles de redondas cagaditas negras. Cuando se despertó, John siguió tendido un rato. Ahora no se oían disparos en la distancia y sí el canto ocasional de algún pájaro. Caía la noche. Se sentía muy fatigado, pero al mismo tiempo orgulloso de haber resistido. Se dijo que, aunque derrotado, quizá ya no era un falso soldado, sino uno verdadero.

Cuando Milano dio la orden de marchar, el viejo les indicó el camino de la carretera. Lo peor ya había pasado. Al cruzar el primer puesto de control de Leciñena, los milicianos les informaron de que Perdiguera seguía en poder del enemigo y de que, en la columna que atacó por el lado contrario al suyo esa mañana, habían muerto cinco hombres antes de que Grossi decidiera la retirada.

Entraron en el pueblo ya de noche, atravesando una ancha explanada de tierra que se usaba en Leciñena, ocasionalmente, como campo de fútbol. Era el 21 de agosto y, en ese momento, Margot viajaba hacia Calais, en el norte de Francia, para tomar, a primeras horas de la mañana siguiente, el ferry a Inglaterra.



John pudo descansar dos días en el pueblo. La tarde que siguió a su regreso del combate, Milano le trajo un ejemplar del periódico *Batalla*, editado por el POUM. Juntos y ayudados por un miliciano aragonés que chapurreaba el italiano, lograron a duras penas entender que la acción sobre Perdiguera no había constituido una derrota, sino una «expedición punitiva», en expresión del periodista que firmaba el relato. Milano se descalzó, riendo, y le mostró a John los pies, hinchados y heridos.

—*Punitive to my feet*—dijo.

John le imitó, acompañando sus risas y enseñando sus maltratados apéndices.

El día 25, una parte de la columna emprendió de nuevo la marcha, esta vez hacia el norte, y por fortuna a bordo de camiones. Nadie les explicó nada. Descansaron esa noche en un viejo monasterio abandonado en la carretera que llevaba a Huesca, un lugar llamado Montearagón.

Los soldados del POUM no estaban solos. Otras columnas milicianas acampaban en el lugar y en sus alrededores, y en el anchuroso campo se mezclaban trotskistas, anarquistas y comunistas. Como en Leciñena, apenas existía organización militar entre las tropas y, antes de retirarse a dormir, John caminó de un lado a otro, fatigado y todavía con los pies doloridos, en busca de camaradas de su partido.

Desprovistas de uniformes propios, no había otra distinción entre las diversas facciones republicanas que los brazaletes, por lo general rojos, en los que aparecían en grandes caracteres las siglas de las formaciones políticas. Los comunistas mostraban las letras PCE, o PSUC si pertenecían a la rama catalana. Y así, después de deambular entre las hogueras que ardían en el ancho campo que rodeaba el monasterio, John dio con un grupo de comunistas alemanes. Algunos de ellos hablaban inglés.

Se identificó como miembro del partido británico y los otros le recibieron con abrazos, ofreciéndole tragos de vino y comida. Cantó con ellos varias veces *La Internacional*, mientras las botas corrían de mano en mano. Y volvió borracho al monasterio, harto de alcohol y lleno de fe revolucionaria. Se durmió balbuceando el himno y pensando que combatiría hasta la muerte, hombro con hombro, junto a aquellos hombres cuya única patria, como la suya, era su fe en la lucha por un mundo más justo. «Soy carne y sangre del partido», se decía entre las brumas de la ebriedad.

No había mucho que hacer en el monasterio ni existía un mando que impusiera disciplina alguna. Volvió con los alemanes al día siguiente y por ellos supo que estaban allí tan sólo para controlar

infiltraciones enemigas entre sus líneas, pues había comenzado un nuevo ataque contra Perdiguera la noche anterior.^[2] También le informaron de que, en las siguientes jornadas, se iniciaría el asalto a Huesca, no muy lejos de donde ahora acampaban.

Karl, un estibador de Hamburgo, fornido, reidor y de piel sonrosada, era quien mejor se expresaba en inglés. Esa tarde le dio una noticia que despertó en John un enorme interés:

—Nosotros somos como tú, hemos cruzado la frontera para derrotar al fascismo, sin que nadie nos ayudara y sin saber en dónde íbamos a combatir. Pero se están organizando tropas de voluntarios internacionales en París para unirse a la lucha del proletariado español. Todos los partidos comunistas de Europa participan: Francia, Alemania, Italia, Suecia, Rumanía... España somos todos, yo soy España. ¿Qué pasa en Inglaterra?

—Estoy desconectado de mi país.

—Venid a pelear con nosotros, no esperéis.

—No tardaremos, te lo juro. Ahora mismo, yo también soy España.

John pensó, por vez primera, que debería regresar a Cambridge y organizar un grupo de voluntarios ingleses.

Y miró hacia aquellas sierras calvas de Aragón en donde el sol, ocultándose ahora, parecía abrir, entre las colinas pardas de la tierra, un manantial de sangre.



Al día siguiente, súbitamente, él y Milano amanecieron enfermos, con fiebre muy alta y una fuerte diarrea. Al italiano, al parecer más grave, se lo llevaron de urgencia hacia Lérida, en un camión que regresaba a la ciudad después de transportar vituallas. John pasó el día tumbado en una colchoneta, dentro de una oscura celda monacal vecina de las letrinas.

Amaneció mejor la mañana después. La colitis había cesado y la fiebre descendió en forma abrupta, como había venido. No tenía una idea clara de qué día era y alguien le dijo que jueves, sin precisar la fecha. Esa tarde escribió un poema sobre la lucha en Perdiguera que tituló «Carta desde Aragón»:

*[...] Éste es un sector tranquilo en un frente tranquilo.
No hay gas letal ni potentes explosivos.
Pero cuando ellos bombardearon la otra parte del pueblo
y las calles se llenaron de un polvo asfixiante
y las mujeres salieron chillando de las casas que se derrumbaban,
sujetando bajo el brazo las nalgas desnudas de un niño,
yo pensé: qué feo es el miedo.*^[3]



El viernes se negó a acudir al médico y se unió a sus compañeros de columna en el avance que se iniciaba sobre Huesca. Hubo breves y violentos enfrentamientos con el enemigo, aunque John no llegó a disparar un solo tiro y la columna se detuvo de nuevo a menos de cinco kilómetros de Huesca, en un pueblo llamado Tierz que los rebeldes habían desalojado esa mañana. Antes de marcharse, un pelotón de falangistas fusiló en la pared del cementerio a un grupo de gentes de izquierdas, entre ellos el que había sido alcalde socialista y sus concejales. Cuando Grossi entró en Tierz, nombró de inmediato a un campesino como alcalde y ordenó ejecutar al farmacéutico y a dos terratenientes, señalados por los

aldeanos como hombres de derechas. La iglesia fue saqueada y al Cristo de madera policromada que presidía el altar lo descabalgaron de la cruz y lo decapitaron. La cabeza fue clavada en una pica en la entrada del templo.

El sábado, el nuevo regidor decretó fiesta para honrar a los milicianos. Y en la plaza se improvisó un escenario desde el que una chusca orquesta interpretó algunos pasodobles. A John le invitó a bailar una guapa muchacha, de labios brillantes como fresas, que llevaba prendido en los largos cabellos negros un clavel de violento color rojo.

Le costaba seguir los pasos de aquella danza que la chica interpretaba con gracia y soltura. Y apenas pudo intercambiar con ella unas pocas sonrisas. En un momento del baile, la muchacha, poniendo el dedo entre su escote y la garganta, dijo:

—Montse..., ¿tú?

—John.

Pensó que le hubiera gustado besarla. Y tal vez lo habría intentado de no haber sido porque otro miliciano se la arrebató de súbito de los brazos y se la llevó casi en volandas, sin cesar de girar al ritmo de la música. Sin duda bailaba mejor que él, se dijo John, resignado.



El domingo era el último día de agosto y la fiesta continuó. El vino era gratis y abundaba el tabaco. John pensaba que, si el enemigo se decidía a atacarlos, aquello se convertiría en una derrota y una carnicería.

Los campesinos cerraron los callejones que daban a la plaza con carros y, al atardecer, cuando el calor remitió un poco, soltaron una vaquilla brava. El animal revolcó a paisanos y milicianos, entre ellos al sonriente Karl, que saludó como un torero triunfador al público tras levantarse del suelo cubierto de polvo.

Al fin, la res, agotada, se quedó quieta en el centro del improvisado coso, ignorando las telas y chaquetas con que los hombres trataban de atraerla. Aparecieron entonces varios campesinos armados de navajas y comenzaron a apuñalar al animal.

John contemplaba el espectáculo con un asombro no exento de temor. La chotilla movía la cabeza levemente cada vez que recibía una puñalada mientras la sangre le brotaba a borbotones de las heridas, formando un charco oscuro a sus pies, sobre la arena.

Al cabo de unos minutos, el animal dobló las patas delanteras y se arrodilló. Luego, dejó caer todo el cuerpo. Y un paisano, armado de un corto y ancho cuchillo, le hizo inclinar la cabeza, apuntó el acero a la cerviz y lo descabelló con un golpe certero. Esa noche, el menú de la tropa y de los habitantes del pueblo fue la vaquilla asada en una gran parrilla sobre una hoguera en el centro de la plaza. John no fue capaz de probar bocado.

La tropa de Grossi se había distribuido en las casas de la aldea y a John le tocó dormir en el humilde y pequeño segundo piso de uno de los pocos edificios que contaba con dos alturas. Los dueños eran un matrimonio de ancianos y le alojaron en su propia habitación. John había tratado de negarse por señas, indicando que podía pasar la noche en un sillón de la salita, pero los viejos no cedieron.

Aquel domingo, en la soledad de la noche, pensó en cuán extraño era aquel pueblo español: tan cruel y despiadado con los animales y con sus propios vecinos, y, al mismo tiempo, tan hospitalario con los extranjeros.

Anotó en una cuartilla el sentido de un poema que pensaba escribir más adelante:

como lo hacen, pero quisiera saber amar como ellos.

Perdió el papel unos días después y nunca llegó escribir el poema.



Durante todo el fin de semana, el enemigo había callado, como si respetase los improvisados festejos de Tierz. Pero el lunes, primer día del mes de septiembre, comenzaron a caer obuses en los alrededores del pueblo. No era mucha la cañonería ni demasiado el tino de los tiradores. Pero Grossi no contaba con artillería y no podía responder de la misma manera al adversario. Apenas alguna que otra bomba cayó cerca de las viviendas en los primeros días de la semana, y en los atardeceres, se silenciaban los cañones.

Sin embargo, el jueves a mediodía un proyectil de gran calibre alcanzó una de las viviendas del extremo norte de Tierz, atravesó el tejado, explotó en el interior sin derribar sus muros y mató a sus cinco habitantes, que en ese momento almorzaban en la cocina.

John fue de los primeros en acudir a la casa para tratar de asistir a posibles supervivientes heridos. Olía a pólvora cuando entró y algunos muebles ardían. Alguien gritó desde la cocina:

—¡Aquí, aquí!

Dos milicianos sacaban el cadáver de un hombre cuando John cruzó al interior de la estancia. Y entonces vio a la mujer y la reconoció al punto: era la muchacha con la que había bailado dos días antes en la plaza.

Estaba tendida casi de lado, con gracilidad, como si descansara, y llevaba un vestido blanco que dejaba al aire sus bonitas piernas, dobladas y juntas en las rodillas. Una pequeña esquirla de metralla asomaba en su sien izquierda y de allí brotaba un tembloroso hilo de sangre que ya formaba un amplio círculo bajo su cabeza. Sus ojos abiertos no mostraban espanto y parecían no mirar a nada. La boca era una roja fruta partida en dos dulces mitades.

John y otro hombre la sacaron afuera. Y los cinco cuerpos fueron trasladados en un carro camino del cementerio. Aquella misma tarde los enterraron.

John asistió a la breve ceremonia. Robó un clavel rojo de una tumba cercana y lo depositó sobre la de la muchacha.

—*Bye, sweet Montse...* —murmuró.

Mientras regresaba a la casa en donde se alojaba pensó que, nunca antes en sus veinte años de existencia, había vivido tanto en tan poco tiempo. Se sabía cambiado, aunque no podía explicar en qué.

Esa noche, sentado en la cama, arrimado a la vela que lucía en la mesilla, escribió un nuevo poema. Lo llamó: «Luna llena en Tierz».

[...] *Dejad entonces que la batalla privada con mis nervios,
el temor a un dolor cuyo dolor perviva,
el amor que desgarrar desde mis raíces,
la soledad que muerde mis entrañas,
se fundan en la soldadura del frente que protege nuestra lucha.*^[4]



Súbitamente, como le sucedió en Leciñena, la fiebre y la diarrea arremetieron contra el cuerpo de John el

lunes siguiente. Pero esta vez con mucha mayor saña. Se sentía morir y hubo de ser trasladado a un hospital de campaña en Sariñena. Una de las noches que pasó allí, le robaron el fusil, los cartuchos y el corraje.

Empeoraba y una ambulancia le llevó, junto a algunos milicianos heridos en recientes combates del frente de Aragón, al hospital de Lérida. Allí recobró en buena medida su salud, aunque se sentía muy débil. Y logró viajar a Barcelona, adonde llegó el día 13 de septiembre. Esa noche durmió en un hotel cercano a la Rambla de Cataluña, en un barrio sucio, repleto de tabernas malolientes y en donde abundaban las putas.

Durante los días que permaneció enfermo, caviló sobre su participación en la guerra española y decidió que regresaría a Inglaterra para organizar un contingente de voluntarios. Aún estaba enrolado en la columna de Grossi, pero el comité de las Milicias Antifascistas de la capital catalana le concedió permiso para regresar a su país en «una misión especial de propaganda».

Antes de partir de Barcelona, el día 14 de septiembre, había escrito un último verso en la habitación de su mísero hotel, tomado de un boceto que garabateó en Tierz días atrás. «A Margot Heinemann», lo había titulado.

*Alma del mundo desalmado,
alma mía, tu recuerdo
es el dolor que siento en mi costado,
la sombra que ensombrece cuanto veo.
Al atardecer se alza el viento
a recordarnos que el otoño viene.
Tengo miedo de perderte,
y tengo miedo a mi miedo.
Camino de Huesca, en el último tramo,
la última barrera para nuestro honor,
tan tiernamente pienso en ti, mi amor,
como si tú estuvieras a mi lado.
Y si la mala suerte acaba con mi vida
dentro de una fosa mal cavada,
acuérdate de toda nuestra dicha;
no olvides que yo te amaba.[5]*



John Cornford cruzaba la frontera con Francia la noche del 14 de septiembre de 1936, después de haber permanecido treinta y ocho días en tierra española. La mañana de la jornada siguiente, muy temprano, escribió una carta a su padre en el andén de la estación de Toulouse. Era la primera vez que se comunicaba con su familia desde su llegada a España.

Querido *Dadda*:

[...] No he dejado la milicia, sino que vuelvo a Inglaterra por un periodo de tres semanas en una misión especial de propaganda sobre la que ya te hablaré cuando llegue a casa. Tuve un mes tranquilo en los frentes de Zaragoza y Huesca y únicamente participé en forma activa en una escaramuza. Sufrí algunos bombardeos, pero sólo de artillería ligera y de un par de aviones. Aquel sector ha sido más una prueba de resistencia que otra cosa. En todo caso, ya he aprendido que las guerras no son bonitas. Incluso, una guerra revolucionaria resulta bastante fea.

De Toulouse, John viajó en tren a París y, desde allí, a Calais, en donde tomó el trasbordador que partía rumbo a Dover la noche del 15.

Durante la travesía nocturna, con un mar agitado que golpeaba con vigor los flancos de la nave, había escrito en el bar del ferry ante una pinta *stout* de cerveza, una carta a su tutor del Trinity College en la que anunciaba su renuncia a continuar los estudios en Cambridge:

Le envío estas líneas para dimitir de mi escolaridad. Cuando las reciba yo estaré listo para reunirme con la Milicia Antifascista con la que he estado luchando este verano en España. Siento no poder discutirlo con usted personalmente. Quiero, de todas formas, aprovechar la oportunidad para agradecerle, y a través de usted a mis compañeros del colegio a los que no tengo tiempo de escribir, la tremenda amabilidad e interés que siempre han mostrado todos hacia mí, incluso cuando contemplaban de forma desfavorable muchas de mis actividades.

Salió a cubierta y el viento del canal de la Mancha le revolvió el pelo. Aquel aire fresco parecía aventar de su cuerpo, súbitamente, todos los calores acumulados en las sierras aragonesas durante las últimas semanas. Era el aire de Inglaterra.

Recordó unos versos de Shakespeare: *«Esta piedra preciosa sentada sobre el plateado mar que le sirve de muro o de foso defensivo contra la envidia de países menos afortunados; este bendito solar, esta tierra, este reino, esta Inglaterra...»*.

Pero Shakespeare no era tan poderoso como para lograr que cambiaran sus pensamientos. Quería regresar a España. Y lo haría. En Cambridge le esperaba una gran tijera con la que cortar las amarras del pasado y con Inglaterra. John Cornford se sentía ya otro hombre. Y pensaba que del primitivo John Cornford tan sólo quedaba el amor inmenso hacia Margot.

Al amanecer del día 16, el ferry le dejó en el puerto de Dover y, a la tarde de ese mismo día, llegaba a Londres. La mañana siguiente tomó el tren a Birmingham, al encuentro de ella.

Margot le esperaba en la estación. Apenas hablaron mientras caminaban, bajo un leve sirimiri, hasta el cercano apartamento en donde ella vivía. En los ojos de la mujer flotaban lágrimas imprecisas y, en sus labios, una sonrisa tibia, quizá desconcertada. John se sentía de pronto muy cansado. Pero al tiempo percibía con brusquedad el latido del deseo borboteando en sus venas.

Al entrar en casa de Margot, se amaron sorprendidos por su repentina e inesperada virulencia. Luego, rendido el sexo, ella le acarició las sienes con las yemas de los dedos mientras, poco a poco, John percibía que una honda relajación vencía su cuerpo y su ánimo.

Al despertar, la mañana después, sintió que había tenido sueños desagradables, quizá terribles; pero no pudo ni quiso recordarlos.

EL CABALLISTA NEGRO

Allí se oían simultáneamente los lamentos de los moribundos y los gritos jactanciosos de los matadores, y la tierra manaba sangre... Y trabaron enconada pelea teucros y aqueos: como lobos se acometían y unos a otros se mataban.

HOMERO, *La Ilíada*, Canto IV

Sevilla, verano de 1936

El banderillero Niri, montando una jaca torda, ve al jefe de su cuadrilla, José el Algabeño, acercarse a lomos de su yegua ruana hasta el hombre tendido, un campesino de mediana edad, herido en el pecho, cerca del hombro, y acodado apenas sobre su flanco izquierdo, que mira hacia el jinete con un gesto en donde se confunden el dolor y el miedo. A su lado, en el suelo, hay una vieja escopeta de caza de dos cañones.

José viste una chaquetilla parda y zahones y botas de cuero. Se protege del recio sol con un sombrero cordobés de ala muy ancha, gris ceniza, cerrado en la barbilla con barboquejo y en cuya copa luce una escarapela con los colores de la bandera monárquica. Lleva colgado de la silla su fusil de montería y juega con una fusta en la mano derecha.

El caído no dice nada. El Niri conoce a su jefe e intuye cómo ha de terminar la acción. José mira con una sonrisa burlona al herido y hace caracolear a la yegua delante de él.

—Esa escopeta..., ¿la has disparado? —pregunta deteniendo el equino a su lado.

El otro asiente antes de responder:

—Pero no he matado a nadie.

—De todos modos, sí ibas a intentarlo... ¿Sabes rezar?

—No creo en Dios.

—Que te vaya bien en el Infierno.

El caballista gobierna con pericia su montura y, tras hacerla girar por dos veces alrededor del hombre, de súbito la lanza contra él. Los cascos del animal rebotan contra el cuerpo y la cabeza del herido, que se derrumba por completo. La sangre comienza a manarle del cráneo roto.

—¿Qué te ha parecido, Niri?

—Buena monta, maestro —responde el otro, todavía asustado.

—No digo eso, Niri. ¿Has escuchado que le ofrecí rezar?

—Claro.

—Pues cuéntalo por ahí: para que sepan que el Algabeño es hombre de fe.

José mira alrededor con gesto serio. Humean las ruinas de la iglesia y las de la cárcel, huele a carne quemada y la explanada de la plaza del pueblo de Arahal aparece sembrada de heridos y de cadáveres de hombres y caballos. El capellán que acompaña a la partida, don Antonio, escopeta en bandolera, camina entre los muertos, echando breves responsos sobre ellos. En las callejuelas de los alrededores, se oyen de cuando en cuando las descargas de fusilería de las ejecuciones sumarias.



Arahal era una de las primeras localidades en caer en manos de los rebeldes, siguiendo la política de

«saneamiento» del campo andaluz decretada por Queipo. Y la toma de la localidad y la matanza que siguió habían constituido un hito sangriento en las acciones del Algabeño al mando de su partida de jinetes, o de «razistas», como se les llamaría en Andalucía en los meses siguientes.

Después de conquistar Triana, los legionarios y regulares de Castejón ocuparon Alcalá de Guadaira, un feudo del sindicato socialista de UGT situado a pocos kilómetros de Sevilla. Allí se marcaron las pautas de la represión que se pondría en práctica en las siguientes poblaciones campesinas sevillanas. La resistencia había sido dura y, tras vencer gracias a su superioridad en armamento y en tropas mercenarias bien entrenadas, Castejón ordenó fusilar a decenas de enemigos. Y siguió su marcha hacia el interior de la provincia.

Rendir a los pueblos no era una tarea sencilla. El plan ideado por Queipo consistía en liquidar con rapidez, antes de que les llegaran refuerzos armados desde Madrid, las defensas de los municipios que se oponían a los militares alzados. Y la tarea previa de los caballistas se basaba en asaltar por sorpresa las villas en poder de los republicanos, al amanecer a ser posible, matar a mansalva, crear el caos y esperar la llegada de las unidades de la Legión y de los marroquíes regulares. Y después de eso, vencido el adversario, participar en las operaciones de su completa liquidación. Su empresa, pues, no era otra que desatar el terror y apoyar el cumplimiento de las masacres.

El Algabeño había organizado, a su costa, una de las primeras unidades paramilitares de caballería. Y aquella mañana de finales de julio, en Arahal, se iba a producir la entrada en batalla de la facción del «Caballista Negro», como pronto se habría de conocer a José en el campo andaluz. Si la de Alcalá de Guadaira fue una cruel empresa llevada a cabo por las fuerzas de Castejón, Arahal pasaría a ser conocida como una legendaria carnicería.

El banderillero Niri, dos días antes del combate, acompañó al Algabeño cuando éste reunía a medio centenar de buenos jinetes, entre amigos terratenientes, mayores, capataces, ganaderos, mozos de cuadra, unos pocos jornaleros criados en su finca, gentes de cuadrillas toreras y señoritos falangistas amigos de galopar. Y Niri se convirtió en una suerte de guardaespaldas durante los enfrentamientos que siguieron.



Los miembros de la partida se habían reunido horas antes del alba, a eso de las cuatro de la mañana, en una de las grandes cuadras de la finca de El Alamillo, propiedad de José, junto al pueblo de La Algaba.

El capellán de la tropa, un joven sacerdote llamado don Antonio, amigo de José, dijo la misa e impartió la comunión entre los hombres. De inmediato, el torero tomó la palabra. No era un hombre de mucho verbo, pero en la breve arenga acertó a decir:

—Vamos a vengar a España y a luchar por la patria. No hay que tener piedad con esa chusma. Y si hay que morir, se morirá matando. ¡Viva España!

Bordearon Sevilla. José iba en cabeza junto al cura, que se había desprovisto de la sotana, y a pocos pasos cabalgaba el Niri. Las escopetas de posta, las tercerolas y los fusiles de caza mayor colgaban de las sillas de las monturas de la tropa.

Era aún de noche cuando alcanzaron Alcalá de Guadaira. Las herraduras de los cascos de los caballos resonaron como golpes de acero en los adoquines de la plaza, apenas iluminada por un par de faroles. La localidad, tomada días antes por Castejón, exhibía aún las huellas de la violencia de la guerra y muchas viviendas habían sido abandonadas por sus habitantes. La iglesia, con los muros quemados, mostraba sus puertas y ventanas rotas, como bocas abiertas a puñetazos. Una patrulla de legionarios les dio el alto y el Algabeño charló un instante con un oficial de guardia.

—Calculo que en tres horas atacaremos en Arahál —dijo el torero—, pasado el amanecer. Avise al comandante Castejón que estamos de camino.

—¿Quiere que le despierte? Es madrugador, andará ya desayunando y la tropa está casi lista para partir.

—Déjele a su aire un rato más. Pero que no llegue tarde; nos va la vida.

—Los militares somos siempre puntuales, señor.

—Eso es bien cierto, teniente.

José miró alrededor.

—¿Fue dura la toma del pueblo?

—Resistieron casa por casa, son bravos. Hubo que fusilar a un buen puñado de gente.

—¿Quedan habitantes?

—Entre los que mataron los rojos, los que ejecutamos nosotros, los presos y los que huyeron, no hay casi nadie aquí. Ya volverán los que se fueron, supongo.

—Habrá que hacer nueva limpieza cuando lleguen, digo.

—Las cribas están preparadas —respondió el teniente sonriendo.

El torero se despidió, alzando el brazo derecho al modo falangista:

—¡Arriba España!

—¡Viva España! —respondió el oficial con cierta desgana, saludando militarmente.

La partida siguió hacia el este a paso vivo. Una tímida claridad iba asomando frente a ellos en el horizonte despoblado de nubes. Cuando llegaron a un kilómetro de Arahál eran casi las siete y el sol ya apuntaba hacia lo alto. José envió una patrulla de jinetes, provistos de prismáticos.

—Acercaos lo que podáis sin que os descubran. A ver cómo andan las cosas por ahí —ordenó.

Los hombres regresaron un cuarto de hora después. Uno de ellos informó:

—Hay varios milicianos en la plaza. Pero no se les ve en actitud de alerta. No sé si habrá algún vigía en el campanario de la iglesia.

José se volvió hacia los otros y les dijo:

—Vamos a atacar en todo caso. Venga, ¡las armas listas, abríos en abanico y al trote! ¡Y a matar a todo el que se ponga delante!

Guiados por el Niri, que conocía bien Arahál, trotaron sobre un campo de rastrojos y, cruzando ya los alrededores del pueblo, José ordenó poner las monturas al galope e inició el griterío:

—¡Viva España! ¡Muera el comunismo!

Disparó al aire. Sus jinetes le imitaron con aullidos y tiros contra las ventanas de las casas, por lo general edificios humildes de una sola planta. En pocos minutos estaban en las calles del centro y los cascots de los animales levantaban ecos recios en el aire. Las campanas del templo arrancaron a sonar briosamente, sin interrupción. Y comenzaron a aparecer algunos defensores armados mientras que otros, por el contrario, salían de sus casas y se quedaban quietos con los brazos en alto, en señal de rendición. José apuntó su fusil hacia uno de ellos y lo derribó de un tiro certero. Nunca sabría que era José «el Buzones», el cartero de la villa, que vivió siempre al margen de la política y que de niño fue monaguillo.

Los caballos, enloquecidos, daban vueltas por la plaza y las callejuelas de alrededor, y los caballistas no cesaban de tirar. José escuchó chillidos de mujeres desde el interior de algunas de las viviendas. Su yegua, la Chata, obedecía con presteza, igual que cuando corría ante los toros en el rejoneo. De los corrales escapaban decenas de gallinas, que huían cacareando, aterradas, entre los hombres armados y los equinos a trote vivo. El polvo se alzaba en tolvaneras desde Arahál y crecía el olor de la pólvora.

José se arrimó al sacerdote don Antonio, que disparaba a diestro y siniestro, apenas sin apuntar.

—¡La iglesia es cosa tuya, curita! ¡Sube con algún hombre y acalla las campanas de una puta vez!

El clérigo obedeció al punto, ordenó a dos peones que descabalgaran y le siguieran; los tres llegaron a la puerta del templo y se perdieron en su interior. Don Antonio se había colgado la escopeta del hombro derecho, iba en mangas de camisa, con una canana de cartuchos rodeando la cintura de su pantalón negro.

Los asaltantes continuaban cabalgando, sin acallar su grito ni su fuego. Pero cada vez salían más enemigos respondiendo al ataque. Algunos caballistas cayeron de sus cabalgaduras, alcanzados por el enemigo. Los hermanos Robles, Juan y Paco, falangistas sevillanos, fueron rodeados en la esquina de un callejón sin salida. En apenas un par de minutos, dos docenas de campesinos los arrancaron de sus monturas y los sacrificaron clavándoles horcas de cuatro picos en el pecho y en el estómago. Aullaban de dolor mientras morían. Manuel Baena, un buen jinete de El Aljarafe, alcanzado de un tiro en el pie, perdió el estribo, y el caballo, asustado, lo arrojó de la silla. Cuando iba a levantarse, un aldeano le segó la garganta con un golpe de hoz y la sangre brotó a chorros mientras la oscuridad velaba sus ojos. Al joven Juan Yvarra, un buen torero de campo, criador de yeguas y de reses bravas, el escopetazo de postas de un miliciano le reventó el pecho. Fernando Lasa, del campo de Jerez, cayó de su cabalgadura herido en medio de la plaza principal. Se abrió paso a tiro de revólver hasta que una mujer, saliendo a sus espaldas de la puerta de una casa, le abrió la cabeza con un pico de cavar la tierra. Otros atacantes encontraron una suerte parecida en aquella primera hora de la batalla.

José se dio cuenta de que pronto estarían en minoría.

—¡Niri! —gritó buscando con la mirada al banderillero, que le seguía de cerca.

—¡A la orden, don José!

—¡Necesitamos un buen refugio para resistir mientras llega Castejón! ¡Encuentra uno!

—¡Las escuelas!

—¿Dónde están?

—¡Al otro lado de la iglesia!

En ese instante callaron las campanas. José miró hacia arriba y vio asomar el cuerpo de un muchacho, casi un niño, por el hueco que se abría bajo la espadaña. Lo sostenían entre dos hombres y uno de ellos era don Antonio. Al instante, lo soltaron y el chico cayó al vacío, estrellándose contra los adoquines. Allí quedó inmóvil.

—¡Baja, curita! —clamó José—. ¡A las escuelas!

Se dirigió al Niri:

—¡Vamos, guíanos allí antes de que nos liquiden a todos!

José volvió a gritar a los suyos:

—¡Todos conmigo!

Rodearon el templo mientras más y más milicianos salían de las calles adyacentes disparando sobre ellos. Pero lograron alcanzar las escuelas, un edificio cuadrado de una planta, dos manzanas más atrás.

Dos campesinos salieron a su encuentro, pero no llegaron a hacer uso de sus escopetas: fueron derribados por los caballos y rematados a tiros en el suelo. Todos los hombres de la partida que habían logrado llegar hasta allí desmontaron, dejaron sueltas sus cabalgaduras y entraron en tropel y a trompicones en el edificio. Los últimos fueron el cura y los dos gañanes.

Atrancaron la puerta principal y los caballistas se apostaron en las ventanas. La fusilería había callado.



El Niri no perdía de vista a su patrón. No sabía bien si le admiraba o si, quizá, sentía hacia él un hondo rencor que no era capaz de analizar. Él era de una familia de jornaleros y entró al servicio del Algabeño,

jugándose la vida con las banderillas, a los quince años. El torero no le pagaba mucho, pero a veces se arrancaba con generosas propinas cuando tenía «buen vino». Y el Niri había aprendido pronto que, si el jefe estaba de «mal vino», convenía apartarse. Con diecinueve años, montaba bien a caballo, aunque no tenía ninguno de su propiedad, sino que se los prestaba su patrón. Era hábil y valiente como banderillero, y José parecía confiar en él. Pero era un extraño crédito el que mostraba hacia él: la seguridad en la lealtad de alguien en quien no piensas ni un solo segundo de tu vida y al que ni siquiera le regalas de cuando en cuando una caricia, como la que se le haría a un buen perro.

—¿Qué le parece el sitio, maestro? —preguntó el Niri.

El Algabeño miró su alrededor.

—Bien, si nos atacan sin usar artillería. De otro modo, la resistencia sería cosa de minutos y, sin duda, una carnicería. No has elegido mal. No creo que éstos estén muy bien armados. Y Castejón está al llegar...

—Aguantaremos, jefe.

—Conmigo no van a acabar esas moscas cojoneras, Niri.

—Pues ya se han llevado por delante a varios de los nuestros.

Ahora, al Niri le pareció que José se fijaba un poco más en él.

—Mala pata, chaval... ¿Cuántos quedamos?

—Los he ido contando cuando entrábamos. Salimos cuarenta y ocho de La Algaba y estamos aquí treinta y dos, unos pocos heridos. Los otros, o se los han cargado o están presos o han escapado al campo.

José rio. Se había quitado el sombrero y el escaso pelo se revolvía en pequeños rizos sobre el cráneo, en el que brillaban gotas de sudor. Niri pensó que su jefe aparentaba ahora más edad de la que tenía. Y que, pálido como la cera, en ese momento no parecía un hombre vivo, sino un resucitado.

—Voy a organizar a la gente —dijo el torero—. Y tú, Niri, sigue echando tus cuentas. Pero no descuides la escopeta, que aunque no seas de los nuestros por nacimiento, ellos no te consideran de los suyos. Y te van a volar los sesos igual que a mí si consiguen cruzar la puerta.

—A su orden, maestro.

No restaban demasiadas balas ni cargadores y los heridos eran cinco, aunque tan sólo uno de gravedad, el hijo de un marqués de las tierras de Utrera. Los otros cuatro podían disparar.

Durante unos pocos minutos, nadie pareció moverse afuera de las escuelas. En la parte trasera había un amplio campo de fútbol de tierra alisada, cercado por un alto muro de cemento rematado por alambre de púas. Era difícil que alguien atacase por allí sin convertirse en un blanco sencillo, incluso para el peor de los tiradores. De modo que el Algabeño dispuso sólo un par de hombres en las ventanas para vigilar el patio de atrás.

En cuanto a la parte delantera del colegio, la explanada era ancha, pero había numerosas azoteas desde donde tirar. La defensa, sin embargo, dependía más del gasto en munición que del espacio de maniobra del enemigo.

Y el fuego comenzó enseguida. Era nutrido y resonaba al impactar contra las paredes y el tejado. Enfrente, en las esquinas y en las alturas, los asediados apenas podían distinguir otra cosa que sombras que disparaban sobre el edificio.

—¡Ahorrad balas, tirad sobre seguro! —gritó el Algabeño.

Pero su gente estaba nerviosa y apretaba con facilidad el gatillo. Luchar por su vida parecía quitarles el miedo.

Siguieron quince o veinte minutos de combate ininterrumpido. Algunos hombres cayeron alcanzados por la constante balacera que llegaba desde el exterior. José Ramírez, «el Templao», un varilarguero de Marchena que había formado parte de la cuadrilla del Algabeño en edad temprana, cuando el Algabeño

toreaba todavía a pie, recibió un balazo entre las cejas por asomar demasiado la cabeza.

José era consciente de que, si no llegaba pronto Castejón, no podrían resistir mucho y morirían bajo el hierro de las guadañas, las púas afiladas de las horcas, los tridentes y las hoces de brillantes cuchillas.

Pero de súbito se oyó un toque de corneta y la explosión de una granada en las cercanías.

—¡Los nuestros! —gritó uno de los defensores.

—¡Viva España! —respondió otra voz.

El fuego exterior remitió y fue acallándose poco a poco, mientras el tiroteo crecía del otro lado del pueblo. El Niri vio el pétreo rostro, ahora encendido, del Algabeño. Tenía el mismo gesto que cuando recogía de la barrera el rejón de muerte para acabar con el toro.

José se levantó de pronto, como quien salta impulsado por un muelle.

—¡Vamos afuera! ¡Sin perdón!

Salieron los sitiados a la explanada y los recibió una descarga liviana de fusiles. Dos de los suyos cayeron, pero los otros lograron ganar las casas. El Niri vio correr grupos de enemigos hacia la plaza del pueblo. Puso rodilla en tierra, apuntó a uno de ellos con su fusil, apretó el gatillo y lo derribó al momento. Y siguió avanzando. Al pasar junto al cuerpo que, temblando, se despedía de la vida, echó una rápida ojeada y le pareció que era un muchacho de una edad semejante a la suya.

Se parapetaron en los muros de la iglesia y los edificios cercanos, tirando sobre los que huían. El Niri abatió a otro más. A lo ancho y lo largo de explanada se tendían los cuerpos de hombres y caballos, y algunos se movían.

El ruido del combate se oía ahora más lejano, llegando desde las afueras de Arahal. No quedaba ya nadie en la glorieta sobre quien disparar. El Algabeño ordenó al Niri:

—Busca mi jaca, espero que esté viva.

—Como ordene, maestro.

Unos minutos más tarde, el Niri regresaba con la Chata, sujeta por las riendas, y a lomos de su propia cabalgadura. Descabalgó y tendió las correas a su jefe.

—No estaban lejos de donde desmontamos, maestro —dijo el banderillero.

—Eres un lince, Niri. Voy a tener que ascenderte a cabo.

Decenas de campesinos, casi todos vestidos con anchas camisas blancas, pantalones oscuros, calzados de alpargatas y tocados con sombreros de paja, entraban de regreso al centro de la población, con los brazos en alto y desarmados. Tras ellos aparecieron los primeros legionarios y marroquíes de regulares. Los caballistas salieron de sus refugios dando vivas a España.

El Algabeño vio en ese momento al comandante Castejón. Corrió a su encuentro y los dos se abrazaron.

—A tiempo llega —dijo el torero.

—Buen trabajo, Algabeño.

—Se hizo lo que se pudo.

—Mis hombres ya se han desplegado por todo el pueblo, buscando rojos. Se fusilará a todo el que se detenga armado y a aquellos que tengan moratones en los hombros, la huella de sus escopetas. He dejado libertad a mis soldados un par de horas.

Rio el jefe legionario antes de añadir:

—A los moros les gustan las cristianas. Aunque sean morralla comunista.

José se unió a la risa del militar.

—¿Muchas bajas entre los suyos? —preguntó Castejón.

José se volvió al Niri y le hizo una seña.

—Nos han dado bastante —respondió el banderillero—. Quedamos veinticinco sin un rasguño. Han

muerto unos doce y hay otros tantos heridos, dos de ellos graves. Uno va a palmar seguro, el hijo del marqués: una bala le ha roto las tripas.

—El valor se paga —dijo Castejón.

—¿Alguna orden, mi comandante? —preguntó José.

—Haga lo que guste y vuélvase a Sevilla cuando desee. Ya recibirá instrucciones para las siguientes acciones.

—¿Se queda en el pueblo?

—Hay que poner en orden las cosas. Hemos liberado a unos cuarenta de los nuestros: los tenían encarcelados, listos para ser ejecutados. El otro día mataron a una veintena de patriotas, entre ellos al cura, al notario y a unas cuantas mujeres. Estaban encerrados en una bodega y les echaron gasolina y luego una antorcha. Vamos, que los asaron vivos. Una de mis patrullas ha cogido hace un momento al maestro, era de los suyos. Iba armado cuando se rindió. Con un tiro en la nuca ha quedado apartado de la enseñanza para siempre.

—¿Y el alcalde?

—Un socialista. Ha huido al campo con otros cuantos rojillos. Pero los estamos cazando como a liebres.

Castejón dio un golpe afectuoso en el hombro de José.

—Voy a proponerle para la Medalla Militar.

—Será un honor. ¿De verdad no quiere que me quede a ayudar?

—No le necesito ya, lo que queda por hacer son medidas administrativas. Llévase a sus caídos a Sevilla y deles cristiana sepultura. Yo voy a formar un ayuntamiento nuevo con la gente de bien que ha quedado viva.

Se separaron. José montó su yegua y se caló el sombrero, dispuesto a organizar a sus caballistas para el regreso. Contempló la plaza y distinguió al cura don Antonio, impartiendo bendiciones entre los muertos.

Y entonces, unos pasos más allá, vio al Niri, al que llamó haciéndole una seña y apuntando con el dedo hacia un hombre que yacía en el suelo.

Se acercó. El herido se había alzado levemente, apoyándose en el antebrazo izquierdo. Tenía una mancha de sangre en el pecho, cerca de uno de los hombros. Y a su lado había una escopeta.

El Niri adivinó, por el gesto de su patrón, lo que iba a suceder. Y José, tras una breve floritura, hincó las espuelas en las ijadas de la jaca y la dirigió contra el caído, a coclearle la cabeza con los cascotes delanteros.



Llegaron a Sevilla a media tarde. José subió a su habitación del Majestic tras dejar su jaca al Niri. Se bañó y echó una hora de siesta. Después, bajó al salón principal sin prisas, se arrimó a la barra del bar y pidió una manzanilla. Su reloj marcaba las ocho. Quedaba media hora para su encuentro con una hermosa mujer, hija de los marqueses de Gordon. La había conocido dos días antes en una fiesta en el mismo hotel, y acordaron la cita para cenar esa noche.

Apenas había dado un sorbo de su copa cuando se acercó un gacetillero de *El Ideal* a quien conocía de vista.

—Quisiera entrevistarle, Algabeño.

José miró su reloj.

—Dos preguntas.

—Se dice que hay matanzas en el campo.

—Las hay, lo estamos saneando de rojos y eso tiene un costo en sangre.

—Hay ejecuciones, supongo...

La respuesta de José corrió por toda Sevilla después de ser publicada en el periódico:

—Mire, nosotros somos España y ellos, la anti-España. Nosotros estamos fusilando mucho, es la verdad. Pero confesándolos y comulgándolos; y ellos no. Ya ve usted la diferencia. Y hay testigos sobrados para certificar lo que le digo.



Tenía unos treinta años; el pelo rubio desvaído, como del color de la cerveza; ojos verdes, pequeños y vivarachos; una boca delgada y alegre, y un cuerpo que marcaba formas esbeltas y, al mismo tiempo, carnosas. José pensó que era una mujer excitante, y sintió el deseo inmediato de acariciar sus pechos.

Ella se encogió de hombros cuando él la invitó a elegir sitio.

—No me importa con quién me vean —dijo Catalina—. Sevilla es una ciudad de cotillas, pero es difícil que nadie critique a una Gordon. Yo he nacido para hacer lo que me venga en gana. Y además, no sé si sabes que soy viuda.

—Me lo han dicho. ¿Cómo murió tu marido?

—Se cayó del caballo y se desnucó.

—¿Aún te apena su recuerdo?

—Cuando eres una mujer joven, llorar por un hombre que se ha ido es perder el tiempo. Y hace mucho de eso, seis años casi.

José buscó un rincón discreto del local en donde acomodarse.



Catalina siguió con la mirada a José cuando éste se levantó del lecho y caminó desnudo hacia el cuarto de baño. Era fornido y, al mismo tiempo, se movía con cierta agilidad felina. No era particularmente guapo ni tampoco feo, pero resultaba en extremo masculino. Sus modos eran bruscos y su manera de amar, fiera y levemente áspera. Trataba en todo momento, sin disimulo, de imponer su dominio en la cama. Y eso, aunque no colmaba plenamente el anhelo de placer de la aristócrata, la atraía con fuerza. Tenía algo de animal en perpetua excitación y sus gemidos, casi aullidos cuando alcanzaba el éxtasis, sonaban con un lejano parecido al de la brama del ciervo en celo.

Ella se había acostado con unos cuantos hombres desde que quedó viuda. Pero todos pertenecían al círculo selecto de su clase, salvo un joven mayoral con el que, una tarde calurosa de primavera, en una arboleda de una de sus fincas, hizo un amor inesperado, súbito y fogoso que no volvió a repetirse. El Algabeño le había recordado a aquel muchacho, en su tosquedad; pero su premura fue mucho menor y a ella le dio tiempo a disfrutar más del abrazo.

José regresó y se tumbó a su lado, sin cubrirse con la sábana. Olía a jabón. Ella le tocó el brazo y le gustó sentir su piel fresca.

—Corren muchas historias sobre ti en Sevilla, Algabeño —dijo ella.

—¿Malas o buenas?

—Los hombres hablan de ti con temor.

—Es mejor eso a te ignoren. Y las mujeres, ¿qué dicen ellas?

—Despiertas su curiosidad.

—Eso da ventaja para seducir.

—¿Te has llevado a muchas a la cama?

—Más de las que algunos dicen y menos de las que me gustaría.

—Y a mí, ¿cómo me consideras?

—Una culebra cuando te montan, una beata cuando llega la Semana Santa y un demonio ante tus criados. Como muchas señoritas sevillanas.

Catalina acercó la cabeza y mordió levemente en el hombro de José.

—Tú no me has conquistado; soy yo quien te ha traído por donde quería, Algabeño.

Él rio.

—¿Y qué nos importa, marquesita?

—Yo me levanto todos los días para divertirme... Y si deseas que te dé placer, te lo tienes que ganar,

Algabeño.

Él la miró unos segundos a los ojos antes de seguir:

—¿Qué dirás de mí a tus amigas?

—Que eres un animal, con todo lo bueno y lo malo de un animal.

—Puede que sea eso lo que más os encandila a las hembras.

—¿Siempre fanfarroneas?

—Estás celosa.

—Los celos son un monstruo que no va conmigo: nacen de la soledad.

—¿Y qué te atrae de mí?

—¿Tú qué crees, Algabeño?

—Mi valor.

—En eso te equivocas, torero... A lo mejor tu fama.

—¿Aunque sea mala?

—Muchas de las mujeres de mi familia no cruzarían contigo ni una palabra. Pero a mí no me gustan los hombres por su bondad.

—¿Volveremos a vernos?

—He oído que andas muy ocupado últimamente.

—Entro y salgo de Sevilla a menudo.

—Dicen que vas a matar rojos al campo. Y me gustaría verte en la lucha.

—Eres rara, niña.

Ella se levantó.

—Te buscaré dentro de unos días, Algabeño. Me atrae tu descaro.

—Esperaré, marquesa. A mí me encandila tu sangre azul.

—Todavía no soy marquesa, torero, sólo heredera... Dicen que has estado con muchas aristócratas y que eres padre de una futura duquesa.

—Habladurías.

—¿Vas a contar en los mentideros que has estado conmigo?

—¿Tú qué crees?

—La mayoría de los hombres os acostáis con las mujeres por dos razones: una, para disfrutarlos; otra, para presumir ante los amigos. Si oigo que has hablado de mí, no volverás a verme.

—Prefiero usar la lengua con las mujeres, en el lugar que tú sabes, que entreteniéndolas las orejas de mis amigos. Pero advertido quedo.

—¿Alguna vez te has enamorado, Algabeño?

—Soy torero, marquesa. Y he nacido para defenderme.

—¿De las mujeres?

—A veces sois más peligrosas que los toros...

—No tenemos cuernos.

—Corneáis el alma, y para eso no hacen falta cuernos.



Eran ahora sesenta jinetes bajo el mando del Algabeño los que, el último día de julio, pernoctaron en Osuna, en donde los esperaba la columna del comandante Castejón, reforzada con un poderoso contingente de artillería. El torero escuchó con atención el plan del militar. Su partida saldría muy temprano del pueblo y debía encontrarse en las afueras del lado sur de Puente Genil, lista para actuar, a las nueve de la mañana. Otra tropa de caballistas, al mando del rejoneador Antonio Cañero, viniendo desde Córdoba, se había detenido en Écija para pasar la noche y, al día siguiente, a la misma hora que los hombres del Algabeño, se desplegaría en el lado norte de Puente Genil. A las diez en punto, los mil doscientos soldados de Castejón, desde Osuna, y otra tropa de unos mil efectivos, dirigida por el coronel Sáenz de Buruaga, llegando desde Écija, debería caer sobre un pueblo en teoría sorprendido y desconcertado por el primer ataque de las fuerzas del Algabeño y Cañero.

En Puente Genil, las fuerzas partidarias del golpe, compuestas por guardias civiles y militares, apoyados por los terratenientes y aristócratas del sur de Córdoba, se habían alzado en armas contra la República el 19 de julio, cuando llegaron noticias del triunfo de Queipo en Sevilla. Pero en este municipio cordobés de unos veinticinco mil habitantes, fronterizo con las tierras sevillanas, la resistencia de las milicias locales, junto con grupos leales de guardias civiles y de guardias de Asalto, frenaron el primer envite de los rebeldes y, después de tres días de intensos y sangrientos combates, lograron derrotarlos el 22 de julio, con la ayuda de refuerzos llegados en trenes desde Málaga, ciudad que no había caído en manos de los alzados.

Más de dos centenares de combatientes republicanos habían perecido bajo las balas de los rebeldes en esos cuatro días de furor, y las represalias contra los derechistas comenzaron a las pocas horas de su rendición. Hubo mujeres de los barrios obreros que bailaron sobre los cadáveres de enemigos fusilados, las cabezas cortadas de algunos señoritos se pasearon clavadas en picas por las calles principales, medio centenar de casas de la burguesía fueron saqueadas e incendiadas y lo mismo sucedió con las siete iglesias de la localidad. Varios vagones de ferrocarril se habilitaron como cárceles en la estación para alojar a un buen número de prisioneros, y el 23 de julio se iniciaron los fusilamientos, alrededor de una veintena diaria; entre ellos, una decena de clérigos del municipio y los principales jefes militares de la revuelta. Numerosos cómplices de los franquistas escaparon corriendo campo a través a la cercana población de Estepa, en donde la rebelión había logrado hacerse con el dominio de la mitad del casco urbano.

Puente Genil rezumaba sangre y esa misma noche del 23, a las 22.00 horas, en su «charla» diaria a través de la radio, Queipo de Llano avisó: «¡Morón, Utrera, Puente Genil, Castro del Río..., id preparando sepulturas!».



Los rastrojos de los campos secos crujían bajo los cascos de los caballos en aquellas llanadas ahora yermas, tras la recogida de la cosecha las semanas anteriores, mientras una claridad lejana y tímida iba desvelando la raya de la tierra por el oriente. Era el día 1 de agosto de 1936. Los caballistas dejaron

atrás Estepa poco antes de las ocho de la mañana. Tan sólo un par de días antes, después de casi dos semanas de intensa batalla, las avanzadillas del comandante Castejón habían logrado que la plaza cayera en manos rebeldes. La siguiente población en donde resistían los leales a la República era Puente Genil.

Poco antes de las nueve menos cuarto, ya levantado el día, la partida alcanzó una colina en las proximidades del pueblo, a menos de un kilómetro de distancia. José dio orden de detenerse y pidió con un gesto los prismáticos al Niri. Recorrió con lentitud los muros, los puentes, las casas resplandecientes de cal en el barrio alto, un jardín repleto de limoneros, un trozo de río azulado, la torre medio derruida del castillo árabe de Anzur, firme sobre un altozano, las faldas que descendían pobladas de olivos... Sintió un estremecimiento al contemplar la belleza de aquella esplendorosa mañana del campo andaluz.

Puente Genil parecía dormir. José se volvió a los hombres que le acompañaban y llamó a tres de los de su cuadrilla taurina:

—Juan, Pedro, Antonio... Acercaos lo que podáis, a medio trote, y a ver cómo anda la cosa por allí...

Siguió a los jinetes con los prismáticos y, cuando se encontraban ya muy cerca de las primeras casas del pueblo, vio las humaredas blancas de los disparos que los recibían, unas décimas de segundo antes de que se oyeran las descargas de fusilería. Uno de los caballistas, Pedro, cayó de la montura y los otros dos volvieron grupas al galope.

El reloj de José marcaba casi las nueve. En la lejanía, llegando desde el norte, se oía también un fuerte tiroteo.

—Ésos disparan contra Cañero —dijo José dirigiéndose al Niri.

Llegaron los dos jinetes: sudorosos, con los rostros contraídos. A pocos metros los seguía el caballo del hombre derribado.

—¿Muchos enemigos? —preguntó casi a gritos José cuando ya estaban cerca.

—Muchos y están bien parapetados, protegidos con sacos terreros y carretas —dijo Antonio—. A Pedro lo han matado de un tiro en la frente; deja mujer y dos hijos, maestro.

—Lo vi —respondió José—. Su viuda tendrá una pensión de la que yo mismo me haré cargo.

—Nos esperaban —añadió Juan.

José asintió. Se quitó el sombrero, ató el barboquejo al arzón delantero de la silla y desmontó. Señaló hacia el pueblo.

—Éste es un trabajo para la artillería —dijo.

Lio un cigarrillo y lo encendió. Se volvió hacia sus caballistas, que le miraban expectantes.

—¡Pie a tierra y a esperar a la Legión! —ordenó.

Se dirigió luego al Niri:

—Toma un par de hombres y vigila el pueblo, no vayan a salir a cazarnos.

Buscó la sombra de una encina cercana y se sentó a fumar, con la espalda apoyada en el tronco del árbol.



El comandante Antonio Castejón era un hombre grueso, de barriga desparramada, corta estatura, piel aceitunada, moreno de pelo recio, cejas muy pobladas y negras, mirada irónica y abultadas mejillas. Le gustaba cubrirse casi a toda hora con una gorra cuartelera, de cinta y borla, porque decía que hacía que se sintiera más legionario. Soldado implacable, tras haber dirigido en una lucha sin tregua la toma de los barrios obreros de Sevilla. Ahora, bajo las ramas de una encina, sentado en una silla de tijera que había dispuesto para él un asistente, contemplaba con gesto burlón a José el Algabeño mientras jugaba con la fusta arañando el suelo de tierra. A lo largo de la colina, apuntando hacia Puente Genil, sus soldados iban

disponiendo en hilera una imponente fuerza de cañones de medio alcance traídos en cureñas remolcadas por camiones en los que viajaba la infantería. Más atrás, en la larga explanada de lo alto de la colina, un escuadrón de caballería legionaria y otros de jinetes marroquíes esperaban junto a los caballistas entre las encinas y los olivares, sujetando por las riendas sus monturas. Y en la parte trasera del cerro, junto a los camiones, un batallón de la Legión y dos compañías de moros regulares repasaban sus armas o fumaban acucillados en grupos.

A Castejón le llamaban la atención las trazas de aquel hombre vestido al uso campero de los andaluces. Y le extrañaba que, en plena canícula estival, se cerrara el cuello de la camisa hasta el último botón y mantuviese abrochados todos los de su corta chaquetilla.

Señaló con su fusta la camisa del torero.

—¿Nunca usa corbata?

José miró de frente al militar.

—La dejé anoche olvidada en la cama de una mujer.

El otro rio.

—¿Y le quitó ella las ganas de pelear?

—¿Por qué lo dice?

Castejón señaló con la mano izquierda en dirección al horizonte.

—No atacó, como le ordené...

—No.

Castejón añadió:

—Ni tampoco atacaron los caballistas de su amigo Cañero por el norte: no se oyen tiros en el pueblo.

—Hace un rato se escuchaban.

—¿Y por qué no han atacado?, ¿faltó arrojo?

José se levantó casi de un salto. Aplastó el cigarrillo que acababa de encender un par de minutos antes y miró con frialdad al militar.

—No acuse de falta de valor a alguien que se ha jugado la vida tantas veces, quizá muchas más que usted..., con todos mis respetos —contestó.

—No se enfade, Algabeño. —El otro sonreía socarrón—. Sólo quería conocer sus razones.

—Ya le he dicho al llegar que el enemigo está bien parapetado. Si hubiésemos cargado de frente, a campo abierto, no habríamos llegado al pueblo más de media docena de caballistas vivos. Estaban alerta.

Castejón se levantó.

—Acepto sus motivos y esté tranquilo, Algabeño. Dentro de un rato, todos tendremos tiempo de demostrar lo que valemos.

El torero seguía irritado.

—¿No le bastó vernos a mí y a mis hombres en Arahál? Nos jugamos la vida y muchos de los míos murieron. Me dijo entonces que iba a proponerme para la Medalla Militar.

—Y lo haré. Me gusta bromear antes de entrar en fuego. Y me habían dicho que usted es amigo de la guasa.

—Depende de quién las gasta, en qué circunstancias y sobre qué asunto... El valor es sagrado para todo español. Y, en especial, lo es para mí.

—Tendrá medalla, hombre, tendrá medalla... Y me acompañará en la más heroica de las acciones de esta guerra. Se lo prometo.

—¿Qué batalla?

—Vendrá conmigo a la toma de Madrid, Algabeño. Usted y yo seremos los primeros en entrar.



El implacable cañoneo duró casi una hora. Desde la altura, a caballo, José contemplaba cómo saltaban las defensas enemigas, los sacos reventados que esparcían a su alrededor una sucia polvareda, los carros hechos trizas... Algunos obuses alcanzaban las primeras casas del pueblo y negras estelas de humo se alzaban hacia el cielo blanco del verano.

La caballería legionaria y la africana esperaban listas para cargar, y en el flanco derecho, la tropa de los caballistas del Algabeño. Más atrás, una docena de mulas sostenían en sus lomos las ametralladoras, y en las últimas líneas formaban los infantes.

Castejón, algo apartado, había sacado su sable. Miró hacia el Algabeño. El torero se había calado el sombrero cordobés, bien sujeto el barboquejo bajo la barbilla, y sostenía las riendas con su mano izquierda, mientras de su hombro derecho colgaba un fusil de montería. El comandante sonrió para sí. Le gustaba enojar a sus hombres, poner en duda su valor. Tenía la idea de que así los convertía en fieras.



Castejón dio la orden de alto el fuego a la artillería cuando las defensas de Puente Genil, vistas desde la colina, eran un amasijo de restos irreconocibles, envueltos en una gran nube parda que se resistía a desprenderse del suelo y disolverse en los aires.

Al poco, el comandante legionario dispuso el avance de las tropas. Los dos escuadrones de caballería, unidos a los jinetes del Algabeño, comenzaron a descender hacia la población, seguidos por las mulas cargadas de ametralladoras y de la infantería. Aún se escuchaban disparos que llegaban desde el norte de Puente Genil. Menos de doscientos metros antes de alcanzar las primeras casas, Castejón ordenó la carga y todos los jinetes se precipitaron hacia aquel escenario de desdicha en donde se mezclaban las casas destruidas por las bombas, los carros reventados por las granadas, los parapetos deshechos y numerosos cadáveres alcanzados por la metralla.

Entraron en Puente Genil con los sables brillando al sol y las tercerolas, rifles y escopetas con el seguro libre, la caja pegada al cuerpo de los jinetes, las correas sujetas al hombro y el dedo en el gatillo. Se oían los gritos de legionarios surgidos de las gargantas como un coro de primitivas raíces: «¡Viva la muerte!». De las bocas de los musulmanes brotaba un ulular agudo, una suerte de bárbaro grito de batalla que parecía arrancado de los siglos pasados.

Apenas hubo resistencia. Los defensores se arrodillaban y arrojaban sus armas al suelo y eran ejecutados en el mismo lugar a golpes de alfanje, de espada o por tiros a quemarropa. Los caballistas y los jinetes de los escuadrones corrían de calle en calle sembrando la muerte, sin pausa y sin descanso. Muchos reían, fuera de sí, con los ojos casi escapados de sus órbitas. Y aquel galope de decenas de cabalgaduras parecía llevar un mismo ritmo a su paso, como si una misteriosa y sorda sinfonía acompañara la velocidad de los cascos de los animales y la acompasara al sonido de los disparos y los gritos de agonía.

Llegaron los legionarios de a pie y entraron en las viviendas, de donde sacaron a los hombres con los brazos en alto para fusilarlos en las mismas puertas de sus casas. Había mujeres entre los cadáveres y dos de ellas, que se asomaron a un balcón agitando banderolas blancas, fueron abatidas a tiros por los asaltantes. Por las calles corrían niños enloquecidos, sin rumbo, y perros que labraban asustados.

José llegó a una plazuela en donde había una fuente y detuvo la yegua para darle de beber, sin dejar de vigilar con su rifle de montería las ventanas más próximas. De pronto, escuchó el resonar contra los adoquines de los cascos de un caballo. Apuntó el rifle justo cuando asomaba un jinete altivo a lomos de

un corcel jerezano de pelaje azabache. Vestía de oscuro y se cubría con un sombrero negro.

Le reconoció enseguida. Era Antonio Cañero, el rejoneador cordobés, que bajaba por el norte con las fuerzas llegadas desde Córdoba.

José aligeró las riendas de su montura y avanzó hacia el otro jinete.

—¡Antonio! —gritó el sevillano.

—¡Algabeño! —respondió el cordobés.

Se abrazaron sin descender de sus animales.

—Sabía que venías —dijo José.

—Lo mismo me dijeron de ti —respondió Cañero.

—Una gran victoria.

—Y estamos vivos.

Cañero metió el dedo en un agujero de la manga izquierda de su chaqueta.

—Una bala me ha rozado, pero no dejó rastro en la carne.

—A mí me duele el hombro de tanto disparar.

El comandante Castejón entró con su caballo en la plazuela, seguido de un grupo de jinetes legionarios. Los vio y dirigió el trote hacia ellos. Los dos toreros le saludaron llevándose la mano a la frente.

—Es Antonio Cañero, mi comandante —dijo José señalando a su amigo.

—Capitán Cañero a las órdenes de usía.

—He oído hablar de usted. Y muy bien, por cierto.

—Gracias, mi comandante.

Castejón miró alrededor. Se oían disparos y descargas por todos los lugares del pueblo.

—Hemos vencido. Ya lo saben...

—Eso parece —dijo José.

—Mis moros y mis legionarios están terminando la limpieza del pueblo. Pero hay muchos rojos que huyen campo a través, hacia una vieja fortaleza, una atalaya que llaman castillo de Anzur.

Cañero rio y miró a José.

—Mis hombres traen garrochas, Algabeño.

—¿Qué quieres decir?

El cordobés se volvió a Castejón sin dejar de sonreír.

—¿Le apetece disfrutar del toreo a caballo, mi comandante?, ¿le gustaría presenciar un rejoneo de rojos?

—Nunca he visto algo así.

—¿Te animas, Algabeño?

—Dame una de tus puyas.



Galoparon juntos, las garrochas apoyadas en los estribos y sus puntas de acero alzadas como largas picas medievales sobre sus cabezas. El corcel negro de Cañero, Satán, era grande y fuerte, mientras que la yegua ruana del Algabeño, la Chata, era ágil y elegante. Enseguida alcanzaron las afueras de la población.

Pronto vieron a varias figuras que corrían sobre los rastrojos de los campos desnudos, alejándose del pueblo, y a otras pocas más que huían buscando la protección de unos olivares. Cañero había tomado el mando puesto que su rango equivalía al de capitán y el de José a teniente.

—Tú, Algabeño, a los olivos. Yo me encargo de los otros.

José cabalgó hacia el bosquecillo en donde varios fugitivos se habían escondido. Él había contado cuatro y ahora se preguntaba si irían armados. De ser así, se convertiría en una presa fácil, se dijo. Pero no se arredró, cortó el galope de su montura y entró al paso entre los aceitunos. Eran árboles viejos, muy gruesos y de troncos retorcidos, brillantes hojas verdes, casi plateadas, y frutos todavía sin madurar.

El primero estaba agazapado detrás de uno de ellos. José paró la yegua ante él. No iba armado. Tenía el rostro afilado, la piel seca, quemada por el sol, y el pelo de color pajizo; vestía unos pantalones de pana gastada, una camisola suelta, blanca, y calzaba alpargatas. José pensó que podía rondar los cincuenta años o que quizá era un joven prematuramente envejecido.

—Ponte de pie —le dijo.

El otro obedeció.

—Sí, señor... —musitó.

—¿Anarquista o comunista?

—No soy político.

La voz le temblaba.

—¿Y por qué huías?

—Miedo.

—Los cobardes no merecen vivir.

Sin decir más, José le hundió la pica en el pecho, a la altura del corazón. El hombre se derrumbó en silencio y su sangre manchó de humedad oscura la tierra color ceniza.

De parecida forma ejecutó a otros dos. Pero estaba seguro de que le faltaba uno. Buscó entre los olivos sin prisas. Hacía calor. En ocasiones, intermitentemente, se escuchaba el desabrido alboroto de las chicharras.

Y, de súbito, oyó un ruido a sus espaldas. Alguien, un animal o un ser humano, saltó a la grupa de su yegua y unas manos frágiles le rodearon el cuello, tratando de estrangularle. Tiró la garrocha, se revolvió en la silla y lanzó varios golpes hacia atrás. Se libró de la acometida en escasos segundos y el ser que le atacaba cayó al suelo.

Era un chiquillo de apenas catorce años. José descabalgó y sacó su revólver de la sobaquera.

—¿Qué haces aquí?, ¿querías ahogarme?

El chico no contestó. Se levantó y se quedó en pie ante el torero.

—¿Vas a matarme? —preguntó.

José miró el rostro sereno del muchacho.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—Mientes —dijo riendo—, no llegas a catorce. ¿Adónde ibas?

—Huyo. Habéis matado a todos los míos.

—Si eran rojos, bien muertos están. ¿Y qué pensabas hacer?

—Unirme a la República y luchar contra vosotros.

—Vaya, te gusta jugar a la guerra.

Sin previo aviso, soltó un tortazo al chaval, tan fuerte que lo derribó de nuevo al suelo. Un hilo de sangre comenzó a brotarle de la comisura.

—Cuando uno encuentra un nido de culebras, mata a la madre y a las crías —dijo José—: desde dentro del huevo, el hijo de la serpiente es ya serpiente.

—¿Y a qué esperas?

—Pero el Algabeño no ejecuta ni a niños ni a mujeres. Se reserva para los hombres.

Guardó la pistola, recogió la garrocha y montó en la yegua.

—El Algabeño..., sí, he oído hablar de ti. Dicen que eres...

José le cortó:

—No sigas por ahí, que igual me arrepiento de dejarte con vida. Quédate escondido y, cuando anochezca, te largas a donde quieras. Yo no te he visto.

Buscó en la bolsa que colgaba de la silla de la jaca y lanzó al chico un pedazo de tasajo.

—¿Tienes hambre?

El chico se levantó de nuevo. Alzó el puño y gritó:

—¡Viva la República!

José movió la cabeza hacia los lados.

—Acabarás muriendo por tonto —dijo.

Picó espuelas y salió del olivar.



Se detuvo poco después, en la llanada. A menos de trescientos metros, Cañero dirigía su cabalgadura al trote, haciéndola piafar alrededor de un campesino que escapaba a la carrera, que a veces se detenía y trataba de huir hacia los lados, mientras que el equino del rejoneador, bien gobernado, le cerraba el paso una y otra vez. Cañero llevaba la garrocha tendida levemente hacia delante y hostigaba al hombre. En una ocasión, el fugitivo se puso de rodillas y José le vio suplicar con las manos juntas, como rezándole. Pero el garrochista cordobés se situó a sus espaldas y le azuzó con la puya hasta que logró que se levantara y echara a correr de nuevo, aunque ya muy lentamente.

Cañero contuvo su montura tirando de las riendas y dejando al otro alejarse. El campesino miró hacia atrás, apretó el paso, se volvió otras dos veces, aceleró en su fuga, quizá pensando que el caballista le permitía escapar. Pero, de pronto, el jinete, con la puya en horizontal, puso el corcel a trote rápido y llegó en unos segundos a la altura del huido. Y al instante le clavó con certeza el rejón entre los dos hombros.

Cayó el hombre, José distinguió su pataleo breve desde lejos y vio a Cañero retirar la pica del cuerpo.

Luego, el cordobés galopó en su dirección, y al llegar a su altura, se detuvo sonriente.

—¿Viste la suerte de matar?

—Es más fácil que un toro.

—Pero más de justicia. ¿Cuántos rojos cazaste?

—Cuatro. ¿Y tú?

—Seis.

—Sigues siendo el primero del escalafón, Cañero.

—Pronto me quitarás el sitio, Algabeño.

El cordobés se alzó sobre los estribos y miró hacia atrás.

—Ha sido una lidia emocionante. Habrá que repetirla.



La columna tomó el camino de regreso esa misma tarde. Cañero y sus caballistas cabalgaron junto con Algabeño y Castejón hasta Sevilla. El comandante los quería en su nueva operación bélica: la marcha a la conquista de Madrid. Y ambos habían aceptado eufóricos. Atrás, en Puente Genil, quedaban los cadáveres de más de mil quinientos hombres y mujeres fusilados por los rebeldes. Castejón nombró un nuevo ayuntamiento formado por aristócratas, ganaderos y terratenientes.

Los jinetes cenaron en Osuna, invitados por el jefe legionario. Hubo un tablao flamenco organizado en su honor en donde corrieron la manzanilla y el jerez. Al final de la fiesta, Castejón, con garganta cazallera, brindó sosteniéndose a duras penas en pie.

—¡Viva España y viva la muerte! —logró decir con voz trompicada.

Entraron en Sevilla a mediodía del 2, entre el clamor de la gente. Queipo los recibió en la explanada delantera al palacio de la Gavidia. Sonó la *Marcha Real* y los vítores a España se extendieron durante horas hasta la atardecida sevillana.

José encontró a Catalina Gordon en el bar del Majestic. Se quedó a dormir con él.

—Hueles a algo extraño —le dijo ella en la cama.

—Supongo que a sangre y a pólvora. ¿No te gusta el olor?

—Me excita.

Esa noche, en su alocución radiofónica, Queipo proclamó: «Tras la hazaña de Castejón, ha seguido un duro castigo en Puente Genil. Pero no todo lo duro que tiene que ser y que será».

Durante muchos días continuaron las ejecuciones sumarias en el malherido municipio cordobés.

LA BRIGADA

Y así la recordamos [la Guerra Civil española]... una epopeya de heroísmo, la *Ilíada* de los que eran jóvenes en la década de los treinta.

ERIC HOBSBAWM, *Revolucionarios*

Inglaterra y Francia, otoño de 1936

John permaneció dos noches en Birmingham con Margot y, la mañana del tercer día, tomó el tren a Cambridge, sin avisar antes a su familia. Deseaba ver a su padre y a sus hermanos, en especial a Christopher. En cuanto a su madre, su recuerdo le producía cierta frialdad.

Al llamar al timbre de la casa, a media tarde, fue ella sin embargo quien le abrió. Le miró perpleja, sin moverse ni darle paso. Pero él avanzó, sonriente, y la besó con levedad en la mejilla.

—Hola, *mumma*.

—John...

—¿Puedo entrar?

Frances Cornford se apartó.

—Es tu casa, John.

Cruzaron el vestíbulo. John echó una rápida mirada al severo rostro de su bisabuelo Charles Darwin.

—El viejo león no envejece —dijo señalando al cuadro.

—¿Quieres un té? —preguntó ella.

John arrojó su bolsa de viaje a un rincón de la sala. Percibió que su madre le observaba de arriba abajo.

—No, nunca me ha gustado mucho —respondió mientras se tocaba una manga de la chaqueta de pana.

Vestía un viejo pantalón de franela, alpargatas españolas, una camisa azul de las que llevaba en el frente, la chaqueta de pana de codos desgastados y una boina negra.

—No tengo otra ropa.

—En el armario de tu dormitorio hay bastantes cosas tuyas. Puedes cambiarte.

—¿Mi habitación?

—Sigue siendo tuya en cierto modo... Ahora la ocupa tu hijo James.

—¿Está él arriba?

—Duerme, pero se despertará pronto.

—¿Y los otros: papá, Chris, Helena...?

—Vienen más tarde.

—Quiero ver al niño. No haré ruido. ¿Puedo?

—Por supuesto.



Se le hacía extraño aquel pequeño rostro redondo que asomaba sobre el embozo de la sábana, en el interior de la cuna. El crío, que pasaba ya del año de vida, mantenía inclinada la cabeza hacia un lado, un chupete en la boca, los ojos cerrados y las manos hacia atrás y apretadas formando dos puñitos. ¿A quién

podría parecerse?, se preguntó. Era difícil de adivinar. Tenía poco pelo, pero parecía negro. Y el color de su piel era oscuro, lo que le confería un aire agitanado, como el suyo y el de Ray.

Hurgó en sus sentimientos y no encontró nada. La criatura le parecía alguien muy lejano a él, a su existencia de ahora. Si sobrevivía a la guerra española, tendría que ayudarle a crecer y enseñarle a vivir. ¿Y qué podría decirle? Durante cinco minutos, contempló perplejo a aquel minúsculo ser que dormía la siesta, intentando adivinar si le amaba o no. Y al rato, apartó de sí mismo la idea. «Siesta..., España —sonrió para sí—; eso es un buen principio.»

Rebuscó en el armario y se puso un traje de verano y una camisa ligera. Y se calzó unos zapatos de piel desgastada que sabía cómodos. Casi no se reconoció en el espejo. Siempre había sido delgado, pero ahora incluso la ropa de otros tiempos le venía grande.



La tetera humeaba en la mesa, pese a su rechazo, cuando John bajó del dormitorio. Su madre le esperaba sentada junto a la mesilla en donde había una taza vacía y el azucarero. John se acomodó dándole frente y se sirvió té.

—Ya que te has molestado, tomaré un poco.

Ella señaló su nueva indumentaria.

—Así estás mejor. Pero deberías comprarte algo más a la moda, estás algo anticuado.

—No tengo dinero para ropa. Y hay bastante allí arriba como para vestirme un año entero.

Ella empujó una caja de plata hacia él.

—Cigarrillos de tu padre... —dijo.

John encendió uno y aspiró el humo con placer. Se recostó en su sillón y miró a su alrededor.

—Hace menos de dos meses que no estaba aquí y parece que ha pasado un siglo.

—No hemos sabido mucho de ti.

—Era difícil comunicarse desde el frente. Escribí a papá.

—Sólo a él.

—En el fondo era una carta para todos.

—La escribiste hace muy poco y a mí no me nombrabas.

Se miraron sin hablar unos segundos.

—¿Qué planes tienes? —preguntó Frances.

—Volveré a España, a la guerra...

—¿Y el Trinity?

—He dejado los estudios, no asistiré al nuevo curso.

—Eras un alumno brillante. ¿Ya no escribes poemas?

—*Mumma*... Soy un hombre que ha tomado su camino.

—Tienes veinte años.

—Eso dice el calendario: en el alma, tengo muchos más. Y ya sé que eso no te gusta. Pero la vida avanza y nadie puede detenerla. Yo he escogido.

Se oyó el llanto del niño llegando desde el piso de arriba.

—Jimmy se ha despertado, ¿quieres ir a buscarlo? —preguntó Frances.

—Bájalo tú, por favor. No sé si sabría sostenerlo, temo que se me cayera de los brazos.



Cenaban en el jardín, en la vieja y ancha mesa de madera de roble. Su hermana Helena había preparado unas ensaladas y su madre, lonchas frías de jamón asado regadas con salsa de grosella. De la familia, tan sólo faltaba Christopher, que terminaba un curso de Economía en Londres. Los otros dos contemplaban a John como si fuera una suerte de aparición. La mirada de su padre era elusiva y enigmática. Olía a arboledas y a ríos y el aire venía cargado de humedad. Tan distinto a España..., pensó John.

A un lado de la mesa, entre él y su madre, el pequeño James jugaba en su sillita con una línea de sonajeros.

John comía con apetito, procurando guardar modales que creía olvidados.

—Me ha dicho *mumma* que no vas a continuar tus estudios —dijo Helena.

Era una espigada muchacha morena, cerca de dos años mayor que John.

—He pasado demasiado tiempo en escuelas y colegios —respondió—. Y necesito algo de vida real. A alguien le oí decir, o quizá lo leí, que hay que estudiar unos cuantos años para aprender mucho y luego viajar durante largo tiempo para averiguar si lo que has aprendido es cierto.

Tomó una miga de pan, hizo una bolita con los dedos y la arrojó a su hermana.

—¿Cómo es una guerra, John? —intervino Hugh, el cuarto de los hermanos. Tenía catorce años.

—Sucia, fea, grosera, aburrida, peligrosa...

—¿Y qué haces allí, entonces?

—Lucho por una causa noble: contra la injusticia, contra un mundo sucio, feo y peligroso.

—Entonces ¿combates por Inglaterra?

—En cierto modo, es al revés: peleo contra Inglaterra.

—Pero Inglaterra no es ni sucia, ni fea ni todo lo demás.

—No en la apariencia...

—¿Has matado a algún enemigo? —añadió Hugh.

—Eso no debe preguntársele a nadie, chico.

El pequeño James balbuceaba en la sillita.

—Parece que Jimmy quiere preguntarte también algo —señaló Frances.

John miró a su hijo, extendió la mano y le acarició el bracito.

—¿Qué tal se porta? —le preguntó a su madre.

—Es tranquilo y apunta inteligencia —respondió ella—. Te necesitará pronto. Hay cosas que los hombres sólo pueden aprender de los hombres.

John movió la cabeza afirmativamente.

—Espero volver.



Cuando concluyó el almuerzo, su padre hizo un gesto a John para que le siguiera y le condujo hasta su despacho, en un extremo de la planta baja de la casa. Era una habitación amplia y sobria, algo oscura, sin otra decoración que las estanterías repletas de tomos que cubrían las cuatro paredes. Le indicó que se sentara al otro lado de la mesa, en la que se amontonaban papeles y libros en aparente desorden. Delante de él se extendían varias cuartillas manuscritas.

—¿Escribes algo, *dadda*?

—Un ensayo sobre *El Banquete* de Platón —dijo Francis Cornford.

—Siempre Platón.

—Es parte de mi vida. A veces siento que me susurra ideas al oído.

—Yo, a veces, leo un soneto de Shakespeare y creo oír su voz. Es un poeta que me hace pensar.

—¿Te quedarás unos días con nosotros?

John negó con la cabeza. Luego, añadió:

—*Mumma* está enfadada conmigo. Creo que dolida.

—No estoy tan seguro. Frances es la mujer menos sentimental que he conocido. Jamás podrá entenderte.

—¿Y tú?

Francis se encogió de hombros.

—Sé bien cómo eras de niño. Y los hombres no cambian tanto.

—¿Puedo tomar uno de tus cigarrillos? No tengo ni un penique para comprar tabaco.

—Luego te daré dinero: con cargo a tu herencia, por supuesto.

Francis miró a su hijo mientras encendía el pitillo. Sabía que John estaba nervioso en ese instante, pero mantenía las mismas formas pausadas de siempre: se mostraba lento y seguro en todo lo que hacía casi desde que comenzó a andar.

—¿Y cómo era yo, según tú? —preguntó John recostándose en el sillón.

—Leías desde muy pequeño historias de batallas, sobre todo las campañas de Napoleón y de la guerra civil americana. Admirabas al general confederado Stonewall Jackson. Supongo que, en el campo de batalla, estarás en tu salsa.

—No es así, no me gusta el combate. Lo que hago tiene sentido porque lucho por algo.

—Una vez me dijiste que habías nacido tarde, que te hubiera gustado participar en la Gran Guerra.

—Ya no; fue un conflicto imperialista.

—De niño eras diferente a la mayoría. También te gustaba la naturaleza. Y sin embargo, no la mirabas para aprender de ella, sino para disfrutarla. La contemplabas por placer; no la observabas con curiosidad. Yo te transmití la afición de cazar mariposas y, al poco, cuando leíste en una revista que algunas especies se estaban extinguiendo por causa de la acción de los coleccionistas, no volviste a practicar su captura... ¿Qué más? No te divertían los cuentos fantásticos, como aquel de Andersen, «La Sirenita», que tanto le gustaba a tu madre; los considerabas estúpidos.

—Se llevó una gran decepción el día que me lo leyó y le dije que era un cuento necio, que en el fondo del mar no había palacios como el que describía el autor. Creo que Andersen pensaba que los niños son tontos.

El padre sonrió.

—No estabas hecho para creer a ciegas ni para el lenguaje banal. Una vez, en la iglesia, durante el rezo, había que repetir aquello de «por los siglos de los siglos, amén». Y al salir, le dijiste a tu madre: «No puede decirse de nada que es por los siglos de los siglos, todo tiene que tener un fin». No habías cumplido los diez años.

—Eso me hace pensar que era un niño algo redicho.

—No para mí. Me asombraba ver que jamás emprendías nada, ni en el deporte ni en cualquier otra cosa, antes de estar seguro de poder llevarlo a buen término. Y por esa razón, creo, dejabas de hacer muchas cosas.

—Y tú, *dadda*, ¿estás decepcionado conmigo?

—Nunca pensé en tu futuro. Siempre supe que lo elegirías tú. Tal vez hubieras sido un buen profesor de historia militar. Pero dedicarse a la enseñanza, como yo, resulta muy aburrido si no tienes una honda vocación pedagógica y una obsesión. Yo tengo la vocación. Y está mi amigo Platón. Y con él, Homero, Jenofonte y los trágicos...

—¿Y qué te parece mi marcha a España?

—Cuando recibí tu carta, tuve un extraño sueño. Te veía a bordo de un barco que abandonaba el puerto

y tú lo dirigías, seguro de ti mismo, hacia el bravo oleaje. Con una mano gobernabas con fuerza el timón y en la otra llevabas un libro abierto; ibas hojeándolo y tan sólo dejabas de leerlo para recoger con la vela el viento que te conducía derecho al corazón de la tormenta.

—¿Qué libro era?

—No estoy seguro, creo que *La Ilíada*.

—Entonces, *dadda...*, estás en contra de que vaya a España.

—¿Y qué importaría? Siempre estuve seguro de que, opinase yo lo que opinase, ibas a tomar tu propio camino. Y desde que eras niño, he confiado en la fuerza y en la rectitud de tu carácter. Además..., envidio la capacidad de algunos hombres para la acción. Yo no la tuve. O la dejé pasar, quién sabe.

John bajó la mirada.

—Pero no te he traído aquí para hablarte de todo eso —añadió su padre—, sino para darte algo.

Abrió el cajón de su mesa y sacó una pistola y una caja de municiones.

—La llevé en los días de la Gran Guerra. Nunca la usé. Como sabes, sólo fui un oficial en la reserva que entrenaba a los soldados en el tiro. Tenía buena puntería, pero nunca durante el conflicto dejé de pisar suelo inglés. Ni maté a nadie, por fortuna.

Acarició el arma antes de empujarla hacia John.

—Es tuya —dijo—. Úsala noblemente.



Hunstanton era un puerto pesquero del condado de Norfolk, al norte de Cambridge, en el extremo oriental de la bahía de Wash. A comienzos de siglo, parecía una suerte de escondrijo perdido frente al océano, incrustado entre murallones de roca para protegerse del enojo de los vientos del Mar del Norte.

Francis Cornford había comprado un *cottage* en el lugar al poco de terminar la Gran Guerra, cuando apenas lo habitaban un par de cientos de almas. A derecha e izquierda del pueblo se tendían largas playas de arena amarillenta, y en las vacaciones del estío, cuando la familia se desplazaba durante unas semanas hasta allí, no había otros veraneantes que los Cornford.

John recordaba los días de su infancia en Hunstanton: exploraciones en las caletas solitarias con Helena y Chris, la búsqueda de ostras salvajes en los roquedales, las súbitas tormentas que les obligaban, a veces durante varias jornadas seguidas, a permanecer en casa sin salir al exterior. Si cerraba los ojos, podía reproducir el sonido de la lluvia golpeando los postigos de las ventanas y el ronco batir del trueno sobre el mar encrespado. También recordaba las pequeñas barcas de pescadores que salían a enfrentarse a un piélago enfurecido, jugándose la vida por atrapar unos pocos peces.

Luego, cuando cumplió los quince años, dejaron de ir a Hunstanton. Su padre, harto de la ferocidad del clima, prefería llevar la familia a Suiza, donde la naturaleza, en apariencia agreste, escondía un corazón delicado. A John le agradaban Suiza y sus dulces senderos de montaña. Pero desde algún oscuro y escondido rincón de su alma, añoraba el bronco temperamento de Hunstanton, el vigoroso olor de las mareas, la violencia del oleaje y el fulgor iracundo del relámpago. Pese a todo, por alguna razón no explicada y por más que su esposa le insistiera en hacerlo, Francis Cornford nunca quiso vender el refugio de aquel perdido lugar del mundo.



Era media tarde y hacía frío. Margot y John, ella con un chaquetón azul que le venía algo grande y él con un jersey de lana gruesa de cuello vuelto color hueso, paseaban enlazados por la costa del oeste de

Hunstanton. La ancha lengua de la playa, en la marea baja, se tendía unos cien metros ante ellos y luego, bruscamente, un roquedal negro, de puntas afiladas que parecían querer hincarse en la barriga del cielo, se alzaba sobre la arena.

Olía a sargazos y el mar plumizo, enfadado con el mundo, se revolcaba sobre sí mismo. Un sol frío entraba y salía de entre nubarrones oscuros que formaban sombras erráticas sobre la playa.

Habían llegado la tarde anterior, casi de noche, después de un largo viaje, primero en tren y después en autobús, desde Birmingham. Tres días atrás, sin decirles nada, Francis había llamado a la mujer que se ocupaba de la casa, y cuando entraron en el salón olía a las flores frescas que llenaban un búcaro y en la estufa crepitaba la leña. Al lado había troncos cortados para varios días.

—¿Te gusta? —le había preguntado John.

Ella sonrió.

—Todo lo que he visto es muy hermoso. Y encontrarte con un lugar así, tan remoto y tan limpio... Me temía lo peor.

—Mi padre sabe hacer bien las cosas cuando quiere, quizá sea porque me voy.

—Es un buen regalo de despedida.

Cenaron, en el pequeño pub de la localidad, un pescado cuyo nombre desconocían y que el tabernero calificó como un «John Dory». Margot tomó un *sherry* y John bebió un par de pintas de cerveza. Fatigados del viaje, esa noche hicieron un amor suave y reposado. Durmieron abrazados mientras, afuera, bramaba el viento.

Y ahora, el primer día de su estancia en Hunstanton, después de una fogosa siesta de extenuante sensualidad, paseaban frente a un mar algo enrabiado. La brisa revolvía los cabellos rojizos de Margot.

—Quiero enseñarte algo —dijo John señalando el roquedal.

Apresuraron el paso hasta alcanzar el farallón. John trepó con agilidad entre peñascos aristados, cuyos bordes podían en ocasiones cortar como navajas. Ayudó a Margot, que le seguía insegura y temerosa.

Caminaron por una especie de senda abierta entre negras piedras afiladas, bordeando una curva que se abría a unos veinte metros de altura sobre el mar agitado. Y cuando apenas llevaban cinco minutos de marcha, distinguieron de pronto ante ellos, abajo, una delgada playa en forma de arco. El sol se había abierto paso entre los nubarrones y levantaba un resplandor nacarino de la arena, desmenuzada en miles de espejuelos rotos junto al mar, como si el lugar fuera una pulsera de platino que refulgía bajo el sol. Se detuvieron.

Margot miraba asombrada a su alrededor.

—¿Qué es esto?

—Cuando era niño —respondió John—, mis hermanos y yo veníamos aquí en busca de tesoros perdidos de piratas. Habíamos leído a Stevenson y pensábamos que la arena la formaban los restos del naufragio de una nave española cargada de joyas, que se habían roto al chocar contra las rocas y que ya no valían nada, aunque seguían conservando su brillo. Lo bautizamos como la «Playa del Tesoro Perdido». En realidad, no sé cómo llaman a este sitio en el pueblo. Nunca me ha preocupado su nombre.

—Pero no es arena...

—No. Son millones de pedacitos de conchas rotas: polvo de almejas, de berberechos, chirilas, mejillones..., el nácar brilla como la plata cuando le golpea el sol.

—Maravilloso.

—¿Quieres que bajemos?

—Tengo miedo de caerme.

—Es fácil, conozco el camino: yo te guío. Agárrate a mí.



Se sentaron dando frente al mar, el uno junto al otro, con las rodillas dobladas. John contemplaba en ocasiones el perfil regular de la muchacha, su esbelto cuello, los bucles de su pelo alborotado, que parecían llamaradas cuando los golpeaban los rayos del sol.

Y Margot le devolvía la mirada cuando sentía posarse sobre ella los ojos de aquel joven de negros cabellos hirsutos y rostro duro y bello.

—España nos separa otra vez —dijo Margot de pronto.

—Hay que ir a luchar allí. Somos comunistas, ¿no? Y ganaremos la guerra, no lo dudes, aunque quizá sea más tarde de lo que pensaba al principio... Ocho, nueve meses tal vez. Pero es urgente crear un verdadero ejército para oponerse a los mercenarios marroquíes y legionarios y combatir a los fascistas italianos y alemanes. Hacen falta disciplina y unidad entre los partidos de la izquierda. Y es ahí donde somos imprescindibles los comunistas.

—Ya me has hablado de eso.

Se quedó mirándole mientras él guardaba silencio, vuelto el rostro hacia el mar.

—Ocho o nueve meses... —volvió a hablar Margot—, sin vernos, sin tocarnos.

John no dijo nada.

—Pero no es sólo el partido, ¿me equivoco? —añadió ella.

Él bajó la cabeza y casi la enterró entre las rodillas. Permaneció unos segundos así, antes de responder.

—Siempre he sentido, desde muy niño —dijo al fin—, que mis acciones no eran espontáneas, que no respondían a ningún anhelo verdadero. En el comunismo he colmado ese anhelo. Y en España, en el frente, he encontrado el lugar en donde entregar toda la energía que mi espíritu guardaba y que no sabía dónde volcar. La lucha de España es salvajemente natural y necesito tomar parte en ello..., aprender algo que ignoro.

Calló un instante.

—Si vuelvo —añadió—, no me separaré de ti nunca más.

—Si vuelves..., dices.

—Nadie te garantiza que no te maten cuando estás en un campo de batalla.

—Quisiera acompañarte. Pero me da miedo.

—Me gustaría tener un hijo contigo.

—Tendremos tiempo para ello cuando ganemos esa guerra.

Margot inclinó la cabeza sobre el hombro de John y musitó:

—Regresa a mi lado, por favor.

—Haré todo lo posible, te lo prometo.



Volvieron a Birmingham tres días después y, la mañana siguiente, John tomó el tren a Londres. El beso en la estación fue breve, casi furtivo. Ella dijo:

—Adiós, John. Cumple con tu promesa.

—No me dejaré matar, Margot.

Llegó a la ciudad pasado el mediodía y caminó directo a la sede del Partido Comunista británico, en King's Street. Allí permaneció un par de horas a solas con Harry Pollitt, el secretario general, recibiendo sus instrucciones. Aunque el grupo de voluntarios partiría como una empresa de carácter casi individual,

Pollitt accedió a correr con los gastos del viaje, pero no con los del equipo: cada hombre debía hacerse con el suyo e, incluso, con armamento propio.

—Y olvida a los trotskistas del POUM —advirtió a John—. Aunque hayas luchado con ellos en Aragón y pese a que estemos en el mismo bando en la guerra, son nuestros enemigos: órdenes de Moscú. Ahora, camarada, vas a combatir como miembro del Partido Comunista y, al llegar a París, te pondrás a las órdenes del PC francés. Ellos se ocuparán de que lleguéis a España.

Antes de despedirse, Pollitt le presentó a Sam Russell, un joven comunista licenciado en Egiptología en Londres, que planeaba una expedición para realizar unas excavaciones cerca de Luxor. Charlaron un rato sobre la situación española. Russell estaba convencido de que la República recibiría pronto muchas armas y el conflicto se ganaría sin dificultades.

—No es tan sencillo —objetó John—. El punto débil de Franco son los hombres, es cierto, la falta de capacidad para movilizar a la gente en su favor. Pero su ejército es profesional y tiene el apoyo total de Alemania e Italia. Hay que enviar más voluntarios de todo el mundo, y, si es posible, entrenados militarmente y que sean capaces de formar al gran ejército que, sin duda, acabará poniendo en pie la República. Si esto no ocurre, está perdida.

Russell le escuchó con enorme atención.

—Quizá tengas razón.

Esa tarde, John consiguió un salvoconducto en el consulado español de Victoria Street y compró un billete de tren para viajar desde Londres hasta Cambridge la tarde del día siguiente. Telefoneó a su hermano Christopher, que llevaba varios meses estudiando en Londres, y quedaron en comer antes de su partida, en un pub de King's Road.

Por la noche, dirigió sus pasos hacia el barrio en donde había vivido con Ray. Se detuvo un instante bajo los balcones de la casa que compartió con ella, en Panton Street, y siguió hasta Red Lion Square. En los bancos de la plaza, bajo los árboles umbríos, dormían algunos vagabundos, lo mismo que antaño. Y el tabernero del Old Red Lion's Pub le reconoció al entrar.

—Mucho tiempo sin verle por aquí, muchacho.

—Ahora cambio de ciudad a menudo.

—Ah, eso es divertido. ¿Una pinta de cerveza roja?

—Veo que recuerda mis gustos.

—¿Y su novia?

—Nos separamos.

—Una pena, era bonita.

—Lo es todavía.

Acodado en el mostrador, pensó en Ray. Tal vez debería haberla llamado. Y percibió cuánto había cambiado en los últimos años. No sólo su propia vida, pues nunca más sería un estudiante, sino también su forma de mirar el paso del tiempo, como si el futuro no existiera y viviera él inmerso en la rotundidad de un presente que era como una gran plaza de la que no partían calles.

Le faltaban tres meses para cumplir los veintiún años.



Chris había llegado antes de la hora a la cita y esperaba en el King's Arms sentado junto a una mesa, cerca de la puerta, con media pinta de cerveza negra delante. Anhelaba ver a su hermano. Desde muy pequeños habían compartido casi todo: los juegos infantiles en la casa paterna, los torneos en los campos deportivos de Cambridge, las correrías de los veranos en Hunstanton, los fríos meses invernales de los

internados adonde Chris siempre iba al año siguiente de hacerlo John, ya que habían nacido con apenas catorce meses de diferencia. Para Chris, John cumplía una suerte de papel de mentor intelectual, mientras que él era mucho más diestro en los juegos atléticos y, sobre todo, en el críquet, un deporte que apasionaba a John en su adolescencia y que, sin embargo, practicaba con una torpeza rayana casi en el ridículo. A pesar de ello, era un muchacho fornido, delgado y fibroso. Y jamás rehuía la pelea.

Le vio al entrar con el aire de alguien que se ha perdido, ataviado con ropas desastradas. A John siempre le habían irritado los uniformes colegiales, como todo tipo de disciplina impuesta y de rutina, pero le gustaba vestir deportiva y decentemente; ahora, en cambio, parecía casi un mendigo.

Se golpearon en los hombros a modo de saludo, como cuando eran niños.

—Estás más gordo, Chris. ¿Se come bien en Londres?

—Y tú, más flaco. ¿No os alimentan en la guerra?

John se sentó.

—¿Qué te traigo? —preguntó Chris, que había permanecido en pie.

—Una pinta de *ale*.

—¿Quieres comer algo?

—Después de la primera pinta.

—Invito yo, que conste.

—Gracias, apenas tengo dinero.

Chris regresó y se acomodó frente a su hermano. John dio un trago largo del vaso mientras Chris contemplaba aquellas manos tan suyas y tan familiares: pequeñas, delicadas, casi femeninas.

—Hummm —murmuró John—. Si me faltaba algo en España eran la cerveza y el tabaco ingleses.

—Y ahora echas de menos la guerra, ¿no?

—No sé bien: quizá añoro mi vida allí, todo lo que tenía de incomprensible. Tú y yo hemos nacido y nos hemos criado para cosas muy distintas a lo que yo he vivido en España. Y sin embargo, me reconozco más en aquel mundo que en el mío. Los humanos somos seres extraños.

—Sé que *dadda* te ha dado su pistola.

John movió la cabeza, asintiendo:

—Ese gesto me conmovió.

—Te envidio, esa arma es uno de sus grandes orgullos.

—Es un intelectual, alguien alejado de la guerra.

—No te confundas. Le enorgullece que vayas a España. A él le hubiera gustado combatir en Troya.

—¿En qué bando?

Christopher sonrió.

—Le imagino junto a Aquiles.

John movió la cabeza, sonriendo a su vez.

Su hermano echó mano al bolsillo y sacó, doblada, una hoja de periódico.

—Te he traído algo —dijo—. Salió en *The Times*, mientras tú estabas en el frente.

John extendió el papel. Era una carta abierta que firmaban varios intelectuales; entre ellos, E. M. Forster, H. G. Wells, Cecil Day Lewis, Virginia Woolf y su marido Leonard. La misiva la encabezaba su padre, Francis Cornford, y en ella se denunciaba el trato que la prensa inglesa daba a la guerra española. El texto concluía así: «El gobierno español, repetimos, es un gobierno democrático, elegido por el pueblo, y está luchando contra el despotismo militar y el fascismo y por la libertad. Por eso nos preocupa gravemente que en muchos medios de prensa se informe tendenciosamente de la naturaleza de este esfuerzo y se trate de dirigir la simpatía de Gran Bretaña hacia los militares rebeldes, bajo el argumento de que el gobierno de España es bolchevique y comunista».[1]

—¡Vaya! —exclamó John cuando concluyó la lectura—. El viejo no me ha dicho nada.

—Hay más: *dadda* está organizando con otros escritores, entre ellos la señora Woolf, una campaña de ayuda a España con la compra de ambulancias; la llaman *British Medical Aid to Spain*. Creo que un sobrino de la Woolf, Julian Bell,^[2] se ha alistado para ir voluntario como conductor. ¿Le conoces?

—Coincidimos alguna vez en Cambridge: es marxista, aunque no del partido. Escribe poesía y es brillante. Pero pensé que estaba en China trabajando como periodista.

—Ha vuelto para incorporarse a la lucha en España. Creo que su grupo sale en diciembre para allá.

John volvió a ojear la hoja del periódico. Movi6 la cabeza.

—El viejo..., de modo que esconde un corazón de Aquiles. ¿Puedo quedarme la carta?

—Es para ti... Y si tuviera una pistola, también te la daría.

Rieron.

—Nunca ha sido sensato llevarte la contraria cuando has tomado una decisión —añadió Christopher—. ¿Crees que ganaréis esa guerra?

—No tengo la menor duda. Pero será largo y duro el esfuerzo. No sólo hay que luchar contra Franco, sino también contra Mussolini y Hitler. Ellos están muy bien armados, pero nosotros vamos a ser muchos más. En cuanto formemos un ejército disciplinado y contemos con armas, no podrán vencernos. La nuestra es, además, una causa justa.

—Tú has estudiado Historia, John, y sabes mejor que yo que en la guerra, como en la vida, no siempre gana la razón y el coraje no basta para derrotar la injusticia.

—Perderemos muchas batallas, pero estoy convencido de que ganaremos la última.

—En Cambridge eras pacifista.

—Es imposible serlo en estos tiempos. En todo caso, debemos pelear para lograr la paz.

—Las grandes revoluciones han sido sangrientas, sin excepción.

—Pero mucho menos que la del 1914-1918, por ejemplo. Compara el año 1917 en Leningrado con aquella. Y echa la cuenta del número de muertos. La revolución, en todo caso, es un conflicto armado que pretende alcanzar una paz, una armonía y una justicia eternas.

—¿Crees de verdad que alguna vez terminarán las guerras, John? Yo creo que son parte de la naturaleza humana.

—Los hombres hemos nacido para burlar la naturaleza, Chris. Y somos el sueño de un mundo mejor.



John comió un *steak and kidney pie* y Chris dos sándwiches de *roast beef*. John bebió aún otra pinta de cerveza.

Salieron a King's Road. Era un día cálido de fines de verano.

—¿Dónde vives, Chris?

—En una habitación, en el barrio de Chelsea. Hay metro hasta allí.

—Caminemos juntos hasta Victoria Station, ¿te parece bien? Mi tren para Cambridge sale a las siete.

—Con gusto te acompañaría a casa.

Hablaban del pasado y reían.

—Siempre me acuerdo de la escuela de Stowe —dijo Chris—. Tus notas eran excelentes, pero solías unirte a los peores estudiantes. Recuerdo una vez que planeabais tomar el poder en el colegio e instalar un autogobierno.

—Era casi un juego.

—Yo me lo tomé en serio. Y estaba dispuesto a seguirte.

—Vente a España.

Chris negó.

—No me atrae la idea de matar o morir. O tal vez sea demasiado cobarde. Con un Cornford que arriesgue la vida, ya hay bastantes héroes en la familia.

Cruzaron Trafalgar Square y entraron en los jardines de Saint James, en dirección al palacio de Buckingham.

John se quedó quieto un instante, con un gesto que le era muy característico: erguido, los brazos doblados y los puños cerrados.

—Odio pensar en que todavía tenemos en Inglaterra, a la cabeza del Estado, un estúpido rey. Y me pregunto qué hago aquí, en este miserable país, mientras en el campo andaluz o el aragonés los fascistas arrasan pueblos, violan a las mujeres republicanas y las bombas alemanas e italianas caen sobre poblaciones civiles...

—La mayoría de los ingleses no son de izquierdas, ya lo sabes.

—¿Y qué son, según tú?

—Ingleses.

Llegaron casi una hora después a Victoria Station.

—Aún tengo tiempo —dijo John mirando su reloj—. Pero prefiero decirte adiós ahora, las despedidas son amargas.

Se dieron la mano.

—Me gustaría abrazarte, John —dijo Chris.

—No sería muy británico. Pero lo haré yo.

Estrecharon sus cuerpos. John se separó el primero.

—Nos veremos —dijo.

—Sí —respondió Chris con un rastro de lágrimas en los ojos.

John hizo un gesto de adiós con la mano y entró en el bar de la estación.



Eran cuatro ingleses, un irlandés y un alemán. Se reunieron en un *basement* prestado por el Partido Comunista de Cambridge, una suerte de sótano en el centro de la ciudad con una mesa, varias banquetas y dos ventanucos que daban a la calle, por donde ocasionalmente veían pasar los zapatos y los tobillos de los peatones. A veces, cuando cruzaban las pantorrillas de una mujer, se oía un pequeño silbido entre el grupo de hombres.

John tan sólo conocía bien a su antiguo compañero del Trinity, Bernard Knox, y a John Sommerfield, un joven escritor que había publicado dos novelas y que practicaba con Bernard, como deporte, el tiro de fusil. Ambos habían dicho que sí en el momento mismo que John les propuso acompañarle a luchar a España.

—¿Y por qué eliges a un marxista tibio como yo que ni siquiera milita en el partido? —preguntó Bernard.

—Hablas algo de español, muy bien el francés y yo no sé ni diez palabras en ninguno de los dos idiomas. Me haces falta. Sabes disparar, además. ¿Y tú?, ¿por qué has aceptado?

—Me paso la vida leyendo sobre héroes: Aquiles, Áyax, Héctor, Ulises... Tengo ganas de ver a alguno de cerca. Además..., somos tres de Cambridge por uno de Oxford, una estadística que recordaré toda mi vida.

Sommerfield, que siendo aún muy joven había servido como marinero en un buque de carga, se sentía

orgulloso de su origen obrero y era miembro del Partido Comunista. Poseía un físico portentoso y, según Bernard, tenía la mejor puntería de su club de tiro. Decía saber un poco de francés.

—Es la ocasión de hacer algo por el proletariado mundial, —respondió cuando John le animó a unirse al grupo.

Los otros eran Paddy Burke, un actor de segunda fila que había nacido en Irlanda y estudiado en Oxford; Andrew Knight, un muchacho brioso miembro del partido y estudiante de Cambridge, y un artista alemán de nombre Helmut, que hacía poco se había instalado en la ciudad.

—Vamos a ser el primer grupo británico que combatirá en España junto a la República. Imagino que más adelante vendrán muchos más —comenzó a explicarles John—. Supongo que todos tenéis el pasaporte en regla. No vamos a luchar junto a los trotskistas del POUM, sino con hombres de las organizaciones comunistas de la Komintern llegados de todo el mundo. En Francia o en España nos dirán cuál es nuestra unidad.

Los otros asintieron.

Se volvió a Helmut.

—Me han dicho que eres partidario de Trotski.

—Lo soy. Pero no milito en sus filas.

—Puedes dejar el grupo ahora, si quieres. No combatiremos al lado de los trotskistas, es una decisión de mi partido.

—No me importa quién esté a mi lado cuando disparemos contra los amigos de Hitler.

—Saldremos el próximo 4 de octubre hacia Londres —siguió John— y, al día siguiente, tomaremos el tren para Brighton. Desde allí, por la noche, iremos en ferry hasta la costa francesa. Estaremos en París, espero, el día 6 por la noche. Nuestros camaradas franceses se ocuparán de nosotros una vez allí.

Encendió un cigarrillo y fumó con deleite.

—Nuestra misión es pelear —prosiguió John—. Pero también enseñar disciplina, dar ejemplo de valor, ayudar en la organización del Ejército popular... Ya os he dicho que el partido se hace cargo del transporte hasta Francia. Pero el equipo lo tenéis que pagar vosotros. Tomad nota de todo lo que hay que llevar. ¡Ah! Y, sobre todo, guardad el secreto de adónde vamos y quiénes somos.

Los hombres sacaron lápices y papeles.

—Ésta es la lista básica: todo el dinero que podáis, camisas, un jersey, calzoncillos y calcetines, chaquetón y unas buenas botas; jabón, toalla, navaja de afeitar, pasta de dientes y cepillo; un cuchillo, mochila ligera, las medicinas que consideréis de utilidad y naipes; alguno que lo tenga, que lleve un ajedrez; lo necesario para vuestras cartas personales y, sobre todo, ¡libros!

—¿Por qué libros? —preguntó Knight.

—Lo peor de la guerra, camarada —respondió John—, no es la escasez de casi todo, ni siquiera el peligro, sino el aburrimiento.

—¿Son guapas las españolas? —preguntó Sommerfield.

—Morenas, coquetas, alegres... Las mujeres más hermosas de la Tierra —contestó sonriente John mientras recordaba con tristeza a Montse, la chica muerta en Tierz con la que bailó aquella tarde, con torpeza, unos pocos compases de pasodoble.

Acordaron la cita en la estación para el día de la partida y se despidieron. Bernard Knox acompañó un rato a John camino de su casa.

—Has dicho que vamos a enseñarles disciplina... —señaló Knox.

—Es esencial. Los días que pasé en el frente me di cuenta de hasta qué punto es necesaria en aquella guerra. Atacábamos sin tener casi ni idea en dónde estaba el enemigo, sin un plan preciso. Grossi, el jefe de mi columna, era un hombre muy valiente e inteligente, pero su milicia era la peor organizada de

Aragón, creo. Era incapaz de dar el mínimo entrenamiento a sus tropas. Los trotskistas y los anarquistas están empeñados en hacer la revolución al tiempo que la guerra. Y eso es imposible: lo primero es ganar la guerra, todos unidos. Eso es lo que pensamos en el partido.

—Tú y yo no sabemos nada de estrategias y tácticas militares.

—Pero sí de disciplina. Los ingleses la aprendemos desde la cuna. Y será importante mantener una apariencia aseada.

—¿Crees que también deberemos enseñarles a afeitarse?

Rieron.

—No sé si tendrás tantas ganas de bromear cuando combatamos, Bern.

—A Sommerfield también le gusta hacer chistes, más que ninguna otra cosa. Espera a conocerle. Ya viste cómo silbaba cuando cruzaban las chicas sobre nosotros hace un rato. Y por cierto, ¿qué libros vas a llevar, John?

—*El Capital*, de Marx, y las tragedias de Shakespeare. ¿Y tú?

—¿Qué podrías esperar? *La Ilíada* y el *Anábasis*... Y voy a releer allí una traducción del *Quijote*. ¿Lo conoces?

—Sólo algunos pasajes de un volumen sobre literatura española que leí en la escuela de Stowe, en la adolescencia. Dicen que es el Shakespeare español.

—No es igual, aunque al parecer murieron el mismo día. Shakespeare retrata la inmundicia del alma, el asesinato, la traición, la maldad, y todo lo más, en ocasiones, la ingenuidad de un corazón enloquecido, como en *Hamlet*. El *Quijote* busca dibujar lo más noble que hay en nosotros; ridiculizándolo, eso sí. Por eso su personaje es un loco: porque hay que estarlo para tratar de encontrar en el espíritu del hombre un rastro de moral.

—¿No crees en ella?

—Sólo en la ética.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Que la primera te la imponen o se hereda, y la segunda se construye individualmente.

—Intercambiaremos libros.

—Los que quieras. Pero no me pases *El Capital*, por favor. Con Shakespeare me basta para aguantar sin aburrirme cinco o seis guerras.



Esa mañana se despidió de Helena, Hugh, Clare y su madre. Presentía que su padre no iba a estar presente y acertó. Tan sólo había dejado una breve nota:

Suerte, muchacho. Y vuelve.

DADDA

—Mata unos cuantos enemigos —dijo Hugh.

—De mayor seré comunista, como tú, señaló la pequeña Clare.

—¿Te casarás antes de que vuelva? —preguntó John a Helena.

—Esperaré; quiero que seas mi testigo principal.

Su madre le besó levemente. A John le extrañó su consejo:

—Cuídate, no te espongas inútilmente.

—Echaré de menos tus tazas de té.

Poco después de levantarse, había telefonado a Margot. Fue una conversación breve:

—Escribe, por favor —pidió ella.

—Lo haré. Te quiero, eres lo que más quiero en el mundo.

Ella no respondió.

—¿Y tú? —preguntó él—, ¿no dices nada?

—Estoy llorando, John. No te dejes matar, por favor.

—Procuraré hacerte caso.

Besó al pequeño James en la frente antes de salir de la casa con la mochila al hombro.



Ray estaba en Victoria Station cuando el grupo llegó desde Cambridge. Faltaba un cuarto de hora para la salida del tren a Brighton y, al verla, John sintió una insospechada alegría. La abrazó sin preámbulos.

—No imaginé que estarías —dijo al separarse de ella.

—La imaginación nunca fue tu fuerte.

Ray mantenía una sonrisa jovial, quizá forzada. Miró hacia los lados, algo nerviosa.

—Espero que...

—No, Margot no está aquí.

—Yo tampoco pensaba venir, ya sé que no te gustan las despedidas. Ignoro la razón, pero no he podido evitarlo.

—Has hecho bien.

—¿Cómo está el niño?

—Guapo, como tú. Moreno como los dos.

—Iré a verle dentro de unos días.

Dudó.

—Te encuentro bien, pareces contento.

—Siento que estoy haciendo lo que en estos tiempos debe hacer todo comunista: ir a España.

—¿Me escribirás algún día?

—Lo haré.

—Cuida de tu vida.

Él rio.

—Es la frase que más he oído decir en los últimos tiempos.

—Adiós, John.

Ray dejó un beso ligero en sus labios y se alejó por el andén, casi corriendo, sin volver la cabeza.



Apenas durmió. Tendido en la litera de su camarote, mientras oía los cercanos ronquidos de Bernard, pensaba que, de nuevo, como en los días del frente de Aragón, se encontraba enormemente solo. No obstante, al mismo tiempo, ese sentimiento le provocaba orgullo de sí mismo. Nadie le obligaba a ir otra vez a España a jugarse la vida; pero pensaba que la grandeza de todo lo humano reside en no aceptar muchas de las limitaciones que la naturaleza le impone. La opinión de los otros le importaba ahora menos que nunca: había aprendido a disfrutar del hondo significado de la independencia.

Salió varias veces a cubierta y encendió sin cesar un cigarrillo tras otro. En la noche cerrada, apenas

se vislumbraba el mar. Tan sólo podía distinguir, golpeando el costado de babor del ferry, el oscuro movimiento de las olas.

Por la mañana, después de desayunar té y tostadas en la cantina de popa, los altavoces anunciaron la llegada a Dieppe. Se asomó con Bernard a la borda de estribor para contemplar la costa grisácea. Un manto de nubes feas y uniformes cubría el cielo. La humedad se pegaba al cuerpo como una capa de sudor frío.

—Francia... —dijo John—, ¿cuántos jóvenes ingleses murieron aquí en la Gran Guerra, Bern?

—Una generación entera.

—Y para nada.

—John... Al unirnos a ti, nos preguntaste a todos por qué queríamos ir a España. Pero tú no nos diste tus razones.

—Luchar contra el fascismo.

—Algo más.

—No sé. Todo me pedía quedarme en Inglaterra: mi familia, los amigos, mi compañera, mi hijo... Pero me llama esta guerra. Y me atrae sin remedio esta España torva, cruel y de piel reseca. Hay algo secreto que contiene ese país que no encuentras en Inglaterra. Y no sabría decirte qué es, pero se parece a un latido ignorado que también habita en mi interior.

—Quizá sea el amor a lo imposible... Eso decían de Antígona.

LA MARCHA

*Veréis llanuras bélicas y páramos de asceta
—no fue por estos campos el bíblico jardín—:
son tierras para el águila, un trozo de planeta
por donde cruza errante la sombra de Caín.*

ANTONIO MACHADO,
«Por tierras de España»

Andalucía, Extremadura y Madrid, agosto-noviembre de 1936

—En la guerra todo va muy rápido, Algabeño —dijo Cañero—: hace dos días estábamos matando rojos en Puente Genil y hoy nos vamos a liberar Madrid. Resulta emocionante vivir así.

Era el lunes 3 de agosto, cercana ya la noche, y los dos rejoneadores formaban al frente de sus partidas de caballistas en la explanada principal del parque de María Luisa, junto a una imponente fuerza militar: la columna del comandante Castejón.

—A veces no sé qué prefiero: si una buena pelea o una buena hembra —respondió el Algabeño.

—Las dos son palabras femeninas. Y a mí, a veces, delante del toro se me pone gorda. ¿No te pasa?

—La verdad es que no me he fijado, Antonio. Pero me excita, sí.

—Guerra, sexo, toreo... Todo se parece un poco. Somos unos privilegiados, José: siempre montando a lomos de la pasión. —Cañero acarició el cuello de su cabalgadura—. Y siempre optando entre el valor y el miedo. Pero todo corre tan aprisa que a menudo detecto el vértigo en mi ánimo.

—Yo siento, sin embargo, como si llevara casi toda mi vida en armas. Y hace apenas dos semanas que hemos empezado a combatir.

—Si tomamos Madrid, durará poco; volveremos al ruedo.

—Tal vez sea menos arriesgado que enfrentarse a hombres.

—Y más aburrido. Pero, de momento, esta guerra hay que ganarla.

José miró alrededor, alzó el brazo, apuntó con el dedo índice hacia delante y fue dibujando el horizonte de vehículos, caballos, tropas y piezas de artillería.

—Con todo esto..., ¿no crees que es imposible perderla?



Desde que Sevilla y los pueblos cercanos quedaron controlados por los rebeldes, las tropas de África no habían dejado de cruzar a la Península a través del puerto de Algeciras y del aeródromo sevillano de Tablada. Eran fuerzas legionarias y marroquíes, profesionales disciplinados y bien pertrechados que dirigían oficiales españoles. Y el general Franco, cada día afirmándose más como jefe *in pectore* del alzamiento militar, decidió que debía emprender de inmediato el avance hacia la capital española, en donde había fracasado el golpe de Estado, con las fuerzas que llegaban de África y la ayuda en armamento y aviación de Alemania e Italia. La marcha de la conquista comenzaba en Sevilla, por el sur, mientras que en el norte, desde Castilla y Navarra, descendían las formaciones del general Mola. El plan estratégico quedaría cerrado cuando se produjera el enlace, en las cercanías de Madrid, de los dos contingentes armados. A partir de ese momento, la ciudad podría caer en sus manos y el resto de la guerra, rendida la capital, no sería más que una operación de limpieza.

Se dispusieron tres poderosas columnas que atacarían por la antigua Ruta de la Plata, camino de

Extremadura, a fin de tomar Badajoz, para doblar luego hacia el este, rumbo a Madrid. La operación la dirigía el teniente coronel Yagüe y la tropa que iba a cubrir el flanco izquierdo del avance marchaba bajo el mando del teniente coronel Asensio, compuesta en su mayoría por vehículos motorizados. El ala derecha quedaba a cargo del comandante Castejón, cuya tarea se concentraba en la ocupación física de los pueblos. Ambas formaciones partieron de Sevilla los días 2 y 3 de agosto, respectivamente. Una tercera fuerza, a las órdenes del teniente coronel Tella, lo haría el día 9.

Las órdenes de Franco se resumían en tres palabras: rapidez, decisión y energía. Y no se harían prisioneros que dificultasen la marcha. Castejón contaba con cien camiones, un número parecido de vehículos requisados a los republicanos de Sevilla, unos cuantos carros de combate y efectivos de a pie y de caballería de la 5.^a Bandera de la Legión, el 2.^o Tabor de Regulares, artillería ligera en cureñas tiradas por mulas y una compañía de ametralladoras, así como las secciones destinadas a tareas de intendencia, sanidad e ingeniería. Además, la columna incluía dos partidas de caballistas, que ya constituían parte del Ejército regular bajo el nombre de Policía Montada de Sevilla, a las órdenes del comandante Erquicia y dos capitanes, con Carranza y el Algabeño integrados en cada uno de los grupos. En total, los efectivos de Castejón se acercaban a los dos mil hombres.

La primera columna, la de Asensio, había salido de Sevilla el día anterior a la de Castejón, como estaba previsto. Y ahora, los legionarios, marroquíes y caballistas esperaban en la explanada la llegada del general Queipo de Llano, que iba a presidir la ceremonia de la despedida. Olía a una mezcla de flores de galán de noche y a excrementos de caballería.

El cornetín tocó a formar, la voz de firmes corrió de compañía en compañía por la plaza y, bajo los acordes de la *Marcha de Infantes*, el espigado general Queipo de Llano desfiló a pasos largos entre los hombres armados que le rendían honores. La arenga fue breve y cargada de sombríos augurios:

No habrá piedad para los enemigos de España. Al terror rojo se responderá con la rigurosa justicia militar y la ley de la guerra, que no es otra que segar la vida del enemigo. No se trata tan sólo de vencer, sino de extirpar el mal allí en donde el marxismo ha prendido. ¡Venced en Madrid, pero también matad, soldados de España! Aquellos que caigan en la batalla siempre estarán en nuestros corazones. Y los que regreséis a Sevilla, ¡hacedlo envueltos por el clamor de la victoria! ¡Viva España!

Casi dos mil voces respondieron unánimes al grito.

Una luna grande y roja, que parecía sangrar, brillaba sobre las aguas negras del Guadalquivir cuando la nutrida tropa cruzó el puente de Triana y enfiló la Ruta romana de la Plata.

Se oyó la voz imperiosa de Castejón dando la orden de partida:

—¡A Madrid!



Llegaron al Ronquillo con las primeras luces del amanecer del día 4. El avance fue más lento de lo previsto, pues los republicanos habían volado varios puentes que la columna de Asensio hubo de ir reparando a su paso. El Ronquillo era un pueblo casi desierto y en las ventanas y balcones de las casas flameaban los pañuelos y las sábanas blancas en señal de rendición. Los marroquíes regulares entraron los primeros, sacando de sus casas a los pocos habitantes que quedaban: tan sólo viejos, niños y enfermos. Castejón recorrió las filas de civiles asustados, interrogó a dos ancianos, en cuyos bolsillos fueron encontrados sendos carnets de la FAI anarquista, y decidió continuar la marcha.

—¿No los ejecuta? —preguntó Cañero.

—No vamos a gastar munición con gente que ya no sirve para la guerra —respondió el comandante.

Al atardecer entraban en el pueblo de Monasterio, ocupado el día anterior sin resistencia por Asensio.

Sus marroquíes habían fusilado a media docena de izquierdistas y la gente aclamó en las calles el paso de Castejón y sus hombres, en cuyo homenaje corrió el vino y hubo abundancia de quesos y embutidos.

Castejón ordenó el descanso de su gente. Ya tenía noticias de que en la cercana localidad de Llerena, en territorio de Extremadura, los republicanos habían decidido resistir. Y el comandante legionario se disponía a ganar el título con el que su contingente militar sería conocido en los siguientes meses: «la Columna de la Muerte».



Hubo una refriega antes de alcanzar la villa. Las tropas de Castejón habían recorrido de noche la carretera que iba a Llerena y, poco antes del alba, sus avanzadillas detectaron movimientos del enemigo. El militar dispuso una primera línea defensiva, compuesta por moros regulares en la vanguardia, y en una segunda, dos compañías de la Legión y un escuadrón de Caballería, apoyado por la sección en donde figuraban los hombres del Algabeño. La idea era contener un posible ataque enemigo y, una vez conseguido, lanzar sobre ellos la caballería.

Pero no fue preciso. Los hombres que avanzaban hacia ellos no pasarían de un centenar y pronto se oyeron sus gritos de vivas a España y vivas al Ejército. Era un contingente de la Guardia Civil de Llerena que, al mando de un capitán, se pasaba al bando de Castejón. Con ellos traían una veintena de prisioneros republicanos.

El comandante los recibió efusivamente. José se mantuvo cerca del oficial desertor mientras éste informaba de la situación en el pueblo:

—Hay unos seiscientos milicianos mal armados, casi todos comunistas y anarquistas. Sólo cuentan con escopetas de caza, pistolas, sables, navajas y, eso sí, abundancia de cartuchos de dinamita de las minas. Creo que se harán fuertes en el Ayuntamiento y también en la iglesia. Están advertidos de su llegada.

—Y usted y sus hombres, ¿cómo lograron salir?

—Un engaño. Les dijimos que íbamos a volar el puente de la Ribera para dificultar su ataque y nos creyeron.

—¿Y los presos?

—Milicianos que venían con nosotros... —sonrió—, supuestamente a poner las cargas de dinamita.

Castejón se dirigió hacia uno de sus mandos:

—Teniente: forme un pelotón de moros y fusilen a todos esos rojos de inmediato.

Luego se volvió de nuevo al guardia civil.

—¿Dónde está el puente? —preguntó mientras desplegaba su mapa ante el oficial.

—Aquí —señaló con el dedo el guardia civil—, un kilómetro antes del pueblo, más o menos. Y ya habrán enviado gente a volarlo al ver que nosotros no lo hemos hecho. Algunos de los milicianos que nos acompañaban consiguieron regresar a Llerena.

Castejón miró al Algabeño.

—¿Quiere ganar un poco más de fama, matador?

—Siempre me atrajo la gloria, mi comandante.

—Adelántese con una docena de jinetes y limpie el puente de enemigos y de dinamita.



Cargó con saña, el fusil pegado a la cintura y sujeto al hombro por la bandolera, rugiendo casi, como un león enfurecido. Sus caballistas le seguían aullando, embriagados por un instinto vesánico. Y los

adversarios que iban colocando cargas de dinamita bajo los pilares del puente huyeron aterrados por la carretera sin alcanzar a prender la mecha de ninguna de ellas.

Fue muy sencillo darles caza. José enfundó el arma en la silla después de derribar a tiros a un par de milicianos y desenvainó el acero. Se sintió henchido de orgullo, rebosante de valor, cuando cortó el cuello a otros dos con los mandobles precisos del acero. Y dio la orden de retirada cuando ya casi los alcanzaban, desde Llerena, las primeras descargas de fusilería.

Tan sólo lograron ganar el pueblo media docena de los veinte enemigos que habían tratado de destruir el puente.

Al regreso, José encontró a Cañero junto a Castejón.

—¿Mucha resistencia, Algabeño? —preguntó el rejoneador cordobés.

José sonrió y tan sólo le mostró la hoja del sable manchada de sangre. Después, se dirigió a Castejón:

—Pero el paso del río está limpio, mi comandante.



Las tropas rebeldes llegaron a las murallas árabes de la ciudad sin ninguna oposición. Castejón dispuso sus baterías y, durante cerca de media hora, bombardeó sin pausa el centro de Llerena. Gentes aterradas escapaban del pueblo por las puertas de los viejos muros. Merced a las informaciones que les daban algunos de los paisanos que huían, los atacantes supieron que los defensores se habían refugiado en el Ayuntamiento y el templo de Nuestra Señora de Granada. Y allí se concentró la cañonería antes de que Castejón ordenara la ofensiva final.

En vanguardia entraron los vehículos blindados, ametrallando las plazas y las calles principales. Y tras ellos se produjo la acometida de los legionarios y los regulares, provistos de granadas de mano y con las bayonetas caladas en los fusiles. Llovieron cartuchos de dinamita sobre los asaltantes desde la torre mudéjar de la iglesia, pero un tiro de cañón destruyó la parte alta del santuario, en donde se había concentrado el núcleo principal de la resistencia. Los combates apenas duraron una hora y los muertos republicanos, unos ciento cincuenta, quedaron apilados en la glorieta de San Juan, mientras que dos decenas de hombres y mujeres, señalados por los vecinos como gentes de izquierdas y liberales, eran ejecutados junto a los soportales blancos del consistorio. José y Cañero asistieron al espectáculo final de la caída de Llerena sin llegar a intervenir en la batalla con sus partidas de caballistas.

Castejón no concedió tiempo a sus hombres para el pillaje. Tenía prisa por llegar antes de la anochecida al cercano pueblo de Fuente de Cantos. Allí, dos semanas antes, el intento de golpe militar había fracasado y la represión contra los derechistas de las autoridades populares y las milicias había sido particularmente sangrienta. La multitud quemó los archivos de las notarías, el registro civil y los juzgados, y se decretó la propiedad colectiva de las tierras. En la iglesia principal fueron encerrados más de cincuenta hombres y mujeres acusados de fascistas, y, rociada de gasolina, se le prendió fuego. Casi una veintena de prisioneros murieron abrasados en el interior.

Castejón tomó Fuente de Cantos a media tarde, sin apenas encontrar resistencia. Lo dejó en manos de regulares y legionarios durante un par de horas, después de ordenar la ejecución de veinticinco personas por cada uno de los derechistas asesinados quince días antes. En las tapias del cementerio fueron ajusticiadas más de trescientas personas. Después, durante un par de horas, los soldados mercenarios rompieron a culatazos las puertas de las casas, violaron a numerosas mujeres y fusilaron a capricho. A la mayoría de ellos no les cabían en las mochilas los objetos saqueados en las viviendas.

La vida en Fuente de Cantos se disolvió aquella noche entre lágrimas y llamas. Las ejecuciones ocasionales de civiles continuaron hasta la proximidad de la madrugada. Un periodista sevillano, Manuel

Sánchez del Arco, que acompañaba a la tropa de Castejón, escribió arrebatado de lirismo: «En ellos se cumple la ley de la guerra y la noche serrana se ilumina con unos fogonazos».

El siguiente objetivo era Zafra.



En Zafra los recibieron con pañuelos blancos en señal de rendición. Las autoridades republicanas y los cuadros políticos de la izquierda habían aconsejado a la población entregarse sin lucha, antes de quemar los archivos del Ayuntamiento en la plaza y de huir, esa misma tarde, hacia Badajoz.

Castejón llegó a las tres de la mañana del día 7. Todavía la luna, en su tercer día de menguante, no había perdido mucha de su fuerza y se distinguían con claridad los trapos blancos flameando en la mayoría de los balcones y en las torres de las iglesias, sobre las calles desiertas. Castejón inició el asalto con el bombardeo de la catedral y la estación ferroviaria antes de dar la orden de cargar a los caballistas. Pero apenas hubo respuesta al ataque, si acaso algunos disparos sueltos y muy espaciados. Luego, los moros y legionarios iniciaron su tarea de «saneamiento», ejecutando a cerca de ciento cincuenta hombres en cuyas casas encontraron armamento. Al amanecer, casi todos los habitantes de Zafra habían salido de sus casas y muchos saludaban con un brazo alzado al modo falangista, mientras otros aplaudían a los soldados cuando pasaban ante ellos sin cesar de gritar vivas a España y al Ejército.

Castejón ordenó la salida de la cárcel de medio centenar de derechistas y los reunió en el salón principal del Ayuntamiento. Rodeado de oficiales, distribuyó los nuevos cargos locales entre los terratenientes y ricos de Zafra. Con ellos andaba un cura de mediana edad, locuaz y moreno, que llevaba un revólver al cinto.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó el comandante con aire zumbón.

—Pedro Galán Bermejo, párroco de la iglesia de la Candelaria, a sus órdenes.

—¿Y la pistola?

—Para aviso de marxistas. ¿Necesita un capellán?

—Únase a nosotros si quiere. Siempre nos hacen falta curas que den confesión y comunión a quienes lo piden antes de morir.

—También tengo plomo para quien lo merece —dijo el clérigo palmeando la cacha del revólver.

—Eso es cosa suya, padre.

El comandante se dirigió a los otros:

—Esta columna es una tropa justiciera y tiene una norma: en cada pueblo que liberamos de las hordas rojas, el uno por ciento de la población debe ser ejecutada. De modo que, si en Zafra hay seis mil habitantes, tendremos que fusilar a sesenta más o menos. Vayan, pues, apuntando en una lista los nombres de izquierdistas que crean ustedes que merecen la muerte. También les dejo la opción de tachar a aquellos que hayan escrito otros antes que ustedes. Pero, por cada uno borrado, tendrán que poner tres nuevos. Les doy tiempo hasta mediodía. A las doce saldremos camino de Almendralejo con los prisioneros que designen.

Durante las siguientes tres horas, el saqueo se extendió por los barrios que señalaban los derechistas. A las once y media se repartió rancho entre los soldados. Y una compañía de regulares improvisó un pequeño desfile, acompasando el paso al ritmo de sus tambores y ululares.

La fuerza militar salió de Zafra pasado el mediodía, con Castejón a la cabeza. Cerrando la marcha, carretera adelante, algo más de medio centenar de presos formaban recua con las manos atadas. Cada medio kilómetro, un pelotón de moros apartaba a siete de ellos y los ejecutaba junto a las cunetas, después de que el sacerdote Galán pronunciara un brevísimo responso. Él mismo se ocupó, alternando

con el oficial responsable de la tarea, de ejecutar los tiros de gracia.

Ocho veces se repitió la ceremonia. Los cadáveres quedaban abandonados en el mismo lugar en donde habían caído. Horas después, grupos de habitantes de Zafra, la mayoría viejos y mujeres, muchos de ellos llorando, acudieron con carros para recoger a los muertos, casi todos hijos o nietos suyos, y trasladarlos al cementerio.



En Almendralejo, el golpe del 18 de julio también había fracasado y veintiocho derechistas, presos en un convento, perecieron en los días siguientes, quemados vivos, cuando las milicias prendieron fuego al edificio. Castejón llegó el día 8 y, tras un intenso bombardeo, ordenó a las vanguardias moras y legionarias cargar sobre la villa. La caballería quedó en la reserva, pues las calles del centro eran muy estrechas y los francotiradores contaban con numerosos escondrijos desde donde disparar a los jinetes.

Cuatro horas duró la batalla. Los últimos resistentes se refugiaron en la iglesia principal. Pero Castejón no dudó. Ordenó que se colocaran en sus muros cargas de trilita y la voló casi al completo. Todos los defensores se rindieron al instante y, trasladados a la plaza de toros, fueron fusilados en la arena. El pillaje y las violaciones duraron hasta la noche.

Antes de partir, los falangistas de la localidad entregaron la lista con la cuota de ejecuciones asignada para la población. Más de medio centenar de hombres fueron pasados por las armas.

La marcha seguía entre poblaciones vacías de habitantes, campos de cultivo abandonados, huertas comidas por los yerbajos y frutos podridos en las ramas de los manzanos y perales. El día 11, las columnas de Asensio y Castejón tomaron Mérida. Habían recorrido casi doscientos kilómetros desde Sevilla y conquistado una ancha franja del territorio andaluz y extremeño. Todo ello en poco más de una semana.

El teniente coronel Yagüe se trasladó a Mérida una vez pacificada. Traía órdenes de Franco, instalado ya en Sevilla: había que atacar y tomar Badajoz, que había continuado leal a la República. Asensio avanzaría por el norte y Castejón lo haría por el sur.



En la amplia plaza porticada, nadie hubiera dicho, aquella noche, que Mérida fuese una ciudad en guerra de no ser por la presencia de numerosísimos soldados que llenaban las terrazas de los bares y tabernas, disfrutando del frescor de la brisa que llegaba del cercano río Guadiana. Había pocas luces en la explanada y, en lo alto, un gajo tímido de luna apenas lograba competir con el fulgor alegre de miríadas de estrellas. Del interior de algunos locales salía música, por lo general coplas andaluzas. Casi todos los hombres que tomaban vino y cerveza en las sillas metálicas de tijera de las terrazas eran legionarios, pero en un rincón apartado de la rotonda se refugiaba un grupo de marroquíes que fumaban kif, bebían té de hierbabuena e intercambiaban joyas, relojes y múltiples objetos fruto de su pillaje en los pueblos conquistados.

Había una buena cantidad de muchachas que aceptaban alegres las invitaciones de la tropa invasora a sentarse a su lado. En una mesa del café que les pareció más elegante, el Algabeño y Cañero trasegaban un caldo recio y picaban rodajas de chorizo y salchichón, y tacos de jamón y queso, con cuatro chicas de la ciudad. Las jóvenes comían con buen apetito y, cuando un plato se acababa, los dos toreros pedían al mozo una nueva ración.

—Mucho tiempo sin llenar el estómago, ¿no, señorita? —preguntó José a una de ellas.

Parecía la más joven de las cuatro y tal vez no alcanzaba los dieciocho años. Era morena de pelo, muy clara de piel, labios de hiriente rojo carmín y pequeños pechos que se le marcaban con firmeza bajo su blusa amarilla.

—No se hace ni idea del hambre que se ha pasado en Mérida.

—¿Y de dónde ha salido tanto embutido? —preguntó Cañero.

—Cosa de milagro —respondió una muchacha—. Yo creo que los taberneros lo tenían escondido para cuando llegaran ustedes.

—¿Y quién sabía que íbamos a venir?

—Toda Mérida los estaba esperando —añadió la chica con un gesto de coquetería.

A José le gustaba la morenita. Hizo por apartarla un poco, arrimando su silla a la de ella. La chica le sonrió sin timidez.

—¿Tienes novio? —preguntó José.

Ella encogió los hombros.

—Tuve algo parecido, sin llegar a tanto. Él vivía en Alange, un pueblo de aquí cerca.

—¿Vivía, dices?

—Lo mataron los rojos el día de la rebelión militar; bueno, del glorioso alzamiento... Tenía viñas, ¿sabe usted?, su padre era rico.

—Vaya, una pena. ¿Estabas muy enamorada?

—No mucho. Pero era buen partido.

—O sea, que andas suelta.

—Eso.

—Y yo, ¿qué te parezco?

—Es usted..., no sé, algo mayor..., aunque viril.

José sonrió.

—No te imaginas cuánto. ¿Te parezco atractivo?

—Puede que sí...

—Tú eres muy bonita.

—Eso me dicen.

—Tengo todo el dinero que necesites, tanto como para que te hartes de comprar jamones. Y es nacional, que vale más que el de la República, que ya no sirve de nada. ¿Quieres doscientas pesetas?

—En mi casa abunda el hambre.

—¿Dónde podemos ir?

—Hay una pensión aquí cerca de una mujer que conozco. Pero luego tengo que volver a casa esta noche, no muy tarde. Mis padres...

—En un rato despachamos. Termina de comer y vamos allá. ¿Lo has hecho antes?

—Una vez, hace un año. Con el que era mi novio. No soy virgen, si es lo que querías saber.

—Mejor así. Los estrenos están bien para las bodas, pero nada más. No me has dicho tu nombre.

—Virtudes. ¿Y tú?

—José —respondió, riendo mientras miraba con descaro los pechos de la muchacha—. Se presienten tus virtudes, niña.

Cuando se levantaron para irse, un par de minutos después, Cañero le miró con sorna.

—Vaya, ¿de paseo al río con la bella morita?

—Un rato. Nos vemos mañana con la tropa.

—Me dejas solo con tres, voy a tener que echar a suertes.

—Será que no eres lo bastante hombre...

El cordobés le respondió con una carcajada.



Tenía la tersura y el aroma de los melocotones, pensó José mientras acariciaba la areola rojiza del seno derecho de la chica y ella gemía levemente. En la penumbra, distinguía el blancor de su piel y la mancha grande y oscura del vello del vientre.

—Como una maceta de geranios azules —dijo en el oído de Virtudes.

Ella pareció no oírle.

José acercó los labios al pezón izquierdo. Lo lamió despacio mientras su mano derecha descendía y el dedo índice se abría paso entre el vello púbico de la muchacha y alcanzaba la vulva húmeda y caliente. Lo hizo girar en círculos suaves mientras aumentaba el ritmo del movimiento de su lengua. Y pronto oyó un quejido hondo surgiendo de la garganta de la muchacha. Esperó a que se relajara, besándola suavemente en el cuello, y después se echó con delicadeza sobre ella. La chica se abrió a él, húmeda y cálida.



En la hora de la partida, al día siguiente, José colocó su yegua Chata junto a Satán, el caballo de Cañero. El cielo tenía un tinte rosáceo que iba coloreando en naranja algunos penachos de nubes viajeras. Se guiñaron los ojos.

—¿Qué tal la morita? —dijo Cañero.

—Una delicia. Jugosa, caliente..., carne de dulce fruta fresca. ¿Y tú?

—¿Qué puede esperarse de un hombre? Me dieron una buena paliza entre las tres.

Rieron. José aspiró el aire cerrando los ojos, se llenó los pulmones de brisa mañanera.

—Nunca gozaremos de un tiempo como éste, Antonio. La guerra, el amor, el sexo, la violencia, las cabalgadas, te burlas de la muerte, sientes olor de pólvora... y el de los melocotones. ¿Crees que hay vida mejor?

—No es fácil, Algabeño.

—Sólo envidio una cosa. Nunca se lo he dicho a nadie: la aviación. Quisiera volar. Cuando acabe todo esto, tal vez me haga piloto.

—¿De caza o bombardero? —dijo Cañero burlón.

—Da igual. Volar, imaginarme a ratos que me parezco a Dios, percibir que puedo dominar la tierra.

—Yo prefiero cabalgarla. Nada hay más temible y más hermoso que un hombre sobre su caballo.

José señaló al cielo.

—Me veo a mí mismo ahí arriba, igual que si galopara entre el fuego y el humo.

—¿Te ha vuelto loco ayer la niña mora? Despabila, torero. Y cabalga.



El día 13, el *Diário de Lisboa* publicó una crónica de su corresponsal en la frontera española, Mário Neves, en donde se leía: «Mañana, Badajoz amanecerá con el estruendo de los cañones, si es que consigue dormir esta noche».

La ciudad cayó en poder de los rebeldes el 14, y el mismo periodista entraba en Badajoz y escribía:

Acabo de presenciar tal espectáculo de desolación y pavor que tardará en borrarse de mis ojos. [...] Se trata de una de las guerras más duras que la historia registrará. [...] Un gran silencio envuelve la ciudad, que empieza a despertarse de una gran pesadilla.

En su última crónica, fechada en Badajoz el 17, Neves decía:

Voy a marcharme. Quiero dejar Badajoz cueste lo que cueste, lo más rápido posible y prometiéndome solemnemente a mí mismo que no regresaré nunca. Por muchos años que me mantenga en la vida periodística, jamás se me presentará, realmente, acontecimiento tan impresionante como el que me ha traído a estas tierras ardientes de España y que ha logrado destemplan completamente mis nervios.

Y concluía su reportaje en el cementerio, ante los cadáveres de más de trescientos fusilados que habían sido incinerados. Al lado del periodista, un sacerdote impartía bendiciones a los ajusticiados. «Comprendo que no es agradable la visión —comentó el cura a Neves—. Pero merecían esto. Y quemar sus cuerpos es una medida de higiene indispensable.»



Los bombardeos sobre Badajoz, con el uso de potentes piezas de artillería y la participación muy activa de la aviación llegada de aeródromos portugueses, comenzaron en el amanecer del día 14 y se extendieron durante toda la mañana. Muchos edificios públicos, la catedral y los barrios populares sufrieron graves daños y los muertos se contaron por decenas. Un buen número de militares profesionales del Ejército leal desertaron y se pasaron a las filas de Castejón, con lo que la defensa de la plaza quedó casi únicamente encomendada a las milicias. Y poco después de las cuatro de la tarde, el teniente coronel Yagüe dio la orden de ataque a las columnas de Asensio y Castejón, formadas cada una de ellas por unos dos mil quinientos hombres, que iban a enfrentarse a un contingente guerrero más numeroso pero peor armado y carente de formación militar.

Las viejas murallas pacenses, reforzadas con sacos terreros y protegidas por alambradas, resistieron los primeros envites de las tropas franquistas. Pero en una segunda oleada ordenada por Castejón, sus soldados lograron conquistar los cuarteles de Menacho y la Bomba, en el exterior de los muros, y abrirse camino en las defensas republicanas junto a la puerta de la Trinidad. Más tarde, aquella posición se la conocería como «Brecha de la Muerte».

Lucía un sol de hierro. Legionarios y regulares se confundían en la avalancha de atacantes y eran muy numerosos los que caían muertos o heridos desde los encuentros iniciales con los defensores. Un polvo ceniciento se alzaba desde los muros y se enredaba en los altos de la urbe con las humaredas negras provocadas por los bombardeos. Olía a pólvora, el aire se poblaba de las voces de los fusiles y una ensordecedora grito mezclaba los vivas a la muerte de los legionarios, los clamores a favor de la República de los milicianos y el intenso ulular de las gargantas musulmanas. En las trincheras, confundidos los asaltantes y los resistentes en la lucha cuerpo a cuerpo, estallaban granadas de mano, brillaban gubias y bayonetas, se escuchaban alaridos de terror, súplicas a Dios y maldiciones al diablo.

Bajo el mando del comandante Erquicia, la Policía Montada de Sevilla, con el Algabeño y Cañero en cabeza, cruzó la brecha, aullando furiosa, los sables como las púas enhiestas de un puerco espín, pisoteando cadáveres y heridos, tratando de distinguir, antes de lanzar sus mandobles, quiénes eran amigos y quiénes enemigos, envuelta por aquella algarabía, sordos ante los lamentos que suplicaban gracia, los aullidos de pavor, el clamor de los heridos, los disparos, las explosiones y los juramentos. Costaba trabajo sujetar a los caballos, nerviosos en medio de aquella confusión que los rodeaba mientras avanzaban sobre los cuerpos de los hombres tendidos, con la sangre manchando sus espolones. José

sintió el lametón cálido de un proyectil rozando su sien izquierda y distinguió al oficial republicano que acababa de dispararle con su revólver, a menos de dos metros de distancia, y que ahora trataba de encajar un nuevo cargador en su arma. Picó espuelas y se abalanzó sobre él, derribándole antes de que lograra alistar la pistola para tirar otra vez. Un solo golpe del acero bastó para partirle el cráneo.

Vio morir en su cercanía al teniente legionario Gómez Rubio, que había llegado en avión desde Alhucemas dos semanas antes y al que José, noches atrás, había oído cantar, junto al fuego y con buen oído, una bonita bulería. Una bala le atravesó el ojo derecho y cayó fulminado como un joven fresno al que arranca el huracán. Un poco más adelante, sujetándose contra un muro medio derruido, un sargento moro de regulares trataba de arrancarse del vientre una bayoneta clavada hasta media hoja. Su mirada mezclaba el terror y la sorpresa y a sus pies yacía el cadáver de un miliciano sobre un charco de la sangre mezclada de ambos. En la brecha abierta entre las murallas se apilaban los cuerpos de republicanos y rebeldes, como troncos de árboles cortados que trataran de frenar el curso salvaje de un río desbocado. Sentados y con las espaldas contra una pared, se apoyaban los cuerpos de tres milicianos decapitados. José, picando en los ijares de su yegua hasta hacerlos sangrar, con el sable en lo alto, gritaba con furia, ya casi ronco, mientras lanzaba mandobles a ambos lados de su montura.

La lucha se prolongó hacia el interior de Badajoz. Abundaban los muertos en las calles y plazas pacenses. Y en muchas ventanas ondeaban inútilmente las banderas blancas. Los regulares sacaban de las casas a los civiles aterrados, les rasgaban las camisas y, si había señales de culatazos en el hombro, los asesinaban de inmediato. A veces, los chillidos de las mujeres, los llantos de los niños, los ladridos de los perros cegaban casi el resonar de los disparos.

La batalla terminó a eso de las nueve de la noche y dejó más de dos mil defensores muertos. Pero bajo el sol desfallecido del verano comenzaron las detenciones de sospechosos, y el coso taurino de la Puerta del Pilar pronto quedó convertido en un campo de concentración.

Las ejecuciones sumarias se sucedieron sin tregua. Los presos, encerrados en toriles, eran sacados de veinte en veinte, con las manos atadas a la espalda, colocados en el centro de la arena, y dos ametralladoras, haciendo fuego en ráfagas cortas, acababan con sus vidas. Al romper el alba, los ajusticiados superaban la cifra de mil doscientos.

Durante todo el día 15 se siguió fusilando en la plaza. Luego, en camiones requisados a los proveedores de carne de la ciudad, se llevaron los muertos al cementerio y allí se procedió a cremarlos. Badajoz olía a putrefacción, gasolina quemada y carne achicharrada. Y mientras tanto, legionarios y regulares se dedicaban al pillaje de toda casa que encontraban cerrada y a la violación de mujeres y de niños púberes de los barrios obreros.

Se dijo que, entre la lucha del 14 y las ejecuciones, que duraron hasta el 24, en Badajoz perecieron más de nueve mil personas, cuatro mil de ellas en la plaza de toros.

John T. Whitaker, corresponsal de *The New York Herald Tribune*, entrevistó tiempo después al general Yagüe y le preguntó por la verdad de las matanzas de Badajoz. «Naturalmente que los hemos fusilado —respondió el militar—. ¿Qué se podría esperar? ¿Pensaban que me llevaría conmigo a cuatro mil enemigos mientras mi columna avanzaba contra reloj? ¿Debería dejarlos en libertad a mis espaldas, permitiéndoles que hicieran nuevamente de Badajoz una ciudad roja?»

Antes de que las tropas de Yagüe reemprendieran, el 18 de agosto, su marcha hacia Madrid, surgieron en las calles de Badajoz decenas de tenderetes en donde los soldados rebeldes vendían a los paisanos los objetos saqueados en las jornadas que siguieron a la caída de la ciudad.

Otro periodista portugués, Mário Pires, del *Diário de Notícias*, que presenció algunas de las ejecuciones de la plaza de toros el día 16, sufrió poco después un ataque de locura y hubo de ser internado en un manicomio. Había escrito:

Los presos, quinientos o seiscientos, entran amarrados con cuerdas los unos a los otros. No hablan, no protestan, ninguno de ellos grita su inocencia. Miran, apenas, despavoridos, hacia las mujeres que, desde fuera, intentan atisbarlos [...] Son cientos de marxistas. La Guardia Civil los identificaba y aquellos que habían sido apresados por equivocación volvían a sus casas. Los otros quedaban entregados a la Legión Extranjera. Dicen que hasta ahora habrá 1.300 muertos.



Continuó la marcha hacia Madrid. Pero la expedición militar perdía en rapidez, en parte por la mejor organización del enemigo, que trataba de ganar tiempo para defender la capital con mayores recursos. Yagüe fue relevado del mando en favor del general Varela, mientras que, en el lado republicano, comenzaba a ponerse en pie un verdadero ejército que, en todo caso y aunque dirigido por militares profesionales leales, conservaba su carácter de «popular».

El 1 de septiembre, Castejón atacó Talavera de la Reina, en donde encontró una fuerte resistencia en trincheras protegidas por fortines, nidos de ametralladoras y líneas de alambradas. El 2, la ciudad había sido conquistada, pero un contraataque republicano el día 5 derivó en una ruda batalla las dos jornadas siguientes. El calor apretaba sobre los campos toledanos y los combatientes bebían el agua del Alberche, que cruzaba el puente sobre el río teñido de rojo por la sangre de los muertos.

Las gentes huían de los combates en largas caravanas, camino de Madrid, en carros y viejos vehículos motorizados en los que cargaban toda suerte de enseres. Las leyendas sobre la mortífera columna de Castejón dejaban los pueblos vacíos de habitantes, y en Santa Olalla, cerca del desvío de la carretera que iba a Toledo, las tropas invasoras tan sólo encontraron a una mujer. Era un loca que carecía de familiares y a la que nadie quiso llevarse consigo.

El 27 de septiembre, la fuerza de Asensio se desvió para ocupar Toledo y librar del asedio republicano la Academia Militar de Infantería, situada en el Alcázar de la ciudad. Franco entró en la plaza al día siguiente, previendo ya cercano el fin de la guerra. Pero todavía faltaba entrar en Madrid.

En octubre, cayeron varias localidades del oeste de la provincia madrileña; entre ellas, Navalcarnero, Móstoles y Fuenlabrada. Hubo duros contraataques leales desde el este de Toledo, en Illescas, que lograron contener el avance rebelde durante unos pocos días. Pero a primeros de noviembre cayeron en poder del Ejército franquista las poblaciones más próximas a la capital, como Getafe, Leganés, Campamento, Retamares y una parte de Carabanchel. Por el norte, las milicias populares lograban detener, tras feroces luchas, a los falangistas castellanos y requetés navarros que descendían sobre la capital.

El 6 de noviembre, desde sus posiciones más altas, las tropas atacantes que llegaban por el oeste divisaban Madrid. Esa misma tarde, en un ataque sorpresa de patrullas enemigas desde la zona de Pozuelo, Castejón resultaba herido gravemente de un disparo en el pecho y evacuado de emergencia al hospital de guerra de Toledo.



La mañana del 8 de noviembre, desde un altozano cercano al oeste de la Casa de Campo, el Algabeño y Cañero movían sus prismáticos recorriendo los edificios de la capital. Hacía frío, pero el día era claro.

—Es una pena que desde aquí no se vea la plaza de toros —dijo el cordobés.

—Está en una hondonada, más el este —respondió el Algabeño.

—¿Cuántas orejas has cortado en Madrid?

José señaló con el dedo en dirección a la plaza de España...

—Mira allí. ¿Ves esas estatuas oscuras de Don Quijote y Sancho? Lleva los anteojos un poco más a la izquierda. ¿Distingues una arboleda y un edificio grande con aire de casa noble?

—Creo que sí.

—Pues ahí he cortado las mejores orejas. De noche, en la cama..., con una aristócrata de mucha alcurnia. Muy conocida en Sevilla, por cierto, en donde tiene palacio.

—¿Quién era?

—Me callo el nombre por respeto: murió joven, de tisis, antes de empezar la guerra. Dicen que su hija es mía, vete a saber: las lenguas en Sevilla son muy largas. La última vez que la vi fue en su palco durante una corrida de Las Ventas, hace ya más de diez años; le brindé un toro. Esa tarde actué con el gran maestro Sánchez Mejías y un mexicano, el Tigre de Guanajuato.

—¿El indio loco? Le conocí hace tiempo.

Quedaron un rato en silencio. Lo rompió José:

—El general Queipo me ha ordenado volver a Sevilla.

—Yo también regreso a Córdoba.

—Dicen que la Policía Montada se integra en el Ejército y se acaban nuestras partidas —añadió José.

—Eso he oído. Pero ha estado bien.

—Y también se cuenta que Franco quiere una guerra limpia.

—Que me expliquen la diferencia entre una limpia y otra sucia. En fin..., hemos luchado poco en el último mes. Nos jubilan, Algabeño.

—Yo voy a seguir en la pelea como sea, a pie o a caballo.

—En todo caso, tocaremos otra vez juntos en la paz.

—Me gustaría, Cañero, me gustaría... Ha sido un placer cabalgar contigo.

Se estrecharon con vigor las manos, volvieron grupas y galoparon hacia el lugar en donde acampaba su escuadrón.



A esa misma hora de ese mismo día, por la Gran Vía de Madrid y camino de la Casa de Campo, desfilaba John Cornford con una veintena de británicos, formando parte de la XI Brigada Internacional recién formada.

Y la ciudad no cayó.



José jamás había vivido tanta juerga seguida como los veinte días que siguieron a su regreso de Madrid a Sevilla, el día 10 de noviembre. En todas partes le recibían como a un héroe, jaleado y halagado, y era rara la vez en que lograba pagarse una copa o invitar a una ronda a los amigos. Los periódicos hablaban de él casi a diario y Queipo de Llano, en sus charlas radiofónicas nocturnas, le citaba en ocasiones.

Fue una de las figuras principales de la corrida de toros que el general organizó para celebrar el cuarto mes de la victoria en Sevilla. Allí lidió una res a caballo, compartiendo suerte con Antonio Cañero, mientras que, a pie, torearon Juan Belmonte, Domingo Ortega, Victoriano de la Serna, Pascual Márquez, Diego de los Reyes, Venturita y Manuel Bienvenida. Todos brindaron sus reses a Queipo y, en el envés de la muleta roja de Bienvenida, podía leerse en grandes letras amarillas un «Viva España». José, con la cabeza navegando en una imponente resaca, estuvo por dos veces a punto de caer de su jaca, la Mora, pero a él y a Cañero los premiaron con dos orejas en una actuación fea y deslucida que el rejoneador

cordobés logró medio apañar con su pericia en el manejo del estoque. Probablemente, nunca en la historia de la tauromaquia española se lograron tantos trofeos como en aquella patriótica tarde del 18 de noviembre en Sevilla.

Cada noche iba al Mazurca o a algún otro cabaret de la ciudad, frecuentados por oficiales alemanes e italianos y en los que, con frecuencia, a la madrugada, se terminaba a puñetazo limpio. Había muchas mujeres en Sevilla que se ofrecían por cuatro cuartos, viudas de republicanos fusilados o busconas venidas de los pueblos de los alrededores. Y su amigo Manuel Díaz Criado, el delegado de Orden Público de la ciudad y mano derecha de Queipo, no desaprovechaba la ocasión de invitarle a una farra putañera, casi cada día. Pero José se negaba siempre.

—No te entiendo, Pepe —le dijo Díaz Criado una noche, ya borracho.

—Prefiero seducir que pagar.

—¿Ves a tu marquesa de Gordon?

—Algunas tardes. Pero sobre ese asunto, pico cerrado, Manolo.

—Ya sé, ya sé, Pepe...

Y añadió:

—De todos modos, Algabeño, a mí no me gustan las duquesas ni las marquesas ni toda esa gente de alcurnia: se creen alguien. No aguanto a las mujeres que parlotean en la cama. En cambio, las putas y las rojas en apuros hacen lo que les pides y callan.

—¿Y tú qué sabes sobre si hablan o no las aristócratas? Follan por gusto, no por dinero.

—¿Y cuál es para ti la diferencia?

—Si disfrutan, te lo agradecen más.

—¿Y para qué quieres que te agradezcan nada?

—No seas obtuso, Manolo: te dan las gracias en la cama.

Las cárceles sevillanas continuaban llenas y los fusilamientos seguían cada noche en el cementerio. Díaz Criado le invitó un par de veces a presenciar alguno.

—Te dejo dar los tiros de gracia —le dijo—, así no pierdes puntería.

Pero José lo rechazó.

—Sólo quiero matar a campo abierto, Manolo. Me emociona más.

Dormía siempre en el hotel Majestic, en donde disfrutaba de una suite gratuita, a pesar de que el servicio doméstico regresó a finales de octubre a su palacete de la calle de San Vicente y de que su finca de El Alamillo había sido reparada.

Pero terminando noviembre, su esposa y su suegra volvieron de Portugal y José se instaló de nuevo en casa. La noche de su llegada, en la cama, Araceli le dijo:

—Serás padre en abril, José.

—¡Ya era hora!

Y casi gritó al añadir:

—Habrá otro Algabeño.

—Espero que, si es chico, no salga torero.

—Yo lo soy.

—A mi pesar. Quisiera que, de ser hombre, mi hijo tenga una carrera.

—Esas cosas se llevan en la sangre. Ya ves, mi padre no me quería torero y me hizo estudiar el bachillerato en los escolapios y, luego, tres años de Derecho en la universidad. Y no me sé ni un latinajo y ninguna ley. Pero, de toros, lo sé casi todo.



Una tarde a principios de diciembre, José pidió audiencia con Queipo en el palacio de la Gavidia.

—Me llama la guerra, mi general —le dijo después de saludarle.

El militar dio un sorbo a su vasito de cazalla.

—Es un secreto militar, pero para ti no los hay, Algabeño; tu fidelidad está más que probada. Dentro de un par de semanas, tendremos de nuevo jaleo entre Jaén y Córdoba. ¿Quieres venir conmigo? Hemos movilizado un escuadrón de la Policía Montada sevillana.

—Soy su primer voluntario, mi general.

MADRID

*¿Y si fue un exceso de amor
lo que les aturdió hasta que murieron?*

WILLIAM BUTLER YEATS,
«Pascua de 1916»[\[1\]](#)

París, Albacete, Madrid, otoño-invierno de 1936

El grupo inglés desembarcó en Dieppe poco después del amanecer del 6 de octubre. El gendarme francés que revisó sus pasaportes, un policía de gesto adusto y pulcramente uniformado, hizo caso omiso de sus equipajes y John respiró aliviado: llevaba escondida la pistola de su padre entre las mudas, en su macuto, y temía que la descubrieran y confiscaran. Por nada del mundo quería perderla. Era más que un arma, la sentía como una suerte de símbolo.

Bernard Knox ayudaba a los otros a rellenar los formularios de la aduana. John terminaba el suyo cuando escuchó la sonora carcajada de Knox. Se volvió a mirarle con gesto de asombro.

Su amigo no contenía las risotadas mientras señalaba hacia el impreso de John Sommerfield. Éste le miraba extrañado.

—¿He hecho algo mal?

Knox tomó el papel y lo aireó ante los ojos de los demás y la mirada ahora divertida del severo gendarme.

—¿Veis lo que ha puesto en el recuadro de «profesión»? ¡*Écrivezse!*

Y volvió a reír. Sommerfield se encogía de hombros.

—¿Y qué quieres que diga..., si soy escritor?

—¡Escritor en francés es *écrivain*...! ¡*Écrivezse* significa cangrejo...! ¡Eres el primer cangrejo revolucionario del mundo, John!

Cuando pasaron al lado francés, el gendarme, sonriente aún, hizo un amago de saludo militar con la mano derecha. Miró a los lados y, en voz baja, dijo a John:

—*Santé, camarades. Et bon chance à l'Espagne.*

John le devolvió una mirada conmovida.



Llegaron a París de anochecida. Un hombre los esperaba en el andén, con un cartel en el que se leía simplemente «Cornford». Se presentó como Gustave y cruzó algunas palabras en su idioma con Knox. A la salida de la estación subieron a una camioneta y esa noche durmieron en un hotel del barrio de Belleville. Antes de retirarse, Gustave les dio la primera noticia sobre la decisión de la Internacional Comunista de organizar unas Brigadas Internacionales para combatir en España. El centro de reclutamiento estaba en París, en el llamado Comité d'Aide au Peuple Espagnol, organizado por el Partido Comunista francés. Sin embargo, no sólo se admitirían voluntarios comunistas, sino que podía integrarse todo aquel que estuviera dispuesto a luchar contra el fascismo en la guerra española.

La mañana siguiente, Gustave los condujo al Comité y los integrantes del grupo de Cornford se alistaron sin dudarlos. De inmediato, un dirigente parisino les ordenó regresar a su alojamiento y

permanecer allí hasta recibir instrucciones sobre cómo desplazarse a España. Esa tarde, salieron a comprar pistolas automáticas para los que carecían de armas.

—Ahora sí me siento un verdadero guerrero —dijo Sommerfield mientras escondía un revólver en el bolsillo interior de su cazadora.

—Sin duda lo eres, Johny —señaló Knox—: el guerrero-cangrejo, no lo olvides.



Durante casi una semana, anhelantes de entrar en España, nadie les explicó mucho sobre su futuro. Eran muy pocos británicos como para formar siquiera una escuadra,^[2] aunque un par de días después de su llegada se les unió un nuevo grupo venido de Inglaterra. Entre los voluntarios iban un escocés estudiante en Cambridge, David Maclaurin, a quien John conocía de vista, y el joven egiptólogo Sam Russell, con quien John se había encontrado en Londres, en la sede del Partido Comunista, casi un mes antes. Russell había decidido abandonar un viaje de excavaciones a Egipto para marchar a la guerra española.

—Las momias pueden esperar —dijo Sam a John—. Después de todo, llevan siglos sin moverse de allí.

Ya eran veintiún jóvenes provenientes de Gran Bretaña. Y los franceses les instaron a escoger una suerte de delegado político. John fue votado por unanimidad, pero renunció alegando que desconocía casi por completo el idioma galo.

Y bromeó:

—Acordaos de lo que dijo Enrique V, si creemos a Shakespeare: «Me es más fácil conquistar Francia que aprender francés».

Andrew Knight, que sabía mejor el idioma que John, tampoco aceptó el cargo. Al fin, los hombres eligieron a un veterano de la Gran Guerra, Fred Jones, que había combatido en Francia y poseía un cierto dominio de la lengua gala. No obstante, para Knox, Sommerfield, Helmut, Burke, Knight y algunos de los recién llegados, como Sam Russell y el alegre muchacho escocés David Maclaurin, John continuó siendo el líder espiritual e intelectual del grupo británico. Knox le dijo a Cornford poco después de la votación:

—No tenías que haber dimitido, yo te hubiera hecho de intérprete. El alma de esta partida eres tú.

John sonrió.

—Jones es un soldado veterano —replicó—. Y se sentiría ofendido si alguien más joven y sin experiencia en el combate, como yo, le dijera lo que debe hacer.

—En la guerra no hay edades, amigo.

—¿Y tú qué sabes, Bern?

—Aquiles no tendría mucho más de veinte años cuando fue a Troya. Además, en la guerra, la muerte no respeta la edad.

—¿Siempre piensas como Homero?

—Todo lo aprendes en *La Ilíada*, John; todo está ahí.



En esos días había muy poco que hacer. El hotel parecía una extensión de la sede central del Partido Comunista y, en sus grandes salas, pululaban franceses llegados de otras provincias, junto con mineros polacos, estibadores belgas, alemanes huidos del nazismo, italianos escapados de Mussolini... y checos, griegos, húngaros, todos esperando el momento de ir a España. Casi no se mezclaban entre ellos por problemas de idioma. Muchos jugaban al billar y a las cartas, y frecuentaban los cafés de los

alrededores.

—Si al menos tuviésemos un gramófono y chicas con las que bailar... —se quejó Sommerfield.

Fue a él a quien se le ocurrió formar un trío musical, junto con Knox y Cornford. Sus voces sonaban espantosamente cuando cantaban juntos «*She was poor, but she was honest*», una ridícula canción de *music-hall*, un tema que a todos los británicos les provocaba risas cuando la entonaban y que despertaba en los extranjeros miradas de perplejidad:

*Ella era pobre pero honrada:
y aunque tuviera una humilde procedencia
un honesto corazón batía
bajo su harapiento vestido.
Pero el hombre rico vio su belleza
y ella no comprendió sus intenciones.
Y él la llevó a un hotel
y compró una pequeña botella de oporto.
Ella cayó en los brazos del hombre rico
como un pájaro con el ala rota.
Y él la amó y luego la abandonó
y ella se quedó sin anillo.*

*Es lo mismo por todo el mundo:
siempre el pobre se lleva la culpa,
es el rico quien obtiene el placer
y no la vergüenza.[3]*

La tercera mañana de su estancia en París, el irlandés Paddy Burke propuso a John visitar juntos el sepulcro de Oscar Wilde, en el vecino cementerio de Père Lachaise.

—Es uno de los mejores escritores que ha dado mi país. Y ya ves: murió aquí, olvidado por todos —le explicó el actor—. Yo he representado una obra suya, hace tiempo, en Oxford. Pero me gusta más como poeta. ¿Has leído *La balada de la cárcel*, de Reading, John?

—Varias veces. Es un poema muy complejo.

—¿Recuerdas aquello de «*Todo hombre mata lo que ama*»? Siempre me han inquietado esas palabras tuyas.

Burke robó unas flores frescas de una tumba cercana y, arrodillándose ante la de Wilde, las dejó sobre su lápida y recitó:

*Pues todo hombre mata lo que ama,
que lo escuche todo el mundo:
unos lo hacen con una mirada de amargura;
otros, con palabras aduladoras;
el cobarde lo hace con un beso;
el hombre valiente, con una espada.*

Cuando se levantó, le brillaba la humedad en los ojos. Posó su mano derecha sobre el hombro de John. —¿Por qué quienes admiramos la gran poesía, amigo mío, tenemos que ir a la guerra en las épocas más

terribles?

—La verdad es que no había pensado en ello, Paddy. Pero puede que tengas razón.



Aunque censuradas, en esos días pudieron enviar cartas a Inglaterra. John decía a Margot en una de ellas: «Hace un tiempo estupendo y como bien y hay buenas bebidas, pero sólo pensamos en entrar en España cuanto antes. Los británicos formamos una partida muy unida».

Un viernes de madrugada, casi una semana después de su llegada a París, les anunciaron su marcha. Gustave los acompañaría hasta la estación.

—¿Adónde vamos? —preguntó Knox en francés.

—A Marsella. Allí tomaréis un barco para España.

—¿Tú no vienes?

—El partido me quiere aquí por ahora, en la organización de los que van llegando. Pero iría ahora mismo, con vosotros, con cualquiera que fuese a luchar a España.

Apenas en media hora desayunaron café y unos secos cruasanes cuarteros, alistaron sus mochilas y, en la caja abierta de una camioneta, los veintiún británicos partieron de Belleville a la estación del Quai d'Orsay. Las luces del alba comenzaban a extraer reflejos de las aguas del Sena y la jornada se prometía fría, pero plena de sol.

Sommerfield era el más excitado. Miraba todo con extrema atención y tomaba notas sin cesar en su cuaderno. Los andenes se iban poblando de familias que salían de París a disfrutar del fin de semana y de una multitud que mezclaba criadas y señoras, soldados y clérigos, algunas gentes solitarias y parejas de novios. Pero, pronto, los ingleses comenzaron a reparar en la llegada de numerosos grupos de hombres jóvenes parecidos al suyo, que se cubrían con capotes similares y portaban mochilas.

—¡Fijaos! —clamó Sommerfield—. ¡Son centenares!, ¡cientos!, ¡son de los nuestros...!

A todos les invadió una parecida sensación de euforia. Más tarde, Sommerfield escribiría: «Nos mezclamos unos con otros, apenas sin entendernos, pero llenos de esperanza. En el enorme hangar de la estación que recogía el eco de muchos idiomas, bajo un gran reloj, estaba naciendo un momento histórico único del que formábamos parte y del que éramos oscuramente conscientes».



Gustave acomodó a los del grupo de Cornford en un compartimento que compartían con un italiano, un belga y dos parisinos. Los dos últimos eran muy jóvenes y se llamaban Marcelo y Michel; el belga iba borracho y no acertaba a decir su nombre, aunque aseguraba ser aviador, y el italiano, Antonio, que se cubría con un gorro blanco, afirmaba sin cesar en un torpe francés: «¡Venimos dos mil italianos, dos mil italianos! Derrotaremos a los militares españoles y luego iremos a por Mussolini... ¡Dos mil, dos mil italianos!». Los pasillos estaban llenos de voluntarios que intercambiaban cigarrillos. Surgían canciones en algunas cabinas. A Knox le requerían constantemente casi todos los hombres para hacerse entender entre ellos.

—¿De verdad sois ingleses? —preguntó Antonio—. No imaginaba que en Inglaterra hubiera comunistas. Nunca he conocido a un compatriota vuestro que no se considerase monárquico.

—También hay gente rara en mi país —bromeó Knox.

—Si fueseis irlandeses, todavía podría entenderlo. Pero vosotros...

—¿Y por qué te extraña? —preguntó Knox.

—Porque, para ser marxista, antes hay que haber nacido católico: italiano, español, francés, polaco...

¡Nunca inglés!

—Marx era alemán.

—Pero judío, que es muy parecido a católico.

—¿Y qué me dices de los rusos?

—Ésos son católicos sin saberlo.

La noche cayó sobre el tren mientras cruzaban los largos campos de Francia. Al amanecer, distinguieron un gran río, cerca ya de Avignon. Y al llegar a Marsella, los encargados de asistir a aquella tropa de centenares de hombres agotados y hambrientos los ocultaron en barracones y garajes cercanos al puerto. Pasaron el día escondidos, comiendo quesos y embutidos que les traían sus compañeros galos. Por la tarde, decenas de taxis se movilizaron para acudir a buscarlos y conducirlos a los muelles de la ciudad. El chófer del coche en el que viajaba John, cada vez que debía detenerse en un cruce de calles, se golpeaba el pecho y decía:

—*Moi, comunista..., camarade. Vive l'Espagne!*

Un gran buque esperaba, meciéndose junto al embarcadero. No había gendarmes ni control de aduana. Uno por uno, los voluntarios fueron trepando por la pasarela y entrando en la nave. Arriba, en la borda, dos marineros los saludaban puño en alto según iban pasando al interior del buque. Eran españoles.

—Salud, camaradas —dijeron—. España os espera con los brazos abiertos: es vuestra patria.

Knox los tradujo y John pensó que era la primera vez en su vida que le sonaba bien la palabra «patria».



Salieron a la caída del sol y navegaron durante la noche hasta alcanzar la costa española. Viajaban sin luces, pues se decía que en el golfo de León solían encontrarse submarinos italianos. El mar estaba calmo, pero el joven Maclaurin y Burke se marearon.

—Bah —bromeó Sommerfield—: escoceses, irlandeses, gente de montaña. ¿Por qué llevamos cabras de monte con nosotros, John?

Un marinero comenzó a cantar en la soledad del mar, bajo un cielo en donde brillaba un pedazo grande de luna. Y los ochocientos hombres que se apretaban en la cubierta al aire de la noche guardaron silencio unos minutos para escucharle.

—Es una extraña música —dijo Sommerfield a John cuando el hombre concluyó.

—Es flamenco, lo cantaban a menudo en Aragón, respondió John.

—No se asemeja a ninguna otra que haya oído antes —añadió Sommerfield—. Suena a siglos atrás y parece un lamento que soplara sobre colinas áridas.

—Sí, tienes razón, recuerda al paisaje de España —indicó John—. Creo que es de origen árabe, que viene del desierto.

Por la mañana, divisaron a estribor una larga y blanca columna del humo que surgía de lo alto de una factoría. Alguien le dijo a Knox que allí estaba Barcelona.

El barco era español, pero se movía en una zona que solían dominar los aviones alemanes o italianos. De modo que, como precaución, se había borrado su nombre del casco y no llevaba enseña alguna. Entrando en la rada de Alicante, al atardecer, un destructor inglés cruzó ante su proa y lanzó señales en morse, pidiendo al barco que se identificase con los colores de una bandera.^[4] Y el capitán español ordenó a dos marineros colgar del mástil de popa un pabellón con dos triángulos, uno rojo y el otro negro.

Knox se acercó a charlar con uno de los hombres y luego regresó junto al grupo británico. Reía mientras el buque enfilaba hacia el muelle más próximo.

—Ese marino inglés estará como loco buscando en su libro de banderas —dijo—. No creo que figure entre ellas la de la Federación Anarquista Ibérica, que es la que ha izado nuestro comandante.

—Pero nosotros somos comunistas —protestó Fred Jones— y no tenemos nada que ver con los anarquistas.

—No son los peores y, además, en esta guerra estamos en el mismo bando —lo corrigió John.



Pasaron la noche a bordo y desembarcaron en Alicante por la mañana. Hacía calor. Con sus mochilas al hombro, sin armas todavía, fatigados, sucios y hambrientos, descendieron por la pasarela a la explanada del puerto y allí, dirigidos por oficiales españoles, improvisaron una suerte de formación militar.

Cuando todos los brigadistas estuvieron en tierra, los mandos los dirigieron hacia una ancha avenida flanqueada por enormes palmeras. Arriba de la ciudad se dibujaba una línea de colinas coronada por las ruinas de un castillo árabe.

Avanzaron torpemente por la vía, en un remedo de desfile. Los envolvía un aroma salitroso y vegetal.

Y de pronto, una voz de mujer comenzó, desde la acera, a entonar en catalán *La Internacional*. Y los ochocientos hombres se unieron al canto en una decena de lenguas. El tráfico se había detenido y, al poco, centenares y, más tarde, miles de personas fueron agolpándose en la arboleda, aunando sus voces al himno y saludando con los puños cerrados.

La calle era muy larga, y cuando la canción concluía, la gente la reiniciaba. Surgían banderas comunistas y anarquistas en los balcones de las viviendas y en las ventanas de los edificios públicos; en las fachadas de los cines y sobre las terrazas de los cafés lucían las siglas y los emblemas de las centrales sindicales obreras y de los partidos de izquierdas. Knox vio brillar los ojos de John mientras éste contemplaba las enseñas rojas.

—Nunca en mi vida he sentido tanta emoción —dijo con voz rota Knox a John, que marchaba a su lado—. Esto es tan diferente a todo... Sólo por estos momentos merece la pena haber venido a combatir a España.

—Sí; pero éste es uno de los lados bonitos de la guerra. Ya verás otros.

Llegaron a una explanada donde se alzaba el Ayuntamiento. Una autoridad civil pronunció un discurso desde la balconada.

—Nos da la bienvenida —explicó Knox a los demás— y dice que los españoles hoy ya no se sienten solos en su lucha contra el fascismo.

Una banda de música tocó el himno republicano y, luego, *La Internacional*. Cuando rompieron filas, muchos de los paisanos se acercaron a los brigadistas ofreciéndoles cigarrillos y botas de vino, golpeando sus espaldas con afecto, estrechando con efusividad sus manos.

Grupos de muchachas se arrimaban a besar en las mejillas a los extranjeros emocionados y sonrientes. A John Sommerfield le abrazó una chica rubia y muy hermosa. Sin separarse de ella, se volvió a Maclaurin y dijo:

—¿Y para qué tenemos que ir a las trincheras en lugar de quedarnos aquí?

—Me temo que esa chica te enviaría al Infierno si te entendiera.

Llevaron a los voluntarios a descansar en varios galpones de almacenaje que habían dispuesto, con colchonetas en el suelo, en las instalaciones portuarias. Y a cada hombre le entregaron una lata de caballa

en aceite, un trozo de chorizo, un pedazo de queso y media barra de pan.

De nuevo, la multitud se echó a la calle cuando, entrada la noche, marchaban camino de la estación. «Me pareció —escribió más tarde Sommerfield— que las mujeres nos miraban con ternura, sabiendo que muchos de nosotros íbamos a morir muy pronto, como así fue.»

La gente les ofrecía bocadillos y pastas, y más vino y cigarrillos. En la gran estación olía a metal caliente y a vapor.

Dejaron las mochilas en sus compartimentos y se asomaron a las ventanillas de los vagones que daban a los andenes. Cuando el tren se puso en marcha, la multitud corría al lado de los vagones arrojando flores, racimos de uvas y sonrisas.

Bernard Knox se había sentado en la cabina y, con la cara enterrada entre las manos, trataba de contener las lágrimas. Sommerfield tomaba notas en su cuaderno. John se acordaba de Margot, aquel día en que le despidió en París, la primera vez que marchaba a la guerra de España. Burke y Knight no se cansaban de estrechar manos amigas. Y Helmut, con el rostro iluminado, sacaba parte de su cuerpo fuera de la ventanilla, con el brazo levantado y el puño cerrado.

Cuando el convoy dejó la estación, todavía asomaban, ocasionalmente, gentes que saludaban desde los lados de la vía, entre las casitas miserables de los arrabales. El último fue un campesino que agitaba al aire su boina.

Luego, la luna brilló en el cielo y al convoy se lo tragó la noche entre los perfiles ariscos de las montañas desnudas.



No eran los primeros en llegar a Albacete, en donde se había establecido el centro principal de entrenamiento de las Brigadas y en donde ya se encontraban medio millar de voluntarios, la mayoría venidos de Francia. El jefe de aquel campo era el comunista francés André Marty,^[5] quien recibió a los nuevos brigadistas con un breve discurso. Knox lo tradujo a sus compañeros cuando la arenga concluyó:

—Ha dicho que pronto estaremos armados con los mejores fusiles y que nos darán estupendos uniformes. Y también que no se perdonará la cobardía en la batalla y todo hombre que intente desertar de la lucha será considerado un criminal. Y, en fin, que pronto comenzarán los entrenamientos.

—Supongo que no nos van a enseñar a correr para atrás, no sea que tengan que fusilarnos, ¿no es así? —dijo Sommerfield.

Las unidades de combate se estaban organizando por países, para facilitar el entendimiento entre los combatientes llegados de tantas patrias distintas. Pero los británicos eran muy pocos, ni siquiera alcanzaban el número suficiente para completar un par de pelotones. De modo que los integraron en el Batallón Francés bautizado como «Comuna de París», que comandaba un normando llamado Dumont. Después de una breve charla con Knox, Dumont decidió que los ingleses se integraran en una sección de ametralladoras, aunque ninguno de ellos, ni siquiera el veterano de la Gran Guerra Fred Jones, había manejado ninguna en su vida.

Permanecieron dos noches descansando en una antigua caserna de la Guardia Civil de la ciudad y, en el tercer día, marcharon hasta la vecina localidad de La Roda, un enorme pueblo manchego de casas blancas y bajas. El cuartel principal del batallón se estableció en un caserón que había sido durante varias décadas un convento de monjas.

Los uniformes y el armamento llegaron al cabo de una semana. Los primeros eran, sencillamente, una boina negra y un mono de trabajo, y el segundo, fusiles americanos Remington del año 1914, piezas casi de museo.

Bastantes hombres sufrían diarreas y se daban algunos casos de paludismo. Las condiciones higiénicas eran extremadamente insalubres, con letrinas apestosas. Voluntariamente, John y Sommerfield emprendieron la tarea de limpiarlas.

—¿No te apetece trabajar en esta cara de la guerra, Bern? —preguntó irónico John a Knox un día en que regresaba maloliente de los aseos.

—Confieso que soy incapaz de hacerlo.

—No me has contado cómo se las arreglaban en Troya.

—Homero no dijo nada sobre ello.

—Tal vez los héroes no cagaban.

John escribió a Margot cuando concluía octubre:

Formamos parte de una columna internacional, en su mayoría integrada por franceses y por refugiados políticos que vivían en Francia exiliados, un grupo sólido y bien entrenado, realmente un puñado de buenos muchachos. La disciplina no es perfecta, pero bastante mejor que la de las unidades españolas que vi en Aragón el pasado septiembre... Claro está que hay también muchos inconvenientes: por ejemplo, tres váteres para setecientos hombres, tan malolientes que, al limpiarlos, hay que ponerse la máscara antigás.

Pero la moral de este pueblo es alta. No hay pánico. No puedo juzgar cómo está la situación militar, pero al menos no parece desesperada. No tengo duda de que ganaremos esta guerra, aunque reconozco que puede durar de seis a nueve meses. Probablemente en un par de semanas iremos al frente: la vida allí podrá ser más corta, pero sin duda más feliz. En cualquier caso, no pelearé junto al POUM, sino al lado de mis verdaderos camaradas.

Las mejores horas eran las que disfrutaban en los atardeceres, cuando tenían permiso para salir del acuartelamiento. Los brigadistas iban a las tabernas y cafés y muchos de ellos frecuentaban los numerosos prostíbulos del pueblo. El joven Maclaurin acudió en una ocasión a uno de ellos con un camarada francés y, dos días más tarde, tuvo que ser tratado de blenorragia y guardar cama cuarenta y ocho horas.

—¿Cómo se te ocurrió ir allí? —le preguntó John cuando acudió a visitarle al hospital—. Podías haber pillado una sífilis.

—Nunca en mi vida había estado con una mujer —dijo el otro, sonrojado— y era la ocasión. Y nadie me había hablado jamás de esos gonococos...

—En los prostíbulos, los gonococos no son causa de una enfermedad. Son huéspedes privilegiados.

Una de aquellas tardes, John acudió con Knight a ver una corrida con novillos. Escribió después a Margot:

Fue muy aburrida, sangrienta, falta de estética, pero la multitud aplaudía sin cesar cualquier cosa que hacían los toreros. No obstante, me pareció que podría llegar a ser un espectáculo hermoso.

Pero ni la suciedad, ni el anticuado armamento, ni las incomodidades, ni las amenazas contra la salud, ni la lejanía de Margot y, menos aún, la posibilidad de morir parecían desalentar a John Cornford. Él había conocido ya, en Aragón, la dureza y la vesania de la guerra.

—No comprendo tu fuerza, tu entereza y tu humor —le dijo un día Knox mientras, junto a Sommerfield, bebían vino en la terraza de una taberna—. Yo a veces flaqueo y pienso que no sé bien para qué he venido a España.

—Es cuestión de cambiar el curso de tus emociones, Bern. Si noto que mi ánimo va a desfallecer, de inmediato pienso que vivo una experiencia única, ofrecida a muy pocos hombres en apenas una ocasión de sus vidas: sentirme en el mundo en una época de nervio y tempestad, de opresión y revuelta, de tiranía y heroísmo... De aventura, en definitiva. Byron se sentiría muy a gusto entre nosotros, ¿no estás de acuerdo? ¿Y prefieres acaso volver a esos oscuros avejentados colegios de nuestro país? Sólo de

imaginarlo, me pongo enfermo.

—No creo que Lord Byron fuese capaz de enfrentarse a las letrinas —intervino Sommerfield.



Todo cambió súbitamente al comenzar noviembre. El gobierno republicano había huido a Valencia el día 6, dejando en manos de un comité político la defensa de Madrid, mientras las tropas de Franco avanzaban sobre la urbe desde el oeste y el norte. Si la ciudad caía en manos rebeldes, la guerra estaría perdida casi con total seguridad. Pese a estar mal armados y sin apenas entrenamiento militar, los brigadistas recibieron la orden de partir a la capital y defenderla como pudieran.

El traslado a Madrid, situado a unos doscientos cuarenta kilómetros, se convirtió, para el grupo de John, en una suerte de cómica aventura. Su batallón, Comuna de París, se dirigió el 6 de noviembre hacia Albacete en una marcha a pie y, desde allí, salió en tren cuando moría el día. Varias horas después, en mitad de la noche del día 7, los hombres se aparearon en el pueblo de Alcázar de San Juan, donde los esperaba un convoy de camiones para llevarlos a Madrid. Hacía un frío seco y rudo.

John había aparecido esa mañana, al abandonar La Roda, con un enorme abrigo raído de color verde, cruzado en el pecho por una cinta de munición y el rifle en el hombro; su indumentaria, que Sommerfield comparó con la de un soldado napoleónico en la retirada de Moscú, desató las risas de todos sus compañeros.

Ahora, bajo la inclemente helada de la madrugada, los últimos cuarenta voluntarios, entre los que se encontraban los británicos de la sección de ametralladoras, subieron a la caja descubierta de un enorme vehículo de patente rusa. El conductor era un español pequeño, de rostro renegrado y aire algo diabólico, que tardó en arrancar su máquina y, cuando trató de seguir a la columna en marcha, ya no pudo distinguir las luces de ningún automóvil.

Ateridos, tiritando, sin tener asideros en donde sujetarse, con las armas en la mano y apretados los unos contra los otros, transitaban por una carretera oscura, polvorienta, llena de curvas y baches, sin señales, con la noche negra sobre sus cabezas. Muchos tosían por el polvo o estornudaban por el frío, y algunos vomitaban.

Con la amanecida, ante ellos asomó un paisaje de calvas colinas y campos de siembra invadidos por el rastrojo. Y no había señal alguna del convoy. Pronto se dieron cuenta de que el chófer no sabía en dónde se encontraba. Pero apenas lograban entenderse con él: el hombre no sabía otra palabra que no fuera en su idioma y los brigadistas ignoraban casi todo en la lengua española.

Casi once horas después de dejar Albacete, alcanzaron un pueblo grande que resultó ser Alcalá de Henares. Eran las nueve y media de la mañana. En la plaza del Ayuntamiento, mientras el oficial a cargo del vehículo, un francés de Burdeos, trataba de averiguar en dónde podían reunirse con su batallón, Sommerfield miró un mapa que había comprado en Albacete y concluyó, al rato de estudiarlo, que el recorrido que habían realizado era un despropósito:

—Parece que el conductor ha hecho todo lo posible por evitar Madrid. Veníamos del sudeste y ahora estamos en el nordeste: nos hemos dejado la ciudad atrás.

Buscaron un lugar en donde tomar un café, pero sólo dieron con uno en el que les sirvieron un sucedáneo de achicoria y unas rebanas de pan. John sonreía mientras Knox movía la cabeza hacia los lados.

—No sé qué encuentras de gracioso en todo esto —dijo.

—Pasé cuatro semanas en el frente de Aragón y llevo tres aquí. Y he aprendido que, en esta guerra, hay que desarrollar una filosofía relajada: sentir poco, dejarse dominar por una cierta apatía, vivir el

momento y, en particular, tomarlo todo como si fueras uno de los actores de un drama de tintes cómicos. Es la única manera de ahorrarte pesadillas y depresiones.

Sommerfield asintió:

—Eso puede estar bien, una comedia.

Al volver a la plaza, numerosos paisanos se habían congregado para saludar a los extranjeros. Alzaban el puño y gritaban:

—¡Viva Rusia!

—Sigue la farsa —dijo John—; ¿acaso habéis visto algún ruso por aquí?

Levantó a su vez el puño y gritó:

—¡Viva Rusia!

Sus compañeros le imitaron entre risotadas.

La marcha siguió por una carretera general. Dejaron al lado izquierdo un gran aeródromo y entraron en Madrid. Pero el conductor conocía la ciudad aún menos que el camino de la noche anterior. Y media hora después estaban perdidos y recorriendo la Gran Vía de Cibeles a la plaza de España y de la plaza de España a Cibeles. A esas alturas, los cuarenta voluntarios manejaban unánimemente una palabra en español cuando se referían al chófer: «imbécil». Sommerfield escribiría después sobre aquel hombre: «Era uno de esos peculiares idiotas que nunca preguntan por dónde se va a un sitio, sino que están seguros de que pueden encontrarlo, cualquiera que éste sea, simplemente por instinto».

Alrededor de la una, en el barrio de Chamberí, el camión se quedó sin gasolina y el conductor se fue con una lata en busca de algunos litros para poder arrancarlo. Entretanto, los hombres dieron con un local en donde servían comidas y ninguno dudó en entrar. A Knox se le ocurrió pedir una carta con el menú y una mujer oronda y recia le dijo que allí no tenían tal cosa. Acabaron por devorar los duros y pequeños trozos de una fritura de cordero.

Poco a poco, fueron entrando en el restaurante grupos de españoles. Y los «¡Viva Rusia!» caldearon el ambiente. Corrían las jarras de un vino blanco algo ácido y comenzaron las canciones, en particular *La Internacional*, repetida una vez tras otra por un coro de voces inglesas, francesas y españolas.

Finalmente alguien dio con el teléfono del Ministerio de la Guerra y lograron averiguar que se les daba por perdidos y que el resto del batallón se encontraba en el pueblo de Vallecas, cerca de los arrabales del sur de la ciudad.

Esta vez, el conductor logró alcanzar el lugar en donde esperaban los otros extranjeros. Nubes grises cubrían ahora el cielo y soplaba un viento frío. Era el 7 de noviembre, el decimonoveno aniversario de la Revolución rusa. Esa tarde hubo un mitin con discursos en español, francés e inglés. Y se cantó de nuevo *La Internacional* en tres idiomas.

—Voy a acabar odiando este himno —dijo Knox.

—A pesar de todo, a mí todavía me suena algo mejor que *God Save the King* —objetó Knight—. ¿No tendrá Dios cosas más importantes que hacer antes que salvar a un rey?

Antes del anochecer, llegaron las nuevas armas para la sección británica. Abrieron las cajas esperando encontrar las anheladas ametralladoras modernas. Pero eran antiguas y muy pesadas, más incluso que los trípodes. Y nadie pudo reconocerlas hasta que apareció un excombatiente francés de la Gran Guerra. Las observó un rato y comenzó enseguida a lanzar grandes carcajadas.

—Son francesas, unas Saint Étienne de 1914. Fueron retiradas al mes de entrar en uso. Se encasquillaban y era casi imposible cargar con ellas. Se fabricaron montones y luego ya no volvieron a utilizarse... ¡Y aparecen aquí! ¡En qué mierda de guerra estamos!

Tenía el rostro congestionado y rojo. Ningún británico le acompañó en sus risotadas.

Durmieron en unos barracones y a las dos de la mañana tocaron diana. Los hombres se levantaron,

tomaron café caliente en tazas de metal que pasaban de mano en mano y comieron pedazos de pan del día anterior.

En la madrugada del domingo 8 de noviembre, los primeros batallones de las Brigadas Internacionales, algunos bien pertrechados para el combate y otros provistos de armamento fuera de uso desde décadas atrás, partían hacia el frente, bajo un cielo de sol acerado, a unirse a los madrileños en la defensa de la capital, con el Ejército de Franco ya a las puertas de la ciudad.



Viajaron en ferrocarril hasta la estación de Atocha y formaron en la gran plaza del mismo nombre. Al otro lado había un enorme hotel con la fachada cubierta por un cartel gigantesco que mostraba el retrato de Stalin.

Y comenzó la marcha por el paseo del Prado. Alcanzaron Cibeles y, desde allí, tomaron la Gran Vía hacia el oeste, avanzaron por la plaza de España y siguieron por la calle de la Princesa camino de la Ciudad Universitaria. Allí estaba el frente, más o menos a cuatro o cinco kilómetros de donde los había dejado el tren. Se escuchaba ya un cañoneo lejano.

Era temprano, en la mañana fría, y apenas había peatones en las calles. Desde las aceras, algunos hombres y mujeres solitarios saludaban puño en alto y otros pocos lo hacían desde los balcones. Ascendiendo la Gran Vía, los británicos saludaron con «hurras» la presencia de un acordeonista ciego que, sentado en un taburete, tocaba en un triste ritmo los compases de *La Internacional*. Un perro ladraba el paso de los internacionales. Si se les hubiera desprovisto de sus armas, aquellos hombres habrían parecido, antes que una tropa militar, un desfile de carnaval, ataviados unos con monos azules y verdes y boinas negras, como Sommerfield y Helmut; otros con guerreras de color azul chillón y botones dorados, como Knox y Knight, y algunos con abrigo de gruesa lana que les cubrían los tobillos, como John. Y habrían provocado carcajadas de no ser por el turbio destino que cualquiera sabía que los aguardaba.

Pese a los gritos de ánimo, aquel recibimiento no se parecía al que, semanas atrás, disfrutaron a su paso en Alicante y los pueblos vecinos. Sommerfield reparó en que había cierta apatía y desánimo en la actitud de quienes los jaleaban. Se volvió a Cornford, que marchaba detrás, y le dijo:

—Tengo la impresión de que la gente que nos da la bienvenida piensa que llegamos demasiado tarde y tan sólo con el tiempo justo para morir.

Se oía más cercano el cañoneo.

—Se huele la batalla —dijo Knox.

John recitó:

*Pero cuando la tempestad de la guerra sopla en nuestros oídos,
es preciso imitar la acción del tigre:
tensad nuestros nervios, llamad a nuestra sangre,
esconded el noble carácter bajo una máscara de furia y crueldad;
y entonces adoptad en el ojo la terrible mirada...*^[6]

—Shakespeare, presumo —añadió Knox.

—¿Quién habló con más justeza de la guerra?



Desde los batallones que desfilaban delante de ellos les llegaba el sonido de las canciones de los otros voluntarios. Se escuchaba a los franceses entonar *Ah, ça ira*.^[7] John dijo:

—Bueno, acabemos con la melancolía. Vamos a cantar.

Knox, que marchaba a su lado, añadió:

—Por favor, que no sea *La Internacional*.

—¿Cuál se os ocurre? —preguntó Sommerfield.

—¿Qué os parece *Tipperary*? —sugirió el irlandés Burke, que iba más atrás—. Era el himno de los nuestros en la Gran Guerra.

—Tipperary es una ciudad de tu maldita isla de comedores de patatas —objetó sonriente Knight.

—Una excelente razón para elegirla, maldito inglés —agregó el actor.

—Vamos a ello, ordenó John.

It's a long way to Tipperary
It's a long way to go.
It's a long way to Tipperary,
To the sweetest girl I know!
Goodbye to Piccadilly,
Farewell Leicester Square!
It's a long long way to Tipperary,
But my heart's right there!^[8]



John contempló cómo, de pronto, al llegar a lo alto de una ancha calle que partía de la plaza de España, el horizonte se abría en un gran semicírculo de montañas nevadas en sus cumbres, iluminado por un cielo inmensamente azul. Era la serranía del Guadarrama, que tan familiar se le haría en las próximas cinco semanas. Al final de la avenida brillaban doradas las arboledas de los bosques de El Pardo. Pronto alcanzaron los primeros edificios de la Ciudad Universitaria, todavía en proceso de construcción en su mayor parte. Y su sección, junto con otras dos compañías del batallón Comuna de París, fue destinada a ocupar la Facultad de Filosofía y Letras, un anchuroso edificio de ladrillo rojo, de cinco plantas, aún sin estrenar.

El grupo de ametralladoras se instaló en las dos salas de lectura de la biblioteca, en el último piso. Aunque, antes de que los hombres distribuyeran sus enseres en el nuevo acomodo, corrieron a los numerosos y aseados servicios que abundaban en las plantas inferiores. El agua era fría, casi helada; pero sentarse en tazas de inodoros impolutos y llenarse de jabón bajo una alcachofa nueva de ducha les pareció a todos, después de las semanas en La Roda y en los infames trenes y camiones de su recorrido hasta Madrid, la más preciada de las condecoraciones.

Esa tarde les entregaron ocho máquinas Lewis, americanas, más sencillas de manejar y menos pesadas que las Saint Étienne francesas. Los jóvenes brigadistas de Cambridge se sentían como chicos con juguetes de Navidad. Knight y Burke encontraron pósteres turísticos en un piso inferior y decoraron las puertas con grandes carteles que anunciaban la belleza de los castillos y palacios de la Alhambra y Toledo. «Sunny Spain —rezaba uno—: el encanto de Oriente y el confort de Occidente.» Knox y Sommerfield hallaron en varias estanterías numerosos libros en inglés. Maclaurin y Jones llenaron el suelo de alfombras en donde poder dormir algo más blandamente. Y John, Helmut, Jones y Russell comenzaron a preparar parapetos en los ventanales con muebles y los ejemplares más gruesos de la

nutrida estancia dedicada a la lectura: enciclopedias, varios tomos de mística hindú, biblias y una imponente colección de textos de filosofía alemana.

Cenaron un rancho de arroz y carne y luego se dedicaron a estudiar y aprender el manejo de las nuevas armas. Tenían abundante munición.

Sonaban disparos en la distancia, pero el frente parecía bastante tranquilo aquella noche del 8 de noviembre. John pudo conciliar un sueño hondo y relajado, tan profundo como no había logrado otro durante semanas. Al despertar, con las primeras luces del alba, no recordaba nada de cuanto había soñado. Pero sentía la presencia de Margot muy cercana, una suerte de roce de los labios de ella en los suyos. «Soy un hombre nuevo —escribió después en su diario—. Y sólo porque he podido cagar, comer y descansar. Marx no tiene nada que ver con estas cuestiones inmediatas.»

De no ser por el armamento y por sus extraños uniformes, podrían haber parecido un grupo de jóvenes estudiantes británicos, animosos y alegres, organizando un campamento vacacional en las apacibles llanuras de los campos ingleses.



La mañana siguiente lucía el sol y decidieron tomar el desayuno en la pradera que se extendía frente a la Facultad de Filosofía. Los cabos furrieles repartieron chuscos entre las secciones, Sommerfield preparó café y Helmut y Knight frieron chorizos. Habían bajado con ellos cuatro de las ametralladoras para seguir aprendiendo su manejo. Pero, en cierto modo, casi habían olvidado la guerra.

De pronto, oyeron ruido de motores en el cielo. Y, segundos después, vieron asomar los perfiles oscuros de tres aviones. Unos pequeños puntos negros comenzaron a salir de sus barrigas, como excrementos de oveja, y atronaron en el aire las explosiones y brotaron humaredas llameantes de un par de edificios más al oeste de donde ellos estaban.

—¡A cubierto! —gritó Jones.

Corrieron hacia una barrancada que se abría en uno de los extremos de la explanada en que se hallaban, una suerte de depresión del terreno que descendía hacia el curso del río Manzanares, y se ocultaron entre la vegetación de las orillas. Cerca de donde se refugiaron se escondían también algunos milicianos de un batallón español. Las bombas comenzaron a estallar en las cercanías y un par de ellas alcanzaron las dependencias de la facultad. John reparó en que habían dejado abandonadas las ametralladoras en la pradera.

—¡Son los hijos de puta de los fascistas italianos! —gritó un español.

John se volvió.

—¿Cómo lo sabes?

—¿No ves las insignias?: son los Saboya. Así les dicen ellos; pero nosotros los llamamos «Caproni».

Lograron recuperar intactas las armas cuando cesó el ataque. Aquél había sido el primer signo de la guerra: a partir de entonces, todas las mañanas sufrirían bombardeos y durante las horas diurnas, desde los altos de Filosofía, sus ametralladoras intercambiarían fuego con las del enemigo, situadas en los otros departamentos universitarios y en el cercano Hospital Clínico.



El jefe de la XI Brigada, el general Kléber, decretó esa misma noche del 9 una batida sorpresa tratando de desalojar a los franquistas de la cercana Casa de Campo, en la orilla derecha del Manzanares. Y varios tiradores de la sección británica fueron movilizados para la operación, con cuatro de sus

ametralladoras Lewis, entre ellos Jones y Maclaurin. La ofensiva fue un éxito. Pero Maclaurin murió entre las arboledas del bosque del otro lado del río, al pie de su máquina, defendiendo la retirada de una compañía francesa acometida por los regulares marroquíes de Franco. Tenía diecinueve años y era el primer caído del contingente inglés.



Mediado noviembre, la XI Brigada fue enviada a participar en una ofensiva contra los flancos de las tropas franquistas, en la localidad de Aravaca. La batalla quedaría en tablas pero supuso una carnicería. Los moros cayeron por cientos ante las ametralladoras británicas. Luego, John escribió a Margot:

Eran tantos que tuvimos que formar con ellos una gran pila y prenderle fuego. Durante toda la noche el olor de carne quemada se hizo insoportable... El problema principal fue el frío, pues tuvimos que dormir sin mantas: las habíamos dejado para poder cargar más munición.

Fred Jones murió en el combate de Aravaca cuando, subido en la caja de un camión, con medio cuerpo fuera, cruzaba un puente sobre un riachuelo y no alcanzó a ver un cable suelto de acero que colgaba sobre la carretera y que le cortó el cuello. El mismo día fue herido de gravedad en la cabeza el alemán Helmut. Evacuado del frente, regresó unos días más tarde a Inglaterra.

En la misma carta a Margot, fechada el 21 de noviembre, John hablaba así de sus compañeros:

Maclaurin estaba siempre alegre, a pesar de las incomodidades. Si encuentras a alguno de sus amigos de Cambridge, cuéntales que luchó bien aquí (y yo no lo diría si no fuese verdad) y que murió malditamente bien... Siempre los mejores se llevan la peor parte. También Fred Jones era un demonio de buen soldado y combatió valientemente. Después de que expirara, durante horas, todos los británicos guardamos silencio y nadie se atrevió a darnos órdenes. Bern también se está portando excelentemente y ya nunca se queja de nada.

Ésta es una guerra verdadera, no unas vacaciones militares como las que viví en Cataluña y el frente de Aragón. No sé qué es lo que relata la prensa en Inglaterra. Pero Madrid no caerá. Si tenemos tiempo de organizarnos y aprender el manejo de nuestras armas, lo haremos muy bien.

Por su parte, Sommerfield escribiría más adelante:

Yo no sé nada de heroísmo, no sé nada de los manuales de Historia; cuando estás en la batalla, las frases de los oradores y las palabras de la prensa no significan nada: esas expresiones como «valiente», «victorioso», «intrépido»...



La sección volvió al caserón de Filosofía y siguieron jornadas de intensos combates entre republicanos y rebeldes. Atacaban unos y otros y se perdía y se ganaba terreno. Una mañana, los moros consiguieron tomar los pisos bajos de la facultad, pero a las pocas horas los brigadistas franceses de la XI, cargando a la bayoneta, los desalojaron, provocando entre los marroquíes una gran cantidad de muertos. Sus bajas eran muy numerosas, ya que estaban acostumbrados a luchar a campo abierto y no a la guerra urbana, en donde los edificios a menudo debían ser tomados planta por planta. En los enfrentamientos del interior del Hospital Clínico, casi media compañía de africanos falleció de infecciones contraídas al comerse las cobayas que se utilizaban para los experimentos de laboratorio. Por su parte, algunos internacionales franceses entraron en coma etílico al beberse varias botellas de alcohol que encontraron en un quirófano.

John y los suyos se sentían orgullosos de la lucha. En los breves periodos de reposo que daba la batalla discutían de política y de filosofía, leían, limpiaban sus armas y jugaban torneos de ajedrez en los que Sommerfield y John resultaban siempre invencibles. Muerto Jones, John fue escogido responsable

del grupo.

Bromeaban a menudo, contando viejos chistes o repitiendo el número del *music-hall* que tan popular se había hecho en la XI Brigada: «*She was poor but she was honest*», cantado y bailado histriónicamente por Sommerfield, Knox y John. El primero anotó más adelante que John reía siempre a grandes carcajadas, que sonaban como ladridos de perro.



Al finalizar uno de los diarios e intensos intercambios de fuego con el enemigo, Knox inspeccionó los parapetos y, con solemnidad, se dirigió a sus compañeros:

—He analizado con detenimiento nuestras defensas y puedo aseguraros que los disparos enemigos no penetran más allá de la página 350 de cada libro. Así que, cuando haya que reorganizar las barricadas, no quiero ver ningún ejemplar de *Alicia en el País de las Maravillas*, o *De profundis*, o *La Metamorfosis*, ni por supuesto libros de versos.

—¿Qué sugieres, Bern? —preguntó John.

—Biblias, enciclopedias, antologías... ¿Y por qué no *El Capital*? Hay bastantes ediciones por aquí.



John solía sentarse al pie de su ametralladora e intercambiar disparos con los que tiraban desde las posiciones enemigas cercanas, en particular con los del edificio llamado Casa de Velázquez, una construcción machacada por los aviones republicanos que, sin embargo, mantenía en pie su altiva torre y que, en el curso de las últimas semanas, había sido tomada alternativamente por unos y otros contendientes.

Un atardecer, cercana ya la noche, la artillería leal comenzó a bombardearla con dureza. John se hallaba apostado junto a su Lewis y, cerca de él, había otros dos tiradores franceses. Los tres apretaron los gatillos de sus armas cuando vieron abandonar el edificio, a la carrera, a una veintena de hombres. Estaban a poco menos de un kilómetro. Uno de ellos se derrumbó antes de que los otros alcanzaran a encontrar un refugio alejado de la Casa de Campo.

—¡Le has dado! —le gritó uno de los galos a John.

—¡Sí, la pieza es tuya! —confirmó el otro.

John no estaba seguro. Pero esa noche, sus compañeros le felicitaron.

—No te sabía tan buen tirador —dijo Knox.

—Si fui yo quien le acertó, que lo dudo —respondió John—, no creo que vuelva a repetir un disparo tan bueno en toda mi vida.

Esa noche no se sentía orgulloso, al tiempo que se preguntaba si era lícito alegrarse por la muerte de un hombre a quien no conocía y del que nunca sabría nada.

Pero luego se decía: «¿Y a qué otra cosa he venido a España si no es a matar?».



Una tarde de pausa en la batalla, varios de los británicos, tendidos en las alfombras mientras otros hacían guardia en los parapetos, leían algunos de los textos ingleses que habían encontrado en la biblioteca. Se escuchaba el zumbido de aviones enemigos en la lejanía. Sommerfield se concentraba en un texto de

Thomas de Quincey, *Reminiscences of the English Lake Poets*, mientras John hojeaba otro de Charles Reade, *The Cloister and the Hearth*.

—¿Qué tal el libro? —preguntó Knox a John.

—Reade es un excelente historiador...

No pudo terminar la frase. Un enorme estallido lo cegó todo y una densa humareda negra invadió la sala. Cuando la nube oscura se disipó, los hombres se levantaron, atenazados por el desconcierto y el miedo, pero dos de ellos quedaron tendidos en el suelo: Knight, que había perdido el conocimiento y parecía encontrarse en grave estado, y Cornford, quien sangraba abundantemente por la cabeza, a causa de una ligera herida producida por una esquirla de metralla que le rozó la sien y que no le había matado por milímetros. Después se supo que la explosión la provocó un proyectil antiaéreo republicano caído por error en zona propia.

Los dos hombres fueron trasladados al hospital. Operado, Knight hubo de ser repatriado a Inglaterra un mes más tarde, mientras que John permaneció dos jornadas en un centro del Socorro Rojo y regresó a la Facultad de Filosofía tres días después de ser herido. Traía los bolsillos llenos de naranjas y sus compañeros le recibieron con alborozo. Un ancho y grueso vendaje blanco, terminado en forma de cucurucho, le cubría el cráneo desde las orejas, lo que le impedía el uso del casco. Sommerfield, que a menudo se burlaba de su piel negruzca, comparó su aspecto con el de los moros:

—Ten cuidado, no te confundan los camaradas con el enemigo.

Knox se interesó:

—¿Qué tal las enfermeras?

—Limpiaban las heridas como si fregaran el suelo.

Habían transcurrido apenas tres semanas desde que entraron en combate y, de los seis que partieron de Cambridge camino de España a comienzos de octubre, tan sólo seguían cuatro en la lucha: Burke, Sommerfield, Knox y John, mientras que Knight y Helmut habían regresado a Inglaterra. Pero otros británicos de la XI Brigada ocuparon el puesto de quienes no estaban ya con ellos.

Desde el centro hospitalario, John escribió a Margot:

Ninguna guerra es bonita. Pero me estoy convirtiendo en un buen soldado y soy capaz de vivir el presente e, incluso, de disfrutar todo lo que es posible. Nos espera un tiempo duro y, aun así, me siento lleno de fuerza. Un día la lucha terminará, creo que para junio o julio; y si todavía estoy vivo, regresaré junto a ti. Pienso en ese momento a menudo. Sé feliz, querida. Te veré algún día.



El día 14 de noviembre Franco desató un nuevo ataque sorpresa sobre Madrid, en el pueblo de Boadilla, para cortar en dos las líneas defensivas de la República. Y la República tuvo que movilizar todas sus reservas ante una ofensiva de enorme magnitud. No sólo la XI Brigada de la Universitaria fue enviada a pelear en el frente recién abierto, sino que llegaron tropas internacionales desde otros sectores de la capital española. En Boadilla se reunieron los británicos que habían partido juntos desde Francia a principios de octubre para formar la sección de ametralladoras del batallón Comuna de París —ahora ya sólo estaban en condiciones para batallar una docena de los veintiuno que la integraban originalmente— con los miembros de un segundo grupo que servía en el batallón alemán Thaelmann de la XII Brigada. Estos últimos habían peleado en el Cerro de los Ángeles y, de los dieciocho que partieron de Inglaterra, sólo restaban diez útiles para el combate. Nuevos voluntarios británicos se iban alistando para pelear contra Franco, pero de momento quedaban tan sólo veintidós en las trincheras madrileñas. Los otros diecinueve, o bien estaban muertos, o bien habían sido repatriados.

Fue una terrible pugna, librada los dos primeros días casi a ciegas, entre una boira espesa que dificultaba los movimientos de las tropas de uno y otro lado. Los periódicos bautizaron aquellos combates como «la batalla de la niebla». El día 15, tras feroces asaltos a campo abierto, los republicanos recobraron el dominio del pueblo y el grupo de Cornford se instaló en la iglesia de Boadilla.

Pero el 16 los rebeldes contraatacaron con enorme despliegue de tanques y un intenso bombardeo de artillería ligera. Las ametralladoras de la XI Brigada cubrieron la retirada de la infantería. Sommerfield fue herido en una pierna y hubo de ser retirado en una ambulancia hacia la retaguardia. Unos minutos después, a Burke le atravesó la cabeza un balazo. No pudieron llevarse su cuerpo; tan sólo hubo tiempo, apenas un minuto, para que John le cerrase los ojos y recitase un verso del *Julio César* de Shakespeare: «*Los cobardes mueren muchas veces antes de perder la vida. Los valientes no experimentan la muerte sino una vez.*» Adiós, camarada irlandés».



Las ametralladoras del batallón Comuna de París, de la XI Brigada, y del Thaelmann, de la XII, se habían reunido para contener el avance enemigo. Todos los tiradores eran británicos y apenas quedaban unos pocos ilesos. John reconoció a uno de los hombres del Thaelmann, un joven con el que se había encontrado varias veces en una librería de Londres, cuando vivía allí con Ray. Se llamaba Esmond Romilly y era sobrino de Winston Churchill. Romilly se había unido al batallón Thaelmann a finales de octubre y combatido en el Cerro de los Ángeles y la Ciudad Universitaria.

Se saludaron con un gesto de asombro y Romilly señaló el llamativo vendaje de John, que respondió encogiendo los hombros. Pero la granizada de balas que caía sobre ellos no les permitió conversar.

Llegó la orden de retirada definitiva y las ametralladoras y sus servidores comenzaron a replegarse, cubriéndose las unas a las otras. Knox corrió cargando su Lewis cuando le llegó el turno de recular y, un instante después, recibió un fortísimo y ardiente golpe en el cuello y el hombro derecho. Cayó, sintiendo que la sangre le brotaba como una fuente.

John retrocedió junto con el médico de la sección, David Bearn, un joven de Oxford, todavía estudiante.

—No es posible hacer nada, John. —Knox logró escucharle—. Por lo menos, yo no soy capaz. Es un mal tiro.

John se arrodilló ante su compañero. Knox habló antes de que lo hiciera el otro.

—Ya lo he oído —dijo Knox—. Vete cuanto antes.

John apretó la mano de su amigo.

—Buena suerte y que tus dioses te bendigan, Bern.

Y se alejó a unirse a los demás que cubrían el retroceso de las tropas derrotadas.



Pero, al poco tiempo, y mientras Knox pensaba con irritación que iba a morir, la hemorragia cesó. Aturdido, logró levantarse y comenzó a caminar entre las casas abandonadas del pueblo de Boadilla, en dirección al norte, hacia donde se habían retirado los combatientes republicanos. Hacía mucho frío. Y todo a su alrededor era fuego, humo, ruinas y cadáveres. Knox vio soldados tendidos en las cunetas, heridos en las piernas, que esperaban a las ambulancias con sus armas cargadas, decididos, si los alcanzaban antes los moros o los legionarios, a dispararse a sí mismos. Al fin, tras recorrer penosamente

varios kilómetros, consiguió acercarse a un pequeño puesto de socorro del pueblo de Las Rozas.

En el dispensario había otros dos heridos graves que habían llegado, como Knox, a pie. Después de una cura de urgencia, un hombre los subió a su coche y los trasladó al hospital de sangre de las Brigadas, situado en el hotel Palace de Madrid, que había sido antes de la guerra un majestuoso establecimiento hotelero. Allí, en un quirófano montado en una lujosa suite, Knox fue operado de inmediato. El cirujano cerró la herida y le salvó la vida, pero no logró devolverle la plena movilidad del brazo derecho. Tendría que regresar a Inglaterra y seguir un tratamiento especial para recuperarla.

Cuatro días después, John acudió a visitarle.

—Sólo estaré un par de minutos, Bern.

Knox, casi lloroso, se señaló el hombro derecho con la mano izquierda.

—Me siento deprimido, John. No seré capaz de apoyar un fusil para disparar de nuevo.

—No importa, Bern. Te ascenderemos a oficial y podrás llevar un pequeño revólver... a condición de que nunca lo dispares, claro. Por ahora, mejor que vuelvas a Inglaterra cuanto antes y te repongas. Te guardaré el sitio.

—Todavía tengo que permanecer aquí, sin moverme del hospital.

—Te repatriarán, ya has tenido tu «Ilíada».

—Sí, una buena ración homérica. Ahora ya quedas tú sólo. Como los héroes de antaño...

—¿Qué pensaste cuando te dejamos atrás?

—Era preciso que lo hicieseis, la herida parecía mortal. Yo estaba seguro de que era mi fin y eso me producía una rabia enorme. Nada de visiones de ángeles ni del Paraíso, como cuentan los malos libros. ¿Por qué debía perder la vida con tan sólo veintiún años? No era justo. Maldecía a Dios y al mundo. Y recordé a Homero. Sus jóvenes héroes se irritan al morir, como Héctor mientras descendía a la Casa de los Muertos, acuchillado letalmente por Aquiles. ¿Lo recuerdas?: «*Lamentando su destino, dejaba atrás la existencia, su flexible juventud y su fuerza*».

—Ya no vas a morir.



Quince días después, Knox era trasladado a la base de las Brigadas en Albacete y, desde allí, viajaba a Valencia para embarcarse rumbo a Inglaterra. Años más tarde escribiría:

En mi viaje de Madrid a Albacete, contemplé una escena que me llenó de ánimo. Nos detuvimos en un punto del trayecto para dejar pasar un tren que venía en dirección contraria. Cuando cruzaba junto a nosotros, vi a hombres que nos saludaban y alzaban en alto los puños cerrados: evidentemente eran refuerzos para Madrid. En el exterior de uno de los vagones había desplegada una gran pancarta blanca en donde se leía: «*The yanks are coming*»^[9] Era un contingente de la Brigada Lincoln en su camino hacia el frente.



La ofensiva de Boadilla fue finalmente contenida, aunque los republicanos perdieron unos kilómetros de terreno. John Cornford regresó a Albacete el 17 de diciembre con los restantes miembros supervivientes del batallón Comuna de París, de la XI Brigada. Allí pasaría a formar parte de la XV Brigada, en la que se integraba un batallón británico con nuevos internacionales llegados de Inglaterra e Irlanda. Aún no había sanado por completo de la herida recibida en la Ciudad Universitaria y llevaba todavía su vistoso vendaje, como una caperuza blanca, protegiéndole la cabeza.

De los seis voluntarios que habían partido con John de Cambridge a principios de octubre, tan sólo él quedaba en condiciones de luchar. Y entre los veintiuno que, en Belleville, se reunieron en el batallón

Comuna de París, de la XI Brigada, únicamente él y otros cuatro, entre ellos Sam Russell, podían seguir peleando, mientras que todos los demás estaban muertos o habían sido repatriados a Inglaterra.



John había escrito a Margot el 21 de noviembre desde La Roda: «Todavía hay una gran probabilidad de que vuelva vivo, una gran posibilidad».

Y ahora, a bordo del tren que le llevaba a Albacete junto con los otros cuatro compañeros supervivientes de las luchas de Madrid, se sentía tan solo como en aquellas noches interminables del último mes de agosto, llenas de estrellas y con un gajo de luna pendiendo como una lámpara del cielo, cuando montaba guardia en el frente de la sierra de Aragón.

RÉQUIEM DE GUERRA

*Tengo una cita con la muerte
en alguna descarnada ladera de una colina arrasada, [...]
Pero tengo una cita con la muerte
a medianoche, en algún pueblo en llamas, [...]
y yo siempre soy fiel a mi palabra,
no faltaré a la cita.[1]*

ALAN SEEGER,
«Tengo una cita con la muerte»

Albacete, campos de Córdoba y Jaén, diciembre de 1936

Mientras el tren avanza renqueante, John mira por la ventanilla la tarde que agoniza. Se siente fatigado y en su ánimo crece una vaga conmoción que mezcla la melancolía con la tristeza. Le faltan once días para cumplir los veintiún años y podría casi jurar que tiene cincuenta más. Ni siquiera añora en estos momentos a Margot. Sabe que volverá a combatir muy pronto. Y le sorprende notar que no teme la cercanía de la batalla.

El paisaje que distingue no convoca a la alegría: largas llanuras en las que ocasionalmente puntean cerros canijos, campos secos y ateridos, tierras roturadas en espera de la siembra, ausencia de ríos y de bosques, un cielo grisáceo y mustio y ocasionales chaparrones. Pese al calor del que se disfruta en el interior del vagón, el frío, afuera, casi se ve y se toca.

Los cuatro hombres que viajan con él en la cabina, los supervivientes de la XI, apenas hablan entre ellos: son Jock Cunningham, Joe Hinks, Jack Clarke y Sam Russell. John piensa que tal vez tengan en ese momento sensaciones parecidas a las suyas. Pero no acierta a saber cuáles son los fantasmas que despierta en su alma esa profunda indiferencia vital que ahora se apodera de él. Viene de luchar hasta la extenuación, burlando la muerte, y pese a que la herida de la cabeza todavía duele y sangra, se sabe un hombre afortunado. ¿Acaso no es suerte haber salido con vida de los combates de la Ciudad Universitaria y de la carnicería de Boadilla?

Los hombres se ofrecen cigarrillos los unos a los otros y una nube de humo denso de tabaco flota en el compartimento. John cierra los párpados y le asalta una visión de los jardines del Trinity College, a las orillas del río Cam. ¿Por qué ese lugar?, se dice. Piensa que, de no haber venido a España, ahora mismo estaría siguiendo el último curso de Historia para graduarse en unos pocos meses. Y el verano próximo habría ido al encuentro de Margot en Birmingham para buscar un empleo y vivir junto a ella. Daría clases y escribiría poemas de amor. Y de cuando en cuando, los dos buscarían la soledad en las playas largas de Hunstanton.

Pero abre los ojos y el árido paisaje corre a su derecha. Está en la desolada y enloquecida tierra de la guerra española. ¿Por qué en este país?, ¿por qué continúa peleando en esa fea, sucia y terrible contienda?



En la estación, ya de noche, los espera Ralph Fox, el comisario político de la nueva brigada que va a formarse en Albacete, la XIV. Es un hombre delgado, de apariencia liviana y sonrisa fácil. Todos los recién llegados saben de quién se trata: un escritor famoso que ha publicado novelas y ensayos de éxito, graduado en Oxford y marxista convencido. Tiene cerca de treinta y seis años, pero aparenta muchos menos. Les estrecha la mano con efusión.

—Sé que habéis combatido bien —dice—. Ahora mismo nos vamos al acuartelamiento de Madrigueras, en donde están las brigadas. No queda lejos. Cenaréis algo en la cantina y os acomodaremos lo mejor que podamos, merecéis un descanso.

Se detiene ante John.

—Eres Cornford, ¿no? Leí un artículo tuyo sobre literatura y compromiso político que me impresionó. Se llamaba «Left?», me parece recordar.

—Así es —responde John, sorprendido—; salió en la *Cambridge Review*, hará un par de años.

—Me gustaría cambiar opiniones contigo.

—Será un honor.

—Ah, entonces hay mucho de que charlar. ¿Cuántos años tienes, John?

—Cumplo veintiuno el día 28.

—Lo celebraremos... aunque sea entre las balas. Eres casi un adolescente...

—Según el calendario, lo soy. Pero he visto demasiados muertos. Y caer a muchos amigos. Y he matado... Todo eso envejece.

Fox le señala con el dedo los ojos.

—No tienes aspecto de muchacho..., no. ¿Sabes cómo llaman los nuevos brigadistas a esa forma de mirar de los veteranos del frente? La mirada de las mil millas. Habéis ido muy lejos.

—Mil millas hacia dentro de nosotros mismos.



Era un enorme galpón capaz de acoger a un par de centenares de soldados, repleto de literas alineadas, con pequeños armarios metálicos individuales a los lados de los camastros y duchas y váteres en los extremos de la nave. No había otros ocupantes que ellos cinco, Fox incluido.

—El resto llegará dentro de dos días desde Barcelona —dijo el escritor—. Si no hay contratiempos, ahora mismo deben de estar preparándose para cruzar la frontera francesa en camiones. —Miró su reloj—. Y mañana por la noche saldrán en tren hacia aquí. Al instante comenzarán a entrenarse.

—¿Y nosotros? —preguntó Sam Russell.

—Tendréis que ayudar en la instrucción, ya sabéis luchar.

—Lo único interesante en un guerra es el frente —intervino John—. Espero que nos proporcionen buen armamento.

—Nos lo han prometido... Pero dejemos eso para más adelante: vamos a comer algo caliente, creo que hay sopa de patatas... y mañana, patatas en sopa.

John se quedó un rato con Fox cuando ya los otros se habían retirado. Fumaban y bebían en pequeños vasos un aguardiente que hería la garganta.

—¿No tienes sueño, John?

—Tengo un cansancio infinito y, al tiempo, ninguno. Podría dormir diez días seguidos y no dormir en lo que me queda de vida. Podría quedarme dormido en esta mesa y permanecer insomne días enteros, tumbado en mi litera. Podría soñar despierto e imaginar la realidad como un sueño.

Fox le escuchaba en silencio.

—Me ha sorprendido que hayas leído mi artículo de la *Cambridge Review* —siguió John—. Siento que lo hubiera escrito hace muchos más años de cuando lo publiqué y ya no sé si pienso igual que entonces.

—Me impresionó.

—Mi tesis era que la diferencia, en los nuevos poetas, se establecía entre aquellos que acababan

colapsados por la subjetividad, sobre todo en la forma, y aquellos que mantenían, pese a todo, una decidida posición por la rebeldía. Pero hoy las veo como ideas de juventud sobre las que ya no reflexiono mucho. De momento me importan más las armas. En todo caso, creo que ahora hay escritores que se arriman al marxismo como una forma de estar a la moda, tal vez Stephen Spender, Auden, puede que incluso Joyce. Por mi parte, yo no creo en el marxismo como una forma de modernidad, sino como...

—¿Una fe?

—Tal vez. Pero ahora yo sólo quiero ser un buen soldado.

—Tus criterios me parecen interesantes, pero no los comparto del todo. Yo veo una línea de rebelión ininterrumpida en nuestra creación literaria desde Milton. Y también en la literatura en general, en otros países. Las cumbres más geniales son Rabelais y Cervantes, que no sólo fueron escritores, sino hombres de acción. En Inglaterra, en esa línea insumisa, están Byron, Wordsworth, el propio Keats...

—¿Keats?

—No lo dudes. Él quería adquirir la sabiduría de la realidad, de la verdad. Recuerda aquel verso: «*El conocimiento enorme hace de mí un Dios...*». Y en cuanto a Joyce, le juzgas mal: él quiso retratar en el judío Bloom al hombre común; en cierto modo es el ser humano abstracto y convertido en el símbolo de todas las «personas corrientes» del siglo xx. Y el marxismo lo que hace es emplazar a ese hombre común en el centro de la filosofía. El escritor que comprenda que la lucha de clases es el conflicto de nuestra época, la pugna que refleja las exigencias más altas del espíritu humano, será el heredero de esa magnífica herencia de las letras inglesas. A Shakespeare y a Cervantes no les hubiera asustado la concepción marxista de la vida: después de todo, eran hijos intelectuales de Rabelais y Montaigne.

Se interrumpió al mirar a John, que, sentado frente a él, había dejado caer su barbilla sobre el pecho mientras su garganta emitía un ronquido suave.

Sevilla, campos de Córdoba, diciembre de 1936

El cielo de la mañana del día 17 es gris y sucio en el parque de María Luisa. El comandante Luis Redondo ha formado a su tropa para iniciar la marcha a Bujalance. La columna la forman casi cuatro mil hombres, entre ellos moros regulares del Ejército colonial de África, llegados de Larache unos días antes, y voluntarios falangistas y requetés andaluces. El contingente lleva una batería de artillería, una compañía de Zapadores, dos escuadrones de Caballería mora y uno de la Policía Montada de Sevilla, en la que se integra el Algabeño y que manda el comandante Erquicia. Van bien provistos de ametralladoras y artillería ligera. Y tienen garantizado el apoyo aéreo desde la base de Tablada, con bombardeos Junker alemanes y cazas Fiat italianos. Hace frío y humedad en los entristecidos jardines sevillanos: los militares y voluntarios españoles visten capotes de tela de gabardina y los marroquíes, capas negras y livianas.

Dos días antes, Queipo ha explicado sus planes a los oficiales, en una reunión en el palacio de la Gavidia a la que ha invitado por deferencia al Algabeño. Ha convencido a Franco, ya jefe supremo de la rebelión, de que es preciso «sanear» las áreas fronterizas entre las provincias de Jaén, Córdoba y Sevilla. La primera ha permanecido leal a la República, mientras que las otras dos han caído en poder de los rebeldes. Y en los territorios que se tienden entre las tres ciudades hay extensas campiñas y serranías, así como numerosas poblaciones, que permanecen en manos de las milicias populares. Si se las somete, el camino entre Andalucía y el centro de España quedará abierto para los rebeldes, no sólo por Extremadura, sino también por la vía de Despeñaperros.

Queipo se ha guardado una broma para el final:

—Como es la época de la recolección de la oliva, vamos a llamar a esta operación militar «Campaña de la Aceituna». ¿Qué os parece? Más aún: si logramos conquistar la zona, nos quedaremos con las olivas, que nos darán buen dinero para armar y pagar a la tropa. Se habla de una estupenda cosecha este invierno, ¿no, Algabeño? Y cosecha de rojos, además.

—Si es que no graniza —responde serio el torero.

El general ríe.

—No te veo de humor, maestro. Pero ya sabes que el campo es como las mujeres: cuando quieren dar, dan; y si no quieren, no dan nada salvo que las varees con la fusta. Y este año van a dar.

—Si graniza, olvídense del látigo, general.

—El granizo lo pondré yo, Algabeño..., con olor a pólvora y a sangre.



José ha pasado un día intenso. Comió en el Sport con Díaz Criado, que a los postres estaba ya borracho.

—¿Y para qué tienes que volver al combate? —le dijo, babeante, el delegado de Orden Público—. Sevilla es nuestra, somos los amos, ¿cómo se dice?, de vidas y de haciendas... Disfrútalo, compadre.

—En la guerra, lo único interesante es el frente de batalla. Y yo prefiero, en todo caso, cabalgar mi yegua antes que follar con tus putas. Ya te lo he dicho muchas veces.

Esa tarde había pasado dos horas en una habitación del Majestic con Catalina.

—Sé que vuelves a la lucha, Algabeño —le comentó la mujer.

—¿Quién lo dice?

—Toda Sevilla lo sabe.

—Ésta es una ciudad de lenguas largas y orejas anchas como estómagos de lobos. ¿Y a quién le importa lo que yo haga?

—A mí. Y no volverás a verme si te vas. Porque te olvidaré de inmediato cuando salgas de la cama.

—Vaya. ¿Te has enamorado?

—Tú no sabes lo que es eso.

—Ni tú lo que significa la guerra, señorita.

—No dejarías por mí ninguna de tus ambiciones.

—Ni por ti ni por nadie.



Ha cenado en su casa en la calle de San Vicente una tortilla, frente a Araceli. Los sirvientes le han preparado todo lo que precisa: la ropa, la tercerola, el sable, la yegua...

Ella apenas ha hablado. Le ha acompañado a la puerta. Y él le ha pedido:

—Cuídame a ese niño mío que llevas en tu vientre. Será otro Algabeño, un Benjumea de sangre noble como la tuya, pero orgulloso de un padre torero que se llama García y que tiene los cojones de un plebeyo.

Ella le ha mirado mientras montaba.

—¿En qué piensas, mujer? —pregunta, subido a lomos de la yegua.

—Que no te conozco.

José ríe.

—Pídeles razones a la gente de Sevilla y a tu propia familia: ¿quién es el Algabeño? Y enseguida te lo

dirán, como se lo explicarán por muchos años a todos nuestros descendientes.

—¿Y qué contarán de ti?

—¿A quién va a importarle eso cuando ya esté muerto?

Pica espuelas y se aleja del palacete.



Es un día muy diferente a aquel en que partieron, a principios de agosto, bajo las órdenes del comandante Castejón, a la conquista de Madrid. Entonces brillaba el sol, la tropa estaba eufórica y en el ánimo de todos palpaba la seguridad de la victoria inmediata. Ahora, Madrid no ha caído, no asoma el sol en el cielo cubierto de nubes y en los soldados se advierte una mirada severa. Saben que van a luchar contra milicias mejor armadas que los pueblos indefensos que asaltaron, sin apenas resistencia, en los campos sevillanos durante el verano. Sólo los moros permanecen igual que entonces: impasibles, como si la guerra no fuera con ellos.

José sujeta las riendas de su yegua torda, la Mora, con la mano izquierda; se agarra con la derecha al borrén y, al instante, apoya el pie izquierdo en el estribo y, con un ágil movimiento, queda sentado sobre la silla vaquera. Es suave y cómoda, de cuero fino, y se encaja sobre una gruesa manta de lana blanca. José viste un gabán pardo y se toca con un sombrero gris de fieltro y ala ancha. Lleva revólver al cinto y de la parte trasera de la montura cuelgan, en un lado, la tercerola, y en el otro, un sable de empuñadura dorada y hoja algo curva.

El animal da un par de saltos nerviosos, alegre, y José lo lleva a situarse junto al caballo del comandante Erquicia.

—Listo para cuando ordene.

—Bienvenido, Algabeño. —Mira a su jaca—. ¿Por qué siempre te veo montando yeguas?

—Porque son hembras, usía.

El otro ríe.

Asoma un automóvil en la plazuela, de chapa negra y brillante, un robusto y lujoso Hispano-Suiza. El chófer desciende y el comandante Redondo, jefe de la partida, surge de entre las filas de soldados, como una sombra, y sube al auto ante el conductor que, parado, mantiene la puerta trasera abierta y saluda militarmente, en posición de firmes. Al instante, tras él, con paso apresurado, aparece el capellán, don Bernabé Copado. Es un hombre recio y de estatura media, viste pantalones negros y un pesado abrigo del mismo color. Una banda de cuero militar le cruza el pecho y de su cuello pende un crucifijo grande, de madera clara. Antes de subir al vehículo, se vuelve sonriente hacia la soldadesca y traza en el aire una cruz imaginaria mientras sus labios se mueven como si dijera una breve oración. José escucha a Erquicia decir un «amén» como un murmullo; pero él calla. Atrás, los carlistas entonan la «Salve».

Queipo llega un poco más tarde, rodeado de su escolta. Hoy no hay discursos. El general se detiene ante la columna. Redondo y el capellán bajan del coche y se yerguen tiesos ante él. Se oyen voces de mando de las compañías llamando a firmes. Suena el cornetín y Queipo grita:

—¡Viva España!

Más de mil voces responden con estruendo.

—¡Adelante! —clama Queipo.

Redondo y el cura suben de nuevo al automóvil y el contingente militar comienza la marcha.

El Algabeño percibe a su alrededor un olor a estiércol y a paja seca, a la humedad que llega del río y a la lluvia tímida que empieza a chispear sobre la tropa. No es igual que aquel día de agosto con Sevilla perfumada de aroma de flores. ¿Qué ha cambiado? Algo le desconcierta, pero no adivina el qué.

Sin embargo, siente que, al cabalgar, se libera de las sombras.



Alcanzaron Córdoba la mañana después. La tropa descansó en la ciudad unas horas antes de seguir hacia el este. Los oficiales, el capellán y el Algabeño ocuparon habitaciones en un hotel de lujo, pero el torero, después de echarse un rato vestido, bajó al bar y pidió al camarero una manzanilla «bien fresquita». Se acomodó en uno de los mullidos sillones de la gran sala, ahora sin más presencia que la suya y la del discreto camarero.

El capellán Copado apareció al poco. Vio a José y fue a sentarse a su lado, sonriendo, sin esperar a ser invitado. A José le irritó levemente, deseaba estar solo.

—Vaya, vaya, el famoso Algabeño. Ya tenía ganas de conocerte. Toda Sevilla habla de ti.

—¿Bien o mal?

—La mayoría, muy bien. Tu valor, tu entrega a la causa, tu servicio a la patria...

—Y los otros, ¿qué dicen?

—Que eres mujeriego.

—Hay mucho envidioso en Sevilla.

—Pero tú estás casado.

—Usted confiesa, ¿no, padre?

—Claro, y estoy a tu disposición.

—No es por mí. Sólo me imagino que habrá confesado a muchos hombres casados. ¿Y cuántos no han montado una hembra fuera de casa?

—El Señor lo perdona todo. ¿Quieres sacramentos, Algabeño?

—Con Dios me las arreglo bien a solas. Soy creyente y cofrade del Cristo del Gran Poder; además, doy buen dinero a la Iglesia. ¡Pero contarle a usted mis pecados...! No me gusta que otros hombres sepan de mí asuntos que no les incumben.

—Yo soy solamente un sacerdote. Y el secreto de confesión es sagrado.

—Mis secretos sólo los guardo conmigo... Cada uno a lo suyo, padre, y que Dios le bendiga.

—Ya veo que no te agradan los curas.

—No es que no me gusten ustedes, es que no les veo la gracia.



En la tarde del 18 entraron en Bujalance, una localidad grandulona que, abandonada por casi todos sus habitantes, parecía dormir. Los moros se adelantaron y rompieron las puertas de las casas cerradas. Antes de caer el sol, había varias docenas de hombres detenidos, casi todos ancianos, junto con una veintena de mujeres y sus hijos. Redondo sabía que veinte derechistas habían sido asesinados en el pueblo días antes. Y dio la orden de fusilar a todos los hombres apresados y de entregar las muchachas jóvenes a los moros. A los niños los encerró en un colegio.

—Los críos son inocentes de todo, no tienen que ver estas cosas —dijo el comandante mientras daba cuenta con sus oficiales de unas latas de lentejas, en una cena a la que había invitado al Algabeño—. Ya les enseñaremos en la paz lo que es necesario saber.

—Llevan el demonio dentro, pero se lo arrancaremos —dijo el capellán Bernabé Copado.

José se burló:

—¿Y cómo lo hará, padre?, ¿con tenazas?

—Con las uñas si es preciso —respondió el otro, visiblemente molesto, lo que provocó que un riachuelo de caldo se escurriera por las comisuras de sus labios.

Durmieron en una iglesia, sobre bancos cubiertos con mantas. Pero el Algabeño prefirió descansar junto a su yegua, en una gran cuadra escogida para la caballería, rodeado de relinchos de medianoche y de pedos equinos.

Añoraba Sevilla y, al tiempo, no deseaba volver a la ciudad. Nadie le podía impedir tomar su caballo y cabalgar hasta allí. Pero no se sentía capaz de hacerlo.

Albacete, campos de Jaén

A media mañana del 19, el tren entra bufando en la estación de Albacete. Viene repleto de internacionales que se asoman a las ventanas y saludan con los puños cerrados. Se oyen canciones. En el andén esperan grupos de milicianos y militares que alzan también sus puños.

En la explanada trasera de la estación se ha colocado una suerte de pequeña tribuna a la que se accede por media docena de escalones. La flanquean dos banderas: una roja y otra con los colores morado, amarillo y rojo de la República española. Arriba esperan dos mandos: el responsable político de las fuerzas extranjeras venidas en apoyo de los leales, André Marty, y el jefe de la recién creada XIV Brigada, el general Walter.^[2] Al pie se sitúan los cuatro comandantes de los batallones 9.º, 10.º, 11.º y 12.º que integran la brigada, junto con los comisarios políticos. Un poco retirados a la derecha del estrado se alinean los británicos que han llegado del frente de Madrid: John y sus cuatro compañeros.

Los hombres van saliendo de la estación y ocupando la plaza. Calzan botas de media caña muy nuevas, pantalones y guerreras oscuras, una manta enrollada que les cruza el pecho, fusil en bandolera y boina negra. Los mandos van formándolos en la glorieta, ante la tribuna, en un claro desorden que revela su falta de experiencia en la vida militar.

Se hace el silencio cuando todos han entrado y habla el general Walter. Lleva un gabán largo, cruzado, con dos filas de enormes botones dorados, y gorro de plato con las barras de su rango. El cuello abierto de su abrigo muestra una camisa azul oscura cerrada por una corbata negra. Tiene una pronunciación perruna cuando habla en francés, pero tan sólo explica cuestiones técnicas sobre el entrenamiento que van a recibir en los siguientes días y las normas disciplinarias que deben acatarse. Y como es costumbre en las brigadas, enumera cada uno de los batallones, bautizados todos con el nombre de algún héroe revolucionario o algún hecho épico. El 12.º, el de John, se llamará «Saklatvala», en recuerdo de un cámara hindú residente en Londres: uno de los dirigentes principales de la huelga general de 1926 y el primer parlamentario comunista en Westminster, por el distrito de Battersea. Había muerto el mes de enero pasado, de un ataque al corazón, en la capital británica.

Concluye Walter lanzando un viva a la República, en español, y el comisario Marty toma el micrófono. Viste una guerrera militar y le cruzan el pecho dos correajes. Lleva pistola al cinto y se cubre con una boina negra de estilo francés, caída hacia atrás. Es el suyo un discurso encendido, de exaltación del proletariado mundial, de llamadas a la lucha, a la sangre y al heroísmo. Y desliza una advertencia: todo desertor en el combate será fusilado.^[3]

Al terminar, Marty grita un viva al proletariado del mundo, también en lengua española, y todos entonan *La Internacional*, cantada en nueve o diez idiomas al mismo tiempo. Su sonido es tan dislocado como emotivo, piensa John, con el puño en alto y siguiendo el himno en inglés.

Luego, los hombres, en formaciones irregulares, van hacia los camiones que han de llevarlos al

acuartelamiento de Madrigueras.

Fox y John suben a la caja de uno de los vehículos destinados a los ingleses que formarán la 1.^a Compañía del 12.^o Batallón. Algunos de los nuevos voluntarios los reciben con afecto:

—Tú eres Cornford, ¿verdad? —le dice un joven a John—. Soy de Cambridge, del colegio St. John's. ¿Sabes que tu foto está en muchas de las habitaciones de los estudiantes? Yo la tenía encima de la repisa de mi chimenea.

John se sonroja.

Fox saluda también a los recién llegados. Luego, cuando el vehículo arranca, se aproxima a John.

—¿Qué te ha parecido Marty?

—Tiene energía..., pero hay algo en él que me disgusta. De todas maneras no le he entendido muy bien, mi francés es torpe.

—Yo sí le he entendido y me ha recordado algo que comentaba el joven Stephen Dedalus, en el *Ulises* de mi querido James Joyce: «Tengo miedo de las grandes palabras que nos hacen tan desdichados».

—No me acordaba.

—Pues no lo olvides.

—Pero sí recuerdo aquello que también decía Joyce en el libro: «La historia es una pesadilla de la que estoy tratando de despertarme».

—Eso es casi shakespeariano. Pero no te preocupes, nosotros vamos a cambiar esa historia.

Llegan a Madrigueras y los hombres son distribuidos en los galpones, en donde, ante la avalancha de gente nueva, escasean las literas y los colchones.



John vio ese día por primera vez a George Nathan,^[4] el capitán de la 1.^a Compañía del 12.^o Batallón, veterano de Madrid. Le resultó curioso su aspecto. Vestía unos pantalones anchos y viejos y un jersey de lana, ajado, de cuello vuelto, al que cubría con una guerrera militar exenta de correajes y sin abrochar. Tenía un bigote bien recortado, una nariz judía, grande y ganchuda, la cara larga y el pelo liso peinado hacia atrás, con raya en el lado izquierdo de la cabeza. Y fumaba sin cesar en una pipa de cazoleta cilíndrica. Sus ojos eran pequeños y casi siempre sonreía. Era homosexual y no lo ocultaba; pero nadie se atrevía a bromear sobre ello, pues tenía fama de ser el jefe más valiente de las Brigadas Internacionales. No llevaba armas, sólo un bastón de mando, y casi nunca usaba gorra o casco. Para dar órdenes, utilizaba un silbato que conservaba de la Gran Guerra. Se contaba que aguantaba los bombardeos sin agacharse o buscar protección. Sus soldados le veneraban.

Tendió la mano a John.

—Camarada Cornford, ¿no es así? Sé que eres poeta y he oído hablar de tu valor en la Ciudad Universitaria y en Boadilla.

—Gracias, camarada capitán.

—Nos ayudarás a entrenar a estos borregos recién llegados.

—Lo que dispongas, camarada.

—¿Quieres que te ascienda a teniente?

—Prefiero no mandar.

—Como gustes, Cornford. Pero es un honor tenerte a mis órdenes.

—Yo soy el honrado, camarada: es legendario tu coraje.

—Bah..., habladurías de niñas.

—¿Dónde iremos a combatir?

—En principio, a Madrid. Pero nunca puedes estar seguro. ¿Te parece bien? Es la capital..., la capital de la gloria, la llaman.

—Me atrae el frente de batalla, esté en donde esté.

—A mí me sucede lo mismo, pero no es algo común.

—Dice un amigo mío que ha regresado herido a Inglaterra, Bernard Knox, que las balas son parecidas a las sirenas de *La Odisea*: cantan muy bien, su silbido es bello, pero llevan la muerte en las alas.

—Te saldría un bonito poema con esa idea.

—Apenas escribo ya versos, me concentro en la batalla.

—La guerra es épica pura.

John sonrió burlón.

—Yo siempre he querido ser un poeta lírico, camarada capitán.



Durante los tres días siguientes, los nuevos voluntarios aprendieron a desfilarse y a perfeccionar el tiro. Pero seguían sin aprovisionarlos de ametralladoras modernas y aquellas con las que contaban se encasquillaban en general al calentarse. John insistía a sus mandos en que la escasez y la baja calidad del armamento había sido un grave problema en el frente de Madrid y ellos prometían un pronto envío de nuevas armas.

Al atardecer, los internacionales solían ir a pasear por Madrigueras. Eran demasiados para una aldea tan pequeña y los cafés y las tabernas rebosaban de soldados. El invierno era muy frío y los locales muy estrechos, de modo que se hacía difícil lograr un escaso espacio en los mostradores. Y el humo del tabaco hacía que los ojos escocieran. Al anochecer, eran frecuentes las borracheras y las peleas a puñetazos entre voluntarios de distintos países. No era raro que irlandeses e ingleses se enzarzaran cuando estaban ya algo pasados de copas. Y lo mismo sucedía entre alemanes y franceses. Las viejas rencillas patrias revivían insólitamente entre grupos de hombres que anhelaban construir un mundo exento de banderas nacionales.

El día 20, entró en Madrigueras, viniendo de Albacete, un camión con una veintena de prostitutas, que se instalaron en un garaje abandonado a la salida de la localidad, en la cabecera de una carretera comarcal. Al atardecer, la cola de internacionales ante el galpón podía llegar a sumar más de cincuenta individuos.

John se quedaba con Ralph Fox en el cuartel. Bebían aguardiente, fumaban sin descanso y charlaban de marxismo, de historia, de literatura y de la guerra en la que estaban empeñados. Fox tenía dieciséis años más que John y, para el joven de Cambridge, el novelista se convirtió, en apenas dos días, en una suerte de mentor espiritual. Le admiraba hondamente. Y pensaba que nunca había tenido un maestro semejante, un creador y un hombre de acción al mismo tiempo. Como Cervantes, como Rabelais, como Byron...

—Eres muy joven, pero a veces resultas tan enigmático como un viejo resabiado —le dijo un día Fox—. ¿Qué escondes?

John sonrió. Buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó una pequeña pistola que dejó sobre la mesa, ante Fox.

—Esto es todo lo que oculto.

El otro le miró extrañado.

—¿Qué significa esa antigualla? —preguntó Fox.

—Mi padre la llevó durante la Gran Guerra. Y me la dio cuando le dije que venía a luchar a España.

—¿Combatió en Francia?

—Nunca pisó el continente. Permaneció en Inglaterra, enseñando a disparar a los muchachos que iban al frente. Era un buen tirador. Le hubiera gustado luchar, pero no le dejaron. Y, en su lugar, aquí estoy. Yo no tengo su puntería. Y sin embargo, él nunca mató a nadie y yo sí: a varios fascistas en el frente de Madrid.

Ralph señaló la pistola.

—Es un cacharro que no sirve para nada y es un peso inútil. ¿Por qué la llevas?

—Es difícil de explicar, yo la veo como una especie de símbolo. Creo que, en el fondo de su corazón, mi padre quería sencillamente ser un hombre de acción. Y se quedó en intelectual, en profesor de literatura clásica, especializado en Platón. Y yo, que siempre dijeron que estaba dotado para una vida intelectual, soy tal vez, en cierto modo, lo que él no pudo ser. Quizá eso es lo que llaman destino... Mi padre conocía bien lo que significan los hados. Los humanos somos una especie rara, ¿no crees?

—Ese tipo de reflexiones son mejores para tiempos de paz, John. Guarda la pistola y hazte con un buen rifle.



Las noticias llegaron el día 23 por la mañana: los franquistas habían iniciado una ofensiva en el sur, entre Córdoba y Jaén, y habían ocupado Bujalance, casi en la frontera entre las dos provincias. Y las órdenes para la XIV Brigada cambiaron: ya no irían a Madrid, sino directamente al nuevo frente andaluz.

Los cuatro batallones, en los que se integraban casi dos mil hombres de diez nacionalidades distintas, subieron esa tarde a los vehículos pesados que los llevarían a Andújar, la puerta de la guerra en las sierras del sur.

George Nathan se acercó a John poco antes de la partida.

—Parece que tu herida no acaba de cerrarse, Cornford, y se te ve fatigado —le dijo—. Puedes quedarte en Madrigueras. Aquí harás falta para instruir militarmente a los nuevos voluntarios que vayan llegando de Inglaterra: son muchos, según me han informado. No estarás con los brazos cruzados.

—He venido a España a luchar, capitán, no a entrenar.

—Como quieras. Pero ten en cuenta que, en la batalla, yo no hago distinciones entre soldados cansados y los que están en plena forma. El que está allí está para luchar.

—No hace falta que me lo digas, camarada.

—Y esa venda tuya en la cabeza: llamará la atención de los aviones. Píntala de verde y sube al camión con los tuyos. A partir de ahora, no permitiré una sola queja más..., con todo mi afecto.

—No la tendrás..., con toda mi admiración.

Nathan sonrió, le dio un golpe en el hombro y dijo:

—Trata de salir vivo de la que nos espera allí abajo. Vivir es mejor que morir.



Arribaron a Andújar horas antes del amanecer del 24 y el 9.º Batallón de la XIV Brigada partió de inmediato a ocupar la localidad cordobesa de Villa del Río, en donde se temía un ataque inminente de los rebeldes, ya que se trataba de un importante nudo de comunicaciones. Era una población grande, echada a las orillas profundas y arboladas del Guadalquivir. Cuando llegaron los internacionales, apenas quedaban habitantes en el pueblo, casi todos habían huido ante la lucha que se anunciaba.

El jefe del batallón era un comunista búlgaro, Stomatov, que había hecho un breve curso de instrucción militar en la Academia Frunze de la Unión Soviética pero que carecía de experiencia bélica. Organizó

sus tropas con una compañía distribuida en varios puntos de la localidad y las otras tres entre los olivares del sur y el oeste del pueblo. Mandaba unos seiscientos hombres, de al menos siete nacionalidades distintas, y su armamento lo constituían anticuadas ametralladoras Colt americanas, francesas Chauchat de la Gran Guerra y pesadas Maxim's soviéticas. Los soldados estaban provistos de fusiles austriacos Steyr y americanos Remington, casi todos ellos restos de la Gran Guerra, y apenas contaban con unas pocas piezas de artillería ligera. Y carecían por completo de cobertura de aviación.

Los otros batallones de la XIV Brigada, los 10.º, 12.º y 13.º, organizaron sus defensas en los pueblos, los cerros y los cortijos de la zona del sur de Andújar. Una avanzadilla de brigadistas alcanzó Lopera, a unos diez kilómetros de Villa del Río, y encontró la localidad casi vacía de gente. El general Walter descartó la posibilidad de ocuparla y retiró a sus soldados.

Villa del Río, Córdoba, diciembre de 1936

El comandante Redondo ha reunido de madrugada a sus oficiales en el salón principal del Ayuntamiento de Bujalance, al que desde varios días atrás convirtieron en su centro de operaciones de «saneamiento» de la región. El Algabeño está presente, como siempre: todos saben que es un hombre de confianza de Queipo, una de sus orejas más fiables. Y aunque no es militar, ningún mando profesional repara en atenciones con él. También está el capellán, que no mira con buenos ojos a José tras sus burlas del día anterior.

—No habrá Nochebuena, señores —les comunica Redondo—. Tenemos informaciones precisas de que un fuerte contingente de internacionales ha llegado a Andújar y que una buena parte de la tropa, quizá varios batallones, ha salido hacia Villa del Río.

Mira su reloj.

—Son las cinco de la mañana. Preparen a sus hombres para salir a las seis. Nos dividiremos en tres columnas. Una avanzará por el norte, hacia Montoro, que está defendido por tropas anarquistas; no se trata de tomarlo, sino de controlar la carretera que va desde allí hasta Villa del Río, por si el enemigo envía reservas. La segunda irá por el centro hasta la población, para atacar de frente, y el grueso del contingente, mandado por mí, lo hará desde el sur.

Redondo sigue detallando qué fuerzas compondrán cada grupo y quiénes serán los mandos. A la Policía Montada de Sevilla y a la caballería mora les toca ir con él.

Al salir, José se topa con el sacerdote en la puerta. Le cede el paso.

—Usted primero, padre.

Bajan juntos las escaleras.

—Nos quedamos sin Misa del Gallo —dice el cura.

—Hoy no hay más gallo que yo.

—Sin gallinas.

—¿Se han confesado con usted muchas de las mías en Sevilla?

—No me toques las pelotas, Algabeño.

—No sabía que los curas las tuvieran.

—Más de las que te crees.

El clérigo se detiene y agita ante la cara de José el crucifijo que le cuelga del cuello. Tiene los ojos encendidos.

—Si no representara este ministerio, te lo demostraría ahora mismo.

—Vamos, vamos, padre; ya veo que no aguanta bromas.



La columna de Redondo ha acampado a eso de las once a las afueras de Villa del Río. Bien informados por sus avanzadillas, toman posiciones en el oeste, este y sur del pueblo, rodeando a las tropas de Stomatov, sin que éstas reparen en los movimientos de sus enemigos. Y pocos minutos después, por radio, Redondo ordena atacar a los aviones.

Una escuadrilla de cazas italianos Fiat ametralla durante casi una hora las posiciones internacionales de la localidad y los olivares. Al tiempo, aproximándose con lentitud y sin alertar a los defensores, regulares y carlistas alcanzan la cercanía de los bosques de olivos cargados ya de frutos maduros. Alistan sus ametralladoras y comienzan a disparar sin ahorro de munición. Hay dos intentos de contraataque por parte de una compañía de fusileros alemanes y otra de balcánicos. Pero fracasan. Los moros empiezan a penetrar en las arboledas en pequeños grupos, sigilosos, y a degollar con sus gubias a sus adversarios. El pánico se apodera de muchos brigadistas, que huyen hacia Villa el Río abandonando sus armas. Y Redondo da orden de cargar a la caballería.



Es su momento, su hora plena, la de la gloria. José toma la tercerola, la arrima a su costado derecho, coloca la mano sobre la caja, cerca del gatillo, y ajusta la correa portafusil que le cruza el pecho. Lleva un peine de seis balas cargado y varios más en una de las dos bolsas que cuelgan de la silla. En la otra, una botella de cazalla.

Como si lo desdeñara, se echa el sombrero a la espalda, tan sólo sujeto por el barboquejo al cuello, y pica espuelas. Cabalga y el aire frío del invierno le lame las sienas. Huele a pólvora cuando entra en los olivares. Y oye los aullidos desaforados, pavorosos, de los moros que montan cerca de él. No se guarda ningún orden y José no sabe por dónde andan sus compañeros del escuadrón de Erquicia. Pero no le importa. Tan sólo anda a la caza de adversarios a los que matar.

Y los encuentra pronto. A unos cincuenta metros, bajo un olivo, protegidos por un entramado de ramas, tres brigadistas se afanan en reparar una ametralladora que se ha encasquillado. Detiene a la Mora, alza su escopeta y apunta. Uno de ellos le ve, grita algo en un idioma extraño y sale corriendo. Otro trata de echar mano de su fusil. Pero el Algabeño le derriba de un certero disparo en el pecho. El tercero alza los brazos en señal de rendición. José dirige hacia él la mira de la escopeta y aprieta el gatillo. El hombre se derrumba.

Baja el arma, pica a su montura y de nuevo cabalga. Pasa junto a los dos cuerpos y no se detiene a ver si siguen vivos. No es su tarea rematar, eso corresponde a los infantes moros y a los requetés y falangistas que vendrán a pie tras la caballería.

Va al trote. Las ramas bajas de los árboles le rozan la cabeza. El campo está encharcado y los cascos de la yegua levantan salpicaduras de barro rojo. Busca al huido. Pero no da con él. Quizá se ha escondido en algún grupo cerrado de olivos. Pone el animal al paso.

Y ahora sí lo ve. Se ha sentado al pie de un árbol, con gesto agotado, y al distinguirle, alza los brazos en señal de rendición. José acerca su cabalgadura. El otro le habla sin que él comprenda una sola palabra.

—¿No entiendes español? —dice con la escopeta apuntando desde su cadera hacia el brigadista.

—*Nien, nien...* —responde el caído.

José saca un cigarrillo de su bolsillo y lo enciende. Se lo arroja al extranjero, que sonrío aterrado, toma el pitillo con una mano, mientras mantiene la otra en alto, y da una honda calada.

—Disfruta un minuto, hombre —dice José.

El otro parece confiarse.

—Ya sé que no me entiendes. Pero no te quedan muchas alternativas. Si te dejo con vida, vendrán los moros y te degollarán. Eso si es que no te cortan los cojones antes de segarte la garganta.

El soldado inhala el humo nerviosamente, sin cesar de afirmar con la cabeza, como si comprendiera lo que el caballista le dice.

—Fuma, fuma... Es mejor para ti que sea yo quien te despache.

Y le dispara apuntando al pecho. El brigadista le mira con asombro unos segundos antes de deslizarse, muriendo, hacia su costado derecho.



Los olivares se convirtieron en un vesánico escenario de disparos, gritos, galopes, cadáveres... Las balas partían desde cualquier lado y era difícil saber quién era amigo, quién enemigo. Había hombres que huían presas del terror, mientras otros plantaban cara a la muerte con un valor suicida y no cesaban de hacer fuego hasta que otros proyectiles los callaban. José veía pasar caballos desbravados, a menudo sin jinetes, y otros montados por moros que aullaban y tiraban con sus fusiles sin cesar. La tierra parecía gemir. Y el número de caídos que podía distinguir crecía sin cesar. Agotó la munición de todas sus cartucheras. Y luego empuñó el revólver. De cuando en cuando, se detenía y echaba un trago de cazalla, que ardía en su garganta como las llamas de una viva hoguera. Percibía muy cercanos los siseos de las balas enemigas. Pero sabía bien que la bala que sientes es la que no te mata, mientras que la que no oyes es la que trae la muerte. ¿Y qué importaba, si eso le ocurría sin que se diera cuenta?

Llegó al pueblo. No tenía idea sobre dónde estaban los suyos. Quizá, como en muchas batallas sucede, nadie sabía bien nada. Todo retumbaba en Villa del Río por los disparos y las explosiones de las granadas de mano. José vio algunos marroquíes que cabalgaban dejando atrás el pueblo y los siguió. Y cuando las últimas casas quedaron atrás, distinguió las arboledas de álamos y olmos del Guadalquivir. Ahora lucía un sol helado y engañoso.

Grupos nutridos de brigadistas corrían espantados, abandonando sus armas, hacia el río. José guardó la pistola en su funda y desenvainó el sable. Cuando llegó a las orillas, el espectáculo que se ofreció a sus ojos era tan cruel como en apariencia irreal. Había decenas de internacionales que nadaban hacia el centro del cauce y jinetes de la caballería mora que entraban en el agua y que, desde sus monturas, los ejecutaban a golpe de pica o bayoneta. El caballista español no dudó: se echó al agua a lomos de su yegua y, con mandobles de su acero, ejecutó al menos a media docena de soldados en fuga. El Guadalquivir enrojció de sangre y de vergüenza en las riberas de Villa del Río.

Los regulares dejaron de perseguir a quienes habían logrado adentrarse en el centro de la corriente. José vio cómo varios se ahogaban, braceando al aire cuando ya no podían sostenerse en la superficie. Algunos de los mercenarios africanos echaban pie a tierra y disparaban contra los que se alejaban hacia el otro lado del río. A menudo acertaban.

Sintió una súbita fatiga. Lavó la hoja del sable moviéndola en las aguas de una playita. Luego, echó un largo trago de cazalla hasta casi vaciar la botella. Cerca, un moro le sonreía. José le arrojó el recipiente.

—Bebe, sarraceno de mierda. Y celebra la escabechina de cristianos aunque estés de Ramadán.

Tiró de las riendas de la Mora y la yegua, obediente, se dio la vuelta. José apretó las espuelas contra sus ijadas y regresó hacia el pueblo al galope.



Esa noche Villa del Río quedó en manos rebeldes, aunque durante horas siguió la caza de internacionales en los olivares y en la vega del Guadalquivir. El comandante Redondo telegrafió a Queipo la noticia de la caída del pueblo y, en el cable de respuesta, supo que el general iba a proponer su ascenso a teniente coronel. Un centenar de prisioneros fueron enviados a Sevilla y, días después, en sus charlas radiofónicas, Queipo anunció que había hecho fusilar al menos a cuarenta brigadistas italianos.

Para celebrar su nuevo rango, Redondo invitó esa noche a sus mandos en la sala principal del convento en donde había instalado su Estado Mayor. Y el Algabeño se unió a ellos.

—No hay Nochebuena, caballeros; pero hay victoria, que casi es mejor —dijo Redondo alzando su copa de vino fino—. ¡Viva España y viva Franco!

—Y por si acaso —remató el Algabeño entre las risas de los oficiales—, ¡viva el Niño Jesús y viva la madre que lo parió!

José distinguió al capellán en un extremo de la sala, charlando con un capitán de requetés, y se acercó.

—¿Choca su copa conmigo, padre?

El sacerdote le miró sorprendido, pero levantó su vaso.

—Tengo una curiosidad... —dijo José.

—Cuidado con tus preguntas, Algabeño, que ya te voy conociendo. Y contente con tus brindis, que estás rozando la blasfemia.

—Es algo inocente. Hoy he matado a muchos hombres, al menos una docena. ¿Estoy en pecado?

El otro le contempló severo.

—No, si es por una causa justa. Y la de hoy lo era.

—¿Me guiaba el diablo?

—No te equivoques, Algabeño: Dios estaba con nosotros, ¿no has visto el resultado?

—Me tranquiliza, padre; no tengo, pues, que confesarme. Pero ha sido una Nochebuena sangrienta, en todo caso.

El cura se volvió hacia el oficial y le sonrió ufano.

—Para los rojos no ha sido precisamente una noche muy buena, ¿verdad?

Y dejó escapar una risotada.

Alzó otra vez su copa ante José.

—No hay emoción que supere a la que puede sentirse en el campo de batalla —agregó el cura—. ¿No es cierto, torero?

—Con todos los respetos, padre: se ve que usted no ha catado una hembra en su vida.



Aquella jornada, en Villa del Río y en sus alrededores, murieron cerca de cuatrocientos brigadistas recién llegados a España. Stomatov, el jefe del batallón, cruzó el río en una barca, junto con su Estado Mayor, poco antes de que se iniciara la masacre de sus hombres, y en la mañana del 25 lograba alcanzar Andújar. Cesado de inmediato a causa de su cobardía por el general Walter, no fue juzgado por un tribunal militar, contrariamente a lo que era común en aquel tiempo. Poco después de la batalla de Villa del Río, cruzó la frontera francesa. Y su rastro, a partir de entonces, se perdió para la Historia.

La misma noche del 25, Redondo dio orden a una compañía de carlistas, a otra de regulares y a una sección de ametralladoras de que partieran de inmediato a ocupar la localidad de Lopera, a diez

kilómetros de distancia. Temía, y no se equivocaba, un pronto ataque republicano en el estratégico pueblo. Durante los dos días siguientes, en pequeñas unidades, la columna de Redondo fue desplegándose hacia la localidad y organizó sus defensas en la zona noroeste de la población y en la cercana colina de San Cristóbal, que dominaba los campos de cereal, ahora en barbecho, y los olivares que se extendían en dirección a Andújar.

El domingo 27, los tres batallones de la XIV Brigada Internacional iniciaban su movimiento desde Andújar hacia la conquista de Lopera. Al mismo tiempo que la Brigada avanzaba, la artillería republicana desde el pueblo de Porcuna, situado a menos de cuatro kilómetros, machacaba Lopera con un intenso bombardeo.



José busca una cuadra para pasar la noche junto a su jaca y los otros equinos, entre el heno, con el aroma dulzón que emana de las bestias y que tanto le gusta. Le complace acomodarse junto a esos seres que no le engañan, que obedecen incluso las órdenes más salvajes y sin sentido. Prefiere el olor a mierda de caballo que el hedor a hombre sudoroso.

No piensa en los enemigos a los que ha matado ese día. Son tantos..., casi veinte, tal vez. Pero le viene a la memoria el gesto perplejo del hombre al que dio un cigarrillo antes de dispararle al pecho. No acierta a encontrar pleno sentido a las razones por las que hizo todo aquello. ¿Sólo para evitarle la tortura a la que le hubieran sometido los moros?, ¿o acaso disfrutó al dilatar su muerte mientras le invitaba a fumar? ¿Y por qué no habérselo llevado prisionero?

No tiene respuestas. Y se duerme soñando con el cauce de un río por el que tan sólo discurre un torrente de sangre.

Campo de Lopera, Jaén, 27 de diciembre de 1936

Han madrugado ese 27 y el aire es muy frío. Suben a los autobuses civiles que han confiscado en Andújar. Los tres batallones tomarán direcciones distintas, por órdenes del general Walter. El 10.º, dirigido por el comandante belga Michel Rasquin, se desplegará cinco kilómetros al sur de Villa del Río, cerca de la carretera que lleva a Lopera. El 13.º, dirigido por el comandante francés Joseph Putz, se situará dos al nordeste del cerro de San Cristóbal. Y el 12.º, que manda el teniente coronel francés Gaston Delasalle, ocupará una zona frente a Lopera, en un terreno estrecho en donde hay cañadas, pendientes, cerrillos que suben y bajan y densos olivares. Delasalle ha decidido que la 1.ª Compañía, la británica Saklatvala, tome las posiciones de vanguardia y ataque desde allí el llamado cerro del Calvario, que es una suerte de protección natural de 325 metros de altura, en el camino hacia las primeras casas loperanas. El jefe es el capitán George Nathan y el comisario político, Ralph Fox. John Cornford está al frente de una de las unidades de ametralladoras, en su mayoría viejas máquinas Chauchat francesas y pesadas Maxim's soviéticas. El batallón lo forman 670 hombres, y la compañía británica, 145: entre ellos hay 43 voluntarios irlandeses.



Es muy temprano y el sol no ha salido todavía cuando los autobuses se ponen en marcha. Van en

vanguardia los tres vehículos que transportan a la tropa británica. Los faros iluminan tierras baldías en donde brilla la escarcha de la fría madrugada. Pero la carretera no está vacía. John, asomado a una ventanilla, ve pasar, alumbradas por las luces de los coches y camiones, las filas interminables de refugiados que huyen hacia Andújar, con sus mulas y borricos cargados de enormes fardos, y a su lado, marchando a pie, niños, mujeres y ancianos. John observa que muchos pequeños, cuando los focos los alumbran de lleno, tienen miradas de adulto, mientras que muchos de sus mayores lloran. Se pregunta cuántas miles de veces los caminos del mundo habrán acogido a lo largo de la triste historia humana desfiles de tal extravío y miedo como el que ahora transita a su lado.

Despunta el día cuando descienden en un cruce de la ya estrecha carretera que va de Andújar a Lopera con una senda de tierra alisada que alguien nombra como Camino de Lobos. Los sanitarios están instalando un puesto de socorro en el lugar y la intendencia una suerte de cantina de campaña. La tropa forma. Nathan pasa una rápida revista. Se detiene ante John.

—Te dije que pintarás de verde tu venda.

—No he podido.

—Tú verás, serás un blanco fácil.

John sujeta el fusil entre sus rodillas y comienza a desenrollar el apósito. Luego lo arroja a un lado.

—¿Mejor así, camarada capitán?

—Mejor, pero si sangra, no llores. Y por cierto, me han dicho que hoy cumples años. ¿Cuántos?

—Veintiuno.

—Que te traigan suerte, muchacho.

Se oye cantar a las perdices entre los rastrojos cuando inician la marcha. Atraviesan un arroyo de aguas terrosas, pardas, con las orillas cubiertas de cañaverales, escuálidos árboles del paraíso, higueras silvestres y olivos centenarios ya sin frutos. Un pato, asustado, echa a volar sobre la superficie del riachuelo, corriente arriba. Un conejo escapa entre los matorrales. Enfrente trepan cerros calizos, calvos, en donde el rocío comienza a disolverse bajo la fuerza del sol. Avanzan en silencio. Fox, al lado de John, mira al frente con aire hipnotizado. Mientras caminan, dos agricultores, a lomos de sendas mulas, detienen sus caballerías en el arcén y los saludan con los puños cerrados. Uno dice: «Salud, camaradas», y se quita la boina, como una muestra de respeto ante quienes caminan a la gloria o a la muerte.

John se da cuenta de que no siente nada: ni miedo, ni euforia, ni alegría, ni tristeza.



Nathan ha decidido dejar la carretera y seguir campo a través protegidos entre los olivos. Organiza un despliegue en forma romboidal. La mañana es muy fría, pero luce el sol con brío. A Nathan no le gusta el día, hay claridad sobrada para que los aviones rebeldes despeguen de sus bases de Córdoba y los acosen.

Y así sucede: llegan los aparatos enemigos cuando llevan media hora de caminata y los brigadistas ya distinguen, al fondo, por el sudoeste, el cráneo mondo del cerro del Calvario. Son cazas Fiat italianos que comienzan a dar pasadas sobre la tropa, disparando sus ametralladoras. Los hombres buscan cobijo entre los bosquecillos.

El ataque dura diez minutos y no hay bajas. Cuando los aeroplanos se pierden en el cielo, los brigadistas siguen la marcha. Pero un cuarto de hora después, los aeroplanos regresan y hacen varios vuelos rasantes sobre los olivares, sin cesar de tirar, antes de alejarse de nuevo hacia el noroeste.

Esta vez hay dos muertos en la compañía, los dos primeros. Uno de ellos, un londinense de nombre Segal, que se refugiaba bajo los árboles junto a un grupo de irlandeses, ha sido alcanzado por un balazo

en el pecho y ha fallecido al instante. Sus compañeros envuelven el cuerpo en una manta y apoyan la cabeza del joven en su mochila.

Nathan acude al lugar corriendo. Ve la escena y grita mirando alrededor:

—¿Alguien necesita unas botas? ¡Aquí sobran unas buenas!

Se dirige después a los brigadistas que rodean el cadáver de Segal:

—¡Vamos, caminad! No hay tiempo para un maldito velatorio irlandés.



El teniente coronel Delasalle ha llegado en un coche hasta el lugar, echa pie a tierra y se acerca a Nathan. Sentados sobre las raíces nervudas de unas encinas, los dos militares extienden un mapa. El francés va señalando con el dedo las líneas de la carta y, luego, lo alza hacia la colina que se levanta delante de ellos, a menos de un kilómetro.

—Hay que tomar esa altura y, desde allí, fijar posiciones y asaltar Lopera. Será sencillo, camarada capitán.

—Necesitaré refuerzos para sostener los flancos.

—Los tendrás en menos de una hora.

—¿Y cuándo recibiré la orden de asalto?

—Lo dejo a tu elección, camarada. Ataca cuando te veas preparado para hacerlo. No tenemos otro medio de comunicación que los exploradores. Me envías enlaces cuando necesites algo y toca a rebato las campanas cuando Lopera haya caído.

—Y tú, ¿en dónde estarás, camarada?

—En retaguardia, organizando los movimientos de los tres batallones. Volveré en cuanto pueda.

—Más importante que tu regreso es que me proporciones más tropas como apoyo cuando empiece el combate.

—Nos tendrás a todos.



Nathan detiene la marcha para que almuercen los hombres. John se sienta junto a Fox, al pie de un olivo. Comen sardinas de aceite en lata y un pedazo de pan duro.

—Creo que, cuando regrese a Inglaterra, incendiaré todas las pescaderías en donde vendan sardinas — dice Fox.

—¿Qué piensas de la batalla, Ralph?

—Nathan cree va a ser fácil rendir Lopera, aunque no sabemos cuántas son las tropas rebeldes que hay arriba para defenderlo.

—Supongo que habrá que pelear subiendo. Y la cuesta es dura y el cerro calvo, como la cabeza de un Buda. Costará unas cuantas vidas.

—Deja hacer a Nathan... ¿Tienes miedo, John?

—Tengo los nervios a flor de piel: no me gustaría terminar aquí mi vida. En la guerra te das cuenta de hasta qué punto puedes amar la existencia.

—¿Preferirías morir en otro lado? —dice sonriendo Fox.

—Lo que no querría es que sucediera tan pronto. Y no, no me gusta esta colina. —Sonríe con tristeza —. Además, nos queda otra guerra por luchar, Ralph, una mucho más grande que ésta.

—Quizá. Pero no tan hermosa y noble, John.

—No hay guerra bella y noble.

—Celebraremos tu cumpleaños cuando termine esta batalla.

—Procuraré que haya buen jamón en el menú de la fiesta.



Continuaron el avance. Alrededor de las tres de la tarde, estaban frente a un pequeño otero que se interponía entre una hondonada y el cerro del Calvario. Se desplazaron a paso vivo hasta el resguardo que ofrecían sus faldas; allí Nathan ordenó alinearse a las secciones y dejó a los hombres descansar unos instantes. Todos sudaban y algunos se desprendieron de sus mantas y sus capotes.

El capitán miró su reloj. Eran las tres y cuarto. Se puso en pie, agitó el bastón de mando por encima de su cabeza y gritó: «¡Adelante!». Fue el primero en iniciar la carrera y los brigadistas le siguieron sin dudar, algunos arrastrando entre dos o tres las pesadas ametralladoras. Cruzaron chapoteando un arroyo que se enroscaba al pie del otero. Las armas enemigas comenzaron entonces a disparar. Pero las balas pasaban a mucha altura. Los soldados resollaban mientras trepaban el montículo. Era una cuesta pequeña de tierra estéril, sin apenas matorrales en donde ocultarse ni rocas tras las que guarecerse.

Nathan dio la orden de detenerse a la tropa, aguardó unos minutos más y, luego, reptando, continuó hacia la cima. Sus oficiales ganaron su espalda, y tras ellos, el resto de la compañía. John fue uno de los primeros en ganar la cima, junto a Fox, que le ayudaba a cargar la ametralladora Chauchat. Detrás de ellos ascendía un grupo tirando de una Maxim's, que se movía pesada y torpemente sobre las ruedas de metal.

No se quedaron en el lugar sino que continuaron bajando hasta alcanzar la base del cerro del Calvario. Las altas arboledas de la zona los protegían de los tiradores adversarios. Nathan ordenó de nuevo distribuirse a los suyos en abanico, al pie de la loma. Y aguardó.

Eran las cuatro cuando otra vez se puso en pie. Clamó, dirigiéndose a sus combatientes:

—¡Gritad, chillad, aullad!, ¡metedles el miedo en el alma!

Un lúgubre y pavoroso alarido se alzó de las gargantas de los internacionales.

Nathan dejó que sonara un rato y, a renglón seguido, ordenó con brío:

—¡A la carga! *En avant, mes dames!*

Lopera, Jaén, 27 de diciembre de 1936

Más de mil soldados del Ejército rebelde, entre marroquíes regulares, falangistas y requetés andaluces, bien pertrechados de fusiles y provistos de modernas piezas de artillería traídas de Italia, han ido desplazándose desde el 26 hasta el pueblo de Lopera y ocupando las crestas cercanas de San Cristóbal y el Calvario. Y el 27 continúa reforzándose con nuevos contingentes.

La caballería mora y la Policía Montada sevillana se han desplegado hacia la carretera que va a Marmolejo, para proteger el flanco izquierdo de la estratégica colina de San Cristóbal, desde donde se dominan los caminos que llegan a Lopera por el norte y nordeste. En el del Calvario se han dispuesto varias secciones de ametralladoras. A los requetés se les encomienda defender el frente que mira hacia Andújar y Arjona. Otras fuerzas rebeldes quedan a cargo de cubrir el sector que mira a Porcuna, al sudeste.

El teniente coronel Redondo ha apartado al Algabeño de la caballería sevillana y le ha destinado, por

sus cualidades como jinete, a tareas de enlace con la fuerza establecida en Villa del Río y con la carretera general de Madrid-Córdoba. José se queda con la tropa carlista que protege el nordeste de la localidad.

Y cerca de las cuatro de la tarde, igual que una súbita y sonora tormenta de verano, el aire crepita y la tierra tiembla. La cañonería se multiplica desde Porcuna y se escuchan gritos salvajes que provienen de la zona del cerro del Calvario. José se arrima a una ametralladora y se ofrece a ayudar al tirador colocando peines de balas.

Ahora se ve retroceder a los requetés en lo alto del cerro. Huyen hacia el pueblo con cierto desorden, unos arrastrando como pueden sus pesadas máquinas y otros abandonándolas en el camino. Y al punto asoman los primeros enemigos en la cima de la colina. José distingue a un oficial que agita un bastón sobre su cabeza, indiferente al parecer a las balas que llegan desde Lopera.

—Apúntale a ése —dice José al tirador.

Pero el hombre se ha ocultado y nuevas cabezas de brigadistas se hacen visibles. El fuego rebelde brama apuntando al Calvario, mientras que, desde el cerro, llueven balas sobre Lopera y, desde la cercana Porcuna, pesados proyectiles de la artillería lealista. Todo atruena alrededor de José. Al intenso tiroteo y bombardeo se une ahora la fusilería que, desde la vecina loma de San Cristóbal, dirigen los requetés contra los brigadistas del Calvario. Y en la vaguada del flanco izquierdo de la primera colina, José distingue cómo cargan la caballería mora y la Policía Montada para contener el avance de una columna internacional. Es una caótica batalla sin dueño, dominada por el estruendo de los cañones y los fusiles.

El tirador ha cesado de ametrallar y ha caído de pronto al suelo, gimiendo de dolor y la mano izquierda apoyada en el hombro contrario, tapando a duras penas un boquete oscuro que mana sangre en abundancia. José grita:

—¡Camillero, camillero!

Dos enfermeros aparecen un par de minutos después y se llevan al herido hacia las escuelas públicas, en donde se ha improvisado un hospital.

José mira alrededor mientras se sitúa tras la máquina. Necesita a alguien que cargue los peines. Y en ese momento ve al padre Copado, que corre entre las posiciones defensivas repartiendo bendiciones entre los vivos y los muertos.

—¡Eh, padre! —le grita varias veces.

El otro al fin le oye y se acerca, agachándose.

—¿Estás herido, Algabeño?

—Necesito un asistente.

—Mi ministerio no me permite combatir.

—Pero nadie le prohíbe echar una mano a quienes lo hacen. Póngase aquí, a mi lado, y procure sostener la cinta derecha, para que entre bien en el disparador.

—Dios nos proteja... —musita el sacerdote.

—¡Dios está con nosotros! ¿O es que no es usted cura?

Los brigadistas han tomado la colina y ahora comienzan a descender hacia el pueblo. Pero el fuego cae con intensidad sobre ellos, desde Lopera y desde San Cristóbal. José ha derribado a varios adversarios que descendían por la ladera y se ven muchos cuerpos caídos, la mayoría inmóviles. Ahora piensa que es parecido a cazar patos en las marismas. Y el cura le ayuda con presteza. Tiene el rostro enrojecido y los globos de los ojos abombados y brillantes.

Por dos veces, José ha visto asomar entre los atacantes al hombre del bastón. Sin duda es el jefe. Pero cuando ha dirigido el arma hacia él, el otro desaparece de súbito, como si lo presintiera.

Al poco llegan mulas con algo de comer, agua y cajas de proyectiles. El avance enemigo flaquea, pero las ametralladoras siguen disparando contra los que ahora corren monte arriba, en busca de la protección de las trincheras. José aún alcanza con una última ráfaga a dos brigadistas, que quedan inmóviles en el suelo.

El empuje cesa y los internacionales se resguardan en los parapetos de la cima del cerro.

José bebe agua y se come dos naranjas. Mira al clérigo, que se seca con un pañuelo el sudor de la frente.

—Han sido momentos inolvidables —dice.

—Usted ha sido testigo de lo que he hecho, padre; supongo que no hace falta que me confiese.

—Ya te he dicho que matar no es pecado si la causa es justa.

—A alguno le he tirado de espaldas.

—Las ratas no tienen pecho ni espalda; son ratas.

El cura se levanta.

—Voy a atender a los heridos del hospital. Nunca he visto combatir a nadie con una ferocidad como la tuya. Y no creo que haya emoción semejante a la del campo de batalla..., ni siquiera con una buena hembra, como dices.

Se aleja santiguándose y murmurando:

—Dios nos asista...

Cerro del Calvario, Lopera, 27-28 de diciembre de 1936

Han subido la penosa cuesta arrastrando su equipo, deteniéndose de cuando en cuando para contestar al intenso fuego enemigo, disparando sus propias ametralladoras, y el suelo yermo, a sus espaldas, aparece cubierto por una veintena de cadáveres y de heridos brigadistas que aúllan y claman por un enfermero. Nathan, tan sólo con el bastón en la mano, ha ido siempre en cabeza, reptando en ocasiones, otras en pie, y lanzando sin cesar su peculiar grito de guerra: «*En avant, mes dames!*». Una y otra vez, John ha hecho pausas en su avance para cargar el arma y tirar de nuevo... Ve a las figuras derrumbarse ante sus ráfagas de plomo, es consciente de que está arrebatando la vida a muchos hombres y eso le satisface; quiere matar, matar sin tregua mientras recuerda a sus amigos caídos en combate. Y avanza resuelto, a veces sorteando cuerpos inmóviles que no sabe si son camaradas o enemigos.

Cerca de él ha visto expirar a Henry Wise, un joven estibador en los muelles del Támesis. Un balazo le ha entrado por el ojo derecho y se ha desplomado al instante; del agujero brotaba la sangre negra, a borbotones, como el nacimiento de un arroyo cuya fuerza por ganar la luz rompe la tierra. John recuerda que a Henry le gustaba bromear con refranes y rimas *cockneys* del *east-end* londinense que hacían reír a todos: «*Apples and pears? Up stairs!*».^[5]

Y su rabia ha aumentado y ha seguido disparando.

Y poco después, James Knottman, obrero metalúrgico de Manchester, ha sido alcanzado por las balas enemigas, como si un mulo le hubiera dado una coz en el pecho, arrojándole media docena de metros hacia atrás. Y Jim Foley y Thomas Woods, de Dublín, han sido abatidos poco después, mientras subían hacia la colina, bajo las esquirlas de una granada de mortero. Foley, momentos antes de morir, se sostuvo sobre sus rodillas, gritó algo ininteligible mientras se frotaba los ojos en un intento de recuperar la visión y se derrumbó como un fresno joven trochado por un rayo. A Woods, herido en la cabeza y la rodilla, los camilleros consiguieron retirarlo a retaguardia, en donde murió poco después.

Han coronado al fin el cerro del Calvario mientras los requetés se replegaban hacia las casas del pueblo, a menos de trescientos metros. Nathan no ha querido detenerse, pero ya era imposible continuar. Desde Lopera llegaban granadas como racimos encendidos sobre la compañía y, alrededor de los internacionales, explotaban los obuses de los cañones ligeros. Cuando el fuego enemigo aumentó viniendo también del cercano cerro de San Cristóbal, Nathan ordenó el cese del ataque.

Sin embargo, algunos han seguido avanzando sin oír, a causa del furor del combate, los gritos de Nathan que los conminaban a parar. John Mechan, un marinero de Galway, y Harry Rawson, licenciado en Historia en Oxford, se encuentran en una plaza solitaria de la entrada de Lopera, con sus bayonetas caladas. Y de pronto comienzan a salir de las calles laterales decenas de moros regulares. Los dos internacionales arrojan los fusiles al suelo, levantan las manos, se rinden. Pero los africanos los rodean y los acuchillan con sus gubias, rebanando primero sus gargantas, sin atender a sus súplicas en inglés.

Cogidos entre dos fuegos, los brigadistas han debido retroceder a las alturas del Calvario y Nathan ha mandado cavar trincheras. Mientras lo hacían y el sol comenzaba a echar sobre la tierra la luz fatigada del ocaso, ha llegado la aviación rebelde y batido sus posiciones: un par de bombarderos Junker han arrojado una pesada carga de obuses sobre la colina, pero apenas han acertado con algún objetivo importante. Los cazas italianos Fiat han tenido mejor tino y han abatido, con sus pasadas rasantes, a una decena de hombres. A Joe Monks, obrero dublinés, una bala le entró por debajo del hombro y le salió por la espalda. Quemaba como un hierro al rojo y sangraba como una fuente. Nathan se acercó, miró la herida y dijo: «Has tenido suerte: no ha tocado vena ni hueso; en dos semanas vuelves al frente. Estoy orgulloso de ti, chico».



Nathan, con buen criterio, ha decidido esperar a la noche, cuando ya los aviones no puedan volar.

Y John, junto a Fox, mueve la cabeza:

—No sé cómo estamos todavía vivos.

—No era tan fácil esta batalla.

John se toca el bolsillo derecho de la guerrera.

—Aquí llevo un pequeño diario y unas pocas cartas a Margot, mi novia. Si me matan, hazte cargo de todo ello. No le he enviado noticias mías desde principios de diciembre, pero le he escrito unas pocas líneas estos días.

Fox palpa a su vez su bolsillo.

—Yo también tengo algunas notas. Quedan en tus manos si la suerte me vuelve la cara... No me habías hablado de Margot.

—Está en Birmingham. Es profesora y comunista, como nosotros.

Los soldados cenan carne seca y beben agua y vino dulce. Los camilleros van llegando desde retaguardia y retirando a los heridos, bajándolos hasta el pie de la colina y transportándolos en caballerías hasta el puesto sanitario del Camino de Lobos, en donde tendrán una primera cura antes de ser enviados en camiones al hospital de sangre de Andújar. Pero nadie se lleva a los muertos.

Nathan recorre las trincheras. Hay grupos de combatientes que se han extraviado, durante la batalla, a los dos lados de la loma, y que van llegando, poco a poco, entre las sombras del atardecer, a la colina en donde se resguarda el núcleo principal de la compañía británica. Y no aparecen los refuerzos prometidos por Delasalle.

—La sección de MacDuham está perdida —dice el capitán—. Necesito un voluntario para tomar contacto con ellos y que retornen junto a nosotros.

Fox y John se ofrecen. Nathan responde:

—He dicho uno. Ve tú, Fox: pareces en mejor forma.

—Yo soy más joven —protesta John.

—Tócate la cabeza, estás sangrando. Tendré que enviarte a la reserva.

—Eso sí que no, camarada capitán.

Nathan se vuelve a un enfermero.

—Échale al muchacho un chorro de desinfectante y ponle una venda limpia. Y tú, Fox, tráete a

MacDuham: imagino que debe de andar por el sector nordeste de la colina.

Fox se va. Todo queda en silencio. El sanitario termina de colocar el apósito en la cabeza de John.

—Es un vendaje blanco —señala John.

—No los traigo de colorines, camarada —responde el otro con fastidio.

Nathan sonríe, pero no objeta nada.

Pasa media hora. La noche ha caído. Se oyen ráfagas ocasionales de disparos enemigos.

Nathan ha enviado una hora antes un explorador para recabar noticias de la retaguardia. El soldado regresa jadeante.

—No hay refuerzos por ahora, mi capitán.

—¿Y qué dice ese hijo de perra de Delasalle?

—Que no está en disposición de ofrecernos ni siquiera una compañía.

Nathan se enfurece:

—¡Cobarde!

Se pone en pie. Grita:

—¡Preparados para el asalto!

Alza el bastón, espera un largo instante y clama:

—*En avant, mes dames!*

Pero apenas los hombres se han levantado cuando una granizada de balas y granadas de mortero llega desde el pueblo hasta sus filas. El avance no dura siquiera cinco minutos, algunos atacantes se desploman y Nathan ordena la retirada.



Ha regresado la sección de MacDuham, pero Fox no aparece.

John se dirige a Nathan:

—¿Puedo ir a buscarle? Es mi amigo.

—No conoces el terreno. Enviaré a alguien que haya combatido allí esta tarde.

Y grita:

—¡Johnson!

Un soldado alto, tocado con un anticuado casco francés, acude corriendo.

—A tus órdenes, capitán.

—Baja a la vaguada que hay a ese lado de la colina. Intenta encontrar al comisario Fox, quizá esté herido.

—Ya es casi de noche.

—He dicho que lo intentes.

Johnson regresa a por su fusil, se lo encaja en bandolera y se hunde entre las sombras, ladera abajo. John espera anhelante. Minutos después, suenan algunos disparos por la zona en donde ha desaparecido el soldado.

—Le han visto —señala Nathan—. Quizá le han dado.

Pero Johnson reaparece un cuarto de hora después. Sube la cuesta jadeante. Se detiene ante Nathan.

John se acerca.

—¿Le has encontrado? —pregunta inquieto.

Johnson respira con dificultad, no puede hablar. Busca en un bolsillo de su guerrera y saca un cuaderno y una cartera con fotos, sus documentos y algo de dinero de la República española. John se adelanta a Nathan y los toma. El carnet acredita a Fox como miembro del Partido Comunista británico.

—Está muerto —alcanza a decir al fin Johnson.

—¿Y por qué no has recuperado su cuerpo? —pregunta John.

—Imposible, pesa demasiado. Y me dispararon. Está abajo de la vaguada, en un lugar abierto, sin protección. Cerca hay otro cadáver de uno de los nuestros, quizá Fox trataba de ayudarlo. He traído también los papeles del otro.

Se los entrega a Nathan.

—James Cockburn, de Londres —dice Nathan—. Buen muchacho.

—¿Puedo quedarme los de Fox? —pregunta John—. Se los haré llegar a la familia.

Tiene la mirada desterrada.

—Como desees —asiente el capitán.

Nathan se aleja con Johnson, pasándole un brazo por el hombro. John se agacha en la trinchera. Enciende una lámpara de petróleo y contempla el rostro sonriente de Ralph en el carnet. Luego, abre su bloc de notas por la última hoja. Lee un breve párrafo:

Hoy es Navidad y vamos al frente. Será mi primer día de guerra. Voy junto con John Cornford, de Cambridge: nos hemos hecho grandes amigos. Él es un veterano, a pesar de su juventud y de una cierta ingenuidad angelical que es la base de su atractivo personal.

No hay más escrito a partir de ahí. John cierra el cuaderno y lo guarda. Saca su propio diario y, sintiendo la humedad en los ojos, escribe:

Hoy ha muerto Ralph Fox, de Halifax. Era mi amigo y tal vez el único maestro que he encontrado como ejemplo pleno de vida. Su presencia siempre estará a mi lado.

Luego, arranca una hoja y empieza a redactar un texto para Margot:

Querida:

En las últimas semanas, he terminado varias cartas para ti, pero no he podido enviarte ninguna. Trataré de que todas te lleguen junto con ésta cuando regrese a Albacete. Estoy en el frente de Lopera, en plena batalla, y muchos de mis compañeros han muerto. Otros han regresado malheridos a Inglaterra. Y me siento más solo que nunca. Acaba de fallecer Ralph Fox, el mejor hombre de XIV Brigada. Esta noche no me importan el comunismo, ni la revolución, ni la guerra: sólo quiero recuperar su cuerpo. Mientras luchaba, he aprendido a valorar mucho más a los hombres por su corazón que por sus ideas, y el de Ralph era grande, muy grande.

Y te añoro con un inmenso calor y me encuentro desolado por no estar junto a ti esta noche y tener, sin embargo, que permanecer aquí viendo cómo caen a mi alrededor muchos camaradas a los que amo.

No tiene sentido, nada tiene ahora mucho sentido... Estoy matando, no ceso de hacerlo. Disparo sin pausa sobre hombres que no conozco, inmerso en la memoria de mis amigos caídos. Y a veces tan sólo pienso en la venganza mientras miro los cadáveres que me rodean y percibo que me complace disparar sobre el enemigo y acabar con las vidas de todos aquellos a los que pueda alcanzar con mis balas. Muertos, muertos, muertos...

He perdido la piedad. Y todo se me hace contradictorio. A menudo me invade un sentimiento desconocido por mí hasta estos días y que ha acentuado la desaparición de Ralph: que no existe nada que tenga ya tanto valor, para mí, como el existir..., existir sobre todo para ti.

Las bengalas inundan de pronto el cielo y comienza un terrible bombardeo sobre la colina, llegando desde Lopera.

—¡A las armas! —se oye gritar a Nathan.

Cerro del Calvario, Lopera, 28 de diciembre de 1936

La escarcha de la madrugada cubre la cima del cerro. Los brigadistas preparan su último asalto sobre Lopera. Pero será un ataque desesperado. No han llegado refuerzos, apenas quedan municiones, la mayoría de las ametralladoras Chauchat se encasquillan desde los primeros disparos, lo que obliga a los hombres de la sección a usarlas tiro a tiro, y muchas han quedado fuera de uso. Les han arrojado bombas con inclemencia parte de la noche y el frío ha sido muy intenso. La población, que unos días antes podía haber sido conquistada sin necesidad de lucha, parece ahora una plaza inaccesible en manos del Ejército franquista.

Antes del alba, Nathan ha recorrido los grupos de hombres para anunciarles un nuevo asalto a la localidad. Los furrieles reparten ahora un café caliente y rebanadas de pan muy duro. Y John Cornford, algo apartado del resto de la tropa, da un largo trago a la bebida, que le parece un brebaje amargo y algo repulsivo, mira hacia los lados, se asegura de que nadie repara en él y comienza a arrastrarse hacia el extremo oriental de la loma. No ha podido dormir apenas y, cuando lo ha logrado, ha soñado con el cadáver de Fox, que se pudría abandonado en un campo solitario. Le domina una obsesión: rescatar su cuerpo. Sabe que pueden fusilarlo por dejar su puesto en el combate, pero no le importa: no es justo que su mejor camarada se quede en aquel lugar y termine en un hoyo sin lápida en donde ni siquiera se lea «soldado desconocido».

Gana la falda de la colina y comienza a descender, escurriéndose para no ser visto entre los ralos matorrales. Hay un grupo de encinas chaparras a mitad de la cuesta. Se arrima a una de ellas, toma aire y bebe de nuevo de su cantimplora. Está fría y le revive.

Mira alrededor. No parece que haya presencia de enemigos. Hay cuerpos tendidos, rígidos, por todas partes. Pero no distingue en ninguno de ellos ropas parecidas a las de Fox. Sigue bajando entre matojos. Recuerda que Nathan siempre dice que la maleza alta constituye el mejor lugar para esconderse, mejor que los árboles. En todo caso, allí no hay nadie, le rodean el vacío de vida y los muertos.

De pronto siente un ruido delante de él. Y su corazón late asustado. Pero al poco ve correr a una liebre con las orejas apuntando a lo alto, como dos antenas. Es de color pardo claro y el rabo, blanco en el envés, tiene un penacho de pelo negro en la punta. Se pierde a la espalda de un repecho.

John alcanza una pendiente y ahora sube despacio, casi gateando. Y allí, en la vaguada, tirado en medio de un espacio sin vegetación y cubierto de tierra de aluvión, ve la figura de un hombre que yace inmóvil bocabajo. Algo más lejos hay otro cuerpo tendido y quieto.

De nuevo su pecho bombea fuertes latidos. Se aproxima. Una leve brisa mueve el pelo del caído. Es un pelo claro, liviano, algo ondulado, como el de Ralph. Se acerca más aún. Distingue unas gafas tiradas cerca de la cabeza, que está hundida en la tierra. Parecen los lentes de su amigo.

Llega junto a él. Acerca la mano, trata de girar la cabeza. No puede. Se arrodilla y logra volverla. Y llora ante los ojos sin vida de Fox.

Arriba han comenzado a sonar disparos. Es el ataque de Nathan. Y hay un poderoso ruido de motores que llega desde el cielo, a espaldas de Lopera.

John intenta arrastrar los restos de su camarada, pero es muy pesado. Entonces se pone de pie. Mira alrededor. No hay nadie. Sólo distingue el humo de las explosiones arriba de la colina y en dirección al pueblo. Decide llevarlo a hombros.

Se quita el chaquetón y el jersey. Arroja a un lado la cantimplora, después de dar un último sorbo. Tan sólo se queda con el machete, que cuelga del tahalí en su costado derecho. Y se agacha para recoger a Ralph.

Con esfuerzo, logra incorporarlo. Le cuesta moverlo, dominado ya por el *rigor mortis*. Pero consigue apretarlo con dificultad a su espalda. Sabe que es casi imposible cargarlo así hasta la cima del cerro. Pero espera al menos llevarle hasta algún lugar reconocible, cavar un poco en la tierra y poner un túmulo de piedras sobre él.

Y de súbito surge el avión. Es un Fiat italiano que ha doblado la loma y enfila hacia él. No hay duda de que le ha visto y John se queda quieto. El aparato da una pasada sobre él y su carga. John piensa que quizá el piloto trata de reconocer si es un soldado enemigo. Y se da cuenta de que la venda blanca es lo que le ha delatado.

Se la arranca, maldice y la arroja lejos de sí. Y mira al cielo, contemplando cómo el caza hace un escorzo y enfila en su dirección. Viene a matarle, sin duda. John deja caer el cadáver y corre cuesta abajo tratando de encontrar un refugio.

No hay nada que parezca seguro, sólo matorrales canijos. Entonces recuerda sus entrenamientos en La Roda. El aeroplano está muy cerca. Y en ese instante, con agilidad, John se detiene, se vuelve y acelera de nuevo a cuanta velocidad le permiten sus fuerzas en dirección contraria, dando frente al aparato, hacia arriba del cerrillo.

El engaño funciona y el enemigo yerra su cálculo de tiro. El italiano, más lento en su maniobra que el infante que escapa, ha disparado una ráfaga de la ametralladora del ala derecha de su máquina que ha pasado muy por encima del hombre que se arrojaba en su dirección en lugar de huir. John se deja caer sentado, jadea. Espera temeroso a que el piloto desista.

Pero tal vez el otro se ha sentido espoleado por el reto. En el horizonte, John ve ascender el caza, girar y volver en su busca. Se levanta y reanuda su trote cuesta arriba. Las piernas le flaquean. Y cuando oye más cerca el ruido del motor de la aeronave, repite la táctica: se gira de pronto, se dirige hacia ella y se arroja al suelo. Las balas vuelven a pasar por encima de su cuerpo.

Está agotado. Y el caza regresa. John intenta hacer lo mismo. Pero el enemigo ya conoce su estrategia. Y esta vez no dispara, sino que se eleva cuando está casi encima de él, da una brusca vuelta, desciende y vuela muy próximo al suelo, a espaldas de John, que huye a trompicones, perdidos el sentido del lugar en que se encuentra y casi toda la energía de su cuerpo.

El brillo del fuego brota de las bocas de las ametralladoras de las dos alas de la aeronave. Los primeros disparos levantan polvaredas unos cincuenta metros detrás de John. Y de inmediato el joven inglés siente un golpe ardiente en la espalda que le derriba. Al instante ya no percibe nada y la oscuridad nubla su mente y ciega su mirada.



Nathan, en su último asalto, logró alcanzar las primeras casas del pueblo. Pero hubo de replegarse ante la superioridad del fuego enemigo, apoyado por la aviación. Después, moros y requetés atacaron a la bayoneta y los internacionales desalojaron el Calvario, volviendo hacia la carretera de Andújar, en donde dos días antes había comenzado su ofensiva. Fue una retirada en orden, bien organizada, sin apenas bajas. Sam Russell, que comandaba una sección de ametralladoras, fue alcanzado por la metralla de un obús de mortero en las piernas. No podía levantarse y huir, y sus hombres le dejaron atrás. Pero un viejo camarada de los combates de Madrid, Jock Cunningham, regresó en su busca, cargó su cuerpo sobre sus espaldas y lo llevó hasta lugar seguro. Se recuperaría de sus heridas durante las semanas

siguientes en el hospital de Linares.

Al llegar al cruce de carreteras, Nathan preguntó a uno de sus oficiales por Cornford.

—Nadie le ha visto —respondió el otro, un joven poeta y antiguo alumno de Filosofía de Eton—.

Quizá cayó arriba.

—Ya puedo imaginar en dónde —respondió el capitán.

—Deberíamos buscar su cadáver y escribir para él un bello epitafio...

—Lo único que estamos obligados a hacer ahora mismo es salir de aquí con vida. Además, yo no soy poeta, muchacho. Soy soldado.

Carretera de Lopera - Villa del Río, 29 de diciembre de 1936

La situación en el campo de batalla es confusa y ambigua. Lopera permanece ocupada por los rebeldes, pero su suerte es impredecible porque la tropa para defenderla de un posible ataque se ha debilitado después de que el teniente coronel Redondo decidiera enviar el grueso de su fuerza a tomar por sorpresa Porcuna. Hay todavía un número importante de contingentes internacionales que controlan varias zonas de las vías de comunicación de la región, incluso en los diez kilómetros que separan Lopera de Villa del Río. Y han llegado refuerzos republicanos, ahora españoles: una brigada al mando del coronel José María Galán, y otra que dirige el diputado comunista Pedro Martínez Cartón.

Redondo no ha logrado entrar en Porcuna. Y recela sobre cómo puede terminar el combate. De modo que resuelve trasladar con urgencia, desde Villa del Río hasta Lopera, a una columna formada por contingentes de Infantería, Caballería y piezas artilleras. No obstante, las comunicaciones de telégrafo y teléfono de campaña están inservibles en su mayor parte y es preciso enviar un enlace a caballo para trasladar las órdenes al teniente coronel Eduardo Álvarez de Rementería, jefe militar en la plaza.

El Algabeño se ofrece voluntario. Redondo escribe un lacónico despacho con sus instrucciones y el caballista parte al punto hacia Villa del Río.



Con las luces del alba, montando a lomos de la Mora, a trote largo cuando hay protección de los olivares cerca de la carretera, y al galope si atraviesa territorio llano y sin vegetación, José siente que cabalga en tierra de nadie. Hace frío. Le rodea el silencio —ni siquiera se escuchan explosiones o disparos—, sólo roto por ese sonido familiar de los cascos de su montura sobre el pavimento que tanto le gusta oír. El cielo aparece encapotado. Es como un jinete surgido de la nada en un escenario irreal.

Ha dejado atrás Lopera unos quince minutos antes y el camino se tiende ahora en una larga recta. Hacia el noroeste se pierden en el horizonte los campos baldíos del invierno. A su derecha, una larga loma, cubierta de viejos olivos y con ocasionales caseríos sin gente, acompaña su viaje. Distingue delante, a menos de un kilómetro, el cruce con la vía nacional que va de Madrid a Córdoba. Y en el lado izquierdo, poco antes de la encrucijada, ve un pequeño puesto militar, protegido por sacos terreros, sobre el que ondea la bandera monárquica roja y gualda. Son los suyos.

Se aproxima al paso y grita varios vivas a España mientras mantiene el brazo derecho alzado, al estilo falangista. Un hombre se levanta. Lleva la boina roja del requeté y le hace señas para que se aproxime. La yegua entra en el cercado y José desmonta.

Un oficial está al mando del puesto, que protegen dos escuadras de soldados, una docena de números

en total. Se estrechan la mano.

—Soy un enlace del teniente coronel Redondo y traigo órdenes para el teniente coronel Álvarez de Rementería. Mi nombre es José García Carranza...

—No hace falta que se presente, Algabeño, todo el mundo le conoce. Y le admira.

José sonrío de lado.

—Gracias, alférez. Debo llevar cuanto antes el despacho...

—Puede telefonar, la línea está reparada en este sector.

—Mis órdenes son entregarlo en persona.

—Como desee. Ya no está lejos de Villar del Río: cinco o seis kilómetros.

—Conozco la zona, participé en la batalla del día 24.

—Un momento heroico...

—Si quiere llamarlo así...

—¿Le apetece un café, Algabeño? El puchero está caliente todavía.

—Tomaré uno rápido.

Se lo bebe en cuclillas, a sorbos cortos, frente al oficial, que se ha agachado también.

—Ganaremos pronto la guerra, ¿no cree, señor? —dice el oficial.

José se encoje de hombros.

—Hay que tomar Madrid. Y resisten.

—Andalucía es nuestra, de todos modos.

—Casi entera. Yo, por lo menos, he recuperado mis propiedades. Pero hay que sanear otro poquito los campos, así que seguiré en la lucha.

—Aquí les hemos dado duro a esas ratas extranjeras. Sin embargo, vaya con cuidado, Algabeño: toda esta área está llena de partidas armadas de rojos, pueden emboscarle en cualquier momento.

José se pone en pie.

—Gracias. De todas formas, telefonee ahora a los de Villa del Río y dígales que la orden de Redondo es que una columna, bajo el mando del propio Rementería, se desplace a Lopera con toda urgencia. Llamando ahora, adelantamos la puesta en marcha de un nuevo ataque. Esperamos un duro asalto de los marxistas y no hay hombres suficientes para defender bien el pueblo.

—Así lo haré.

Dos soldados abren de nuevo el camino entre los sacos. La Mora sale al paso del puesto y, tras ella, José. Se arrodilla y fija las espuelas en sus talones. Luego, tras levantarse, estrecha la mano del teniente. Monta, pica con los pinchos los flancos del animal, y emprende el galope. Y apenas ha recorrido cien metros cuando suena el disparo de fusil desde el otro lado de la carretera.

José siente una suerte de violento y abrasador puñetazo en el abdomen, como si el golpe de una mano de hierro, cerrada y al rojo vivo, le dejara de súbito carente de fuerzas, arrojándole al suelo, sin que nada pueda hacer para defenderse de una fuerza tan inesperada como sobrenatural. Cae de su cabalgadura.

Hospital de Córdoba, noche del 29 de diciembre de 1936

Transita entre visiones de la realidad y un extraño sopor que le hace insensible a todo lo exterior. Desde que antes del mediodía le trajeran malherido al hospital de Córdoba, no alcanza a saber muy bien si sueña o es cierta la presencia de esas sombras que entran y salen de la habitación en donde reposa. Se reconoce, es José el Algabeño, matador de toros. Pero ¿está despierto o vive flotando en una

somnolencia?

Recuerda el disparo, el dolor inmenso y ardiente en el abdomen, las voces que parecen chillidos de histeria de alguien que llama a Córdoba por teléfono, la ambulancia que llega, las bombas que caen al otro lado del camino, la morfina... Y el bamboleo viajando hacia la ciudad por la carretera iluminada a duras penas por un sol dubitativo. Y al entrar, ve desde la camilla los muros blancos del hospital, las ventanas cercadas de pintura color crema, las altivas palmeras del jardín delantero del edificio.

Se ha despertado metida la noche ya de lleno y, poco a poco, ha ido tomado conciencia de dónde se encuentra. Araceli le besa la mano. El viejo Algabeño padre, con gesto de tristeza, le acaricia el pelo. Y su hermano Antonio, vestido con el uniforme de Falange, le aprieta el hombro con mano fuerte. Sin apenas luces en la habitación, la penumbra le rodea.

—Soy el doctor Acal Cámara... —oye decir a un hombre pequeño que, vestido con bata blanca, se ha abierto camino entre sus familiares hasta el borde de la cama—, el cirujano que le ha operado.

—¿Grave? —acierta a decir José con voz desfallecida.

—Mucho, pero es posible que salga vivo. ¿Duele?

José mueve la cabeza hacia los lados, negando.

—¿Dónde me han dado?

—Una bala, expansiva, de punta hueca: ha dañado el intestino y el páncreas y desgarrado el hígado.

—Suenan muy mal.

El médico no responde.

—No quiero morirme, doctor.

—Reza, José —dice Araceli—: todos rezamos ahora por ti.

—¿Es posible que me ames?

—Me tragaré la tierra si mueres, José; ya te lo dije una vez.

—¿Por qué?

Ella calla. Se oye ruido en el pasillo.

—¿Quién está afuera? —pregunta José.

—Amigos tuyos —responde la esposa.

—Que no entre nadie.

No desea que la vida se le vaya. Pero no sabe ya cómo retenerla mientras percibe cómo se escapa. Aprieta los dientes, como si tratara de cerrarle el paso e impedirle huir.

Su conciencia empieza a diluirse. Recuerda los últimos meses, escucha el sonido de las bombas, el griterío de las batallas, casi huele la pólvora quemada y siente el galope de la Mora bajo sus nalgas en los instantes anteriores al tiro de ametralladora que le ha alcanzado. Y siente que los perfiles de las cosas se nublan alrededor. «¿Para qué todo eso?», se pregunta. De pronto se da cuenta de que va a morir ahora mismo.

Y la oscuridad se apodera de su mirada.

Madrid-Valsaín, 2015

Epílogo

De los 145 británicos e irlandeses de la 1.^a Compañía que iniciaron el ataque a Lopera, 78 fallecieron. Durante los enfrentamientos de Villa del Río, Lopera y toda la región en donde se desarrollaron los combates de las Navidades del 36, los internacionales tuvieron más de seiscientos muertos mientras que los rebeldes sumaron trescientos.

Con los restos del 12.^o Batallón y el 13.^o al completo, Walter intentó de nuevo, el día 29, tomar Lopera. Pero fueron rechazados, después de que los brigadistas, los carlistas y los marroquíes regulares lucharan, incluso a la bayoneta, en las calles del pueblo y en todos los caminos, en los olivares y en la carretera que une Villa del Río con Lopera. Incomprensiblemente, el comandante belga Rasquin, jefe del 10.^o Batallón, no hizo intervenir en los combates a sus hombres. Lo mismo que en el caso de Stomatov, el responsable de la derrota del 9.^o Batallón de Villa del Río, que huyó de la batalla dejando a sus soldados a su suerte, fue retirado discretamente de Andújar y, desde Albacete, enviado a Barcelona y devuelto a Francia, en donde sus huellas se perdieron.

Peor suerte corrió el teniente coronel Gaston Delasalle. André Marty se trasladó a Andújar a finales de año y el 2 de enero, en el pueblo de Arjonilla, asistió al juicio sumarísimo organizado en su contra. Delasalle mandaba el 12.^o Batallón y había prometido refuerzos a George Nathan cuando éste se disponía a atacar Lopera, refuerzos que jamás llegaron, una de las causas fundamentales de la derrota de los brigadistas. Acusado de traición y cobardía, fue fusilado en una plaza del pueblo pocos minutos después de que el tribunal político-militar le condenase al paredón. Lloraba suplicando piedad mientras lo arrastraban frente a la tapia. Su cadáver fue enterrado en un lugar desconocido.



José García Carranza, el Algabeño, y John Cornford tuvieron reconocimientos muy distintos. El mismo día 30, por la noche, el general Queipo de Llano hizo una emotiva referencia en su charla radiofónica a la suerte del garrochista:

No sé si habrán notado ustedes que esta noche no estoy para hablar. Tengo un disgusto muy grande porque en el día de hoy mi buen amigo el extorero José García, el Algabeño, ha recibido un balazo de bastante gravedad. Como los bravos. En el momento de ingresar en el hospital sólo salió de su boca una palabra: «¡Viva España!». Ha caído como un valiente, causándome, repito, profunda pena. Espero que Dios le ayude a curarse.

Al día siguiente de perecer el torero, Queipo se trasladó a Córdoba para gritar un «¡Viva España!» ante su cadáver e imponerle la Medalla Militar al valor. Franco, al mismo tiempo, le nombró teniente honorario del Ejército. Los diarios de Sevilla y *Azul*, el órgano de la Falange, publicaron encendidos relatos sobre el caído y señalaron que sus últimas palabras fueron «¡Viva España!», algo que no parece probable ni ha sido comprobado.

En la nota necrológica publicada por el *ABC* de Sevilla, el cronista Antonio Olmedo, en el lenguaje típicamente franquista de la época, escribía: «Pepe el Algabeño, amigo: junto al surco que tú regaste ayer volverá a dorarse en las espigas la risa de una primavera española».

Un poeta falangista, Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña, compuso unas coplas sobre el torero en las que leían, entre otros versos:

*¡Llorad, mocitas gitanas, la muerte del Algabeño!
Fina estampa de señor con buen empaque flamenco
y un aire de valentía que se le va, sin quererlo,
por donde quiera que pone la planta, a los cuatro vientos.*

En cuanto a John Cornford, su cadáver nunca apareció y su muerte no fue reconocida oficialmente hasta febrero de 1937. Mereció tan sólo algunos párrafos de homenaje en los periódicos ingleses, en los que se destacaba el hecho de tratarse de un «prometedor» poeta y su condición de bisnieto de Charles Darwin en línea directa. No obstante, durante mucho tiempo, los estudiantes de Cambridge, según cuenta en su libro *Años interesantes* el historiador comunista inglés Eric Hobsbawm, mantuvieron un retrato de John Cornford en la repisa de la chimenea de sus cuartos. Hay varios libros en donde se habla extensamente de su biografía, sobre todo en *Journey to the Frontier*, citado en la bibliografía que acompaña esta novela. Poemas en recuerdo de Cornford se escribieron unos cuantos, entre otros, uno de José María Valverde, que confundió el enclave de la batalla de Lopera, situándolo en la provincia de Córdoba en lugar de la de Jaén:

*John Cornford, veintiún años
ametrallados sobre el aire
en el que han nacido estas palabras [...].
Esto fue en Córdoba, en diciembre,
en las montañas, combatiendo [...].
Así estás igual a ti mismo
con la pasión que aquí te trajo [...].
No quisiste huir de la vida
con el disfraz del pensamiento [...].
Un solo acto vida y muerte,
la fe y el verso un solo acto.
Ametrallados, no vencidos,
veintiún años, en diciembre,
Córdoba sola, un solo acto
tu juventud y la esperanza.*

En cambio, sobre el Algabeño, apenas existen referencias bibliográficas y, salvo en el libro de José María de Cossío, *Los toros*, en el que le dedica unos párrafos a su calidad de torero mediocre, casi nada hay escrito.

Días después de la muerte de ambos, tras la toma de Porcuna por los franquistas, el frente se estabilizó en la zona hasta casi el fin de la guerra.



El cuerpo del Algabeño, trasladado a Sevilla en tren desde Córdoba en un furgón, tuvo un recibimiento multitudinario en la capital andaluza. Su ataúd fue paseado en cortejo funerario desde la iglesia de San

Vicente, junto a su casa, a la cercana Alameda de Hércules, donde un coche lo recogió para llevarlo a su pueblo de La Algaba, en donde fue enterrado en el panteón familiar.

Es más que probable que el cuerpo de John Cornford, junto con el de Ralph Fox, corriera la misma suerte que el de otros centenares de brigadistas caídos en las batallas de Lopera, Villa del Río y sus alrededores. Unos días después de concluir los combates, los mandos militares rebeldes encargaron a los campesinos de la zona, pagándoles con latas de conserva, recoger los restos en carros tirados por mulas, apilarlos en la zona de los olivares, rociarlos de gasolina e incinerarlos. Antes de eso, les fueron robadas sus pertenencias, quemados su papeles y extraídos sus dientes y muelas de oro. Todavía, en los campos de Lopera, los que eran niños entonces recuerdan los sitios en que fueron excavadas las fosas para inhumar los restos humanos ya quemados, y uno de ellos, en testimonio recogido por los hermanos Pantoja Vallejo en su libro sobre la batalla de Lopera, afirmaba: «En los lugares en donde había hombres enterrados, en la primavera nacieron en cada montón borbollones de hierba muy frondosos». Otro que también era un chiquillo entonces declaraba a los autores del libro: «De niños íbamos a escarbar en los lugares en donde habían enterrado a los hombres, al lado del arroyo del Saetal, y jugábamos con las calaveras poniéndolas en fila en el camino de Andújar». Y un tercero, que asistió a las incineraciones, añadía: «La carne chirriaba como los torreznos».

Con la llegada de la democracia y el triunfo de la izquierda en Andalucía, se borraron de La Algaba, en calles y plazas, todos los recuerdos del Algabeño. Incluso sus restos y los de su familia fueron trasladados, según dicen, del panteón familiar a la finca de un torero famoso de los años cincuenta del siglo pasado, aún al franquismo. Cuando visité el pueblo de La Algaba, en el año 2011, el viejo cementerio estaba derruido, todos sus muertos habían sido exhumados y llevados a otros lugares, o enterrados en fosas comunes sin nombre, y el panteón de los García Carranza era un escenario de vacío y desolación.

En el año 1999, en un barrio popular del pueblo de Lopera, se colocó un sencillo monolito en memoria de Ralph Fox y John Cornford.



La casi totalidad de los personajes de esta novela existieron y los eventos que se narran tienen un carácter histórico. Pero he retocado un poco los acontecimientos y varias de las biografías —sobre todo las de los protagonistas— para que los hechos se acomoden mejor a la realidad y los hombres se parezcan algo más a lo que en su vida fueron. La gran mayoría de los documentos que se recogen en el libro, sobre todo las cartas, fueron escritos por sus autores, aunque algunos de ellos son apócrifos. Esto algunos historiadores lo considerarían una falacia. Pero ¿qué tienen que ver, por ejemplo, los estudios sobre la Guerra Civil de Manuel Tuñón de Lara con los de Hugh Thomas, o los de Ricardo de la Cierva con los de Paul Preston?

Creo que los creadores, hijos ilegítimos de la memoria de la existencia y amantes impúdicos de la ficción, hemos nacido, entre otras cosas, para dar sentido a los datos de la Historia y corregir con la imaginación los desmanes del mesianismo. Sin los historiadores, no podríamos ser nada a la hora de convertir la Historia en Literatura: ¿qué idea tendríamos del mundo sin su paciencia para rebuscar en tantos archivos? Pero sin nosotros, difícilmente podrían ellos emocionar. Unos y otros nos necesitamos para comprender mejor la vida y el destino humanos.

Aristóteles, uno de los padres del pensamiento occidental, siempre valoró la primacía del género de la Poesía (o ficción) sobre la Historia. Y Heródoto, uno de los fundadores de la Historia entendida como ciencia, en sus relatos imaginó a menudo más de lo que aceptaría un historiador moderno. Por otra parte,

¿qué sabríamos de Troya sin Homero? ¿Y qué de Aquiles y de Héctor, de los Ayantes, Diomedes, Néstor, Ulises y el infame Agamenón?

En todo caso, pienso que el mundo al que pertenecieron el Algabeño y Cornford quizá murió con ellos.

Algunos personajes citados en el libro

Las semblanzas de algunos de los personajes reales que se mencionan en esta historia están al pie de las páginas en las que aparecen, a menudo fugazmente. Pero he dejado para el final el retrato de los que cobran un cierto protagonismo en el curso de la narración. Son los siguientes:

GENERAL GONZALO QUEIPO DE LLANO

Nacido en Tordesillas (Valladolid) en 1875, ingresó pronto en el arma de Caballería, participó en las guerras de Cuba y del Rif y fue ascendido a general de Brigada en 1923. De convicciones republicanas, participó en la Cuartelada de Cuatro Vientos de 1930, un intento de derrocar a Alfonso XIII, y tuvo que exiliarse a Portugal. Proclamada la Segunda República, regresó y ocupó puestos de importancia, como capitán general de Madrid. A partir de 1934, comenzó a complotar contra el poder republicano y, junto con Mola y Sanjurjo, ultimó los planes para el alzamiento del 36. Fue el responsable del golpe victorioso del 18 de julio en Sevilla, en donde se convirtió prácticamente en una suerte de virrey durante los años siguientes. También bajo su mando se produjeron las sangrientas represalias sobre la ciudad y los campos sevillanos que ocasionaron miles de muertos. Se aficionó a ofrecer charlas nocturnas por la radio sevillana, con frecuencia en avanzado estado de melopea y con chusco estilo, en las que daba cuenta de las victorias rebeldes, anunciaba represalias, amenazaba, insultaba a las autoridades del poder central y proclamaba la necesidad de matar. Sus peroratas terminaban al principio con un «¡Viva la República!», que fue sustituido poco después por un «¡Viva España!». Franco, cuando ya era jefe supremo del Ejército alzado, acabó por prohibirlas. No obstante, le concedió la Cruz Laureada de San Fernando, la máxima condecoración militar del Ejército.

Murió en Sevilla en 1951, después de regalar su fajín de general a la imagen de la Esperanza Macarena, que lo lució en las procesiones de Semana Santa hasta el año 2011, cuando le fue retirado. Está enterrado en la basílica de la Macarena, en una tumba en la que ya no figura la antigua lápida que hacía referencia a su condición de general y en la que se inscribía la fecha del 18 de julio de 1936.

En el primer pleno municipal de la democracia española del 77, la calle sevillana que llevaba su nombre desde agosto del 36, junto a la catedral, pasó a llamarse avenida de la Constitución. En el 2008, con el acuerdo de todos los grupos políticos a excepción del PP, el Ayuntamiento le retiró el título de Hijo Predilecto y la Medalla de Oro de Sevilla, honores concedidos también en 1936. Queipo es uno de los treinta y cinco altos cargos del franquismo que el juez Baltasar Garzón incluyó en su lista de personas acusadas de «crímenes contra la humanidad» durante la guerra española.

El poeta gaditano José María Pemán, en un discurso pronunciado ante Franco, le llamó «la segunda Giralda». Queipo, en los años anteriores al alzamiento, no se llevaba bien con el futuro caudillo, a quien solía llamar «Paca la Culona».

Nacido en Sevilla en 1898, combatió en el desembarco de Alhucemas con la Legión y alcanzó el grado de capitán en 1925. De regreso a Sevilla, se integró en los grupos ultraderechistas y participó, desde el inicio de la República, en movimientos subversivos de todo tipo. En 1931 fue uno de los responsables de la matanza de obreros izquierdistas en el parque de María Luisa. En mayo del 36 participó en un intento fallido de asesinar al presidente de la República, Manuel Azaña.

Acompañó a Queipo como escolta en los primeros momentos del golpe de Estado del 18 de julio y el general le nombró de inmediato delegado de Orden Público para Andalucía y Extremadura. Desde su cargo y con todos los poderes en su haber, delegados por Queipo, desató una de las más feroces campañas represivas de la guerra. Llenó de cárceles Sevilla y se «especializó» en el interrogatorio de prisioneras. Según se cuenta en varios libros sobre los acontecimientos en la ciudad durante los últimos meses del 36, dormía toda la mañana, se levantaba para comer, se emborrachaba mientras almorzaba, por las tardes firmaba sentencias de muerte y por la noche seguía de copas o asistía a algunos fusilamientos.

Fue cesado por Franco cuatro meses después de su nombramiento, en noviembre, y enviado al frente de Talavera, donde ascendió a comandante. Al parecer, mientras una tarde sellaba una serie de condenas, no reparó en que había una nota del general Mola en la que le ordenaba no firmar la de un amigo suyo. Borracho como estaba, no la leyó, suscribió la orden de fusilamiento y el hombre fue ejecutado.

Según algunas estimaciones, Díaz Criado signó más de once mil condenas de fusilamiento. Un colaborador de Queipo de los primeros días de la guerra, Antonio Bahamonde, calcula que fueron, sin embargo, alrededor de veinte mil.

En 1943 fue ascendido a teniente coronel y Franco le concedió la Cruz de San Hermenegildo. Murió alcohólico y olvidado de todos, en Sevilla, el año 1947.

COMANDANTE ANTONIO CASTEJÓN ESPINOSA

Hijo de militar, nació en Manila, a punto de concluir el dominio español sobre el archipiélago filipino. Fue destinado a África, en donde alcanzó el grado de comandante de la Legión cuando, en 1936, se produjo la rebelión militar. Unido a los alzados, sus tropas fueron las primeras en alcanzar Sevilla, vía aérea, y formó la columna que se encargaría, primero, de tomar a sangre y fuego los «barrios» obreros de la ciudad, dejando centenares de muertos, y, más tarde, de «sanear» el campo andaluz, una tarea de represión sobre los pueblos de la provincia que habían sido controlados por el gobierno republicano y las milicias populares de la izquierda.

Al mando de la columna que llevaba su nombre, formada sobre todo por legionarios y regulares africanos, tomó parte en el avance sobre Madrid, a cuyas puertas fue herido de gravedad en la cadera. En su hoja de servicios se cuentan la matanza de Badajoz y sangrientas represiones sobre poblaciones civiles como las de Puente Genil y Zafra.

Ascendió a coronel, participó en la batalla del Ebro y alcanzó el grado de general al final de la guerra. En 1957 fue nombrado capitán general de Sevilla. En abril del 2015, por unanimidad, el Ayuntamiento de Sevilla le retiró la Medalla de Oro de la ciudad, que le había sido concedida en julio de 1961.

Terrateniente nacido en Córdoba en 1885, es considerado como el creador del moderno toreo a caballo. Hizo la carrera militar y alcanzó pronto, en 1913, el grado de capitán de Caballería. Debutó como garrochista en octubre de 1921.

En julio de 1936, formó la Columna Cañero, con la que participó en varias acciones en el campo cordobés y el sevillano, algunas de ellas al lado del Algabeño. Se dice de él que le gustaba practicar el rejoneo con los milicianos republicanos que huían de los campos de batalla. Combatió en varios frentes y regresó a Córdoba al final de la guerra, en donde pronto alcanzó a ser uno de los concejales del Ayuntamiento.

Amigo de obras benéficas, donó terrenos y puso dinero en proyectos de construcción de viviendas para las clases más desfavorecidas de la ciudad, como el llamado hoy todavía Barrio del Cañero. Iniciativas como esta última han logrado que algunos historiadores pasen de puntillas sobre su figura.

FRANCIS MACDONALD CORNFORD

El padre de John Cornford nació en 1874 y pasó toda su vida en Cambridge, en donde ejerció como catedrático de Filosofía Antigua en el Trinity College desde 1902. En 1937 fue elegido miembro de la Academia Británica. Especializado en Platón y en Tucídides, fue autor de numerosos libros, algunos traducidos al español. Murió en Cambridge en 1943. En un breve escrito sobre su hijo John, su favorito entre los hermanos, le describió como poseedor, desde muy niño, de un gran sentido de la independencia y anotó que le gustaba pasear durante la noche, desafiando las reglas de los colegios en donde estudiaba. «Siempre pensé que debía ayudarle a tomar su propio camino. Era mucho más inteligente que yo.»

FRANCES CORNFORD

Madre de John Cornford y sus cuatro hermanos, de soltera Frances Darwin, era nieta en línea directa de Charles Darwin por parte de padre. Por línea materna, pertenecía a la reputada y rica familia de los Wedgwood, famosa por sus diseños de porcelana. Nació en 1866 y murió en 1960. Amiga de varios miembros del grupo literario de Bloomsbury, publicó libros de poesía muy en la tradición de la poesía isabelina. Una de sus hijas, Clare, fue la madre del cineasta Matthew Chapman, nacido en 1950 en Cambridge.

CHRISTOPHER CORNFORD

El hermano favorito de John Cornford nació en febrero de 1917 y estudió siguiendo los pasos de John en la elitista Stowe School y, más tarde, en la Leys School, ambas en Cambridge, y en el Chelsea Art College, de Londres.

Activista político en sus años de estudiante, militó en el Partido Comunista y, durante una

manifestación en Londres contra el fascismo, fue seriamente herido por los camisas azules del partido nazi de Oswald Mosley. Impactado por la muerte de su hermano en España, toda su vida mantuvo posiciones de rebeldía política, aunque dejó pronto el Partido Comunista.

Trabajó la pintura y el grabado y, sobre todo, enseñó arte y humanidades en el Royal College of Art, entre 1962 y 1979. Como profesor, apoyó todas las acciones de rebeldía de los estudiantes durante ese periodo, lo que le granjeó un enorme afecto por parte de sus alumnos. También participó en movimientos «verdes» y antinucleares. Fue un pintor abstracto al que le gustaba también el tratamiento del paisaje. Escribió un libro sobre sus concepciones de la proporción en el arte.

Murió en su Cambridge natal en 1993. Estaba casado y tenía dos hijos.

JAMES CORNFORD

Nació en Londres en enero de 1935, hijo natural de John Cornford y de Rachel «Ray» Peters. Consciente desde muy pequeño de quién había sido su padre, de su labor revolucionaria y de su muerte en combate, creció con los mismos ideales políticos y morales, que nunca abandonó. Tras unos meses en Londres y Cambridge, pasó los primeros años de su vida en Devon, con sus padres adoptivos Lil y Les Ramsden, ambos socialistas. Más tarde fue a vivir a Cambridge con sus abuelos paternos y estudió Historia en el Trinity College, en donde se graduó con matrícula de honor. Los siguientes años estudió como posgraduado en las universidades americanas de Berkeley y Chicago. En los años 80, fue un activo militante contra el *apartheid* sudafricano y preparó a numerosos miembros del ANC (Consejo Nacional Africano), de Nelson Mandela, para las futuras tareas de enseñanza. Militante laborista, asesoró a líderes del partido durante los años de oposición al gobierno de Margaret Thatcher.

Fue profesor en diversas universidades, entre ellas las de Edimburgo y Oxford, escribió varios libros (algunos de ficción) y tuvo cuatro hijos y seis nietos. Murió en Norfolk en el año 2011.

BERNARD KNOX

Nació en Bradford en 1914 y fue uno de los mejores amigos de John Cornford en su juventud, graduándose en Lenguas Clásicas en Cambridge en 1936 con notas medianas. Aunque nunca militó en el Partido Comunista, se alistó de inmediato, «sin dudarlo», en el grupo formado por Cornford en septiembre de 1936 para ir a luchar a España, en el que sería el núcleo de la XV Brigada británica en la guerra española. En unas cortas memorias de ese tiempo, confesaba que apenas sabía nada sobre España, que había leído la mitad de una traducción del *Quijote*, que conocía los cuadros de Velázquez y Goya por los grabados de un libro sobre historia de la pintura, y que tenía algunas nociones escolares sobre Felipe II y la Armada Invencible.

Participó en los combates de la Ciudad Universitaria de Madrid en el invierno de 1936, y tras resultar gravemente herido en Boadilla del Monte, fue repatriado a Inglaterra. Terminada la guerra española, se casó con una americana y se instaló en Estados Unidos. Al declararse la Segunda Guerra Mundial, gracias a su conocimiento del francés, entró a trabajar con los servicios secretos americanos que preparaban el desembarco de Normandía tras las líneas alemanas. Eran tiempos en los que en Estados Unidos se miraba con pocas simpatías a los exbrigadistas de la guerra española, conocidos con el

eufemismo de «prematuros antifascistas», y por lo general no se les aceptaba en el Ejército. Aun así, su experiencia española le sirvió para unirse a los partisanos italianos y luchar en las guerrillas contra Mussolini.

A su regreso a América, se graduó en Yale y enseñó en Harvard entre 1962 y 1985, en donde fundó y dirigió el Centro de Estudios Helénicos. Especialista en las tragedias griegas y, en particular, en Sófocles, publicó numerosos libros, entre ellos el celebrado *The Heroic Temper: Studies in Sophoclean Tragedy*. Murió en el año 2010 en Estados Unidos.

Con su pasaporte americano, Knox visitó España en varias ocasiones durante el franquismo. Y recorrió los lugares en donde había combatido. Con un gran sentido del humor, señalaba que se había alojado como turista en el hotel Palace, el mismo lugar que, durante la guerra, sirvió como hospital de sangre y en donde fue operado de urgencia de la herida recibida en Boadilla que a punto estuvo de costarle la vida.

En una conferencia sobre sus recuerdos, Knox señalaba: «Yo soy uno de aquellos que, en palabras de Herbert Matthews,^[1] “fuimos a España y dejamos allí nuestros corazones”». Y añadía a renglón seguido unos versos del poeta Edwin Rolfe, que combatió en España en la Brigada Lincoln: «*Pero mi corazón está para siempre cautivo de aquella otra guerra / que me enseñó el sentido de la paz y la camaradería*».^[2]

En otro texto sobre sus recuerdos de España, rememoraba que, estando en Albacete recuperándose de su grave herida de la batalla de Boadilla, un brigadista que venía de combatir en Lopera le habló de la muerte de John Cornford. Knox escribía:

No quise oír nada más. John había estado siempre tan gloriosamente vivo, tan sonriente y confiado, que yo llegué casi a creer que era inmortal. No quería saber detalles de su muerte, de los que más tarde tuve noticia. Pero un veterano irlandés, que había combatido a su lado en Andalucía, me dijo sobre él una suerte de epitafio del que John se hubiera sentido orgulloso: «Fue un espléndido soldado».

JOHN SOMMERFIELD

Nació en Londres en 1908. Desdeñoso de recibir una educación académica, dejó los estudios con quince años y trabajó como repartidor de periódicos, carpintero y marinero de buques mercantes. Llevó en Londres una vida bohemia en la que compartió sonadas borracheras en el Soho con George Orwell y Malcolm Lowry, este último gran amigo suyo. Se unió muy joven al Partido Comunista y publicó su primera novela en 1930. Con su segunda, *May Day*, de inspiración marxista, publicada en 1936, obtuvo un cierto éxito. Ese mismo año se unió al grupo de Cornford, junto con Knox, y partió como voluntario a España. Herido, fue dado por muerto e, incluso, en la prensa apareció un obituario sobre él. Repatriado a Inglaterra en 1937, publicó su testimonio *Volunteer in Spain*, que dedicó a John Cornford. Durante la Segunda Guerra Mundial, sirvió en aviación, en la India y en Birmania. Dejó el Partido Comunista en 1950 y murió en Londres en 1991, sin dejar de ser un asiduo visitante de los pubs del Soho.

Por influencia suya, Malcolm Lowry estuvo a punto de alistarse como voluntario para la guerra de España y no hacerlo pesó siempre sobre su conciencia. No obstante, el autor de *Bajo el volcán* incluyó en su libro a un personaje exbrigadista y dedicó un poema al Madrid atacado por las tropas franquistas, «*Song about Madrid*»:

*Nor shall death to that town,
where life finally stands guard;
though swollen death with death be grown,*

and the dead ride hard.[3]

RALPH FOX

Nacido en Halifax en 1900 en una familia acomodada, estudió en Oxford y pronto decidió que sería escritor. Viajó en 1920 por Rusia y abrazó el comunismo después de recorrer algunas de las zonas más deprimidas del país y admirar los esfuerzos del gobierno por establecer un sistema de justicia social. Periodista, novelista, escritor de viajes, ensayista, crítico e historiador, tuvo un enorme éxito con su novela *Genghis Khan*. Voluntario en la guerra de España, adonde llegó en el invierno de 1936, murió en la batalla de Lopera, el 27 de diciembre de 1936. Su cuerpo, como el de Cornford, nunca fue recuperado.

MARGOT HEINEMANN

Hija de una familia de banqueros judíos, nació en noviembre de 1913 en West Hampstead, un barrio acomodado de Londres. Sus padres, no obstante, tenían principios socialistas. Fue enviada a estudiar al Newnham College de Cambridge. Se unió en 1934 al Partido Comunista, al que perteneció toda su vida, y ese mismo año se unió amorosamente a John Cornford, quien compuso para ella uno de los más bellos poemas de amor y de guerra del siglo xx en lengua inglesa. Siempre implicada en las luchas sociales, escribió varios libros de contenido político y social. También publicó una novela, *Los aventureros*, y ensayos sobre teatro. Falleció en 1992, a los setenta y nueve años, y entre sus documentos, tras morir, aparecieron algunos poemas dedicados a su gran amor, John Cornford. En uno de ellos, titulado «For R.J.C.», las siglas de su nombre, decía:

*When he began, he talked too fast
to heard well, and he knew too much.
He never had, though learned a little at last,
the sure, sincere and easy touch
on the audience; and his handsome head
charmed no acquaintance: he convinced and led.*[4]

En el otro, titulado «Grieve in a new way for new losses», escribe:

*[...] To think he lies out there, and changes
in the process of the earth from what I knew,
decays and even there in the grave, shut close
in the dark, away from me, speechless and cold,
is in no way left the same that I have known.*

All this is not more than we can deal with. [...]

«He was so live and young —need he have died,

*who had the wisest head, who worked so hard,
led by his own sheer strength: whom I so loved?»*[\[5\]](#)

Agradecimientos

A José Luis Gutiérrez Molina, en Sevilla, que me ayudó a reunir y comprender datos sobre el Algabeño y el golpe de Estado en su ciudad del 18 de julio de 1936. A José Luis Pantoja, cronista de la villa de Lopera (Jaén), que me llevó a los escenarios de la batalla de diciembre de 1936. Y a Joaquín Bardavío, que corrigió errores del libro en los aspectos históricos y militares.

Bibliografía

- Abrahams, William, y Stansky, Peter, *Journey to the Frontier (Julien Bell and John Cornford, their lives in 1930)*, Constable, Londres, 1966.
- Aguiló, Borja, y Clark, Ben (eds.), *Tengo una cita con la muerte (Poetas muertos en la Gran Guerra)*, Linteo, Orense, 2001.
- Álvarez Rey, Leandro; Braojos Garrido, Alfonso, y Espinosa Maestre, Francisco, *Sevilla 36: Sublevación fascista y represión*, Muñoz Moya Editores, Sevilla, 1990.
- Bahamonde, Antonio, *Un año con Queipo de Llano*, Editorial Espuela de Plata, Sevilla, 2005.
- Barrios, Manuel, *El último virrey (Queipo de Llano)*, Giraldillo, Sevilla, 1978.
- Binns, Niall, *La llamada de España*, Montesinos, Madrid, 2014.
- Borkenau, Franz, *El reñidero español*, Planeta, Barcelona, 2010.
- Boyd Haycock, David, *I Am Spain*, Old Street Publishing House, Croydon (UK), 2012.
- Brooke, Rupert, *Collected Poems*, Sigwick & Jackson, Edimburgo, 1981.
- Cornford, John, *Collected Writings*, Carcanet, Manchester, 1976.
- , *Communism Was my Waking Time*, Foreign Languages Publishing House, Moscú, 1958.
- Cunningham, Valentine, *Cinco escritores británicos*, Turner, Madrid, 1990.
- Darman, Peter, *Heroic Voices*, Athaneum Press Ltd, Gateshead (UK), 2009.
- De Cossío, José María, *Los toros* (tomo 3), Espasa-Calpe, Madrid, 1986.
- De la Iglesia, Fernando; Domínguez, Moisés, y Pilo, Francisco, *La matanza de Badajoz*, Libros Libres, Madrid, 2010.
- Dietz, Bernd (ed.), *Un país donde lucía le sol*, Poesía Hyperion, Madrid, 1981.
- Espinosa, Francisco, *La columna de la muerte*, Crítica, Barcelona, 2003.
- , *La justicia de Queipo*, Crítica, Barcelona, 2006.
- Fernández Casado, Antonio, *Garapullos por máuseres*, Ediciones Cátedra Taurina, Madrid, 2015.
- Ford, Hughes D., *A poet's war*, Oxford University Press, Oxford, 1965.
- Fox, Ralph, *A Writer in Arms*, Lawrence & Wishart Ltd, Londres, 1937.
- , *La novela y el pueblo*, Akal Editor, Madrid, 1975.
- Gibson, Ian, *Queipo de Llano*, Grijalbo, Barcelona, 1986.
- Hobsbawm, Eric, *Años interesantes*, Crítica, Barcelona, 2003.
- Hopkins, James K., *Into the Heart of the Fire: The British in the Spanish Civil War*, Stanford University Press, California, 1998.
- Martínez Bande, José Manuel, *La campaña de Andalucía*, Servicio Histórico Militar, Madrid, 1986.
- , *La marcha sobre Madrid*, Servicio Histórico Militar, Madrid, 1982.
- Monks, Joe, *Con los rojos en Andalucía (Memorias de un brigadista irlandés)*, Renacimiento, Sevilla, 2012.
- Neves, Mário, *La matanza de Badajoz*, Editora Regional del Extremadura, Mérida, 2007.
- Ortiz Villalba, José, *La guerra civil en Andalucía*, Cuadernos del Museo, Granada, 2008.
- , *Sevilla: 1936*, Diputación Provincial, Sevilla, 1998.
- Pantoja Vallejo, Antonio, y Pantoja Vallejo, José Luis, *La XIV Brigada Internacional en Andalucía (La*

tragedia de Villa del Río y la batalla de Lopera), Diputación Provincial de Jaén, 2006.

Romilly, Esmond, *Boadilla*, Amarú Ediciones, Salamanca, 2011.

Rust, William, *Britons in Spain*, The Naval & Military Press, East Sussex, 2007.

Salas, Nicolás, *Sevilla fue la clave*, Editorial Castillejo, Sevilla, 1992.

Sánchez del Arco, Manuel, *El ser de España en la reconquista de Madrid*, Editorial Sevillana, Sevilla, 1937.

Sloan, Pat, *John Cornford. A Memoir*, Borderline Press, Glasgow, 1938.

Sommerfield, John, *Volunteer in Spain*, Lawrence & Wishart Ltd, Londres, 1937.

Valente, José Ángel, *La memoria y los signos*, Huerga y Fierro, Madrid, 2001.

Wintringham, Tom, *English Captain*, Faber & Faber, Londres, 2011.

Wyden, Peter, *La guerra apasionada*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1983.

Una historia real escrita con los rasgos de una novela. Un libro excepcional sobre la Guerra Civil Española.

Diciembre de 1936. España arde en una encarnizada guerra y, en muchos lugares, se pelea pueblo por pueblo, casa por casa. Sin conocerse ni saber siquiera el uno del otro, dos hombres de orígenes muy distintos van a encontrarse en una misma suerte: un sangriento enfrentamiento en las sierras jienenses de Lopera, donde el destino unirá sus nombres para siempre.

José García Carranza, «El Algabeño», es un torero sevillano, mujeriego y falangista, que se une desde primera hora a los sublevados y participa de manera activa en la represión del pueblo andaluz al frente de los «caballistas» de ultraderecha. **John Cornford**, estudiante en la Universidad de Cambridge y bisnieto de Charles Darwin, es un joven poeta insuflado de espíritu romántico que, en pleno estalinismo, se convierte en uno de los primeros voluntarios en alistarse en las Brigadas Internacionales.

El dibujo de sus biografías, magistralmente trazado por Javier Reverte, nos muestra dos de las caras de aquel épico conflicto bélico: la de una España tradicional hundida en un mundo de valores del pasado y la de unos jóvenes que, imbuidos de ideas revolucionarias, vinieron a luchar a España.

1. EL TORERO

[1] Una de las ganaderías bravas consideradas entre las más peligrosas, responsable de la muerte de numerosos toreros a lo largo de la historia de la tauromaquia.

2. EL ESTUDIANTE

[1] «*These hearts were woven of human joys and cares, washed marvellously with sorrow, swift to mirth. / The years had given them kindness. Dawn was theirs, and sunset, and the colours of the earth.*» Escrito por Rupert Brooke poco antes de morir, en 1915, mientras se dirigía hacia la batalla de Gallipoli en un barco de tropas británicas.

[2] «*If thou regret'st thy youth, why live?*»

[3] «*If thou regret'st thy youth, why live? / The land of honourable death / is here: —up to the field, and give / away the breath! / Seek out —less often sought than found— / a soldier's grave, for thee the best; / then look around, and choose thy ground, / and take the rest.*» Uno de los últimos poemas escritos por Byron, tres meses antes de su muerte, a los treinta y seis años de edad, en Missolonghi (Grecia).

[4] «*The sword, the banner, and the field, / Glory and Greece, around me see!*» Del mismo poema de Byron.

[5] «*And of my weeping something has been left, / which must die now. I mean the truth untold, / the pity of war, the pity war distilled...*» Wilfred Owen escribió estos versos unos días antes de morir, el 4 de noviembre de 1918, en la batalla del canal de Sambre. Varios de sus poemas de guerra fueron utilizados por Benjamin Britten para los coros de su ópera *War Requiem*, estrenada en 1962 al inaugurarse la nueva catedral de Coventry sobre las ruinas de la que destruyeron los bombardeos nazis de 1940.

[6] «*Let us go then, you and I, / when the evening is spread out against the sky / like a patient etherised upon a table; / let us go, though certain half-deserted streets, / the muttering retreats / of restless nights in one-night cheap hotels / and sawdust restaurants with oysters-shells.*» «La canción de amor de J. Alfred Prufrock», (1917), de T. S. Eliot.

[7] «*No longer see me / as I once wished you to, but as I am.*» John Cornford tenía quince o dieciséis años cuando escribió este poema.

[8] «*Because I do not hope to turn again/ because I do not hope/ because I do not hope to turn.*» «Miércoles de Ceniza», (1930), de T. S. Eliot.

[9] «*If I should die, think only this of me: / that there's some corner in a foreign field / that is forever England [...] / a body of England's, breathing English air, / washed by the rivers, blest by suns of home...*»

[10] El himno imperial de Inglaterra.

[11] Se refiere al fracasado Alzamiento de Pascua de 1916 en Dublín por la independencia del país contra Inglaterra.

3. SEVILLA

[1] Las JONS (Juntas Ofensivas Nacional-Sindicalistas) eran un grupo fascista de origen castellano integrado en Falange Española en marzo de 1934.

[2] Suerte muy peligrosa en la lidia taurina. El torero espera la salida del astado de rodillas, frente a los toriles, a unos diez metros de distancia, con el capote extendido en el suelo. Y cuando el animal le ataca, pleno de violencia, aún sin ninguna herida, el lidiador debe tomar la capa y burlarle con ella, sin ponerse en pie.

4. LA FRONTERA

[1] «*But we must wander witheringly, / in other lands to die; / and where our father's ashes be, / our own may never lie...*»

[2] Famoso verso de Horacio, utilizado por exaltados patriotas de todas las edades y convertido en ironía por algunos poetas, como Bertolt Brecht y el citado Wilfred Owen.

[3] «*If any question why we died / tell them, because our fathers lied.*» De «Epitafios de Guerra».

[4] «*I loved you with all that was in me, hard and blind, / strove to possess all that my arms could bind, / only in your loving found peace of mind. / But something is broken, something is gone, / we've loved each other too long to try to be kind, / this will turn to falseness if it goes on. / Though parting's as cruel as the surgeon's knife [...] / All that I know is I have got to leave. / There is a new life fighting in me to get at the air, / and I cannot stop its mouth with the rags of old love. / Clean wounds are easiest to bear [...] / No words to say, no tears to weep. / Don't think any more, dear, rest your dark head on my shoulder, / and try to sleep, now, try to*

sleep...»

[5] Junto con Kim Philby, Anthony Blunt y John Cairncross, Maclean y Burgess integrarían una suerte de sociedad secreta llamada «Los Apóstoles de Cambridge», un grupo de jóvenes comunistas que, durante los años treinta, serían el embrión del espionaje soviético del KGB en Occidente durante la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría, infiltrándose —a veces como agentes dobles— en los servicios secretos británicos y americanos. Philby, Maclean y Burgess murieron en el exilio en Moscú, en tanto que Blunt y Cairncross fallecieron en Inglaterra una vez que confesaron sus culpas y obtuvieron el perdón del gobierno.

[6] El verso lo escribió Cornford en homenaje al revolucionario soviético Serguéi Kírov, asesinado el 1 de diciembre de 1934 en Leningrado, probablemente en una trama urdida por Stalin.

[7] La Internacional Comunista, fundada por Lenin en 1919. Fue el instrumento elegido por Stalin para purgar a los enemigos de la URSS, entre ellos los trotskistas.

[8] Fundador en 1932 de la Unión Británica de Fascistas, llamados «camisas negras».

[9] Partido Obrero de Unificación Marxista, una organización comunista dependiente de León Trotski y enfrentada al PCE, leal a Stalin.

[10] Comunista húngaro. Participó en la guerra civil rusa y, en Crimea, en 1920, ordenó el ametrallamiento de entre 10.000 y 20.000 soldados enemigos, «blancos», a los que capturó durante una batalla y a los que había prometido perdonar la vida si se rendían. Purgado por Stalin en 1939, fue torturado y ajusticiado en noviembre en la prisión de Butirka, en Moscú.

5. CALLES DE SANGRE

[1] El «detente bala» era una especie de colgante que usaban los requetés durante la Guerra Civil y que, en teoría, bendecido por un sacerdote, los hacía inmunes a las balas.

[2] Hoy es el hotel Colón.

6. EL FRENTE

[1] *«On that arid square, that fragment nipped off from hot / Africa, soldered so crudely to inventive Europe; / on that tableland scored by rivers, / our thoughts have bodies; the menacing shapes of our fever / are precise and alive.»*

[2] Perdiguera cayó en manos republicanas el día 27 de agosto. Las tropas que la ocuparon apenas permanecieron dos días en la ciudad y dejaron su gobierno en manos de un comité de campesinos de la región. Semanas después, sin apenas lucha, las tropas franquistas entraron en el pueblo de nuevo, fusilando a casi la mitad de la población.

[3] *«[...] This is a quiet sector of a quiet front. / There is no poison gas no H.E. / But when they shelled the other end of the village / and the streets were choked with dust / women came screaming out of the crumbling houses, / clutched under one arm the naked rump of an infant. / I thought: how ugly fear is.»*

[4] *«[...] Then let my private battle with my nerves, / the fear of pain whose pain survives, / the love that tears me by the roots, / the loneliness that claws my guts, / fuse in the welded front our fight preserves.»*

[5] *«Heart of the heartless world, / dear heart, the thought of you / is the pain at my side, / the shadow that chills my view. / The wind rises in the evening, / reminds that autumn is near. / I am afraid to lose you, / I am afraid of my fear. / On the last mile to Huesca, / the last fence for our pride, / think son kindly, dear, that I / sense you at my side. / And if bad luck should lay my strenght / into the shallow grave, / remember all the good you can; / don't forget my love.»*

8. LA BRIGADA

[1] La carta fue publicada el 16 de agosto de 1936. Inglaterra, al poco de comenzar la Guerra Civil española, se unió a Francia en el llamado Comité de Acuerdo de No-Intervención, que pactó no vender ni dejar pasar armas a la República española, en tanto que Italia y Alemania ayudaban a Franco sin reserva ni disimulo. Gran Bretaña fue uno de los primeros países europeos en reconocer el régimen de Franco, poco antes de terminar el conflicto español, y desde que éste se instaló en Burgos como jefe absoluto del bando rebelde, en 1937, mantuvo un representante diplomático en la que fuera capital nacionalista durante la guerra.

[2] Julian Bell murió conduciendo una ambulancia republicana en la batalla de Brunete, el 18 de julio de 1937. Era el sobrino favorito de Virginia Woolf y su muerte produjo en la escritora una gran depresión.

10. MADRID

[1] «*And what if excess of love / bewildered them until they died?*» («Easter, 1916»).

[2] El pequeño grupo de John Cornford fue el núcleo de lo que se convertiría en el Batallón Británico de las Brigadas Internacionales. Los voluntarios internacionales británicos en la guerra española llegaron a ser 2.762, de los cuales 543 murieron y 1.763 resultaron heridos.

[3] La canción formaba parte de un musical de los años treinta del pasado siglo que interpretaba Billy Bennet. Era muy popular en Londres, pero despertaba la burla de los círculos intelectuales.

[4] En los puertos españoles leales a la República había barcos de guerra internacionales patrullando, en nombre del Comité Internacional de No-Intervención, para que no entrase armamento extranjero. En cambio, en los puertos andaluces tomados por los rebeldes no había vigilancia que controlara la llegada de material bélico alemán e italiano. El que enviaban los rusos, durante los dos primeros años de la guerra, cruzaba por la frontera francesa de los Pirineos y por el puerto de Barcelona.

[5] El francés André Marty, nacido en 1886, fue un marinero comunista que dirigió el amotinamiento de dos buques de guerra franceses, en el mar Negro, cuando éstos iban a bombardear posiciones soviéticas en plena guerra civil entre «blancos» y «rojos». En 1936, Stalin le encargó organizar y dirigir las Brigadas Internacionales abiertas a todo luchador antifascista, no sólo a los comunistas. Nunca pisó el campo de batalla, pero fue implacable a la hora de ordenar la ejecución de los desertores, hasta el punto de ser calificado como «el carnicero de Albacete». Ante Stalin se justificó diciendo que no había hecho fusilar a más de quinientos. Expulsado el PC francés en 1953, murió en 1956.

[6] *Enrique V*, primeros versos de la escena I, acto III: «*But when the blast of war blows in our ears / then imitate the action of the tiger; / stiffen the sinews, summon up the blood, / disguise fair nature with hard-favour'd rage; / then lend the eye a terrible aspect...*».

[7] Un canto muy popular de la Revolución francesa. Las primeras estrofas decían: «*Ah, ça ira, ça ira, ça ira, les aristocrates à la lanterne...*». («Va a funcionar, los aristócratas a la horca...»)

[8] «*Es un largo camino a Tipperary, / es un largo camino a recorrer. / Es un largo camino a Tipperary, / hasta la chica más dulce que conozco. / Adiós a Piccadilly, / adiós a Leicester Square. / Es un largo camino a Tipperary, / pero mi corazón ya está allí.*»

[9] «Llegan los yanquis.»

11. RÉQUIEM DE GUERRA

[1] «*I have a rendezvous with Death / On some scarred slope of battered hill, [...] / But I've a rendezvous with Death / At midnight in some flaming town, [...] And I to my pledged word am true, / I shall not fail that rendezvous.*» El poema apareció en uno de los bolsillos del soldado Alan Seeger, muerto el 4 de julio de 1916, con veintiocho años, en Belloy-en-Santerre, alcanzado por el fuego de las ametralladoras alemanas. Había nacido en Nueva York en 1888 y marchado como voluntario a Europa para combatir en la Gran Guerra.

[2] El polaco Karol Swierczewsky, que adoptó el nombre de guerra de «general Walter», nació en Varsovia, cuando su país formaba parte del Imperio ruso. Al estallar la Revolución soviética, en 1917, se unió como soldado raso al Ejército Rojo y tomó parte en la guerra civil. Ese mismo año se graduó en la Academia Militar soviética de Frunze y, en 1936, fue uno de los organizadores de las Brigadas Internacionales. Como jefe de la XIV Brigada participó en la batalla de Lopera. Tras sus luchas en Belchite y Teruel se convirtió en una figura mítica, sobre todo debido a su valor personal en la batalla. Luchó como general soviético en la Segunda Guerra Mundial y murió en 1947, combatiendo contra el Ejército Insurgente Ucraniano. Llevaba el pelo al cero, con el cráneo surcado por numerosas cicatrices. Su personalidad inspiró a Hemingway para el personaje General Golz de su novela *Por quién doblan las campanas*.

[3] En la Gran Guerra, fue una práctica normal en todos los ejércitos organizar, para los soldados que huían del combate, un juicio sumarísimo y fusilarlos.

[4] George Montague Nathan nació en Londres en 1895. Emigrado a Canadá, fue vagabundo en su juventud y, al regresar a Inglaterra, se contaba de él que había formado parte de las tropas británicas más represivas de la guerra de Independencia irlandesa (1919-1921), los famosos *Black and Tans*. Más adelante, se hizo socialista. Llegó a España muy pronto como voluntario y enseguida, por su experiencia militar, logró el rango de capitán. Tras la batalla de Lopera, fue nombrado responsable de la XV Brigada formada por anglohablantes. Se rodeaba de bellos efebos en su Estado Mayor, sin importarle mostrar sus tendencias sexuales. Solía llamar a sus hombres «mis señoras» (*mes dames*), y cuando ordenaba atacar, gritaba: «*En avant, mes dames!*». Murió el 16 de julio de 1937 en Villanueva de la Cañada, durante la batalla de Brunete. Enterrado con todos los honores, su tumba fue destruida cuando los rebeldes franquistas tomaron el pueblo, y se ignora dónde reposan sus restos. Probablemente, sus huesos se encuentren debajo de un chalet adosado de una urbanización posterior: feo destino.

[5] Se conoce como *cockneys* a los habitantes del este de Londres, proletarios en su mayoría, sobre todo los de las zonas deprimidas vecinas a los muelles. Tienen un acento peculiar y características propias de lenguaje. Construyen una suerte de versos rimados para nombrar, como un extraño argot, situaciones y lugares. Por ejemplo: al váter le llaman *upstairs*. Y dado que los váteres, en la mayoría de las casas, suelen estar en el piso de arriba, hacen un verso que dice «*apples and pears, upstairs*» («manzanas y peras, arriba de las escaleras»). Y para decir «voy al váter» sencillamente afirman: «*I'm going apples*», cuya traducción literal sería «voy a manzanas».

ALGUNOS PERSONAJES CITADOS EN EL LIBRO

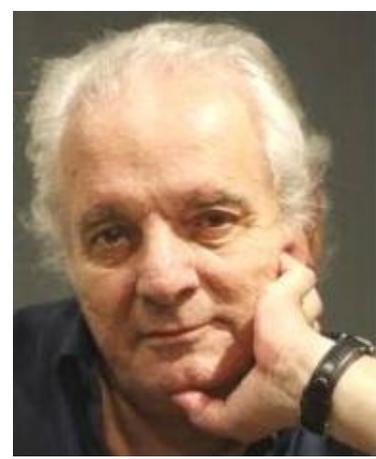
[1] Herbert Matthews fue un famoso corresponsal americano de *The New York Times* que cubrió la guerra española.

[2] «But my heart is forever captive of that other war / that taught me first the meaning of peace and of comradeship.»

[3] «No alcanzará la muerte a esa población, / en donde la vida finalmente permanece en pie; / aunque la muerte crezca con la tormentosa muerte, / y los muertos cabalguen con dificultad.»

[4] «Cuando empezó, hablaba demasiado deprisa / para comprenderle bien, y él sabía demasiado. / Nunca tuvo, aunque lo aprendió al final, la seguridad, la sinceridad, la facilidad / para fascinar a la audiencia; y su bella cabeza / no bastaba para convencer: pero al final él convencía y dirigía.»

[5] «[...], pensar que está tirado allá afuera, transformándose / en la evolución de la tierra aquello que yo conocí, / pudriéndose incluso allí en su tumba, bien encerrado / en la oscuridad, lejos de mí, sin hablar y frío, / sin que nada se parezca a quien yo he conocido. / Todo esto no es más de lo que podemos soportar. [...] / «Tenía tanta vida y juventud —¿por qué hubo de morir, / él, que tenía la cabeza tan sabia; él, que trabajó tan duramente, / movido por su propia fuerza interna: a quien tanto yo amé?»



Javier Reverte nació en Madrid en 1944. Estudió periodismo y filosofía y, muy joven, comenzó a trabajar en prensa. Su éxito entre los lectores españoles se produjo en 1996 con la aparición de *El sueño de África*, que revalidó con sus siguientes libros de viajes: *Vagabundo en África* (1998), *Corazón de Ulises* (2000; reeditado en 2006), *Billete de ida* (2001), *Los caminos perdidos de África* (2002) y *El río de la desolación* (2004).

Ha publicado una biografía, *Dios, el diablo y la aventura* (2001), sobre la vida de Pedro Páez, jesuita español que fue el primer europeo en alcanzar a ver las fuentes del Nilo Azul en Etiopía, en el año 1618. Además es autor de un libro de fotografías de sus viajes: *El ojo sentimental* (2003) y tiene también editados tres libros de poemas: *Metrópolis* (1982), *El volcán herido* (1987) y *Trazas de polizón* (2005).

Como novelista cabe destacar sus títulos

Muerte a destiempo (1982), *Campos de fresa para siempre* (1986), *Todos los sueños del mundo* (1999) y *Trilogía de Centroamérica* (2000). En el año 2001 su libro *La noche detenida* obtuvo el I Premio de novela Ciudad de Torrevieja, publicado por Plaza & Janés. En 2005 apareció su última novela, *El médico de Ifni*, que obtuvo una gran acogida por parte de la crítica y el público.

Edición en formato digital: mayo de 2017

© 2017, Javier Reverte

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Mатуca Fernández de Villavicencio, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Gemma Martínez

Fotografías de portada: © Robert Capa © International Center of Photography / Magnum Photos / Contacto

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-01944-9

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com